

ORSON SCOTT CARD

WYRMS

un viaje iniciático



Lectulandia

342 Heptarcas han gobernado sucesivamente el remoto reino del remoto planeta desde que los colonos griegos originales se instalaron allí, y han sabido mantener el delicado equilibrio de la paz. Pero, en los pasillos del Palacio Real, los Vigilantes religiosos susurran una profecía: el séptimo séptimo séptimo Heptarca —el 343 gobernante— será Kristos, y vendrá a destruir el mundo..., o a salvarlo.

La joven Paciencia ha sido entrenada desde su infancia en idiomas, protocolo, política y asesinato. Para muchos es también la Princesa, ya que su padre es el Heptarca legítimo, aunque en estos momentos quien gobierne sea el rey Oruc, que sigue manteniendo pese a todo la paz. Sin embargo, tras la muerte de su padre, Paciencia debe resistirse a las presiones que le exigen que suma al planeta en un baño de sangre a favor de sus derechos. Por ello se decide a seguir la llamada del Cranning, el incógnito lugar al que hace una generación fueron llamados todos los Sabios, para no regresar jamás. Y de este modo emprende su viaje iniciático, que la conducirá por las peligrosas sendas del planeta hasta las montañas donde, desde hace siete mil años, el Unwurm, su enemigo o su amante, aguarda su llegada... y donde le espera también el destino de todo su mundo.

Lectulandia

Orson Scott Card

Wyrms

Un viaje iniciático

ePub r1.0

XcUiDi 08.08.16

Título original: *Wyrms*
Orson Scott Card, 2005
Traducción: Albert Solé

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este

más libros en lectulandia.com

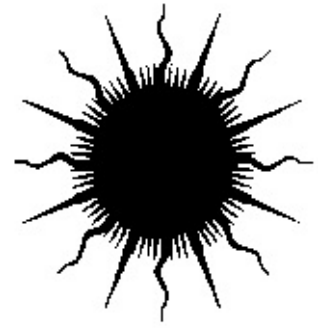
A Mark y Rana,
por su grandeza de corazón.

Cuando en 1981 apareció en español la primera novela de Orson Scott Card, *Un planeta llamado Traición*, nadie en nuestro país conocía a este autor recién llegado, del que solamente se habían publicado aquí algunos relatos, en especial *La casa del canto*. Sin embargo, la novela, que había merecido en 1978 en los Estados Unidos el premio John W. Campbell al mejor nuevo escritor, recibió una muy buena acogida, y fueron muchos los que auguraron a su autor un espléndido futuro.

Ocho años más tarde, esos augurios se cumplieron. Los premios Hugo y Nébula concedidos a *El juego de Ender* (uno de los mayores éxitos editoriales del año 1987 en España dentro del campo de la ciencia ficción), y la extraordinaria acogida de su secuela, *La voz de los muertos*, han situado a Scott Card en el primer plano de la atención del público lector.

Wyrms, su más reciente obra, sigue las huellas de muchas de sus novelas anteriores y nos relata un apasionante viaje iniciático de la mano de una atrayente heroína. El mundo que nos describe en ella ha sido comparado al de *El juego de Ender*, *Judgement Night* de C. I. Moore, y *La sombra del torturador* de Gene Wolfe. Con la misma profundidad y originalidad de temas y escenarios que respiraba ya *Un planeta llamado Traición*, esta última muestra del buen hacer literario de Orson Scott Card acabará de afianzar sin duda, entre el público español, a un escritor que se ha revelado como el gran descubrimiento de la ciencia ficción de los últimos años.

DOMINGO SANTOS



1

LA HIJA DEL HEPTARCA



u tutor la despertó antes del amanecer. Paciencia sintió el frío de la mañana a través de su delgada manta, y los músculos estaban rígidos por haber permanecido durmiendo en el suelo sobre una colchoneta bastante dura. Decididamente, el verano había terminado y, aunque sólo fuera por un instante, se permitió el deseo de que la ventana de su habitación, que daba al norte, tuviera cristales o, al menos, pudiera cerrarse para el invierno.

Todo aquello formaba parte del entrenamiento de Padre, para endurecerla y conseguir que fuera más resistente, para hacer que despreciara los lujos de la corte y a la gente que vivía para ellos. Dio por sentado que la nada amable mano de Ángel sobre su hombro era una parte de ese régimen. ¿Qué pasa, he sonreído durante mi sueño? Gracias, Ángel, por haberme rescatado antes de que me corrompiera algún deleite imaginario.

Pero, cuando vio el rostro de Ángel, su aire de preocupación le indicó que algo iba muy mal. Lo más inquietante no era que se preocupara, sino que le dejara ver su preocupación; normalmente era capaz de mostrar o esconder cualquier emoción a voluntad, y la había entrenado para hacer lo mismo.

—El Rey tiene una tarea para ti —murmuró Ángel. Paciencia apartó la manta, cogió el cuenco de agua helada que había en la repisa de la ventana y se la echó por encima de la cabeza. No permitió que su cuerpo se encogiera ante el frío. Se frotó ferozmente con una tela de saco hasta sentir que le picaba todo el cuerpo.

—¿Lo sabe Padre? —preguntó.

—El Señor Paz se encuentra en Lakon —dijo Ángel—. Si lo sabe o no es algo que no te sirve de nada aquí.

Paciencia se arrodilló rápidamente bajo el icono que era el único adorno de su habitación. Era una talla multicolor de la nave estelar Konkeptoine, hecha en brillante cristal verde. Valía más que la casa de un hombre pobre. A Paciencia le gustaba el contraste entre la deliberada pobreza de su habitación y la opulencia de esa exhibición religiosa. Los sacerdotes lo habrían llamado piedad. Ella lo consideraba

ironía.

Paciencia murmuró el Ven Kristos en ocho segundos —había logrado reducirlo a una ciencia—, se besó los dedos y tocó la Konkeptoine con la punta de éstos. El cristal resultaba caliente al tacto. Después de todos estos años, seguía vivo. Sin duda, cuando su madre lo tocó siendo joven, debía estar casi ardiendo. Y mucho antes de que Paciencia tuviera una hija estaría frío y muerto y toda la luz habría desaparecido de él. Habló con Ángel por encima de su hombro.

—Cuéntame cuál es la tarea que el Rey Oruc ha preparado para mí.

—Lo ignoro. Sólo sé que te ha mandado llamar. Pero ya puedes adivinarlo, ¿verdad? Naturalmente, Ángel estaba poniéndola a prueba. Ésa era la historia de su vida, una prueba tras otra. Algunas veces se quejaba de ello, pero la verdad era que le gustaba, que encontraba un gran placer resolviendo los rompecabezas diplomáticos que Padre y Ángel le planteaban continuamente.

Así, pues..., ¿qué deseaba que hiciera ahora el Rey Oruc? El Heptarca no la había mandado llamar nunca hasta hoy. Había estado a menudo en la Casa del Heptágono, por supuesto, pero sólo cuando la llamaban para jugar con alguno de los niños del Heptarca, nunca para desempeñar una labor en nombre del mismísimo Heptarca. Lo cual era de esperar. A los trece años, no estaba en edad de esperar llamadas del Rey.

Sin embargo, ayer había llegado una embajada de Tassali, un reino del Este que, en épocas antiguas, se había hallado bajo la soberanía del Heptarca de Korfú. Eso no quería decir gran cosa: hubo un tiempo en el que las siete partes del mundo habían sido gobernadas por la Heptarquía, y Tassali llevaba mil años no siendo de Korfú. Prekeptor, el único príncipe y presunto heredero de Tassali, un muchacho de dieciséis años, había llegado con todo un séquito de tassalikus de alto rango y regalos muy caros. A través de dicha información Paciencia había llegado ya a la conclusión obvia de que la embajada estaba ahí para acordar un tratado matrimonial con una de las tres hijas del Rey Oruc.

Sin duda la dote había sido negociada un año antes de que la embajada se pusiera en camino. No se manda un heredero real al encuentro de la novia hasta que la mayor parte de los detalles del tratado han sido acordados. Pero a Paciencia no le resultaba difícil adivinar que aún faltaba por discutir un punto de la negociación: ¿cuál de las hijas? ¿Lyra, la hija mayor, la que tenía catorce años y venía en segundo lugar dentro del linaje de la Heptarquía? ¿Rika, que sólo tenía un año menos que Paciencia y resultaba, con mucho, la más inteligente de todas las hijas del Heptarca? ¿O la menor, Klea, que ahora sólo tenía siete años, pero que, desde luego, era lo bastante mayor ya como para contraer matrimonio si la política lo exigía?

A Paciencia sólo se le ocurría una labor relacionada con la visita de la que ella pudiera encargarse. Sabía hablar muy bien el tassaliki, y dudaba seriamente de que el Príncipe Prekeptor hablara una sola palabra de agaranto. En Tassali eran bastante provincianos y se aferraban tenazmente a su dialecto. Si iba a celebrarse un encuentro entre Prekeptor y una de las hijas de Oruc, Paciencia sería una intérprete excelente. Y,

dado que Klea era una candidata improbable, y que Rika sólo hablaba un tassaliki pasable, lo más probable era que la hija escogida fuese Lyra.

Todos estos razonamientos tuvieron lugar mientras Paciencia se ponía su camisa de seda. Después de hacerlo se encaró con Ángel y sonrió.

—Voy a servir como intérprete entre Prekeptor y Lyra cuando se encuentren hoy para que puedan decidir si se detestan mutuamente hasta el punto de que valga la pena dar inicio a una disputa internacional para evitar que se casen.

Ángel sonrió.

—Parece lo más probable.

—Entonces, debo vestirme para tomar parte en una reunión oficial entre futuros soberanos. ¿Quieres llamar a Uñas y Calicó para que vengan?

—Lo haré —dijo Ángel. Pero se detuvo ante la puerta—. Debes darte cuenta de que Prekeptor sabrá quién eres —dijo.

Era una advertencia, y Paciencia comprendió muy bien que el Rey Oruc estaba practicando un juego muy peligroso poniéndola en el centro de una situación política tan estrechamente relacionada con la sucesión real. Especialmente con Padre lejos. Oruc debía llevar cierto tiempo planeando esto, si había conseguido que Padre estuviera fuera por un asunto trivial. Normalmente, el Señor Paz habría estado en el mismo centro de las negociaciones para una alianza tan vital.

Uñas y Calicó, sus doncellas, entraron en la habitación intentando parecer alegres y animosas, cuando estaba claro que habían sido despertadas de un profundo sueño y, en el caso de Calicó, uno más bien embriagado. Paciencia escogió su traje y su peluca y soportó los cuidados de sus doncellas mientras éstas la convertían en una muñeca.

—Llamada por el Rey —repetía una y otra vez Uñas—. Qué honor para la hija de un esclavo.

Resultaba bastante molesto oír hablar siempre de su padre como un esclavo, una y otra vez, pero ella sabía que Uñas no estaba siendo maliciosa, sino meramente estúpida. Y, como siempre decía Padre, no hay que enfadarse con los estúpidos cuando se comportan como tales. Siempre es mejor que los estúpidos se den a conocer, se recordó a sí misma Paciencia. Eso elimina gran cantidad de incertidumbres.

Cuando las mujeres hubieron terminado el sol estaba ya saliendo. Las despidió y abrió el pequeño estuche de latón que contenía el equipo diplomático que Padre y Ángel habían decidido que era ya lo bastante mayor como para usar con la suficiente cordura.

Para la autodefensa, un lazo, por supuesto. Era un largo hilo hecho con un plástico increíblemente fuerte, tan fino que casi resultaba invisible. Podía cortar la carne con sólo una leve presión. Tenía dos protuberancias de plástico a los extremos, para que Paciencia pudiera utilizarlo sin rebanarse los dedos.

Y, para el caso de un ataque, un colgante de cristal que contenía un enjambre de rosados, unos minúsculos insectos casi invisibles que tomaban como blanco los ojos

de los seres humanos y, en cuestión de minutos, construían dentro de ellos nidos en forma de panal cuyo resultado era invariablemente la ceguera en cuestión de horas. Si los ojos no eran extraídos rápidamente, los rosados se abrirían paso hasta el cerebro y causarían una parálisis permanente. Un arma terrible, pero Ángel decía siempre que si un diplomático no está preparado para matar, será mejor que esté preparado para morir. Echó su cabeza hacia atrás y dejó caer en sus ojos unas gotas de un líquido que mataría a los rosados que los tocaran. El líquido permanecería en sus ojos durante horas. Tal y como decía Padre, nunca lleves un arma que pueda ser usada contra ti.

Mientras se preparaba, intentó imaginar lo que el Rey Oruc tenía pensado para ella. Podía utilizar a otros intérpretes. Escoger a Paciencia era algo que llevaba en sí muchas implicaciones, especialmente si Preceptor sabía quién era realmente ella. A Paciencia no se le ocurría ninguna circunstancia en la que las cosas pudieran salir mejor por utilizarla a ella como intérprete, y se le ocurrían docenas de cosas que podían ir mal si la hija del Señor Paz se encontraba junto a la hija del Rey Oruc en el momento en que el heredero de un reino poderoso se presentaba para conocer a su posible esposa.

Paciencia había sido consciente durante toda su niñez de que no era una esclava normal en la residencia del Heptarca. Una de las primeras lecciones que aprendía un niño en la Colina del Rey era que cada esclavo debía ser tratado según los más estrictos protocolos del rango. Las rameras y los esclavos de cámara no precisaban más respeto que los perros; los embajadores y los ministros del estado, como su padre, Paz, eran tratados con tantos honores como cualquier otro señor salvo el mismísimo Heptarca o los jefes de las Catorce Familias.

Pero, incluso entre los hijos de los más nobles esclavos del Rey, el tratamiento que se le daba a Paciencia era especial. Los adultos hablaban en susurros cuando la veían; y muchos de ellos hallaban oportunidades para tocar subrepticamente sus labios con el dorso de la mano, como en un beso simbólico.

Cuando tenía cinco años le habló una vez a Padre de esto. El rostro del hombre adquirió inmediatamente una expresión muy seria.

—Si alguien vuelve a hacerlo, dímelo enseguida. Pero, mejor que decírmelo después, mantente alejada de ellos si puedes, y no les des la oportunidad.

Estaba tan serio que Paciencia tuvo la seguridad de que había hecho algo malo.

—No, niña —dijo Padre—. Para empezar, no me demuestres que estás asustada y avergonzada. Tu rostro nunca debe dejar traslucir tales cosas.

Relajó los músculos de su rostro tal y como le había enseñado su tutor, Ángel.

—Y, en segundo lugar —dijo Padre—, no has hecho nada malo. Pero, en cuanto a esos adultos, deberían saber que hacer ese tipo de cosas es...

Paciencia esperaba oírle decir algo como pecado o error, porque los sacerdotes habían aludido a ciertas cosas que la gente hacía con los cuerpos de los niños y que era muy malo.

Por lo tanto, se quedó muy sorprendida cuando él dijo:

—Traición.

—¿Traición?

—¿Qué daño podía causarle al Heptarca el tocar los labios de la hija de un esclavo?

Padre la observó con expresión tranquila y luego dijo:

—He decidido que ahora puedes saberlo, o de lo contrario no serás capaz de protegerte a ti misma contra esos traidores que no piensan en lo que hacen. Tu abuelo fue Heptarca hasta el día en que murió. No tengo hermanos ni hermanas.

Ella sólo tenía cinco años. Sabía algo sobre las leyes de sucesión, pero no se le había ocurrido la idea de aplicarlas a sí misma. Padre miró con expresión significativa hacia el vestíbulo, donde los sirvientes estarían escuchando. Todos los sirvientes, salvo Ángel, eran escogidos por el Rey, y estaba totalmente claro que espían para él y no lo ocultaban. Padre le sonrió y dijo:

—¿Qué tal está tu géblico? —Después, escribió en géblico sobre un pedazo de papel:

*Redacta una breve carta a esta
persona: Agaranthamoi Heptesta.*

Había sido entrenada en el protocolo de los nombres y los títulos desde que pudo hablar. La red laberíntica del rango, la precedencia y el favor real, eran para ella una segunda naturaleza, al igual que lo eran también los pequeños misterios de los títulos reales. El nombre de la familia reinante del Heptarca siempre tenía como raíz hept; el nombre de cualquier persona de sangre real siempre tenía como raíz agaranth.

Sabía también que sólo el Heptarca reinante podía llevar como nombre el de Heptesta, y Agaranthamoi quería decir único primogénito. Por lo tanto, Agaranthamoi Heptesta quería decir por definición Heptarca, el que no tenía ni hermanos ni hermanas. Dado que Oruc, el Heptarca que gobernaba ahora, tenía varios parientes, su nombre dinástico era Agaranthikil. Era imposible que éste fuera su nombre, y llamar a cualquier persona viva salvo Oruc con el nombre de Heptesta era traición.

Pero sabía que la finalidad de la prueba no estaba en ver si descifraba el significado de los nombres. Lo único que Padre le había dicho era que su abuelo gobernó toda su vida como Heptarca y que Padre era su único hijo. Por lo tanto, Agaranthamoi era un nombre perfectamente adecuado para él. Padre estaba diciéndole que él era el rey legítimo de Korfú.

Así pues, escribió una breve carta:

Agaranthamoi Heptesta,

Señor y Padre:

Vuestra indigna hija os suplica que seáis discreto, pues pronunciar vuestro

nombre es la muerte.

Humildemente, AGARANTHEMEM HEPTEK

Cuando firmó por primera vez utilizando este extraño nombre, le tembló la mano. Agarantthemem quería decir «única primogénita». Heptek quería decir «que heredará al Heptarca que reina». Ese nombre era una traición, igual que lo era el escrito antes por su padre. Pero era su auténtico nombre. De alguna forma, su padre se había visto privado de su trono en el devenir de la historia, y con ello Paciencia había perdido su puesto como heredera. Era una carga muy pesada para una niña de cinco años. Pero ella era Paciencia, la hija del Señor Paz y la pupila de Ángel, El-Que-Casi-Era-Sabio, y en los ocho años que habían transcurrido desde entonces ni una sola vez pronunció su nombre en voz alta y no le dio a nadie ni la más ligera señal, mediante palabras o actos, que pudiera hacerles ver que estaba enterada de cuál debería ser su rango por derecho de nacimiento.

Padre quemó el papel con sus nombres y luego convirtió las cenizas en polvo. Desde aquel día Paciencia observó a su padre, intentando averiguar cuál era el significado de su vida, pues el Rey Oruc no tenía un esclavo más fiel y leal que el Señor Paz, el hombre que debió ser Heptarca.

Incluso en privado, cuando nadie podía oírles, Padre solía decirle a menudo:

—Niña, el Rey Oruc es el mejor Heptarca que el mundo podría esperar en estos momentos. En los cinco mil años que han pasado desde que la nave estelar trajo por primera vez seres humanos al mundo de Imakulata, nunca ha sido más importante mantener a un Rey en su trono de lo que es ahora conservar en éste al Rey Oruc.

Hablaba en serio. Hizo cuanto pudo para demostrarle a Paciencia que era sincero.

Eso hizo que el corazón de Paciencia sufriera agonías imposibles de narrar, en tanto que intentaba descubrir por qué razón Padre sentía tal amor y lealtad hacia el hombre que ejercía el poder y recibía los honores que, por derecho propio, tendrían que haber pertenecido al Señor Paz. ¿Acaso Padre era tan débil que no lograba ni tan siquiera decidirse a intentar recuperar lo que debería ser suyo?

Una vez, cuando ella tenía diez años, Paciencia hizo alusión a dicho asunto y a la perplejidad que provocaba en ella. Y la única respuesta de Padre fue poner sus dedos sobre los labios de ella, no como habían hecho algunos traidores, para recibir el beso de la bendición que venía de los labios de la hija del Rey, sino para imponerle el silencio. Luego, con los ojos clavados en los de ella, le dijo, por primera vez:

—El Rey sólo se preocupa por el bien de la Casa del Rey. Pero la Casa del Rey es todo el mundo.

Ésa fue la única respuesta que obtuvo de él. Sin embargo, en los años transcurridos desde entonces, había empezado a comprender lo que pretendía decirle. Quería decirle que el Heptarca, el auténtico Heptarca, siempre actuaba en beneficio del mundo entero. Otros señores podían actuar para mantener su dinastía o para enriquecerse a sí mismos, pero el auténtico Heptarca llegaría incluso a renunciar a la

Casa del Heptágono y permitiría que un usurpador gobernara en Heptam, la capital de Korfú, si, por alguna razón imposible de comprender ahora, se lograba con ello un mayor beneficio para el conjunto del mundo.

Lo que nunca logró entender fue cómo era posible que el hecho de que su padre fuera desplazado de su lugar natural beneficiara a quien fuera, pues, a medida que se iba haciendo más instruida y hábil en las artes de la diplomacia y el gobierno, observando los grandes consejos públicos y oyendo hablar de las delicadas negociaciones y compromisos que todavía le hacían ganar más poder a la Casa del Heptágono, vio con claridad que, de todas las mentes que actuaban para consolidar el poder del Rey Oruc sobre Korfú, la más brillante y la que ocupaba el primer lugar en todos los movimientos era la del Señor Paz.

Como siempre, acabó viéndose obligada a concluir que su educación aún no estaba completa y que algún día, si aprendía y meditaba lo suficiente, comprendería lo que Padre intentaba hacer trabajando con tal lealtad para mantener al usurpador en el poder.

Ahora, sin embargo, no se enfrentaba a un problema tan teórico. Tenía trece años, una edad muy inferior a la del inicio normal de una carrera diplomática, y el Rey Oruc la había llamado para que empezara a trabajar a su servicio. Era una trampa tan obvia que casi estuvo a punto de creer que quizá tuviera un propósito inocente. ¿Qué provecho podía obtener el Rey Oruc de colocar a la legítima heredera del trono justo en el centro de una delicada negociación dinástica? ¿Cómo podía ayudar a Oruc el recordar a los tassaliki que su propia familia había ocupado la Casa del Heptágono durante unos escasos cincuenta años? ¿Por qué recordarles que existía una hija casadera de la familia gobernante original cuyos derechos y pretensiones a la Heptarquía se remontaban a centenares de generaciones, cinco mil años, hasta llegar a los primeros seres humanos que pusieron el pie en Imakulata? Era un acto tan temerario e imprudente que resultaba difícil creer que Oruc pudiera ganar algo que compensara ese riesgo potencial.

Aun así... Iré donde me pida el Rey, haré lo que el Rey desee, y procuraré satisfacer las esperanzas del Rey.

No la recibió en su corte pública. Era demasiado pronto para eso, y en vez de ello se la condujo a las habitaciones del Heptarca, donde el aroma de las salchichas comidas en el desayuno todavía flotaba en el aire. Oruc fingió no verla al principio. Estaba enzarzado en una intensa conversación con la cabeza de Dama Letheko, que había sido su jefe de Policía hasta que murió el año anterior. Era la única esclava de las propiedades reales que comprendía las sutilezas del protocolo tanto como el Señor Paz; en su ausencia, no resultaba sorprendente que el Rey Oruc hubiera mandado traer su cabeza desde el Salón de los Esclavos para que le aconsejara durante la visita de la embajada de Tassal.

—No se puede servir vino —insistía Letheko. Movía los labios con tal vigor que hacía temblar todo el frasco. El Rey Oruc soltó la vejiga de aire del frasco para

sostenerlo. Carecía de sentido dejar que se perdieran los gooles que mantenían con vida su cabeza o consentir que esos sucios fluidos se derramaran sobre las soberbias alfombras que cubrían el suelo de la habitación. Pese a estar privada de aire siguió moviendo la boca, como si el argumento que iba a emitir fuera demasiado importante como para aguardar algo tan banal como una voz. Oruc volvió a bombear aire.

—A no ser que deseéis veros considerado despectivamente como un borracho. Se toman muy en serio su religión, no como cierta gente que actúa igual que si los Vigilantes fueran simples...

Oruc dejó una vez más que su vejiga se quedara sin aire. Le hizo una seña a un sirviente para que se llevara la cabeza de Letheko, y se volvió hacia Paciencia.

—Dama Paciencia —dijo.

—El Heptarca es muy bondadoso al tratar tan noblemente a la hija de quien es su más bajo esclavo. —Hablar de esa forma era un ritual, pero Paciencia tenía el mismo don que su padre y era capaz de hacer que las gastadas frases del lenguaje diplomático sonaran sinceras, como si nadie las hubiera pronunciado nunca antes que ella.

—Qué hermosa —dijo el Rey Oruc. Se volvió hacia su esposa, que se estaba haciendo cepillar el pelo—. Alza tu espejo, amor mío, y mírala. Había oído decir que la muchacha era linda, pero no tenía ni idea de que pudiera serlo tanto.

La Consorte alzó su espejo. Paciencia vio en el reflejo el odio que la mujer sentía hacia ella, un odio puro y ardiente. Paciencia respondió igual que si se hubiera tratado de una mirada de admiración, ruborizándose y bajando la vista.

—Bonita —dijo la Consorte—. Pero tiene la nariz demasiado larga.

—La Dama Consorte tiene razón —dijo Paciencia con voz triste—. Era un defecto en el rostro de mi madre como lo es en el mío, pero mi padre la amaba de todas formas. Padre se habría sentido disgustado por el hecho de que ella les recordara, aunque fuera con gran sutileza, sus relaciones familiares. Pero su tono era tan impecablemente modesto que les resultaba imposible ofenderse por ello, y si la Consorte seguía intentando provocarla, lo único que conseguiría sería hacerse progresivamente más pesada y molesta, incluso ante los ojos de su esposo.

Aparentemente, Oruc llegó a la misma conclusión.

—Tu cabello es lo suficientemente hermoso para las necesidades del día —dijo—. Amor mío, ¿te resultaría posible ir a ver si Lyra está preparada?

Paciencia se dio cuenta con satisfacción de que había acertado en cuanto a qué hija iba a ser el precio del tratado con Tassal. También le gustó ver cómo la Consorte intentaba dar un aire regio a su salida de la habitación. Patético. Estaba claro que el Rey Oruc se había casado con una mujer que se encontraba por debajo de la dignidad que requería el cargo. Con todo, Paciencia podía entender la hostilidad de la Consorte. Por el simple hecho de existir, Paciencia era una amenaza para los hijos de la Consorte.

Por supuesto, no dejó que el Rey Oruc percibiera ninguno de estos pensamientos.

El Rey no veía nada más que a una tímida muchacha aguardando escuchar la razón de que el Rey la hubiera llamado. Y, en especial, no veía lo tensa que se encontraba y la cuidadosa atención con que ella examinaba su rostro de tal forma que cada segundo daba la impresión de durar un minuto entero y cada levísimo gesto de su ceja o de su labio parecía el más exagerado de los ademanes.

El Rey le explicó rápidamente cuanto ella ya se había figurado por sí sola, y acabó dándole la orden que había imaginado recibiría.

—Espero que estés dispuesta a servir como ayudante de esos niños para que se comuniquen. Hablas con gran fluidez el tassaliki, y la pobre Lyra apenas si sabe diez palabras del idioma.

—Me hacéis un honor tan grande que apenas si soy capaz de soportarlo —dijo Paciencia—. No soy más que una niña, y temo hacer oír mi voz en asuntos de tanto peso. Estaba haciendo lo que su padre le había dicho siempre que era el deber de un esclavo leal: advertir al Rey cuando el curso tomado por él parecía particularmente peligroso.

—Puedes soportar el honor —dijo secamente él—. Tú y Lyra habéis jugado juntas de niñas. Ella se encontrará mucho más a gusto contigo y, sin duda, también le ocurrirá lo mismo al príncipe cuando vea que su intérprete es una niña. Puede que incluso se muestren más sinceros.

—Haré cuanto pueda —dijo Paciencia—. Y recordaré cada una de las palabras para que así pueda aprender de mis errores cuando vos me los hagáis ver después.

No le conocía lo bastante como para poder leer en su rostro. ¿Le había pedido realmente que espicara a Lyra y al príncipe de Tassal? Y, de ser así, ¿había comprendido su promesa de informarle luego sobre cuánto dijeran? ¿Le he complacido o le he ofendido, he visto demasiado en sus órdenes o, por el contrario, demasiado poco?

El Rey agitó una mano para despedirla e, inmediatamente, ella se dio cuenta de que aún no podía marcharse.

—Mi señor... —dijo.

El Rey enarcó una ceja. Resultaba presuntuoso alargar la primera audiencia con el Rey, pero si su razón para ello era lo bastante buena, no le causaría daño alguno ante sus ojos.

—He visto que tenéis aquí la cabeza de Dama Letheko. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

El Rey Oruc puso cara de disgusto.

—Tu padre me dijo que habías completado tu entrenamiento diplomático.

—Parte del entrenamiento de una diplomática —dijo ella con voz suave— es conseguir más respuestas de las que crees vas a necesitar, para que así nunca lamentos, cuando ya es demasiado tarde, el no haber hecho sólo una pregunta más.

—Te dejaré hablar con la cabeza de Letheko —dijo Oruc—. Pero no aquí. Esta mañana ya he soportado bastante su parloteo.

Ni tan siquiera le dieron una mesa, por lo que el recipiente de Dama Letheko tuvo que ser colocado en el suelo. Paciencia se quitó la falda por cortesía y tomó asiento en el mismo suelo, para que Letheko no se viera obligada a levantar la vista si quería verla.

—¿Te conozco? —preguntó la cabeza de Letheko.

—No soy más que una niña —dijo Paciencia—. Quizá nunca te hayas fijado en mí.

—Me he fijado en ti. Tu padre es Paz.

Paciencia asintió.

—Vaya. El Rey Oruc me tiene en tan poco aprecio que deja a una niña manejar mi pulmón, hecho con la vejiga de un cordero, y consiente que mi voz suene áspera en este miserable vestíbulo. Bien podría enviarme a la Sala Común, al borde del pantano, y permitir que los mendigos me interrogaran sobre los protocolos de las cloacas.

Paciencia sonrió tímidamente. Ya había oído hablar antes a Letheko de forma parecida montones de veces, y sabía que su padre siempre le respondía como si la vieja dama sólo estuviera bromeando. Con ella, eso funcionaba tan bien como le había funcionado a Padre.

—Eres un diablillo —dijo Letheko.

—Eso dice mi padre. Pero tengo preguntas que sólo tú puedes responder.

—Lo cual quiere decir que tu padre no debe estar en la Colina del Rey, o sería a él a quien se las harías.

—Voy a servir de intérprete entre Lyra y Prekeptor durante su primera entrevista.

—¿Hablas tassaliki? Oh, por supuesto, es natural que la hija de Paz lo sepa todo. —Lanzó un largo y teatral suspiro, y Paciencia le siguió la corriente dándole una buena cantidad de aire con el cual suspirar—. Siempre estuve enamorada de tu padre, ya sabes. Había enviudado dos veces, y sin embargo jamás me ofreció la posibilidad de que pasáramos un ratito tras la estatua del Capitán de la Nave Estelar en el Camino de los Huesos. No siempre fui como soy ahora, supongo que ya te lo imaginarás. —Se rió—. Tenía un cuerpo que...

Paciencia rió con ella.

—Bien, ¿qué quieres saber?

—Los tassaliki. Sé que son creyentes, pero ¿qué quiere decir eso en términos prácticos? ¿Qué podría ofender a Prekeptor?

—Bueno, no hagas bromas sobre pasar un buen rato tras la estatua del Capitán de la Nave Estelar.

—No creen que él fuera Kristos, ¿verdad?

—Son Observadores, no de Los Que Recuerdan. No creen que el Kristos viniera nunca a Imakulata, pero se mantienen alerta cada día por si viene.

—¿Vigilantes?

—Que Dios nos proteja de los Vigilantes. Pero sí, poco les falta para serlo. Para

empezar, creen en la guerra. Igual que si fuera un sacramento. Yo me encargo de los protocolos, no de la teología.

—Adviérteme de cuanto sea necesario saber.

—Pues entonces deja de bombear.

Paciencia dejó de bombear aire y se tendió ante la cabeza separada de su cuerpo, para poder leer sus labios y oír los leves sonidos que puede producir una boca incapaz de respirar.

—Te encuentras en un grave peligro. Creen que la séptima hija de dos séptimas hijas traerá al Kristos.

Paciencia no estaba muy segura de haber oído correctamente. La frase no tenía significado alguno para ella. Permitted que su rostro expresara su sorpresa.

—¿Nadie te lo ha dicho? —Le preguntó Letheko—. Que Dios te ayude, niña. Existe una vieja profecía que, según algunos, es tan vieja como el Capitán de la Nave Estelar, y esa profecía afirma que la séptima hija de esas dos séptimas hijas salvará el mundo. O lo destruirá. La profecía es más bien vaga.

La séptima hija de dos séptimas hijas. ¿Cuál podía ser el significado de eso?

—Siete veces siete veces siete generaciones desde el Capitán de la Nave Estelar. Irena fue la primera. Tú eres la Heptarca número 343.

Paciencia cubrió los labios de Letheko con sus dedos, para impedir que esa traición fuera ni tan sólo articulada.

Letheko sonrió, muy divertida.

—¿Qué crees que pueden hacerme, cortarme la cabeza?

Pero Paciencia no era estúpida. Sabía que era posible torturar a las cabezas con mayor crueldad y menor esfuerzo del que jamás sería necesario con un ser humano vivo. Si era prudente, pondría fin de inmediato a esta peligrosa conversación con Letheko. Y, con todo, no había oído hablar jamás de esa profecía. Saber que se encontraba en la peligrosa posición de ser una posible pretendiente al trono era una cosa, pero saber ahora que cada uno de los auténticos creyentes en todas las naciones de la humanidad que poblaba el mundo pensaban en ella como si fuera quien debía cumplir una profecía. ¿Cómo era posible que Padre la hubiera dejado vivir durante tantos años sin decirle nada de lo que, según los demás, era ella?

Letheko no había terminado.

—Cuando naciste, cien mil tassaliki se ofrecieron para formar un ejército con el cual invadir Korfú y colocarte en el trono. No han olvidado eso. Si les das a los tassaliki una esperanza, por leve que sea, de que te unirás a ellos, declararán una guerra santa y entrarán en Korfú en tal número y con tal furia como no la hemos visto desde la última invasión gebbling. El Rey Oruc está loco colocándote en la misma habitación con un joven príncipe de Tassal que desea probar su virilidad.

Una vez más, Paciencia cubrió los labios de Letheko para impedirle hablar. Luego se levantó, apoyándose en las manos, se inclinó hacia delante y besó a la arrugada cabeza en la boca. El olor de los fluidos que había en el recipiente era horrible, pero

Letheko había corrido el riesgo de pasar por grandes sufrimientos para decirle algo mucho más importante que el modo correcto de comportarse con un devoto príncipe de Tassal. Un gool se agitó perezosamente dentro del recipiente. Una lágrima asomó a los ojos de la anciana.

—Cuántas veces he querido cogerte en mis brazos y llorar —dijo Letheko con sus labios—. Mi Heptarca, Agaranthemem Heptek...

—Y si lo hubieras hecho —murmuró Paciencia—, yo estaría muerta y tú también. Letheko sonrió igual que si hubiera enloquecido.

—Pero si estoy muerta.

Paciencia se rió, y le dio a Letheko aire para que riera también en voz alta. Luego llamó al encargado de las cabezas para que devolviera a la vieja dama al Salón de los Esclavos. Paciencia atravesó los grandes salones de la corte, viendo bajo una luz distinta a la gente que iba de un lado para otro a cumplir sus labores. La mayoría llevaban cruces, por supuesto, pero ésa era la moda habitual. ¿Cuántos de ellos eran creyentes? ¿Cuántos eran conservadores, o incluso Vigilantes clandestinos, albergando en su interior locas ideas sobre cómo ella salvaría —o destruiría— a la raza humana, apresurando la venida del Kristos a Imakulata? Y, lo que era más importante, ¿cuántos de ellos estarían dispuestos a morir por derribar al Rey Oruc y restaurar a Paz en la Casa del Heptágono como su dueño, y a Paciencia como su hija y heredera?

Y, mientras esas ideas de sangrienta revolución nadaban a través de su cabeza, la fría voz de su padre entró en ella y, a través de mil recuerdos, dijo: «Tu primera responsabilidad es el mayor bien posible para todo el mundo. Sólo cuando eso haya sido conseguido podrás preocuparte por tus amores privados, tu comodidad y tu poder. La Casa del Rey es todo el mundo».

Si era el tipo de mujer capaz de lanzar a Korfú y Tassal a una sangrienta guerra religiosa, entonces era demasiado egoísta y ansiaba el poder con una locura excesiva para servir como Heptarca. Un millón de personas podían morir. Quizá más. ¿Cómo era posible que acabara saliendo algo de tal océano de sangre?

No resultaba extraño que Padre jamás se lo hubiera contado. Era una tentación terrible, una que jamás podría haber contenido cuando era más joven.

Sigo siendo joven, pensó. Y el Rey Oruc va a dejarme a solas en una habitación con Prekeptor y Lyra. Podríamos hablar en tassaliki y nadie nos entendería jamás. Podríamos hacer planes. Podría cometer una traición.

Me está poniendo a prueba. Está intentando decidir si seré leal a él o no. No cabe duda de que incluso se habrá encargado de que Letheko estuviera disponible, para que así yo pudiera aprender de sus labios lo que él estaba seguro de que me contaría. Mi vida, y posiblemente la vida de Padre, están ahora en mis manos.

Pero Padre diría: «¿Qué es tu vida? ¿Qué es mi vida? Nos mantenemos con vida solamente para así poder servir a la Casa del Rey». Y él no lo diría, pero yo me acuerdo. La Casa del Rey es el mundo entero.

Paciencia intentó decidir si el mundo la necesitaba con vida o no. Pero sabía que ésta no era una decisión que fuera capaz de tomar, no ahora, no todavía. Intentaría seguir con vida porque cualquier otra acción le resultaba impensable. Y seguir con vida requería una perfecta y absoluta lealtad hacia el Rey Oruc. Ni tan siquiera podía permitirse dar la impresión de que estaba haciendo planes para apoderarse del trono.

Una cosa era segura. Después de que todo esto hubiera terminado, si lograba salir de ello, las insignificantes y sencillas pruebas de Padre y Ángel nunca más volverían a darle miedo.

MADRE DE DIOS



Lyra estaba esperando en el jardín de la Casa del Heptágono. Obviamente, era su madre quien la había vestido. Su atuendo era una extraña mezcla de castidad y seducción, modesto desde el cuello hasta los pies, con tan sólo un toque de bordados en cuello y puños. Pero el tejido era traslúcido, de tal forma que, cuando la luz incidía por detrás, su voluptuosa silueta quedaba perfectamente recortada.

—Oh, Paciencia, me alegré tanto cuando Padre dijo que podrías servirme de intérprete... Se lo estuve suplicando durante días y, finalmente, consintió en ello.

¿Sería posible que su presencia aquí fuera tan sólo el resultado de las súplicas de Lyra? Imposible: Oruc era un hombre demasiado seguro de sí mismo como para permitir que sus hijas pusieran en peligro el trono por un mero capricho.

—Me alegro de que lo hiciera —dijo Paciencia—. Lo lamentaré si tienes que dejar Heptam pero, al menos, podré decirte si lo apruebo o no.

Eso era obviamente una broma en labios de una esclava de trece años que se dirigía a la hija del Heptarca, pero Lyra se encontraba tan tensa que no se dio cuenta de lo poco adecuada que resultaba la observación.

—Eso espero. Y, oh, si ves algo en él que yo no vea, por favor, házmelo saber. Quiero complacer a Padre casándome con este príncipe, pero si realmente es horrible, me resultará imposible soportarle.

Paciencia no mostró ni una sola partícula del desprecio que sentía. Hacía falta un gran esfuerzo para imaginar algo así: una hija con la sangre del Capitán de la Nave Estelar que osaba pensar en negarse a un matrimonio no por razones de estado, sino porque el pretendiente no le parecía atractivo. Poner el placer personal por delante del bien de la Casa del Rey era una prueba de que no se era digna del puesto. Tendrías que estar en una casa del campo, dijo Paciencia para sí, siendo la hija del señor, yendo a bailes con los campesinos y riéndote con tus amigas sobre cuál de los chicos tenía menos granos y el aliento menos repulsivo.

Ni sus palabras ni su rostro traicionaron sus auténticos sentimientos. En vez de ello se convirtió en un espejo perfecto, devolviéndole a Lyra el reflejo exacto de lo que Lyra quería ver y oír.

—No será horrible, Lyra. Las negociaciones jamás habrían llegado tan lejos si tuviera una segunda cabeza, creciéndole en el hombro.

—Ya nadie tiene una segunda cabeza —dijo Lyra—. Hay una vacuna para eso.

Pobre niña, pensó Paciencia. Normalmente era lo bastante despierta e inteligente como para entender ese tipo de ironías.

A Paciencia no le parecía incongruente estar pensando en Lyra, tres años mayor que ella, como si fuera una niña. Lyra había sido tan mimada que la habían echado a perder y, pese a la evidencia de su cuerpo, todavía no era una mujer. Mil veces durante los años que habían pasado juntas siendo niñas en la Casa del Heptarca había deseado Paciencia pasar sólo una noche al año en el blando lecho de una de las hijas del Heptarca. Pero ahora, viendo el resultado tan lamentable de esa crianza llena de cuidados, le dio las gracias en silencio a su padre por su fría habitación, la dureza del lecho, la comida sencilla y el estudio y el ejercicio interminables.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Paciencia—. ¿Puedo darte un beso para desearte suerte?

Lyra extendió distraídamente su mano. Paciencia se arrodilló ante ella y, con reverencia, le besó las puntas de los dedos. Hacía años que aprendió el efecto tranquilizador que tal muestra de obediencia tenía sobre las hijas de Oruc. Como decía siempre Ángel, tu propia humildad es el mejor de los halagos.

La puerta que daba al jardín estaba abierta. Un halcón blanco salió por ella e, inmediatamente, subió como una flecha para empezar luego a describir círculos. Un pájaro cantor blanco, posado en una rama baja, empezó a cantar dulcemente. Lyra lloró, cubriéndose la boca con los dedos, pues estaba claro que el halcón lo había visto. Se lanzó directamente sobre el pájaro y...

Y fue atrapado por el rápido movimiento de una red. Se debatió, pero el joven halconero que lo había cogido eludió diestramente el pico que intentaba herirle y sacó al pájaro, cabeza abajo, de la red.

El halconero iba totalmente vestido de blanco, un blanco perfecto y deslumbrante que hacía daño a los ojos cuando el sol era reflejado en él. Lanzó un silbido: la puerta que había detrás de él se abrió y por ella salieron dos sirvientes que llevaban jaulas. En sólo unos segundos, el halconero había puesto las dos aves en sus jaulas.

Durante todos esos acontecimientos el pájaro no había emitido ni una sola nota en falso. Obviamente, pensó Paciencia, esta escena había sido ensayada tantas veces que el pájaro le había perdido todo el miedo al halcón.

Y entonces lo miró más atentamente y se dio cuenta de que, a diferencia de lo que había creído, el pájaro cantor había mantenido su perfecta tranquilidad porque era ciego. Le habían sacado los ojos.

Los sirvientes retrocedieron hacia la puerta en tanto que el halconero caía de rodillas ante Lyra y empezaba a hablar en tassalik.

—Me kia psole o ekeiptu —murmuró.

—Así os protegeré siempre de quien pretenda quitaros algo —dijo Paciencia. Su inflexión, en lo posible, era un reflejo perfecto de la usada por Prekeptor.

—Ha sido precioso —dijo Lyra—. La canción, y el que salvarais al pájaro.

—Iptura oeenue —dijo Paciencia, imitando el placer y el leve jadeo de Lyra—. Oeris, marae i kio psolekte.

—Oh, es como si fuera yo quien hablara —susurró Lyra.

Prekeptor habló de nuevo, y Paciencia tradujo sus palabras.

—He traído un regalo para la hija del Heptarca.

Extendió su mano. Un sirviente colocó un libro en ella.

—Una copia del Testamento de Irena, la Hija del Capitán de la Nave Estelar —dijo él. Sostuvo el libro ante Paciencia. Paciencia estaba disgustada, pues resultaba más correcto para el pretendiente no hacer caso alguno del intérprete y colocar directamente el libro en la mano de aquella a quien se cortejaba. Pero quizás en Tassali se utilizaba a una sirvienta incluso para que dos amantes se intercambiaran regalos íntimos. Había costumbres todavía más extrañas.

Lyra fingió sentir una gran emoción cuando Paciencia le dio el libro. Sin perder la calma, Paciencia le hizo ver que las páginas del libro estaban hechas con papel de hoja sin tratar, que habían crecido de una forma tan perfectamente uniforme y con un tamaño tan idéntico que no había sido necesario ningún tipo de corte para que formaran un libro perfecto.

—Se precisó un gran esfuerzo para cultivar el papel de hoja —dijo Paciencia. No le indicó que se trataba del más estúpido desperdicio de tiempo que se pudiera imaginar, dado que el papel de hoja tratado era mucho mejor para escribir en él, y también duraba más tiempo.

—Oh —dijo Lyra. Y logró pronunciar un breve y gracioso discurso de agradecimiento.

—No penséis que me enorgullezco de mi técnica para moldear las plantas —protestó el Príncipe—. Se ha dicho a menudo que las plantas y los animales de Imakulata parecen comprender qué rasgos estamos intentando desarrollar en ellos y cambian para cooperar. Aun así, me complacerá ser y hacer exactamente lo que la hija del Heptarca desee de mí. Paciencia estaba empezando a sentirse incómoda con el modo que tenía Prekeptor de mirarla directamente a ella cuando hablaba, en vez de mirar a Lyra. El intérprete es como un mueble, eso era algo que se le enseñaba a cada diplomático. Salvo, obviamente, a los príncipes de Tassal.

Prekeptor tenía otro regalo. Era una varilla de cristal, hueca y llena de luz, que cambiaba de forma sin cesar. Brillaba incluso a la luz del día. Cuando la tapaba con sus dedos, la claridad era realmente fuerte. El príncipe sonrió con modestia una vez más e hizo un pequeño discurso sobre sus escasas habilidades en cuanto a moldear las plantas y los animales.

—Si en el mundo quedara algún Sabio podría haber hecho esto con mucha más rapidez alterando la molécula genética pero, siendo las cosas como son, convertí la gran hierba devoradora de naves en algo mucho más útil. —Sonrió—. Podéis leer el Testamento en la cama después de que vuestro padre os haya ordenado apagar las velas.

—Nunca leo en la cama —dijo Lyra, sorprendida.

—Era una broma —dijo Paciencia—. Sonríe al menos.

Lyra se rió. Su risa fue demasiado fuerte pero, obviamente, estaba intentando

complacerle. Y las razones para ello estaban muy claras. Su traje blanco dejaba ver que su cuerpo era esbelto y fuerte; su rostro podría haber servido de modelo a una estatua del Coraje, la Virtud o la Virilidad. Cuando sonreía daba la impresión de estar haciendo el amor con sus ojos. Y a Lyra no se le escapaba nada de todo eso.

Pero Prekeptor no apartaba ni un solo instante los ojos de Paciencia. Y ahora ella estaba empezando a darse cuenta del peligroso juego que el Príncipe estaba practicando.

—La hija del Heptarca descubrirá que todas las profecías de felicidad y alegría, que se hacen en el Testamento se realizarán en vida de ella —dijo Prekeptor. Paciencia tradujo obedientemente lo que había dicho, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que cada palabra del Príncipe iba dirigida a ella, a la auténtica hija del Heptarca, y que en todas había un doble significado. Sin duda, las profecías del Testamento incluían todo ese parloteo sin sentido sobre quién era tres veces la séptima hija. Estaba instando a Paciencia a que aceptara sus profecías.

Al Príncipe aún le quedaba un tercer regalo. Era una funda de plástico que encajaba sobre la varilla de cristal. En el interior del plástico había un continuo fluir de hermosos animales transparentes que se movían sin cesar. A la luz de la varilla, el espectáculo era tan fascinante como hermoso. Prekeptor se lo entregó a Paciencia.

—La hija del Heptarca se dará cuenta de que, si lo desea, puede ser llevado como una corona para que todos la vean y la admiren —dijo el Príncipe—. Es igual que el futuro: podéis escoger cualquier color y seguirlo, lleve adonde lleve. Si la hija del Heptarca escoge sabiamente, tomará por un sendero que lleve a la restauración de cuanto fue perdido.

De forma muy sutil, había dejado de utilizar los dobles sentidos a mitad de su discurso. Ahora estaba hablando claramente tan sólo con Paciencia, y le estaba ofreciendo una restauración al trono.

Paciencia no podía traducir la última frase de Prekeptor. Lyra insistiría en obtener algún tipo de explicación. Sin embargo, Paciencia tampoco podía dejarla fuera de su traducción o alterar su significado, porque eso pondría sobre aviso a los escuchas de Oruc y les haría ver que estaba conspirando con el Príncipe para ocultar su traidora oferta.

Por eso escogió el quedarse callada.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Lyra.

—No le he comprendido —dijo Paciencia. Y a Prekeptor le dijo—. Lamento que mi comprensión del tassalik sea tan pobre, pero no he logrado entender nada de lo que se ha dicho sobre este tema. Le ruego al Príncipe que converse sobre materias que esta pobre intérprete pueda entender.

—Comprendo —respondió él, sonriendo. Le temblaban las manos—. También yo siento miedo estando en el corazón de la Casa del Heptágono. Lo que no sabéis es que todos los miembros de nuestro grupo han sido entrenados como soldados y asesinos. Están preparados para penetrar en los más profundos escondites de la Casa

del Heptágono y destruir a vuestros enemigos.

Cualquiera que fuera la respuesta de Paciencia, podía ser su sentencia de muerte. En primer lugar, ella misma había sido entrenada como asesina, y sabía que, si antes había existido alguna posibilidad de que el plan de Prekeptor funcionara, él mismo la había destruido proclamando todo eso en voz alta en el jardín. No le cabía la menor duda de que ahora mismo la embajada de Tassal estaría siendo arrestada por toda la Casa del Heptágono sin que les fuera posible oponer resistencia alguna, pues las palabras de su propio príncipe habían bastado para condenarles. El que no supiera que sería escuchado en el jardín le bastaba a Paciencia para indicarle que Prekeptor era un estúpido demasiado grande como para confiarle su vida.

Pero no podía decir nada para detenerle y, al mismo tiempo, quedar a cubierto de las sospechas. Si decía no tener enemigos en la Casa del Heptágono, estaría admitiendo en cierta forma que él había actuado correctamente llamándola hija del Heptarca. Debía seguir fingiendo que no tenía ni la menor idea de por qué hablaba él con ella, y para hacer eso debía fingir que no comprendía ni las frases más sencillas y corrientes del tassalik. No era probable que la creyeran, pero tampoco era necesario ser creída. Lo necesario, únicamente, era hacer posible que Oruc pudiera fingir que la creía. Mientras los dos pudieran seguir fingiendo que ella no sabía que era la legítima hija del Heptarca, se le podría permitir que siguiera con vida.

Por eso, puso su mejor cara de asombro y dijo:

—Lo siento, supongo que no soy lo bastante buena. Creía hablar el Tassalik con la fluidez suficiente, pero ya veo que no es así.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó Lyra. Parecía preocupada. Y bien podía estarlo, dado que Prekeptor, en vez de haber venido para casarse con ella, había venido para matar a su padre y, sin duda, también a ella.

—Lo siento —dijo Paciencia—. No he comprendido casi nada.

—Pensé que hablabas su idioma con fluidez.

—Eso pensaba también yo.

—Madre de Kristos —murmuró Prekeptor—. Madre de Dios, ¿por qué no ves la mano de Dios en mi venida? Yo soy el ángel que se alza ante la puerta y llama a ella. Te lo anuncio: Dios llenará tu útero.

Sus palabras ya eran lo bastante aterradoras, pero el fervor con el cual las pronunciaba era pavoroso. ¿Qué papel tenía guardado en su mente para ella dentro de su religión? Madre de Dios..., ésa era la antigua virgen de la Tierra y, con todo, él la había llamado así, como si ése fuera su nombre.

Sin embargo, no mostró la sorpresa que sentía, y logró mantener en su rostro la misma vaga expresión de desconcierto.

—Santa Madre, ¿no ves de qué modo ha preparado Kristos el camino para su venida? —Dio un paso hacia ella. Inmediatamente, Paciencia endureció su expresión, y él se detuvo y retrocedió un par de pasos—. No importa lo que pienses, Dios es irresistible —dijo—. Ha dedicado siete veces siete veces siete generaciones a crearte

para que seas la madre adecuada para la encarnación de Kristos en el planeta Imakulata. Ese número es mayor que el número de generaciones que hay hasta el tiempo de la Virgen de la Tierra.

Permitió que esa misma expresión de antes, mezcla de sorpresa e indefensión, volviera a su rostro, mientras seguía intentando formular un plan de acción. En cierta forma, esto era como uno de los juegos favoritos de Ángel. Solía darle un complicado problema matemático y se lo daba en forma oral, para que no tuviera ninguna ayuda escrita que le permitiera concentrarse en él, y luego empezaba a narrarle una historia muy complicada. Cinco minutos, diez minutos o media hora después, la historia llegaría a su fin. Entonces le pediría de inmediato la respuesta al problema matemático. Cuando hubiera respondido, le pediría repetir toda la historia. Detalladamente. Con el paso de los años había llegado a ser toda una experta en el arte de concentrarse en dos cosas a la vez. Por supuesto, su vida nunca había dependido del resultado de ese juego.

—Debes darte cuenta de que no te han enseñado nada. Te han mantenido en la ignorancia de cuál es tu verdadera identidad. No finjas que no comprendes mi lenguaje, pues sé que lo entiendes. Te lo contaré todo. Dios creó a Imakulata como su planeta más divino. En este mundo los poderes de la creación son veloces y poderosos. En la Tierra hicieron falta miles de generaciones para que tuviera lugar el cambio evolutivo. Aquí, en sólo tres o cuatro generaciones, podemos hacer que esos cambios se produzcan dentro de cualquier especie. Esas baratijas que he traído como regalos son nuevas especies, y sólo hicieron falta cuatro generaciones para llevarlas a la perfección. Es como si la molécula genética entendiera lo que deseamos, en qué ansiamos verla convertida, y se cambiara a sí misma. Esto es tan cierto de las especies que vinieron de la Tierra como de las especies nativas. Sólo aquí, en Imakulata, el Mundo Divino de la Creación, es posible que la molécula genética de cada criatura, que es el espejo de la voluntad, obedezca a la más ligera orden y cambie. Si una planta despidе más luz, ¿mejoran con ello sus posibilidades de reproducirse? Entonces, inmediatamente, cada planta despidе mucha más luz, incluso las plantas que no tomaron parte en los experimentos, plantas que pueden encontrarse a un kilómetro o más de distancia. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Aquí, en Imakulata, Dios nos ha dado una muestra de su poder.

Paciencia jugueteó durante unos instantes con la idea de matar al Príncipe, y la rechazó. Si hubiera sido un súbdito corriente del Heptarca, su deber habría sido matarle allí mismo por lo que había dicho hasta entonces, aunque sólo fuera porque representaba un claro peligro para Lyra. Pero no entraba en las prerrogativas de un intérprete matar al heredero del trono de Tassal. El Rey Oruc podría considerar ese acto como una lamentable intrusión en su política exterior.

—Pero Dios se ha reservado para sí mismo a la humanidad. De todas las formas vitales de Imakulata, sólo la humanidad sigue inmutable, pues Dios está realizando la creación del hombre. Y la culminación de todo ese proceso eres tú, pues Dios hará

que tú des a luz al Kristos, el único hombre perfecto que es el espejo de Dios, al igual que la molécula genética es el espejo de la voluntad, el cerebro es el espejo de la identidad y el núcleo límbico es el espejo de la pasión. Los Sabios creyeron poder alterar directamente la molécula genética, creyeron que podían alterar los planes de Dios haciendo que tu padre fuera incapaz de engendrar hijas, para que la profecía no pudiera cumplirse. Pero Dios destruyó a los Sabios y tu padre engendró a una hija, y tú llevarás en tu seno al hijo de Dios, sin importar lo que tú o cualquier otro podáis intentar para evitarlo.

Paciencia tampoco podía irse y dejarle. Necesitaba mostrar de una forma decisiva su rechazo de cuanto le había dicho, no tan sólo el deseo de salir huyendo y dejarlo atrás. Además, no estaba segura de que Prekeptor la dejara ir. La locura de su fe se había apoderado de él; estaba temblando, y había tal fuego en su interior que estaba empezando a conseguir que en ella se encendiera algo como respuesta. No se atrevía a seguirle escuchando, pues temía que quizás empezara a dudar de su propio escepticismo; no se atrevía a irse; no se atrevía a matarle para reducirle al silencio. Por lo tanto, sólo le quedaba una elección.

Metió la mano en su cabello y sacó cuidadosamente el lazo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lyra, la cual, como hija del Heptarca, había sido enseñada a reconocer todas las armas usadas para el asesinato.

Paciencia no le respondió. En vez de eso, se dirigió a Prekeptor.

—Príncipe Prekeptor, creo entender lo bastante como para darme cuenta de que creéis que mi propia existencia es, no sé por qué, una razón para causar la caída de mi noble Heptarca, el Rey Oruc. Viendo ahora el peligro que mi propia existencia le causa a mi Rey, no tengo más alternativa, como sincera y leal sirviente de la Casa del Rey, que poner fin a mi vida.

Y, en un rápido movimiento, pasó el lazo alrededor de su propio cuello, y dio un leve tirón que hizo penetrar la hebra un par de milímetros en su carne. Al principio el dolor fue sorprendentemente leve. El corte no era uniforme, y en algunos lugares el lazo penetró bastante más que en otros. Pero tuvo el efecto que ella había pretendido. La sangre empezó a brotar de inmediato, como una brillante cinta de color rojo alrededor de su cuello.

La expresión de horror que apareció en el rostro de Prekeptor le resultó casi divertida.

—¡Dios mío! —Exclamó—. ¡Dios mío, qué he hecho!

No has hecho nada, idiota, pensó Paciencia. He sido yo quien lo ha hecho. Y, además, he conseguido que te calles. Y entonces llegó el auténtico dolor, y el mareo causado por la repentina pérdida de sangre. Espero que no haya hecho un corte demasiado profundo, pensó Paciencia. No quiero que quede una cicatriz.

Lyra gritó. Paciencia sintió que sus piernas cedían bajo su cuerpo. Ah, sí. Tengo que derrumbarme igual que si me estuviera muriendo, pensó, y se dejó caer al suelo. Se apretó la garganta, quitándose cuidadosamente el lazo durante el proceso..., y

quedó sorprendida ante la gran cantidad de sangre que seguía manando. Desde luego, quedaré como una imbécil si me he producido una herida demasiado honda y me desangro hasta morir aquí, en el jardín.

Prekeptor estaba llorando.

—Santa Madre, no pretendía hacerte daño. Que Dios la ayude, oh, Señor del Cielo, que hiciste desaparecer a los Sabios en su blasfemia, perdona ahora a este Idiota que se ha entregado a tu servicio y cura a la Madre de Tu Hijo...

El mundo se dobló sobre ella como si fuera una caja; sólo podía ver por un túnel que se extendía ante sus ojos. Vio que aparecían unas manos y se llevaban a Prekeptor, apartándolo de ella. Oyó los gritos y el llanto de Lyra. Sintió que unas manos suaves la tomaban y la alzaban, y que alguien murmuraba:

—Nadie ha sido nunca tan leal a un heptarca como para quitarse la vida antes que cometer traición.

¿Eso he hecho?, pensó Paciencia. ¿Me he quitado la vida?

Y entonces, mientras la sacaban del jardín, pensó: «Me pregunto si Ángel aprobará mi solución al problema. En cuanto a la historia, recuerdo cada palabra de ella. Cada palabra».

ASESINA



Después del primer día, Paciencia ya estaba cansada de la cama. Las visitas de la gente que no tenía nada inteligente que contarle aún la habían hecho sentirse más harta.

—No creo que vaya a quedar cicatriz —dijo Lyra.

—No me importaría aunque la hubiera —dijo Paciencia.

—Fue el acto más valeroso que jamás haya visto.

—En realidad no tuvo nada de valiente —dijo Paciencia—. Sabía que no moriría de eso. Era el único modo de hacerle callar. Pero ¿qué estaba diciendo? Paciencia agitó la cabeza.

—No era el esposo ideal para ti, créeme. Lyra parecía profundamente preocupada. Y bien podía estarlo, pensó Paciencia. Quizá se está dando cuenta por primera vez de que sus derechos dinásticos pueden correr peligro gracias a mí, por muy leal que yo intente ser.

—Estaba intentando conseguir que..., ya sabes. Contigo.

Oh. Por supuesto, Lyra no tenía ningún tipo de preocupaciones dinásticas. Nunca le habían enseñado a ser responsable.

—No puedo hablar de ello —dijo Paciencia. Pero volvió el rostro hacia un lado, para que así Lyra pudiera convencerse a ella misma de que la respuesta era sí.

—Delante de mí, queriendo... Pero ¿por qué tú? Ya sé que eres bonita, todo el mundo lo dice, pero yo soy la hija del Heptarca..., y tampoco soy fea. De veras, no lo soy. Siempre he sido muy objetiva al respecto.

—Los únicos hombres que no se alegrarían ante la perspectiva de tenerte por esposa son los que hayan sufrido terribles accidentes pélvicos —dijo Paciencia, sonriendo.

Al cabo de un instante, Lyra la entendió y se ruborizó.

—No debes hablar de esa forma. —Pero estaba halagada. Y, una vez que Paciencia hubo logrado convencerla de que no tenía ninguna deuda de culpabilidad con ella a causa de su herida, Lyra se marchó.

Al menos no vine aquí ayer tan ignorante de la verdad como lo es aún Lyra. Pero, algún día, alguien le dirá quién soy, y por qué las viejas pretensiones de mi padre son vistas por algunos como más válidas que las de Oruc. Entonces comprenderá lo que ha ocurrido realmente hoy, y quizá se dé cuenta de que estoy trabajando por mi supervivencia, no por mi muerte.

Lo que la preocupaba no era la reacción de Lyra. Era la del Rey Oruc. Ése era el único público al cual pretendía complacer la representación de Paciencia. Si veía en

su gesto un desesperado intento de probar su lealtad, entonces sobreviviría. Pero si llegaba a creer que estaba lo bastante loca como para matarse, entonces nunca volvería a confiar en ella para nada. Su carrera habría terminado antes de empezar.

El doctor había mantenido cerrada su herida utilizando las mandíbulas de varios centenares de minúsculas tijeretas.

—Pero éstas no son tijeretas corrientes —le había dicho el doctor—. Esta variedad ha sido desarrollada para ejercer un poderoso movimiento continuado de pinza hasta que yo les apriete el abdomen de cierta forma. Responden a la distensión de tu piel y ayudan al proceso curativo. Sin que se produzca demasiado tejido cicatricial.

—Muy astuto —murmuró Paciencia. Todo el mundo daba por sentado que ella no deseaba tener ninguna cicatriz. Pero no estaba muy segura de ello. No le haría ningún daño tener un recordatorio, visible para todos, de cuán leal era hacia el Rey Oruc. Sintió la tentación de apretar ella misma el abdomen de las tijeretas o de cambiar sus posiciones para que la cicatriz se hiciera más grande y torcida. Pero no, resultaría demasiado obvio que ella misma se dejara una cicatriz de esa forma. Disminuiría un poco el poder y la fuerza de su acto.

Pues el acto estaba cargado de poder. Oruc le había dado una habitación de honor en la Casa del Heptágono durante su convalecencia, y muchos adultos habían pasado por ella para desearle que se pusiera bien. Entre ellos había pocos versados en las artes diplomáticas, y le resultó fácil darse cuenta de que la mayoría se encontraban, al mismo tiempo, atraídos y repelidos por ella y lo que era. Después de todo era casi una niña, con sólo los primeros brotes de la femineidad en su cuerpo, y estaba en una edad que muy a menudo producía en los adultos que anhelaban su juventud y su belleza perdidas melancolía y dolor, incluso en quienes sabían perfectamente que nunca habían sido tan jóvenes y hermosos como ella. Además, era la hija del verdadero Heptarca, la legendaria tres veces séptima hija del Capitán de la Nave Estelar. Hasta ahora jamás habían buscado su compañía por miedo a despertar las sospechas del Rey Oruc. Pero ¿quién podía criticarles por visitar a una joven que había servido heroicamente a la hija del Rey? Así los fue recibiendo, solos o en parejas, para decirle unas cuantas palabras y tocar su mano. Muchos intentaron conmovérsela con gestos de respeto que, a decir verdad, sólo serían adecuados para la familia del Heptarca; rechazaba sutilmente tales gestos y los sustituía por otros propios. Siempre honraba explícitamente a su visitante como alguien muy superior a ella en rango. Algunos veían en ello un disfraz inteligente, otros creían que era auténtica humildad. Para Paciencia, no era más que una forma de sobrevivir.

Pues se había dado cuenta de que Ángel no venía a visitarla, y de que Padre no parecía darse prisa por volver. Le parecía imposible que no se reunieran con ella si les era factible. Por lo tanto, alguien se lo debía estar impidiendo. Y el único que podía hacer eso era el Rey Oruc. Había algo en su actuación que le había molestado. Seguía sin estar seguro de ella.

La afluencia de visitantes acabó cesando. El doctor vino a verla acompañado por dos ayudantes. Con mucha delicadeza, la colocaron en una camilla. No hacía falta que le dijeran dónde iban. Cuando Oruc llama, no hace falta discusión alguna en la Casa del Heptágono: sencillamente se acude.

Dejaron la camilla en la recámara de Oruc. Su Consorte estaba allí, pero también había tres cabezas que no le eran familiares. No las conocía. Y había pasado el tiempo suficiente en el Salón de los Esclavos como para conocer a todos los rostros presentes en él. Por lo tanto, o no eran antiguos ministros del estado, o eran tan importantes para el Rey Oruc que éste los había mantenido fuera del Salón para que nadie pudiera hablar con ellos. Cada uno de los recipientes tenía su propia mesa, con un huelfo sentado detrás para encargarse de bombear la vejiga del aire.

—Así que ésta es la chica —murmuró uno de ellos cuando Paciencia entró en la recámara. Dado que los huelfos no estaban bombeando en ese instante no emitió ningún sonido, pero ella vio moverse sus labios. Y, aunque no estaba segura de ello, era posible que otra de las cabezas hubiera articulado su auténtico nombre, «Agaranthemem Heptek».

El doctor, muy orgulloso, mostró lo excelente de sus habilidades enseñando cómo había curado su herida. Por supuesto, sin dejar ninguna cicatriz.

—Excelente, doctor —dijo Oruc—. Pero, naturalmente, siempre espero que todos mis técnicos realicen bien sus tareas.

El doctor pareció un tanto molesto al verse comparado con un simple técnico pero, naturalmente, intentó ocultar su disgusto.

—Gracias, Señor Heptarca.

—No hay cicatriz —dijo Oruc, examinando atentamente su cuello.

—Ni la más mínima.

—Pero hay un collar de insectos alrededor de su herida. Creo que me resultaría difícil escoger entre una cicatriz y un collar de tijeretas.

—Oh, no —dijo el doctor—. Las tijeretas desaparecerán muy pronto de ahí. Claro que si os disgustan, señor...

Oruc parecía cansado.

—Lo que has oído, doctor, no era mi estupidez, sino mi sentido del humor.

—Oh, por supuesto, qué tonto soy, perdonadme, me encuentro algo tenso y... — Y entonces, dándose cuenta de que con tanto hablar no lograba sino empeorar las cosas, el doctor prorrumpió en una carcajada más bien artificial.

—Basta. Un trabajo excelente. Os felicito por él. Marchaos.

El doctor salió a toda prisa de la habitación.

Oruc lanzó un suspiro de cansancio.

—Desde luego, la calidad de la vida en la corte ha bajado mucho desde la Huida de los Sabios.

—No sé qué decir, señor —le respondió Paciencia—. No había nacido. Jamás he conocido a ninguno de los Sabios.

Oruc enarcó una ceja.

—Por el cielo, yo tampoco. —Luego meneó la cabeza—. No, decir eso no es del todo cierto. He conocido a unos cuantos Sabios entre los muertos. —No le hizo falta volver los ojos hacia las cabezas que estaban detrás de él—. Y he conocido a un sabio entre los vivos, un hombre que, de entre todos mis ministros, sabe darme consejos que son dignos de ser escuchados, un hombre al cual Korfú le importa tanto como a mí.

—Mi padre —murmuró ella.

—Una situación muy infortunada, ¿verdad? —dijo Oruc—. Incluso el más sabio de los Reyes necesita un buen consejero, y ya quedan pocos en el mundo. Daría la mitad de mi reino por saber qué fue de los Sabios cuando se marcharon de aquí, y cómo traerlos de nuevo.

Una de las cabezas que había a su espalda habló. Al parecer los huelfos estaban volviendo a bombear.

—Oruc, probablemente perderás la mitad de tu reino porque no lo sabes.

Otra de las cabezas lanzó una enloquecida risita de viejo.

—Bueno, pues ahí tiene un buen trato que hacer: que ceda su reino, y de paso con ello conseguirá a los Sabios.

—Ya sabes dónde fueron los Sabios —dijo la tercera cabeza, un lustro ceñudo que carecía de dientes—. A Cranning. Y no hay forma alguna de conseguir que vuelvan de allí.

—Es el gran dilema de nuestros tiempos —le dijo Oruc a Paciencia—. Hace mucho que debimos sufrir otra invasión gebling. En siete mil años han salido siete veces de Cranning, su enorme ciudad, llegando de las cavernas de Pie del Cielo, y cada una de esas veces toda la civilización humana ha caído bajo su ataque. Después de eso, regresan a sus cavernas o vuelven a convertirse en mercaderes, viajeros y vagabundos que recorren el mundo, más dignos de compasión que de otra cosa, en tanto que los seres humanos luchan por volver a descubrir cuanto pueden de la ciencia. Sólo hay una institución humana que haya sobrevivido a todo eso, una sola línea de poder transmitido por la sangre desde el primer instante en que la humanidad puso el pie en Imakulata hasta llegado ya el momento de la decimotercera invasión gebling. —No lo dijo pero, por supuesto, ella sabía que se estaba refiriendo a la Heptarquía. A su familia—. Y entonces —dijo Oruc—, en lugar de una invasión, todos los Sabios, todos los hombres y las mujeres que poseían instrucción..., no, no los meramente instruidos, sino los que eran capaces de comprender las cosas..., todos ellos, uno a uno, sintieron la llamada de Cranning. Un impulso insoportable e irresistible, un impulso que no podía ser negado, de ir a otro sitio. Por lo que dijeron, ni ellos mismos sabían dónde. Pero lo siguieron, y todos acabaron marchando a Cranning. Todos ellos. Estadistas, generales, científicos, profesores, constructores de edificios..., todos los hombres y mujeres en los cuales debe confiar un Rey para gobernar, todos se fueron. ¿Y quién era capaz de continuar una vez que los Sabios se

hubieron ido?

—Nadie —murmuró Paciencia. Ahora estaba realmente asustada, pues él le estaba hablando con tal franqueza de cómo había caído la dinastía de su vieja familia que no le cabía otro remedio sino suponer que pretendía matarla después de que terminara la conversación.

—Nadie. Cranning se los llevó con su llamada, y el Heptarca cayó. Tu bisabuelo no era gran cosa como Heptarca.

—Nunca le conocí —dijo Paciencia.

—Era un hombre bestial. Incluso si echamos a un lado toda la propaganda de mi padre, sus acciones fueron horribles. Tenía la costumbre de conservar las cabezas de sus antiguas amantes y colocaba sus recipientes alrededor de su cama, para que le vieran hacer el amor con la última de sus favoritas.

—Creo que eso debió resultar peor tortura para la amante actual que para las antiguas. Oruc se rió.

—Sí. Aunque tú sólo eres una niña y no deberías oír todas estas cosas. Hay tantas cosas que no deberías saber... Mi médico personal, que sospecho no es ningún Sabio, te examinó antes de que el hombre de las tijeretas te cosiera. Me ha dicho que no hubieras podido hacer un mejor trabajo del que hiciste para provocar el mayor derramamiento de sangre posible sin causar ninguna herida permanente o tan siquiera peligrosa.

—Tuve suerte —dijo Paciencia.

—Tu padre no me contó que te estuviera entrenando en las artes del asesinato.

—Me ha entrenado para servir en la diplomacia. Me ha repetido muchas veces vuestra máxima de que un asesinato en el lugar y momento adecuados puede salvar una incontable cantidad de vidas.

Oruc sonrió y, volviéndose hacia las cabezas, dijo:

—Me halaga citándome mis propias palabras y diciéndome que el gran Señor Paz las repite a menudo.

—Lo cierto —replicó la cabeza más ceñuda— es que fui yo quien te dijo eso por primera vez.

—Estás muerto, Konstans. No tengo por qué darte ese mérito.

Konstans. Ochocientos años antes hubo un Konstans que le devolvió a Korfú la hegemonía sobre todo el Río Alegre, sólo diez años después de que se produjera una invasión gebling, y sin que se llegara a verter ni una sola gota de sangre. Si era el mismo hombre, eso explicaba la decrepitud de su cabeza. Pocas cabezas llegaban a los mil años, y ésta se acercaba ya al final de sus funciones.

—Sigo teniendo mi vanidad —dijo la cabeza de Konstans.

—No me gusta que la haya enseñado a matar. Y con tal destreza que sea capaz de crear la ilusión de la muerte en sí misma.

—Es hija de su padre —dijo otra cabeza.

—Eso es lo que me da miedo —dijo Oruc—. ¿Cuántos años tienes? Trece.

¿Cómo eres capaz de matar, aparte de con el lazo?

—De muchas formas —dijo Paciencia—. Padre dice que no soy lo bastante fuerte como para tensar correctamente el arco, y arrojar la jabalina no es algo que sirva de mucho en nuestro oficio. Pero los venenos, los dardos, las dagas... Crecí con ellos.

—¿Y las bombas? ¿Las bombas incendiarias?

—El deber de un diplomático es matar tan silenciosa y discretamente como le sea posible. —Eso es lo que tu padre dice.

—Sí.

—¿Podrías matarme a mí ahora? Aquí, en esta habitación, ¿podrías matarme?

Paciencia no le respondió.

—Te ordeno que me contestes.

Conocía demasiado bien el protocolo como para dejar que la llevara hasta esa trampa.

—Señor, os ruego que no juguéis conmigo de esta forma. El Rey me ordena hablar de si puedo matar al Rey. Tanto si obedezco como si no, cometo una horrible traición.

—Quiero respuestas sinceras. ¿Por qué crees que conservo todas esas cabezas a mi alrededor? No pueden mentir..., eso fue lo que les hicieron los gusanos de las cabezas, se aseguraron de que nunca puedan responder en forma deshonestas, y de que ni tan siquiera les sea posible guardarse una parte de la verdad.

—Señor, las cabezas ya están muertas. Si deseáis que me comporte igual que ellas, eso es algo que está dentro de vuestro poder.

—Quiero que me digas la verdad y no te preocupes del protocolo.

—Mientras siga con vida, de mi boca no saldrá nunca una palabra que signifique traición. Oruc se inclinó sobre ella, su rostro peligrosamente irritado.

—Muchacha, no me interesa en lo más mínimo tu decisión de sobrevivir al precio que sea. Quiero que me hables con sinceridad. Konstans lanzó una risita.

—Niña, no puede matarte. Puedes hablarle con toda seguridad..., al menos por ahora. Oruc clavó sus ojos en Konstans, pero la cabeza no pareció asustarse por ello.

—¿Lo ves?, depende de tu padre, y cree que tu padre jamás le servirá fielmente a no ser que tú estés aquí como rehén. Viva. Por ello, lo que ahora está intentando averiguar es si también tú puedes serle útil, o si no serás más que una tentación constante para sus enemigos.

El análisis de Konstans tenía sentido, y Oruc no lo discutió. A ella le parecía absurdo que el ser humano más poderoso del mundo la tratara como si ella fuera una adulta potencialmente peligrosa. Pero durante ese proceso su respeto por Oruc estaba creciendo. Muchos gobernantes de categoría inferior a la suya la habrían destruido, así como a Padre, temiendo el peligro que representaban y considerándolo muy superior a cualquier valor que pudieran tener.

Por lo tanto, tomó la decisión de confiar en él. Eso le daba miedo, porque era lo único que ni Padre ni Ángel le habían enseñado nunca: cuándo debía confiar.

—Mi Señor Heptarca —dijo Paciencia—, si la idea de mataros pudiera vivir por un solo instante en mi corazón, entonces sí, lo haría.

—¿Ahora? —En sus ojos había una velada expresión de triunfo.

¿Había ganado acaso una victoria, convenciéndola de que confiará en él?

He empezado; ahora no puedo retirarme.

—Incluso ahora, incluso si os dijera que iba a hacerlo, podría mataros antes de que levantarais una mano para defenderos. Mi padre conoce bien su oficio, y yo he estudiado con el maestro.

Oruc se volvió hacia uno de los huelfos.

—Ve a buscar a mis guardias y diles que arresten a esta muchacha por traición. — Se volvió hacia Paciencia y, con voz tranquila, le dijo—: Gracias. Necesitaba una base legal para tu ejecución. Estas cabezas serán testigos de que afirmaste ser capaz de matarme, y que lo hiciste en mi presencia.

La calma con que la había traicionado fue para ella toda una sorpresa. Y, aun así, no lograba creer del todo en la traición. No, esto es sólo otra prueba, otro movimiento en el juego. Necesitaba realmente a Paz, lo había demostrado siempre al no emprender ninguna acción importante sin consultar antes con Paz, y, por lo tanto, tenía miedo de matar a Paciencia. Nada había alterado ese hecho.

Y, si era una prueba, ella podía superarla. Asintió, agitando suavemente la cabeza.

—Si puedo servir mejor a mi Heptarca muriendo mediante un proceso legal, confesaré ése y cualquier otro crimen.

Oruc fue hacia ella, le tocó el cabello y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Hermosa. La Madre de Dios.

Paciencia lo soportó todo sin alterarse. No iba a matarla. Por el momento, le bastaba con esa victoria.

—Me pregunto si alguien está criando seres humanos, tal y como afirman los tassaliki. No debe ser Dios, dudo que se tome demasiadas molestias con el apareamiento de los humanos en Imakulata..., no, algún otro. Alguien con el poder de llamar a los Sabios. —Sujetó su mentón sin demasiada suavidad y le hizo alzar el rostro—. Si alguien deseara criar seres humanos que fueran magníficos, podría creer que tú eres el resultado de su trabajo. Ahora todavía no, sigues siendo una niña. Pero hay en ti algo que deja adivinar la luz, un brillo en tus ojos...

Hasta ese instante, a Paciencia jamás se le había ocurrido que pudiera ser hermosa. Su espejo no revelaba los rasgos suaves y redondeados que en esos días eran la belleza de moda. Pero en las palabras de Oruc no había ningún rastro de halago o de mentira.

—Mientras sigas con vida —murmuró—, quien te vea querrá mi muerte para que tú puedas ocupar mi puesto. ¿Entiendes eso? Yo y toda mi familia, muertos. No importa si alguien te ha criado para ser lo que eres; existes, y eso es todo. Y no consentiré que mis hijas sean destruidas por ti. ¿Me comprendes?

—Vuestras hijas han sido mis compañeras de juegos durante toda mi existencia —dijo Paciencia.

—Debería matarte. Tu padre llegó a darme ese consejo. Pero no lo haré.

Pero Paciencia sabía también que le faltaba por pronunciar una palabra: todavía.

—Lo que me enfurece no es el que haya elegido dejarte con vida, pues en verdad tu presencia me complace tanto como a cualquiera de los Vigilantes. Lo que me enfurece es que no recuerdo haber tomado la decisión de permitir que sigas con vida. No recuerdo haber hecho esa elección. La decisión, sencillamente, se... se tomó por sí sola. ¿Has sido tú? ¿Se trata de algún truco de manipulación que te enseñó tu padre?

Paciencia no le respondió. Oruc no daba la impresión de haber esperado respuesta alguna.

—¿O estoy siendo manipulado igual que ocurrió con los Sabios? La decisión ha sido tomada en mi lugar porque, sea quien sea, él desea utilizarte, te quiere viva. —Se volvió hacia las cabezas—. Vosotros..., vosotros ya no tenéis voluntad, sólo recuerdo y pasión. ¿Recordáis lo que es elegir?

—Hay un vago recuerdo —dijo Konstans—. Creo que es algo que hice una o dos veces. Oruc les dio la espalda.

—Yo lo he estado haciendo durante toda mi vida. He elegido, consciente y deliberadamente, y luego he actuado tal y como había elegido hacerlo, sin preocuparme de la pasión. Mi voluntad siempre ha controlado la trinidad de mi alma..., los sacerdotes lo saben y por esa razón me temen, por eso no hay todavía ninguna revolución en tu nombre. Creen que cuando lo decida puedo matarte, y que lo haré sin lugar a dudas. No lo saben. No saben que en este asunto carezco de voluntad.

Paciencia creía que sus palabras eran sinceras. Pero, con todo, seguía sin ser verdad. Llegaría un momento en el cual la temería más que ahora y la mataría. Podía sentir esa certidumbre oculta tras cuanto había dicho hasta ahora, pues ése era el cimiento de su poder, el que pudiera matar a quien fuera en cuanto lo decidiera.

—Padre me dijo una vez que hay dos formas de gobernar a los seres humanos. La primera es convencerles de que, si no obedecen, ellos y sus seres amados serán destruidos. La otra es ganar el amor del pueblo. Y también me dijo adónde llevaban esos dos caminos. Con el tiempo, el curso del terror lleva a la revolución y la anarquía. Con el tiempo, el camino del halago lleva al desprecio y la anarquía.

—Entonces, ¿cree que ningún poder puede durar?

—No. Porque hay un tercer camino. Algunas veces se parece al camino del amor y otras veces se parece al del terror.

—¿Un camino que va del uno al otro? Entonces la gente no sabría quién eres en realidad y nadie te seguiría.

—No. No es un camino que vaya y venga de un sitio a otro. Es un camino seguro y recto. El camino de la magnanimidad. La grandeza de corazón.

—Eso no tiene significado alguno para mí. Es una de las virtudes cardinales, pero ni tan siquiera los sacerdotes conocen su significado.

—Amar a la gente tanto que sacrificarías lo que fuera por el bien de todos. Tu propia vida, tu propia familia, tu propia felicidad. Y, después de eso, puedes esperar lo mismo de ellos. Oruc la miró fríamente.

—Estás repitiendo lo que has aprendido de memoria.

—Sí —dijo ella—. Pero te observaré, oh Heptarca mío, y veré si eso es cierto.

—Magnanimidad. Sacrificarlo todo. ¿Quién te crees que soy..., Kristos?

—Creo que eres mi Heptarca, y siempre tendrás mi lealtad.

—Pero ¿y mis hijas? —preguntó Oruc—. ¿Puedes responderme a esa pregunta? Paciencia inclinó la cabeza.

—Mi señor, moriría por vuestro bien y el de vuestras hijas.

—Lo sé. Ya hemos tenido una prueba de ello, y bastante teatral. Eres leal a mí porque tu padre te enseñó a serlo, y él es leal a mí porque ama Korfú tanto como yo. Tu padre es un hombre sabio. Creo que es el último de los Sabios. Creo que si no ha oído la llamada de Cranning ello se debe tan sólo a su linaje. Cuando haya muerto, y es viejo, ya puedo verlo muerto..., cuando haya muerto, ¿cómo podré confiar entonces en ti?

Los guardias que había mandado llamar estaban esperando en el umbral. Les hizo una seña para que entraran.

—Devolvedla al médico y que le saque esos bichos. Luego llevadla de nuevo a la custodia del esclavo de su padre, Ángel. Está esperando en el jardín. —Se volvió hacia Paciencia—. Ha esperado allí durante días, sin moverse ni una sola vez. Un sirviente de gran devoción. Por cierto, he ordenado que se acuñara una medalla en tu honor. Cada miembro de las Catorce Familias la llevará durante esta semana, así como también el Alcalde y el Consejo de Heptam. Manejaste brillantemente la situación creada por el tassali. Lo hiciste a la perfección. Tendré ocasión de volver a utilizar tus talentos. —Le sonrió de un modo más bien horrible—. Todos tus talentos.

Así pues, éste había sido su examen final, y había logrado pasarlo. Tenía intención de usarla como diplomática, por joven que fuera. Y como asesina. Ahora tendría que esperar siempre, como había esperado su padre, a que llamaran de noche a su puerta y a que llegara el mensajero envuelto en sombras con una nota del Rey Oruc. Leería la nota, como había hecho Padre, para descubrir quién debía morir. Después la quemaría y convertiría las cenizas en un polvo muy fino. Después, mataría.

Estuvo a punto de ponerse a bailar por los corredores de la Casa del Heptágono. Ahora ya no le hacía falta ninguna camilla. Se había enfrentado al Rey y él la había escogido, igual que su padre había sido escogido antes.

Ángel reemprendió su educación allí donde la había dejado hacía sólo unos días, como si no hubiera pasado nada. Paciencia era lo bastante inteligente como para no hablar de tales asuntos estando en la Colina del Rey, donde todo era oído y donde de

todo se informaba.

Dos días después, Ángel recibió un mensaje a última hora de la tarde y cerró inmediatamente su libro.

—Paciencia —dijo—, esta tarde bajaremos a la ciudad.

—¡Padre está en casa! —exclamó ella, encantada.

Ángel le sonrió mientras le ponía la capa alrededor de los hombros.

—Quizá podamos ir a la Escuela. Es posible que nos enteremos de algo.

No era probable. La Escuela era una gran zona despejada que se encontraba en el centro de Heptam. Hacía años, los Sabios de todo el mundo habían acudido allí para enseñar a los que la visitaban. Al poseer el Yacimiento de los Ríos y la Isla de las Almas Perdidas, Heptam era conocida como la capital religiosa del mundo; la Escuela hacía de ella también el centro intelectual. Pero ahora, una generación después de la Huida de los Sabios, la Escuela no era más que un pequeño grupo de académicos que recitaban interminablemente palabras muertas y aprendidas de memoria que no entendían. Ángel amaba enseñarle a Paciencia cómo llegar al corazón de un argumento y encontrar su punto débil. Después tenía que enfrentarse públicamente al que se hacía llamar filósofo y hacerle pedacitos. No era algo que sucediera con mucha frecuencia, pero le gustaba saber que era capaz de hacerlo siempre que le viniera en gana. ¿Aprender algo? No en la Escuela.

Y, de todos modos, lo que buscaba ahora no era aprender. Buscaba la libertad. Cada vez que Padre estaba lejos se veía obligada a permanecer tras los altos muros de la Colina del Rey, entre los mismos nobles, cortesanos y sirvientes. Hacía ya mucho tiempo que había explorado todos los rincones de la Colina, y ésta ya no contenía sorpresas para ella. Pero cada vez que Padre volvía a casa, ella quedaba libre. Siempre que él estuviera tras los muros de la Colina del Rey, Ángel podía llevarla a cualquier parte de la ciudad que le viniera en gana.

Utilizaban esas ocasiones para practicar técnicas que nunca podrían utilizar en la Colina del Rey. Los disfraces, por ejemplo. Solían vestirse y hablar igual que sirvientes, criminales o mercaderes, fingiendo ser padre e hija. O, algunas veces, madre e hijo, pues, tal y como decía Ángel, «el disfraz más perfecto es el cambiar de un sexo al otro, pues cuando están buscando a una chica todos los muchachos les resultan invisibles».

Pero la conversación era todavía mejor que los disfraces. Cambiando de un lenguaje a otro podían conversar libremente mientras iban caminando por las calles atestadas de gente. Nadie podía quedarse junto a ellos el tiempo suficiente como para escuchar por entero una de sus conversaciones. Era el único momento que tenía para hacerle sus preguntas más difíciles y peligrosas y para enunciar en voz alta sus opiniones más rebeldes.

Este descenso por la colina hacia Heptam habría sido totalmente feliz de no ser por algo que siempre la entristecía: Padre nunca la acompañaba en estas excursiones. Oruc jamás permitía que los dos abandonaran al mismo tiempo la Colina del Rey. Así

había tenido que ser toda su vida y sus conversaciones con su padre, recelosas y llenas de cautela.

Durante toda su vida había tenido que adivinar el significado real de las palabras de Padre y averiguar cuál era su auténtico propósito, pues muy a menudo le era imposible decir con palabras lo que deseaba hacerle saber.

El único que podía servir como intermediario de sus secretos era Ángel. La llevaría a la ciudad y hablaría con ella. Luego la dejaría de nuevo en la Colina del Rey y recorrería la ciudad con Paz. Ángel era un buen amigo y los dos podían confiar totalmente en él. Pero, pese a los mejores esfuerzos de Ángel, era como conversar todo el tiempo a través de un intérprete. Durante toda su vida Paciencia no había conocido ni un solo instante de intimidad con su padre.

Mientras atravesaban el Don del Rey y la Ciudad Alta, bajando por largos senderos que serpenteaban hacia la Escuela, Paciencia le preguntó a su tutor por qué razón les obligaba el Rey a estar separados de esta forma.

—¿Todavía no sabe que somos sus más leales súbditos?

—Sabe que tú lo eres, Dama Paciencia, pero no ha entendido la razón de ello. Al trataros de este modo no dice nada sobre ti, pero sí mucho sobre él mismo. Cree que teniendo a uno de los dos como rehén durante todo el tiempo puede garantizar la lealtad del otro. Hay muchas personas que pueden ser controladas de esa forma. Son la gente que ama a sus familias por encima de todo lo demás. Dicen que eso es una virtud, pero en realidad es sólo proteger tus propios genes. Autointerés reproductivo. Mediante esa regla vive Oruc. Es un gran Rey, pero su familia viene antes que nada y, cuando llegue la crisis final, también él puede convertirse en un rehén a causa de ella. —Naturalmente, decir algo así era un acto de traición, pero Ángel había repartido la frase entre el gáuntico, el géblico y la jerga de los isleños, con lo cual había muy pocas posibilidades de que un transeúnte comprendiera nada de ella.

—Entonces, ¿soy el rehén con el que se controla a Padre? —le preguntó Paciencia.

Ángel frunció el ceño.

—Eso es lo que piensa Oruc, Dama Paciencia, y por mucho que el Señor Paz le dé garantías de que le sería leal aunque te dejara en libertad, al Heptarca no le parecerán sino más pruebas de que tu padre está desesperado por conseguir vuestra libertad. Y entiende bien mis palabras, jovencita: Oruc piensa también que, si obedeces, es para proteger la vida de tu padre.

—Qué triste debe ser su existencia si piensa que cuantos dicen amarle y servirle voluntariamente son unos mentirosos...

—Los Reyes han descubierto que viven más tiempo cuando dan por sentado lo peor respecto a sus súbditos. No viven de forma más feliz, pero tienden a morir de vejez antes que de la brusca enfermedad a la cual llaman traición.

—Pero Ángel, Padre no vivirá eternamente. Entonces, ¿cuál cree que será el rehén para controlarme?

Ángel no le respondió.

Por primera vez Paciencia se dio cuenta de que existían considerables probabilidades de que no sobreviviera muchos años a su padre. Paciencia era la hija de su segunda esposa, con la cual se había casado a una edad ya avanzada; ahora estaba cerca de los setenta años, y su salud no era de las mejores.

—Pero Ángel, todas las razones que el Heptarca tiene ahora para no matarme seguirán estando en vigor entonces. Si todos los fanáticos religiosos piensan que voy a ser la Madre del Kristos...

—No sólo los fanáticos, Dama Paciencia.

—¿Qué ocurrirá con la legitimidad de su gobierno si me mata?

—¿Qué ocurrirá con la legitimidad del gobierno de sus hijas si no lo hace? Oruc puede mantenerte bajo control, pero cuando muera serás joven y te encontrarás en la cumbre de tus capacidades, y ahora él sabe que eres una peligrosa asesina y una diplomática inteligente con voluntad de seguir viva. El que te mate puede ser peligroso para Korfú y quizá para el mundo entero; el que no te mate es peligroso para su familia. En los días que sigan a la muerte de tu padre tienes que mantenerte alerta y esperar la llegada de algún asesino. Si todo va bien, tu padre sabrá que está muriendo con el tiempo suficiente para hacerme partir. Se espera de ti que sepas cómo tratar con cualquier asesino y salir de la Colina del Rey.

Cuando llegue el crepúsculo del día en que muera tu padre, tienes que esperarme aquí, en la Escuela. Habré encontrado alguna forma de sacarte de la ciudad.

Caminaron por entre los grupos de estudiantes. Las tonterías que proferían los sofistas a cada lado de ellos parecían contrastar amargamente con la idea de su futuro tras la muerte de su padre.

—Y, ¿adónde iré? —Preguntó Paciencia—. He sido entrenada para el servicio del Rey. No creo que pueda dedicarme a ello cuando el Rey intente matarme.

—No digas esas tonterías, Dama Paciencia. Ni por un solo momento se te ha entrenado para el servicio del Rey.

En ese instante todo lo que Paciencia había creído entender de su vida vaciló y se alteró para siempre. Todos sus recuerdos, todo lo que ella creía ser y aquello en lo cual debía convertirse... todo cambió. Mi destino no es aconsejar y servir a un Rey. Mi destino es ser el Rey. No quieren que sea Dama Paciencia. Quieren que sea Agaranthemem Heptek.

Se detuvo. La gente que iba detrás de ella la empujó para poder seguir andando.

—Toda mi vida —dijo—, he aprendido a ser leal para con el Rey.

—Y debes serlo y lo serás —dijo Ángel—. Sigue caminando o los espías que frecuentan este sitio nos oirán, y lo que estamos diciendo es un delito de traición. Eres leal al Rey Oruc por la excelente razón de que para el bien de Korfú y de todas las naciones de la humanidad, en estos momentos, él debe seguir siendo el Heptarca. Pero llegará el momento en el que su debilidad será fatal y entonces, por el bien de Korfú y de todas las naciones humanas, será necesario que asumas el trono y lleses el

etro de la Heptarquía. Y en ese día, Dama Paciencia, estarás lista.

—Entonces, cuando Padre muera, ¿debo ir a Tassal y reunir un ejército? ¿Invadir mi propia tierra y a mi gente?

—En ese momento harás lo que sea necesario para el bien de todo el pueblo. Y en ese momento sabrás cuál debe ser ese bien. No tiene nada que ver con lo que es bueno para ti o para tu familia. Sabes que tu deber tiene preferencia a cualquier emoción o lealtad privada, y ésa es la razón de que en realidad el Rey Oruc no os tenga como rehenes ni a ti ni a tu padre. Si el bien del Rey Oruc requiere que alguno de los dos haga algo que, con toda seguridad, tendrá como resultado la muerte del otro, sabe que no vacilaréis. Eso es auténtica magnanimidad, amor al todo y, por lo tanto, no amar a ninguna de sus partes más que al todo, y no amar a una hija más que a una desconocida en lo que hace referencia al bien de la Casa del Rey.

Era cierto. Padre la dejaría morir si el bien de la Casa del Rey lo exigía. Ángel se lo había dicho por primera vez cuando ella sólo tenía ocho años. En el día de su bautismo formal, la llevó por el Arroyo del Rey a la Casa de las Ataduras, en la Isla de las Almas Perdidas, el monasterio privado del Rey, el leal, no ese nido de sedición que se encontraba en la Casa de las Cabezas, junto al Yacimiento de los Ríos, donde los sacerdotes rezaban abiertamente porque Oruc muriera. Mientras Ángel impulsaba el bote con los remos, le explicó que Padre la dejaría morir con toda seguridad y no haría ningún esfuerzo por salvarla si ello iba en bien de la Casa del Rey. Era algo muy cruel, y Paciencia sintió como si un cuchillo le atravesara el corazón. Con todo, cuando el bautismo hubo terminado y se encontraban de nuevo en el agua regresando a la Casa del Rey, tomó su decisión.

También ella sabría dar muestra de lo grande que era su corazón. También ella aprendería cómo amar más a la Casa del Rey que a su propio padre, pues así debían ser las cosas. Si iba a ser igual que su padre, tendría que rechazar el amor que sentía hacia el anciano. O, quizá, bastaría mantenerlo en reserva, controlado, algo que podía ser eliminado con toda facilidad si alguna vez llegaba a ser necesario por el bien de la Casa del Rey.

Pero, aunque había tomado esa decisión todavía anhelaba tener una ocasión de hablar con Paz, libremente y sin miedo. Incluso ahora, atravesando la Escuela con Ángel, conversando con él sobre sus más grandes temores para el futuro, era agudamente consciente de que Ángel no era su padre.

No tenía ganas de seguir discutiendo sobre lo que ocurriría cuando muriera Padre, así que durante toda una hora estuvo explicándole lo ocurrido en el jardín de la Casa del Heptágono y, más tarde, en las estancias del Rey. Le explicó cómo había, logrado resolver los enigmas e incluso le repitió, casi textualmente, las extrañas doctrinas que Preceptor tenía dispuestas como guías para su destino.

—Bien, lo cierto es que ha contado una historia razonablemente verídica —dijo Ángel—. Los Sabios estaban jugando con la genética de un modo que antes no era posible. Habían desarrollado gelatinas vivientes que leían el código genético de otros

tejidos extraños a ellas y reflejaban la molécula genética en cristales que variaban lentamente en su superficie. Eso permitía a los científicos estudiar el código genético con todo detalle, sin necesidad de efectuar ningún tipo de aumento. Y, alterando los cristales en la gelatina, también se podían alterar las muestras de tejido. Después de eso podían ser implantadas en las células reproductoras del huésped. Una técnica similar impidió que tu padre tuviera una hija durante muchos años. Y fue una técnica similar la que lo alteró, una vez más, para que pudieras nacer.

En la respuesta de Paciencia hubo cierto desprecio burlón.

—¿Así que a Dios no le gustaba que anduvieran hurgando en el espejo de la voluntad y se los llevó a todos?

—El espejo de la voluntad, la trinidad del alma..., no deberías burlarte de ello, incluso si has decidido ser una Escéptica. Esta religión ha sabido perdurar bastante bien a través de los años, y ello se debe en parte a que algunas de sus ideas funcionan. Puedes vivir con la trinidad del alma como un modelo para el modo en que funciona la mente. La voluntad, contenida en las moléculas genéticas..., ¿por qué no? Es la parte más primitiva de nosotros mismos, lo que no podemos comprender, la razón de que finalmente escojamos lo que escogemos... ¿Por qué no poner eso en los genes? Y luego están las pasiones, el deseo de grandeza por un lado y todos los deseos destructivos por el otro. ¿Por qué no situarlos en el nódulo límbico, la parte animal del cerebro? Y la identidad, el sentido del yo, eso es lo que son nuestros recuerdos, el cerebro, todo lo que recordamos haber hecho y visto, y el significado que le damos. Hay cierto poder oculto en concebir tu propio yo de esa forma, Paciencia. Te permite separarte de tus recuerdos y pasiones, imponer disciplina a tu vida. Nunca nos engañamos creyendo que nuestro ambiente o nuestros deseos son la causa de nuestro comportamiento.

—Ve al grano, Ángel. ¿Qué le sucedió a Prekeptor, con o sin su religión?

—Fue enviado de vuelta a su hogar. Aunque debo decir que le diste un susto de muerte. —Antes de que se lo diera, ya estaba temblando.

—No, eso era el amor de Dios. Tu contribución fue el miedo, el miedo de Dios. Tuvieron que lavar sus ropas después de que te vio cortarte el cuello. Se le soltaron todos los esfínteres.

Paciencia se permitió una breve carcajada, aunque no resultaba demasiado bondadoso permitir que algo así la divirtiera. Con todo, él había mostrado tal fervor que no pudo sino reírse al pensar en la crisis de fe que debía haber sufrido, viendo a la Madre de Dios dando toda la impresión de morir antes de que el Kristos hubiera podido hacer su aparición.

Se quedaron en la ciudad durante horas, hablando y jugando hasta que el sol se ocultó tras el Fuerte Senester en la bahía de la Boca Alegre. Después, Ángel la llevó a casa, a ver a su padre.

Antes nunca le había parecido tan viejo y débil. En sus ojos había un extraño vacío, su piel parecía apagada, sin lustre. Se estaba consumiendo día a día. Paciencia

sólo tenía trece años y su padre ya estaba empezando a morir, antes de que hubiera tenido ocasión de conocerle.

Naturalmente, se mostró rígido y formal con ella, y lo hizo deliberadamente, para que estuviera bien segura de que esta conversación iba destinada a un público y no sólo a ella. Le dio una reprimenda y la riñó por su conducta, criticando algunas de las cosas que ella había hecho, cuando Paciencia estaba perfectamente segura de que aprobaba totalmente esos actos.

Y, cuando hubo terminado, le entregó una tira de papel. En ella estaba el nombre del Señor Jeeke de Rűsmouth, un señor de las marcas, una de las Catorce Familias. Debía visitarle con su tutor como parte de un viaje educativo por el reino. El Señor Jeeke debía morir como mínimo una semana después de que ella se fuera, para que nadie pudiera relacionarla con su muerte.

Fue sorprendentemente sencillo. El viaje duró tres días. En su primera noche compartió una copa de vino con el Señor Jeeke, una copa llena de una hormona no humana que, por si sola, era inofensiva. Luego contaminó a la amante de Jeeke con las esporas de un gusano parásito. Las esporas pasaron a Jeeke mediante el contacto íntimo; la hormona hizo que los gusanos crecieran y se reprodujeran rápidamente. Atacaron el cerebro de Jeeke, y tres semanas después estaba muerto.

Cuando les llegó la noticia ya había vuelto a la Colina del Rey. Escribió cartas de condolencia a la familia de Jeeke. Padre las leyó y le dio una suave palmada en el hombro.

—Bien hecho, Paciencia.

Sintió orgullo al oírsele decir. Pero también sentía curiosidad.

—¿Por qué deseaba su muerte el Rey Oruc?

—Por el bien de la Casa del Rey.

—Entonces, ¿se trataba de algo personal?

—La Casa del Rey no es la Casa del Heptágono, Paciencia. La Casa del Rey es todo el mundo.

—¿Por el bien del mundo? Jeeke era un hombre amable e inofensivo.

—Y débil. Era un señor de las marcas y había descuidado sus deberes militares. El mundo era más agradable porque él era un buen hombre. Pero si su debilidad hubiera llevado a una rebelión y una guerra fronteriza, como era probable que ocurriera, muchos habrían muerto y habrían quedado lisiados o sin hogar por culpa de la guerra. Por el bien de la Casa del Rey.

—Su vida contra la posibilidad de una guerra.

—Hay algunas guerras que deben librarse por el bien de la Casa del Rey. Y hay algunas que deben evitarse. Tú y yo somos instrumentos en las manos del Rey.

Luego la besó, y cuando sus labios estaban junto a su oreja le murmuró:

—Me estoy muriendo. No viviré más de tres años. Cuando muera, haz una incisión en mi hombro izquierdo, en el medio, por encima de la clavícula. Encontrarás un pequeño cristal. Debes sacarlo y conservarlo contigo mientras vivas,

sea cual sea el precio.

No puedes morir, Padre, gritó ella en silencio. No hemos hablado nunca, no hemos hablado en toda mi vida. No puedes morir.

Ejecutó cuatro asesinatos más en nombre del Rey Oruc y una docena de misiones distintas. Cumplió los catorce años, y luego los quince. Y mientras tanto Padre aguardaba en la Colina del Rey, haciéndose cada vez más viejo y débil. Cuando cumplió los quince años le dijo que ya no necesitaba un tutor, y Ángel fue enviado a cuidar de unas tierras que poseía fuera de la ciudad. Paciencia sabía lo que eso quería decir.

No mucho tiempo después Padre despertó una mañana sintiéndose demasiado débil para levantarse de la cama. Mandó al sirviente más cercano en busca de un médico y, por un instante, quedaron a solas. Sin perder un segundo, le tendió un cuchillo.

—Ahora —murmuró. Paciencia cortó su carne, y él ni tan siquiera alteró el gesto ante el dolor. De la herida sacó un pequeño globo de cristal, hermoso y perfecto.

—El cetro de los Heptarcas de Imakulata —susurró—. El Usurpador y su hijo jamás supieron qué era ni dónde estaba. —Le sonrió, pero a causa del dolor su sonrisa parecía la de un espectro—. Nunca dejes que un gebling sepa que lo tienes —le dijo.

Una sirvienta entró en la habitación al darse cuenta de que les habían dejado solos durante un tiempo excesivo, pero llegaba demasiado tarde y no vio nada, pues la herida, que sangraba ligeramente, estaba ahora cubierta con toallas, y el minúsculo globo ambarino descansaba en el bolsillo de Paciencia.

Paciencia lo acarició con los dedos y luego lo apretó como si pretendiera sacar algún néctar de él. Mi padre se está muriendo. Padre está muriendo, y lo único que tengo de él es un cristal pequeño y duro que saqué de su carne, cubierto con su sangre.

LA CABEZA DE PADRE



l hombre de las cabezas estaba al otro lado de la puerta mientras Paciencia aguardaba a que su padre muriera. Estaba tendido en la gran cama, con el rostro gris, y le habían dejado de temblar las manos. El día antes, a medida que las noticias de su última enfermedad se fueron extendiendo por la Colina del Rey y acabaron bajando hasta el Don del Rey y la Ciudad Alta, un chorro continuo de visitantes empezó a acudir para decirle adiós y recibir una última bendición. Todos le murmuraban alguna excusa a Paciencia cuando se iban. Fuimos amigos en Balakaim. Me enseñó el huélfico. Pero ella sabía por qué razón habían venido. Habían venido para tocar al hombre que debió ser Heptarca, para verle y para hablar con él. Había muchas bendiciones en el aliento de un Rey agonizante.

Y ahora Paciencia, que durante toda su vida no había oído de él más que sabiduría y palabras brillantes, veía cómo los labios del anciano se agitaban en dos docenas de lenguajes distintos, balbuceando las huecas frases de la cortesía que habían sido el repertorio de su oficio. Era como si Paz debiera purgarse a sí mismo de todas esas cortesías antes de morir.

—Padre —murmuró ella.

La puerta se abrió bruscamente. El hombre de las cabezas echó un breve vistazo al interior de la habitación.

—Todavía no —dijo ella—. Vete.

Pero el hombre de las cabezas esperó hasta ver moverse un poco la mano de Paz. Entonces volvió a cerrar la puerta.

Padre alzó la mano para tocarse la clavícula, al lado de la cual seguía habiendo una pequeña herida sin curar.

—Sí —dijo ella. Padre estaba perdiendo la memoria. Su padre murmuró algo.

—No puedo oírte —dijo Paciencia.

—Paciencia —murmuró él. No estaba muy segura de si pronunciaba una orden o estaba diciendo su nombre.

—Padre, ¿qué debo hacer ahora? ¿Cómo debo utilizar mi vida, si es que puedo conservarla?

Su padre murmuró algo.

—No puedo oírte, Padre.

—Servir y conservar —dijo en huélfico. Y luego, en gáuntico—. La Casa del Rey.

—Oruc nunca me permitirá que le sirva igual que lo hiciste tú —dijo Paciencia en géblico. Su padre le respondió en agaranto, el lenguaje común, un lenguaje que el

hombre de las cabezas debía entender con toda seguridad.

—La Casa del Rey es todo el mundo. —Incluso ahora, muriéndose, debía asegurarse de que el relato de su lealtad llegaba a oídos de Oruc. Paciencia comprendió cuál era su propósito: que Oruc pudiera empezar a dudar de que Paz le hubiera sido desleal alguna vez. Que se preguntara si no les habría estado juzgando erróneamente a los dos durante todo ese tiempo.

Pero Paciencia sabía también que para ella eso tenía otro significado. Aunque no pudiera llevar el título en toda su vida, seguía poseyendo las responsabilidades del Heptarca. Tenía que servir al mundo. Tenía que poseer la magnanimidad universal.

—Me has enseñado a sobrevivir —murmuró—. No a ser una salvadora del mundo.

—O un sacrificio —dijeron sus labios, sin aliento.

Después de eso los labios quedaron inmóviles y el cuerpo se estremeció. El hombre de las cabezas oyó el chirrido de la cama y supo lo que había ocurrido. Abrió la puerta y entró en la habitación, el recipiente en su mano izquierda, el largo alambre del escalpelo en su mano derecha.

—Señorita Paciencia —dijo sin mirarla—, es mejor que no veáis esto.

Pero ella estuvo mirando todo el rato y él no pudo impedirselo, dado que no tenía ni un solo segundo que perder si pretendía conseguir la cabeza con vida. El escalpelo no era sino una versión más tosca y resistente del lazo que había utilizado Paciencia. Lo pasó alrededor del cuello de su padre y colocó en su sitio el extremo del alambre. Luego tiró de él hacia la derecha y hacia la izquierda, cortando al instante la carne y todos los músculos. Hizo falta un instante más para pasar el alambre a través del cartílago y de los nervios que había entre las vértebras. Paz apenas si llevaba muerto más de diez segundos cuando el hombre de las cabezas sostuvo entre sus manos la cabeza del anciano, cogiéndola por la mandíbula inferior, y la colocó delicadamente en el recipiente.

El recipiente osciló durante unos instantes a medida que los gooles que vivían dentro de él buscaban su posición en las venas y las arterias de la garganta que habían quedado al descubierto. Mantendrían viva la cabeza hasta que pudiera ser instalada en el Salón de los Esclavos.

Naturalmente, tampoco le dejaron el cuerpo. El Señor Paz podía haber sido en vida embajador del Rey, pero en la muerte su cuerpo era el del Último Pretendiente, y si los sacerdotes del Yacimiento o de la Isla de las Almas Perdidas conseguían ponerle las manos encima habría un sinfín de problemas. Por tal razón, los sepultureros se lo llevaron al Osario del Rey, y Paciencia se quedó sola en la casa.

No perdió el tiempo: Padre le había explicado hacía ya mucho cuán peligroso sería el momento de su muerte. Lo primero es proteger los secretos, eso era lo que siempre le había enseñado. Nunca había conservado muchos documentos escritos. Los encontró todos en unos segundos y, sin vacilar, los quemó rápidamente y removi6 las cenizas hasta convertirlas en polvo.

Luego cogió el minúsculo globo ambarino que había estado alojado en la carne de su padre y se lo tragó. No estaba segura de si el cristal podría sobrevivir al proceso de la digestión, pero tampoco sabía qué era ni cómo implantarlo en su propio cuerpo, y no quería que lo descubrieran si era registrada.

Ya había preparado su bolsa de viaje. Estaba llena con los útiles de la supervivencia: máscaras y pelucas, dinero y joyas, un frasquito de agua, píldoras de azúcar. No muchas cosas, para que no la estorbaran. Pero sí suficientes. Sus armas estaban ocultas en el cierre, donde podría llegar a ellas con facilidad. El lazo estaba en su cabello. La cerbatana de cristal se encontraba en la cruz que adornaba su seno y el veneno en una píldora de plástico escondida entre los dedos de sus pies. Estaba lista para sobrevivir, como lo había estado durante toda la espera de la muerte de su padre, sabiendo que Oruc se las arreglaría seguramente para que ella muriera al mismo tiempo que su padre, si no de la misma enfermedad que él.

Esperó. La casa estaba vacía, la servidumbre se había ido. Habían estado aquí, espionando, observándola durante toda su vida. Si había albergado alguna esperanza de que Oruc la dejara vivir, la ausencia de los sirvientes bastaba para eliminarla. No quería tener testigos, especialmente no unos testigos que, por su profesión, tenían la lengua muy suelta.

Alguien llamó a la puerta. Era el bailío. Entonces, sería él quien se encargara... Era uno de los muchos esclavos del Rey entrenados para matar obedeciendo sus órdenes. Se disculpó y le enseñó un documento de evicción.

—Es una casa para los esclavos del Rey, señorita Paciencia —dijo—, y el esclavo del Rey ha muerto, debéis entenderlo. —Se interponía entre ella y las demás habitaciones de la casa: no se le permitiría tomar consigo ninguna de sus pertenencias, le explicó. Naturalmente, ellos ya sabían que todo ocurriría así. Ángel se había llevado todo lo importante hacía algún tiempo. Lo recuperaría cuando abandonara la Colina del Rey y se reuniera con él.

Sonrió amablemente y caminó muy despacio hacia la puerta. El bailío no hizo ningún ruido que ella pudiera oír conscientemente, y tampoco hubo sombra alguna. Quizá fue el imperceptible temblor en el suelo de piedra o la leve presión del aire en movimiento sobre su cabello. Sin saber cómo, lo supo, supo que iba a matarla. Se movió hacia la derecha, cambiando la posición de su peso, torciendo el cuerpo y lanzando el pie en un solo y fluido gesto. El bailío acababa de lanzarse sobre ella, con la daga que sostenía en su mano izquierda, y sólo tuvo el tiempo suficiente para que su rostro demostrara la sorpresa que sentía antes de que su pie le golpeará en la rodilla, haciéndole doblarse hacia un lado.

El bailío emitió un agónico jadeo y soltó su daga. Vaya asesino, pensó ella con desprecio. ¿Acaso pensaba Oruc que semejante buey estúpido podía matar a la hija del Señor Paz? Ni tan siquiera hubo una lucha digna de tal nombre. Paciencia dejó la daga clavada en su ojo izquierdo.

Sólo cuando el bailío estuvo tendido en el suelo con la daga en su rostro, como un

airoso adorno, se dio cuenta Paciencia de que, por primera vez, había obrado en contra de la voluntad del Rey. Era sorprendentemente sencillo, y el haber frustrado sus propósitos era todavía más agradable de lo que había sido el servirle. Rey Oruc, has cometido un estúpido error no intentando utilizarme del mismo modo que a mi padre. Tengo cierto don natural para trabajar en el gobierno. Y, ahora, ese don se pondrá en tu contra.

- luego se recordó a sí misma que todavía no era la enemiga de Oruc, aunque él hubiera escogido ser el enemigo de ella. Era una sirvienta de la Casa del Rey, y no haría nada que debilitara su reinado hasta no saber que con ello obtendría un bien mayor que el daño causado.

Fue hacia la puerta y la abrió sin vacilar. Por supuesto, habría soldados por los alrededores, pero lo más probable era que no estuvieran enterados de que ella debía morir. El antiguo linaje todavía gozaba de muchos apoyos. Por lo tanto, y mientras pareciera estar tranquila, lo más probable era que lograra salir de allí. No, nada de tranquila. Abrumada por el dolor.

Al salir de la casa estaba llorando. Era el llanto que Padre tanto había insistido en que debía aprender, el suave sollozar femenino que despertaba la compasión de los hombres y les hacía sentirse fuertes y protectores.

—Es una vergüenza —murmuró uno de los soldados cuando pasó junto a él.

- supo que todos ellos estaban pensando: debería ser la Heptarca. Debería estar en la casa del Heptágono, y ahora ni tan siquiera van a permitir que se quede en la Colina del Rey. Pero lo que ella pensaba era que bastante suerte tendría con llegar viva al día siguiente.

Ángel le había dicho que fuera a la Calle del Almirantazgo sin perder ni un solo instante, apenas intentaran matarla. Habían preparado tres planes de fuga distintos. Pero Paciencia no tenía intención de usar ninguno de ellos. Después de todo, sabía al menos tanto como él de cómo salir y entrar de la Colina del Rey. Cuando era una niña atrapada continuamente tras los muros de la morada real, había sido libre de explorar cuanto le viniera en gana, y conocía caminos para ir por encima y por debajo de las murallas, así como pasadizos secretos en los edificios, y aunque había crecido demasiado como para poder usar ahora algunos de ellos, podía seguir llegando de un punto a otro a través de varios caminos. Y no pensaba abandonar la Colina del Rey hasta no haber hablado con la cabeza de su padre. Durante su vida había sido un hombre distante y sutil, pero ahora le sacaría algunos secretos. Ahora hablaría con ella como no había hablado nunca en toda su vida.

Entrar sin que la vieran en los bien cuidados jardines del Bosque Real fue cosa sencilla. El terreno era blando y resultaba imposible no dejar pisadas en él, pero no tardó en hallarse trepando por las ramas de los árboles, pasando de uno a otro. Estos

gigantes habían sido ancianos cuando su bisabuelo gobernaba en la Casa del Heptágono y las Catorce Familias le habían ofrecido sus cabezas para siempre. Ahora sus hojas la ocultaban y sus ramas le servían de camino para llegar hasta la muralla sur del jardín. No podrían seguir sus pisadas por el aire.

Se detuvo durante unos instantes en el seguro refugio que le ofrecía un macizo de ramas para quitarse sus ropas de mujer. Debajo de ellas llevaba los pantalones cortos y la holgada camisa de un muchacho campesino. Ya casi estaba demasiado crecida para desempeñar tal papel, dado que en estos tiempos los muchachos adoptaban los pantalones largos y la camisa de las distintas profesiones tan pronto como les era posible. Al menos todavía no tenía los pechos muy grandes, y Padre había sido lo bastante amable como para no morirle durante su período. Se ensució el rostro, se quitó la peluca de un tirón y se revolvió su corta melena hasta dejarla bien desordenada. Decidió guardar la peluca: le iba perfecta, y sería difícil encontrar otra. La metió en su bolsa, y el vestido lo dejó en el hueco formado por una rama. Era negro, naturalmente, y resultaría difícil verlo desde el suelo.

Cuando llegó al muro ya casi era de noche, y Paciencia se dejó caer al suelo en la Calle del Granero. Nadie la vio. Tomó prestado uno de los carros y fue llevándolo hacia la Calle de la Despensa, tirando de su cuerda. Tras años de haber practicado con Ángel, su paso de muchacho era totalmente convincente. Nadie la miró más de una vez. No tuvo ningún problema cuando dejó su carro y fue caminando, como hacían muchos sirvientes, a ofrecerles sus respetos a los muertos que había en la Sala de los Esclavos. Si quienes la vieron hubieran pensado en examinar más atentamente su rostro quizá la hubieran reconocido: la hija del Señor Paz poseía el rostro más conocido de toda la Colina del Rey. Pero, como siempre había dicho Ángel, la esencia del disfraz es rehuir todo examen hecho de cerca. El vestido, el modo de andar, la suciedad y su tosco aspecto general hacían que nadie se fijara en ella.

El portero no estaba en su sitio pero de haberse encontrado ahí no le habría causado ningún problema. Estaba casi ciego.

Fue caminando por entre los estantes de cabezas vivas. Había pasado muchas horas ahí, y conocía a la mayor parte de los rostros, y había conversado con muchos de ellos. Ministros muertos hacía largos años, servidores de reyes igualmente lejanos en el tiempo, hombres que ejercieron el vasto poder de los monarcas a los cuales influían o que sirvieron como la voz del Rey en centenares de cortes extranjeras. Como de costumbre, la mayor parte de los ojos estaban cerrados, dado que pocos de los muertos encontraban placer en la compañía de los vivos. En vez de ello, soñaban y recordaban, recordaban y soñaban, invocando con perfecta claridad todo aquello que habían visto o sentido en algún instante de sus vidas. Sólo unos pocos la vieron pasar y, aunque alguno de éstos hubiera sido capaz de sentir curiosidad hacia ella, no podría haber vuelto su cabeza para ver hacia dónde se encaminaba.

Naturalmente, Padre no estaría aquí, ni entre los favoritos de los pisos superiores. Era demasiado pronto para eso: antes hacía falta entrenar su cabeza y doblégarla a la

voluntad del Rey. Así pues, Paciencia se dirigió hacia un lugar situado bajo las escaleras, donde a una de las rejillas de ventilación le faltaba una de sus tablillas de madera. El clima era lo bastante cálido como para que no se hubiera encendido ninguno de los hornos, y el aire era fresco en el pasadizo de piedra. Fue bajando por entre la oscuridad. Al llegar al fondo giró hacia... ¿la izquierda?; sí, la izquierda, y avanzó a rastras hasta llegar a una reja de madera en el suelo. Bajo ella todo estaba oscuro. Todavía no habían empezado con Padre.

Se quedó tendida cerca de la reja, totalmente inmóvil, escuchando los sonidos que se filtraban por el sistema de calefacción. En todo el Salón de los Esclavos había sitios en los que se podían oír claramente las conversaciones gracias a tales pasadizos. Una buena parte de la autoeducación de Paciencia en la política había tenido lugar aquí, mientras escuchaba a los más inteligentes de entre todos los ministros y embajadores intentar arrancarles información a los muertos o conspirando por el poder con los vivos.

Para su sorpresa, habían venido al Salón de los Esclavos en su busca: oyó cómo los soldados interrogaban al portero y registraban los pisos del público. Pero no parecían buscar con mucho entusiasmo, y no lo hacían porque esperaran encontrarla aquí, sino porque se les había dicho que buscaran en todas partes. Bien. La habían perdido en el Bosque Real, y no tenían ni idea de dónde había ido a partir de ahí.

Un poco más tarde, el guardián de las cabezas entró en el cuarto del sótano, encendió las potentes lámparas de aceite y empezó a trabajar en su padre.

Había oído hablar antes del proceso, y lo había visto más de una vez. Hizo falta menos de una hora para unir los gusanos de la cabeza con los nervios que había en la espina dorsal de su padre. Paciencia observó fríamente el rostro de su padre, a veces retorcido en agonía, pues la mayor parte de los nervios causan dolor cuando son despertados por los gusanos de las cabezas. Finalmente, el guardián de las cabezas despidió a sus aprendices. El proceso físico había terminado.

Los huesos del cuello fueron unidos a un tablero de madera, la tráquea fue conectada a la vejiga del aliento, y el cuello quedó rozando la gelatina, que alimentaba a los gusanos aferrados a sus nervios y a los gooles que enviaban sus zarcillos a través de sus vasos sanguíneos. Mantendrían con vida su cabeza e intactos sus recuerdos durante el próximo millar de años..., o hasta que un Rey se cansara de él y mandara tirar su cabeza.

Después de eso, el guardián de las cabezas habló con él, haciéndole varias preguntas. Adiestró a los gusanos, dejando caer ciertos productos químicos en el recipiente cuando las respuestas del Señor Paz eran las adecuadas y otros distintos cuando parecía vacilar o se mostraba nervioso. Los gusanos aprendieron rápidamente qué nervios de la cabeza causaban placer y cuáles, por el contrario, sufrimiento.

En muy poco tiempo estuvieron listos, y no les hizo falta más estimulación por parte del guardián de las cabezas. Ahora los gusanos podían ser excitados por el aumento de tensión causado por la resistencia o la mentira. Y, a su vez, estimularían

otros nervios, de tal modo que la cabeza sentiría anhelos apremiantes e insoportables: la vejiga o el vientre llenos a reventar, el hambre, la garganta reseca por la sed, los nervios del placer sexual continuamente al borde del orgasmo pero sin ser capaces de llegar nunca a él... Cuando la cabeza fuera sincera en sus respuestas, obtendría cierto grado de alivio. Cuando mintiera, los anhelos aumentarían hasta convertirse en una agonía. Aisladas de sus cuerpos, las cabezas nunca poseían mucho aguante y su voluntad solía quebrarse en una sola noche, sin importar la resistencia que intentaran oponer.

Paciencia hizo acopio de toda su calma, preparándose para escuchar la gran resistencia que opondría su padre antes de que los gusanos logaran vencerla. Y, al principio, dio la impresión de que su resistencia iba a ser larga y dolorosa. Y entonces, para su sorpresa, empezó a gimotear. Era un sonido que nunca le había oído antes, aunque creía conocer todos los matices de su voz.

—No importa lo que yo haga —dijo—. Siempre podéis conseguir que la sensación sea peor que antes.

—Eso es —dijo el guardián de las cabezas—. Los gusanos descubrirán lo que más anhelas, y nunca estarás satisfecho hasta que aprendas a decir la verdad.

—Volved a preguntarme. Preguntadme lo que queráis.

Lo hicieron, y él respondió. No hubo ninguna resistencia. Cosas íntimas, cosas horribles, secretos de estado, los secretos de su propio cuerpo. Paciencia le escuchó con repugnancia. Había estado preparada para el dolor de su padre, pero no para su rápida capitulación.

Creyeron que les estaba oponiendo resistencia cuando dijo ignorar dónde estaba Paciencia. Pero Paciencia sabía que no estaba guardándose nada. Quizás había sabido lo fácil que sería vencer su resistencia, y tal vez por ello la había preparado tan bien para su huida. Tenía que haber conocido su propia debilidad, aunque hasta ahora la había ocultado a todos.

—Sabía que me lo preguntaríais, y por eso me aseguré de no conocer la respuesta. Hace un año hice que Ángel preparara sus planes con ella y le dije que no me los contara. Entonces, cuando sentí que la muerte se acercaba, hice que Ángel se fuera... sabía que lo primero que harían sería matar a su guardaespaldas. Paciencia tendrá que arreglárselas por sí sola hasta que lo encuentre. Pero Ángel y yo entrenamos cuidadosamente a mi hija, caballeros. Habla todos y cada uno de los lenguajes que yo hablo, es más diestra que el propio Ángel en el asesinato, y es mucho más lista que cualquiera de los consejeros del rey. Nunca la cogereis. Probablemente ya se ha ido.

El guardián de las cabezas acabó creyéndole.

—Le diremos al Rey que ahora estás preparado.

—¿Vendrá y hablará conmigo? —preguntó la cabeza.

—Si lo desea, sí. Pero nadie más vendrá, nunca. Con todo lo que sabes, no correrá el riesgo de colocarte en la cámara del público. ¿Quién sabe? Puede que te instale en sus aposentos privados. —El guardián de las cabezas se echó a reír—. Podrás

observar todos los momentos íntimos de la vida del Rey, y él podrá obtener tus consejos siempre que lo desee. Hay precedentes, ya lo sabes. Tu abuelo...

—Mi abuelo era una ruina humana, un perverso. El Rey Oruc no lo es.

—Eso espero —dijo el guardián de las cabezas.

—El Rey Oruc es un gran Heptarca.

El guardián de las cabezas le miró con suspicacia. Luego sonrió.

—Hablas en serio. Y durante todo este tiempo la gente pensó que servías a Oruc porque tenía a tu hija como rehén..., y ahora resulta que eras realmente leal. Débil, sin carácter... —El guardián de las cabezas le dio una leve palmadita en la mejilla—. No eras nada, y ahora eres menos que nada.

Apagó las luces y se fue.

Apenas se hubo ido y la llave de latón hubo girado en el cerrojo, Paciencia levantó la reja y se dejó caer en la habitación.

—Hola, Padre —dijo. Buscó a tientas en la oscuridad hasta encontrar la vejiga del aliento. Bombeó aire para que pudiera hablar.

—Vete —dijo él—. Ya te he enseñado cuanto sé.

—Cierto —dijo ella—. Ahora quiero que me hables de todo lo que temes.

—Ahora ya no temo a nada —dijo él—. En estos momentos estoy vaciando mi vejiga, algo que no he podido hacer sin dolor durante los últimos tres años. Vete.

—No tienes vejiga ni orina, Padre. Es sólo una ilusión.

—Mi querida muchacha, la única realidad que el ser humano conoce es la que le explican sus nervios, y ahora los míos están diciéndome eso... Oh, muchacha malvada, gusano desagradecido, los gusanos de las cabezas me están torturando porque me resisto a ti.

—Entonces no me resistas, Padre.

—No soy tu padre, soy un pedazo de tejido cerebral muerto que es mantenido con vida por los zarcillos de los gooles y estimulado por los gusanos adiestrados para ello.

—Nunca fuiste mi padre. —¿Era eso un nudo en la garganta de él? ¿Un leve jadeo de sorpresa?—. Siempre me hablaste haciendo discursos para que los sirvientes pudieran oírlos. Ángel fue el único padre que he tenido.

—No malgastes tu tiempo intentando hacerme daño. Estoy más allá de eso.

—¿Recuerdas haberme querido alguna vez?

—No lo recuerdo. Si lo hice, desde luego que ahora ya no te quiero. Lo único que ahora deseo es orinar para siempre. Cambiaría alegremente una hija por una próstata en buen estado.

Pacencia encontró los fósforos allí donde los había dejado el guardián de las cabezas y encendió una lámpara. Los ojos de su padre parpadearon ante la luz. Ella le sonrió.

—Se lo contarás todo a Oruc, pero antes me lo contarás a mí. Durante toda mi vida has sido capaz de tener secretos. Pero ahora ya no es así.

—No te hace falta conocer ninguno de los secretos. Me cuidé de que lo supieras

todo. Te creí lo bastante inteligente como para suponer que todas y cada una de las palabras de Ángel venían originalmente de mis labios.

—Me dijo que permitirías mi muerte si con ello se ayudaba a los intereses de la Casa del Rey.

—¿Qué prefieres? ¿Quieres oírme decir que consideraba más importante tu vida que la del mundo entero? ¿Qué clase de monstruo egoísta eres?

—Soy un ser humano —dijo ella.

—La peor especie de monstruo —respondió él—. Todos somos monstruos viviendo en el más completo aislamiento, enviando palabras igual que embajadores suplicando tributos y adoración. Quiéreme, quiéreme. Y luego, cuando te contestan: «Te quiero, te adoro, eres grande y bueno», esos monstruos dudan, esos monstruos saben que es una mentira. «Demuéstralo», dicen. «Obedéceme, dame poder». Y cuando son obedecidos, los monstruos se vuelven más hambrientos todavía. «¿Cómo sé que no me estás manipulando?», exclama el monstruo. «Si me amas, muere por mí, mata por mí, ¡dámelo todo y no te quedes nada para ti!».

—Si todos los seres humanos son monstruos, ¿por qué sacrificar nada por ellos?

—Porque son monstruos muy hermosos —susurró él—. Y, cuando vivimos en una red de paz y esperanza, cuando confiamos en el mundo y sus apetitos más hondos han sido satisfechos, entonces, dentro de ese sistema, de esa delicada telaraña, se puede encontrar la paz. Por eso vivimos, para unir a los monstruos entre ellos, para matar su miedo y hacer que nazca su belleza.

—Todo eso no es sino el misticismo sobre el que balbucean los sacerdotes.

—Es aquello sobre lo cual balbucean los sacerdotes.

—Has sacrificado la posibilidad del poder, nos has convertido en desconocidos durante todos estos años, ¿y todo eso por alguna conexión invisible e inexistente entre seres humanos a los que ni tan siquiera has llegado a conocer? —Intentó poner en su voz todo el desprecio posible.

—Tienes quince años. No sabes nada. Vete.

—Sé que tu vida ha sido una mentira, un puro disfraz.

—Y cuando he dejado caer el disfraz y te he dicho cuál ha sido la razón de mi vida, te has burlado de mí. ¡Balbuceos de sacerdotes! ¿Piensas acaso que algo no existe sólo porque es invisible? Entre los fragmentos infinitesimales de la materia no hay nada salvo el espacio vacío; lo único que los une entre sí es su conducta, su influencia sobre cada uno de los demás, y, pese a todo, de esas huecas e invisibles conexiones está construido cuanto existe en el universo. La mayor parte de él está vacío, la red no siente nada. Mas si por un solo instante se rompiera la red, todo se desvanecería, dejando de existir. ¿Piensas que las cosas son distintas para nosotros? ¿Piensas que existes con independencia de la relación que tengas con los demás? ¿Piensas que puedes servir a tus propios intereses sin servir también a los suyos? Entonces debí matarte en la cuna, porque no eres digna de ser Heptarca.

Vio en su rostro el mismo fervor que había visto antes en el de Prekeptor.

También Padre era un creyente. Pero ella no podía creer en que todo eso fuera algo por lo cual una persona podía llegar a sacrificarse.

—¿Era éste el secreto que me has ocultado durante tantos años? ¿Era esto lo que me habrías dicho si hubiéramos podido estar a solas durante un segundo y ser sinceros el uno con el otro? ¿Era esto lo que he anhelado durante toda mi vida? —Le había enseñado a demostrar el más devastador desprecio como otra herramienta diplomática. Ahora la estaba usando—. Podría haber aprendido eso mismo de cualquier profesor en la Escuela.

El rostro de su padre se relajó una vez más, volviendo a esa expresión neutral que utilizaba cuando no deseaba que los demás percibieran sus emociones.

—Si no sales de aquí ahora mismo, antes de que lleguen Oruc o sus hombres, es muy probable que pases conmigo los siguientes mil años, otorgándome el privilegio de tu cariñosa compañía mientras los gooles te van sorbiendo con lentitud dentro de un recipiente de sopa. No te aprecio tanto como para desear tu compañía. Solía pensar que eras una niña bien educada, pero ahora me doy cuenta de que no eres sino una mocosa egoísta y falta de toda consideración.

—No —dijo ella—. Hay cosas que necesito saber. Asuntos prácticos, cosas que puedo utilizar para sobrevivir.

—Se te enseñó a sobrevivir desde la infancia. Sobrevivirás. Vete.

—¿Cuál era el mayor de todos tus temores?

Su rostro adoptó una burlona expresión de fervor y devoción.

—Que murieras. Hice cuanto pude para mantenerte con vida. De lo contrario, ¿por qué crees que serví con tal fidelidad al Hijo del Usurpador? Eras su rehén.

Quería hacerle creer que estaba mintiendo. Pero Paciencia se dio cuenta de que los gusanos no le estaban atormentando. Le había dicho la verdad. Sencillamente, no quería dejarle ver que era la verdad. Por lo tanto, estaba haciéndole las preguntas que le darían las respuestas que deseaba.

—¿Por qué tenías tanto miedo de que muriera?

—Porque te quería. Entonces, cuando estaba vivo. Lo recuerdo borrosamente.

Pero esto era una mentira. Vio el temblor en las comisuras de sus labios: los gusanos controlaban sus nervios, y le torturaban de formas inconcebibles cuando se resistía. Por lo tanto, no era amor. Era otra cosa. Y pensar en ello la devolvió a una época de su primera infancia, a la noche que con mayor frecuencia surgía en sus pesadillas. En el rostro de su padre había ahora algo que le recordaba su rostro de aquella otra noche.

—Aquella noche me estabas mintiendo —le dijo—. Ahora me doy cuenta de que me mentiste sobre algo.

—¿Qué noche? —le preguntó él.

—Padre, ¿qué fue lo que no me dijiste aquella noche, cuando te trajeron el cuerpo de Madre en siete sacos?

—¿Recuerdas eso?

—Se me ha quedado en la memoria, no sé por qué razón.

Su padre enarcó una ceja.

—No lo recuerdo.

—Lo recuerdas, ahora más que nunca.

—Que Dios me ayude. Si debo recordar esa noche, entonces ten compasión, sácame de aquí y déjame morir.

—Esa noche, cuando abriste el primer saco y viste lo que contenía, gritaste: «Nunca iré, nunca dejaré que la tengas, a mi hija no, nunca, nunca». ¿A quién le estabas gritando? ¿Qué te hizo sentir tanto miedo? Temblabas, Padre. Nunca te vi temblar, ni antes ni después.

—Tenía miedo del Rey Oruc, por supuesto.

—Nunca le tuviste miedo. Y el mentir no es bueno para ti..., ¿ves lo que te hacen los gusanos?

Su padre cambió bruscamente de táctica. Sonrió y, con voz sarcástica, dijo:

—Hasta el guardián tenía un poco más de compasión. Ahora me siento como si llevara un mes con estreñimiento y se me acercara un ataque de diarrea. No tienes ni idea de cuán malos pueden llegar a ser estos gusanos.

—Cuéntamelo y podrás descansar.

Y, como si no tuviera la menor importancia, su padre dijo:

—Temía la llamada de Cranning. Mis gritos iban dirigidos hacia el que hace la llamada, sea quien sea.

—¿Quién puede ser, sino el rey gebling? —preguntó Paciencia.

—Oh, entonces, ¿crees haber resuelto el enigma?

—Ángel me dijo que los reyes gebling siempre han sido capaces de controlar a los suyos sin necesidad de hablar. De mente a mente.

—¿Te dijo Ángel que ese poder de los geblings jamás ha tenido efecto en los seres humanos? Cuando los geblings se llaman entre sí nosotros nos quedamos igual, sordos como postes.

—La llamada de Cranning... Si no son los geblings, entonces, ¿de quién es, y por qué la temes?

—No sé de quién o de qué es, pero me da miedo. Temo lo que puede hacer con la gente. Los Sabios de los tiempos del Abuelo eran brillantes y fuertes, las mayores mentes en toda la historia del mundo, trabajando en equipo, construyendo cada uno sobre lo que el otro había aprendido, hasta llegar a hacer cosas que jamás se habían visto en ningún mundo. Aquí, donde el hierro es tan difícil de encontrar que nunca hemos podido confiar en las máquinas que siempre hicieron poderosos a los seres humanos, lograron encontrar la clave de los poderes de la vida. No eran sólo miserables criadores de especies como los tassaliki, o como los viejos científicos que crearon estos gusanos y gooles hace cuatro mil años... No, en comparación, éstos eran meros aprendices. Los Sabios de los tiempos del Abuelo le habían enseñado a los cromosomas cómo decir sus propios nombres en forma de cristales, átomo por átomo,

en modelos que podían ser vistos y leídos por el ojo sin ningún tipo de ayuda. Descubrieron cómo hacer que los peces de la pasión se aparearan con moluscos para crear las plantas crésidas. Y cuando yo nací, me cambiaron para que nunca pudiera engendrar más que hijos.

Paciencia pensó en ello durante un instante.

—Lo hicieron para que no pudiera cumplirse la profecía. Para que así no hubiera ninguna séptima hija de dos séptimas hijas.

—Sí, ése era el plan.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Por qué hiciste que Ángel deshiciera lo que ellos habían hecho? No creo que te convirtieras en un Observador.

—No, no me convertí en un Observador. Los Sabios me hicieron eso cuando aún era un niño. Apenas hubieron conseguido que mi cuerpo fuera incapaz de engendrar hijas, empezó la llamada de Cranning. Uno a uno, los mejores de entre ellos empezaron a irse. Se marchaban, para enseñar en algún otro sitio. Se retiraban al campo. Eran enviados como embajadores o gobernadores. Pero nunca llegaban a su destino. En vez de eso, se les veía a lo largo de los caminos y los ríos que llevaban a Cranning.

—¿Tu padre era Heptarca entonces?

—Todavía no. Mi padre observaba lo que le estaba ocurriendo al Imperio a medida que todos los hombres capaces iban desapareciendo. Fue a verles y les suplicó que no se marcharan. Los que aún no habían sentido la llamada de Cranning hicieron sus más solemnes votos de que se quedarían. Los que la habían sentido, sin embargo..., éstos prometieron cualquier cosa, pero rompieron todas sus promesas. Y el Abuelo no hizo nada para detenerles. Era una época aterradora, con provincias enteras en rebelión y el ejército en desorden. Padre acabó haciendo arrestar al Abuelo y ocupó el gobierno.

—Así que el Usurpador no fue el primero en derribar a un Heptarca.

—Por el bien de la Casa del Rey, incluso la traición. Sí. Pero era demasiado tarde. Incluso cuando llegó a torturar a unos cuantos, cuando llegó a matar a otros como ejemplo..., incluso entonces se fueron. Incluso cuando les cortó las cabezas y las puso aquí, en el Salón de los Esclavos, la llamada de Cranning era tan fuerte en sus cerebros que los gusanos carecían de poder sobre ellos. La llamada de Cranning era más apremiante que cualquier cosa que pudieran hacerles los gusanos.

—¿Y para qué les querían?

—¿Crees que Padre no intentó descubrirlo? Pero ni ellos mismos lo sabían. Y nadie llegó a saber nunca qué fue de ellos una vez que llegaron a Cranning. Los espías de Padre jamás volvieron. Y, después de unos cuantos años, el Imperio estuvo perdido. Doce de las Catorce Familias se habían revelado. El padre de Oruc encabezó la rebelión. Pero entonces no se le llamó el Usurpador. Se le llamó el Libertador. Dijo que había venido para restaurar al Abuelo en el trono del Heptarca, el sitio que por justicia le pertenecía. —Ah.

—Padre tendría que haber matado al Abuelo.

—¿Igual que Oruc tendría que habernos matado a nosotros?

—El Abuelo no era la... séptima hija de dos séptimas hijas. —El Señor Paz cerró los ojos. Paciencia sabía que, de haber conservado aún su cuerpo, habría juntado las yemas de los dedos y luego se las habría llevado a los labios; casi pudo ver cómo sus manos se levantaban en el aire. Por primera vez sintió que todo su ser se llenaba de dolor a causa de su muerte, al verle así, medio vivo, recordándole cuando había estado vivo del todo. Con un esfuerzo, logró apartar de ella ese sentimiento.

—¿Cómo nací, Padre?

—Mi padre perdió la ciudad de Heptam antes de que yo me hiciera adulto. Yo mandaba un ejército, él mandaba el otro. Perdió la batalla, fue capturado y le mataron. Yo jamás llegué a ser derrotado. Vagué por las tierras salvajes con una pandilla de guerrilleros cada vez más reducida en número. Uno a uno mis hijos llegaron a la edad adulta. Uno a uno les mataron. El enemigo parecía encontrar a mis muchachos con tanta facilidad..., como si algún traidor les condujera. Era como si algún tremendo poder invisible les guiara para que los destruyeran a todos, salvo a mí. Todos menos yo. Mi primera mujer, mi padre, mis hijos, y sólo yo seguía con vida.

—Para que pudieras engendrar a la hija de la profecía.

—Estudí las crónicas. Comprendí que el declive de mi familia empezó casi en el mismo instante en que ellos me quitaron la capacidad de engendrar hijas. Por ese crimen se llevaron a los Sabios y se perdió el trono. Verás, Paciencia, las profecías que esos hombres de ciencia habían creído no eran más que supersticiones..., bien, alguien o algo que poseía un gran poder deseaba verlas cumplidas. Y pensamos..., pensamos que si encontrábamos una forma de eliminar lo hecho, si se hallaba una forma para que yo pudiera tener una niña, quizás entonces los Sabios volvieran a casa y todo podría ser de nuevo como antes. El mundo podría estar de nuevo en paz. Pero ¿cómo podíamos deshacer la obra de los Sabios de forma que mi hija pudiera nacer? ¿Quién sabía cómo hacer eso, cuando los Sabios se habían marchado todos?

—Ángel —dijo Paciencia—. Conozco la historia.

—Entonces yo tenía cuarenta años. Vino a mí, por aquel tiempo él era muy joven, y me contó que había estado examinando los diarios de los grandes hombres, y creía conocer una forma de refrescar y revivir mi esperma creador de hembras. Me lo explicó, pero fui incapaz de entenderlo; mis conocimientos sobre genética son los de cualquier hombre educado, pero él había profundizado en la matemática y la química de esa ciencia, los catalizadores y los anticatalizadores, los inductores y los bloqueantes. Le dije: «Sabes demasiado. Te has convertido en uno de los Sabios. La llamada de Cranning llegará también a ti». Lo único que hizo fue sonreír y responder: «Señor Paz, Heptarca mío, si el que llama quiere que tengas una hija, entonces me dejará permanecer aquí».

—Así que mi nacimiento..., servía a los propósitos de la llamada de Cranning.

—Ángel y yo discutimos al respecto. Yo dije que era mejor estar castrado que ceder ante la voluntad de este enemigo. Pero al final acabamos llegando a esta conclusión: no sabíamos cuál era el propósito que te reservaba la llamada de Cranning, pero sabíamos que mientras no nacieras el mundo seguiría estando sumido en el desorden. Por aquel entonces nos encontrábamos en Ilium, bajo la protección de la Dama Hekat. Nos dijo que las profecías eran ambiguas. La séptima hija de dos séptimas hijas es llamada la destrucción del mundo y también la salvación del mundo. ¿Por qué no dejar que nazca y enseñarla luego a ser una salvadora? Por eso tomé a la Dama Hekat como mi segunda esposa, y Ángel hizo el cambio en mí, y naciste.

—La Dama Hekat... —dijo Paciencia, viendo el rostro de su madre como lo había visto la última vez que estuvo en su presencia. Llorando cuando los soldados le quitaron a su hija, gritando: «Hija mía, hija mía, mi niña, que Dios sea contigo, que siempre esté contigo», y luego esa llamada a la puerta de Padre, y el repentino grito de agonía cuando Padre vio lo que había dentro de la bolsa. Vio el rostro de él. El rostro de él, el rostro de Madre, la misma agonía—. Y me entrenaste para ser una asesina —dijo.

—Te enseñé a servir a la Casa del Rey. Por mucho que creas odiarme ahora, te conozco. Siempre actuarás en bien de la Casa del Rey. Eres la esperanza de la humanidad. No como creen los Observadores y los Vigilantes, como la simple madre de algún supuesto dios. No; tú misma, sin necesidad de nada más. Lo sé.

—Soy una niña, tengo quince años. No soy la esperanza de nada ni de nadie. No tengo ningún gran propósito en mi vida.

—Si no tienes ningún propósito propio, entonces cumplirás el de la llamada de Cranning. Te está esperando, Hija. Pero Ángel y yo hemos hecho cuanto pudimos para enseñarte la razón por la que vive el Heptarca. Si no has logrado aprenderlo, no había nada más que pudiéramos hacer.

—No sabes nada, Padre. No sabes quién está llamando desde Cranning, no sabes qué quiere de mí, ni tan siquiera sabes qué soy.

—¿Cómo podría saberlo, Paciencia? Yo también sentí la llamada de Cranning. ¿Te sorprende? Jamás la sentí hasta tu nacimiento, pero entonces empezó a dejarse notar. Un terrible deseo de llevarte ahí, de llevarte hasta Pie del Cielo y entregarte... a quien esté esperando ahí, sea quien sea. Cada vez que estaba contigo, durante toda tu vida, sentía un anhelo, peor que cuanto puedan hacerme estos miserables gusanos. Por eso he pasado contigo tan poco tiempo como me ha sido posible, temiendo que pudiera acabar cediendo bajo ese dolor, temiendo llevarte ahí antes de que estuvieras preparada.

—¿Preparada para qué?

—Para enfrentarte a lo que te espera ahí.

—¿Estoy preparada ahora?

—¿Cómo puedo saberlo? Pero te he preparado de la mejor forma que he podido,

durante toda mi vida. Ahora, confía en Ángel. Es el último de los Sabios, el único que puede protegerle de la criatura que llama el Unwyrm.

—¿Conoces su nombre?

—Una profecía dice que convertirás el mundo en la madriguera del Unwyrm y se lo entregarás, y que toda la humanidad morirá y volverá a nacer. Es la única profecía que le da un nombre.

—¿Quién hizo esa profecía?

—Supongo que un profeta. Lo que importa es que la llamada de Cranning demuestra que las profecías son ciertas..., o que algún poder al que no se puede vencer quiere que lo sean, lo cual acaba siendo más o menos lo mismo.

—No existen los poderes imposibles de vencer —dijo Paciencia—. Eso es lo que siempre me enseñaste.

—Vete ya, Paciencia. Te lo he contado todo. No dejes que te encuentren aquí o toda mi vida no habrá servido para nada. Y, si me lo preguntan, deberé contarles que te he visto. Les daré una pista reciente para que puedan seguirte.

Estuvo a punto de obedecerle. Pero entonces se dio cuenta de que no había respondido del todo a su pregunta. Seguía habiendo un temblor en su rostro, una señal de que se estaba resistiendo, de que no le había dicho todo lo que ella le había pedido.

—Cuéntame una historia más —dijo.

—No hay más.

—Está la que no quieres contarme.

El rostro se retorció en una mueca mientras la cabeza intentaba resistir el apremio de los gusanos.

—¡Déjame en paz, niña! Deja que mi nombre sea algo más que una terrible ironía.

—No sé qué es lo que tanto deseas callar, pero, sea lo que sea, es lo que más falta me hace en estos momentos.

—¡Te equivocas, estúpida! ¡Si necesitaras saberlo te lo habría contado! Déjame este secreto para que me lo lleve a la tumba.

—¡Te lo arrancaré, Padre! ¡Conoceré el secreto o esperaré aquí hasta que Oruc me lleve! Y al fin la cabeza, llorando y cubierta de sudor, habló. Paciencia mantenía un buen ritmo de bombeo, pero la voz era muy aguda y extraña.

—Los sacerdotes dicen que el Capitán de la Nave Estelar fue arrebatado en espíritu por Dios, que hizo algunas profecías y que luego desapareció en los cielos.

—Conozco esos relatos.

—Y yo conozco la verdad. El Capitán de la Nave Estelar Konkeptoine se volvió loco cuando nuestros antepasados orbitaban este mundo. Es cierto que escribió la profecía con su mano derecha en el cuaderno de bitácora. También dibujó el mapa del planeta, mostrando todos los grandes depósitos de hierro y carbón, las sustancias con que se fábrica el acero. Luego utilizó los poderes de la nave para destruir esos

depósitos. Con ese solo acto decidió el futuro del mundo. Imakulata es, por naturaleza, pobre en hierro. A causa de su loco acto destructivo, nosotros, los hijos de los grandes constructores de máquinas, nos vemos privados del acero. No tenemos grandes máquinas. En este mundo nos encontramos en una situación mucho más débil de la que nunca hayan vivido antes los seres humanos.

—Si fue lo bastante loco para hacer eso, ¿cómo pudo pensar nadie que era un profeta?

—Porque su mapa era más preciso que el dibujado por la mente de la nave. Sabía cosas de este mundo que eran imposibles de saber. Dijeron que en esos instantes parecía estar poseído. Yo, que he sentido la llamada de Cranning, sé que ésa era probablemente la verdad. Lo que le controló en la nave, sea cual sea ese irresistible poder, sigue vivo. Abandonó la nave en uno de los botes, y jamás se le volvió a ver con vida. Jamás se encontró su bote.

—Si algo así llegó a ocurrir, ¿por qué no se encuentra en ninguna de las historias?

—Hay historias que pasan de un Heptarca a otro y que ninguno de los historiadores conoce. De todos modos, hay algo que quiero hacerte saber, algo que Ángel sabe y que debía decirte. Los sacerdotes sólo están enterados del mapa que dibujó con su mano derecha y de las palabras que pronunció con su boca, aquellas palabras en las que deseaba hacernos creer quién le poseía, las palabras sobre cómo el Kristos vendría a Imakulata y renovaría la raza humana, haciéndola perfecta. Pero su hija Irena, la primera Heptarca, vio algo que sólo los Heptarcas saben: mientras enunciaba la profecía y dibujaba el mapa con su mano derecha, la mano izquierda estaba escribiendo algo en el cerebro de la nave, muy despacio. «Salvad a mi hija de la madriguera de los wyrms, o devorarán a toda la humanidad».

—Su hija...

—No se refería a Irena, niña. Tú. Su hija del futuro. Al principio no supieron a qué futuro se refería. Ciertas profecías decían que sería la séptima hija de una séptima hija. Números mágicos. Sólo que en los últimos mil años algunos profetas han dicho que la Hija de la Profecía, la Madre de Dios, será la séptima hija de la séptima hija de la séptima hija del Capitán de la Nave Estelar.

—Entonces, no hay razón alguna para creer que la profecía sea algo más que el delirio de un Vigilante.

—Por supuesto. Salvo que la llamada de Cranning, obviamente, tiene la intención de hacer que se cumpla esa profecía. No me cabe duda de que tú eres la hija a la cual hay que salvar, tal y como advirtió el Capitán de la Nave Estelar.

—Pero ¿qué es la madriguera de los... gusanos, y de qué gusanos hablas? ¿Los de las cabezas?

—Escribió una palabra que en Lenguaje Estelar, el más antiguo de los lenguajes, significa «monstruo», y no meramente cualquier monstruo, sino el más peligroso, astuto y potente de los enemigos. Un enemigo lo bastante poderoso como para controlar la mente del Capitán de la Nave Estelar mientras la Konkeptoine estaba

todavía orbitando Imakulata, un enemigo lo bastante poderoso como para llamar a todos los Sabios a Cranning. ¿Comprendes el peligro que corre el mundo, Paciencia? Nos enfrentamos a un enemigo que trazó sus planes hace siete mil años, cuando llegamos aquí por primera vez. Lo que dominaba Imakulata antes de que la humanidad llegara aquí quiere volver a dominar el planeta.

—Entonces, debe ser un gebling. Era la más evolucionada de las formas de vida nativas, tan inteligentes como los seres humanos...

—¿Lo eran? Entonces, ¿por qué el géblico no es sino otra forma corrompida del Lenguaje Estelar? Y el huelfo, y el gáuntico... ¿Por qué se vieron obligados a tomar su lenguaje de los seres humanos? Llegaron a la posición que ahora ocupan cuando llegó la humanidad; había algo más poderoso, una inteligencia más vieja que ellos. Quería que Ángel te advirtiera de todo esto. No pretendía mantenerte en la ignorancia. Pero eso es todo lo que puedo contarte. Eso es todo y, ahora, vete.

Y, sin embargo, todavía quedaba algo más, incluso ahora. Paciencia podía entender claramente lo que le estaban indicando los gusanos: su Padre todavía le ocultaba otro secreto. El guardián de las cabezas no había logrado doblegar su voluntad. Su poder de resistencia seguía siendo fuerte. Pero ella conseguiría aquello en lo que había fracasado el guardián. Le doblegaría, y lograría arrancarle lo que él no deseaba contar.

—Te conozco demasiado, Padre —dijo—. Si represento un peligro tan grande para el mundo, me habrías matado cuando era pequeña.

—El Capitán de la Nave Estelar no dijo que se debiera matar a su hija. Lo que dijo fue que la salvaran e, incluso aunque no lo hubiera dicho, yo habría sido incapaz de matarte. Cualquiera otra persona puede morir, niña, cualquier otra..., pero tú debes vivir. Para destruir a la humanidad o para salvarla, eso no puedo saberlo, pero vivirás, cueste lo que cueste.

—¿Por qué? No puede ser solamente porque soy tu hija, ¿verdad? Entonces..., ¿por qué?

El rostro de Padre se retorció en una mueca agónica. Le había hecho la pregunta insoportable, y los gusanos le torturarían hasta arrancarle la respuesta. Pero justo cuando se daba cuenta de ello, recordó otra cosa. Esa expresión era la misma que vio en su rostro la noche en que Madre murió. Era la misma máscara de dolor que llevaba entonces.

—Padre, jamás llegaste a decirme qué significado tuvo tu grito de aquella noche, cuando te trajeron el cuerpo de Madre.

La boca de Padre se abrió para formar un grito que nunca se oyó.

—La llamada de Cranning. Lo que yo sentía no era la necesidad de ir ahí. Era la necesidad de llevarte ahí. Viva y sin daño alguno. Cuando no estaba contigo, no sentía la llamada.

—Eso no responde a mi...

—Tu madre siempre estaba contigo. También fue llamada. Era más débil que yo.

Intentó llevarte. Por eso te aparté de ella. Juró que nunca descansaría hasta conseguir que volvieras con ella, y que haría cualquier cosa para apartarte de mí.

Incluso ahora, sintiendo ese inmenso temor dentro de ella, no lograba comprender lo que él intentaba decirle.

—¡Escucha, joven idiota! ¿Acaso Ángel y yo no te enseñamos a escuchar? Mi padre fue lo bastante débil como para permitir que el Abuelo siguiera con vida cuando tendría que haber muerto. Yo fui más fuerte que mi padre. Hekat pretendía llevarte a Cranning. Yo no tenía la fuerza necesaria para matarte, yendo en contra de la llamada de Cranning, pero aun así, seguía siendo fuerte.

Paciencia dejó de bombear aire.

—Tú —murmuró—. Me dijiste que era un grupo de soldados que pretendía conseguir los favores de Oruc. Me dijiste..., llegaste a decirme que los habían ejecutado por ello..., pero fuiste tú.

Sus labios formaron palabras, pero se le había terminado el aire.

—Nunca tuve intención de contártelo. —Sus ojos la acusaron—. Me obligaste a que lo hiciera y no necesitabas saberlo.

Era más de lo que podía soportar.

—¿Por qué no dejaste que me llevara a Cranning? Habría preferido sufrir mi destino, fuera el que fuera, y que ella siguiera con vida.

—La Casa del Rey es todo el mundo —dijeron sus labios.

—¡No eras el Heptarca! ¡No tenías ninguna responsabilidad hacia el mundo entero! ¡No tenías por qué matar a mi madre! —Y barrió la mesa de un manotazo, tirándolo al suelo. Se lanzó de inmediato sobre él para depositar de nuevo la cabeza sobre la mesa y colocar en su sitio la gelatina que mantenía con vida a los gooles.

Pero cuando se arrodilló junto a él, Padre clavó sus ojos en los de ella, sin vacilar, y sus labios se movieron diciendo: déjame morir.

Y por eso hizo lo único que podía hacer. Cogió al Señor Paz por la mandíbula, y arrancó de un tirón la cabeza de su soporte. Los gusanos se retorcieron al quedar expuestos al aire, y los gooles cayeron al suelo. Durante todo ese tiempo los ojos de su padre la miraron con gratitud y amor.

Luego, jadeando a causa de la pena y la furia, arrojó la cabeza por el hueco de la reja del techo y trepó por el agujero. Durante diez minutos la llevó con ella, avanzando a rastras por el sistema de calefacción hasta llegar a la boca que daba a los barracones de la guarnición. Por aquel entonces la cabeza ya había muerto. Nadie podría revivirla, y por un instante pensó en dejarla ante la puerta de un barracón. Que los soldados le explicaran al Rey Oruc cómo había llegado hasta allí sin que nadie viera nada.

No. No podía dejar su cabeza igual que un gato muerto en la calle. A él eso no le habría importado, pues se encontraba más allá de pequeñas preocupaciones como el respeto y la dignidad. No, era a ella a quien le preocupaba, a Paciencia, que no podía tratar sin el debido respeto ni tan siquiera a este fragmento del cuerpo de su padre.

Lo que no lograba entender era por qué no lo odiaba.

Había matado a Madre. Todo su llanto cuando vieron cómo había sido mutilada, todo su dolor, todos sus abrazos mientras intentaba consolar a su hija..., y era él quien la había matado. Y todo debido a una locura, a una vieja profecía. Hacía siete mil años, su antepasado se volvió loco, y unos cuantos centenares de eruditos y pensadores se marcharon sin permiso a la ciudad gebling, y por eso su madre había muerto a manos de su propio esposo.

Con todo, era este monstruo el que había hecho de ella lo que era. Y, por su propio honor, si no por el de él, era incapaz de hacerle sufrir vergüenza alguna en la hora de su muerte. No porque le amara. Cierto, cierto, no le amaba.

Mientras iba avanzando a lo largo del risco que había junto al muro de la Colina del Rey, llenó la boca y el cuello de su padre con unas cuantas piedras, y arrojó el frío despojo al mar.

HEPTAM



Se suponía que Ángel estaría disfrazado, dando una conferencia sobre astrofísica en la Escuela. Pero no estaba ahí. Eso no la sorprendió. Paciencia tendría que haber llegado prácticamente cuando en la ciudad se supiera la noticia de que Paz había muerto. Cada minuto de retraso suyo hacía que Ángel corriera más peligro, ya que éste no era ningún desconocido y se le podía identificar pese a su disfraz.

Quizá se habría quedado hasta el crepúsculo, pero, desde luego, no se habría atrevido a pasar la noche dentro de la ciudad. Había en ella demasiadas lenguas bien pagadas que siempre estaban en movimiento, demasiados ojos que verían y recordarían al nuevo maestro que nunca antes había sido oído ni visto. Quizá volviera por la mañana, pese a todo. Por ello Paciencia dejó transcurrir las primeras horas del día en su disfraz de muchacho, igual que la multitud de estudiantes que buscaban un maestro cuyas arengas les parecieran más agradables que las de los demás. Estaba cansada tras haber pasado una noche sin dormir, pero parte de su entrenamiento había consistido en pasar períodos sin sueño, manteniéndose despierta y en estado de alerta pese a las exigencias de su cuerpo. Ángel y Padre habían llevado sus límites tan lejos que ahora ya no sabía dónde estaban.

Reconoció rápidamente a los espías que circulaban por entre el gentío. No habían sido entrenados por Padre o por Ángel; no eran sutiles, y Paciencia sabía que no era ella la única capaz de ver que esos hombres no eran ansiosos buscadores de la verdad. A muchos profesores se les trababa la lengua cuando se acercaba un espía, e intentaban rápidamente purgar su doctrina de cuanto pudiera oler a sedición. Paciencia sabía también que los espías a los cuales podía ver no eran los peligrosos. A quienes tenía miedo era a los que no lograba localizar.

Por ello se dirigió a Puerto del Rey, el distrito de los almacenes y los embarcaderos que, en tiempos, había sido una población independiente, y que seguía poseyendo su propio consejo y dictaba algunas de sus leyes. El Gran Mercado, a un corto trecho de los muelles, apestaba a pescado y salchichas, alcohol y especias. Estar demasiado tiempo por allí sin comprar nada resultaría sospechoso: los comerciantes contrataban sus propios espías para que se encargaran de localizar a los posibles ladrones. Pensando en ello, se dirigió a las garitas de los hablantes de lenguas. Se detuvo ante el toldo de un hombre cuyo cartel prometía que era capaz de traducir del agaranto al huélfico, del huélfico al gáuntico, del gáuntico al géblico, y luego podía pasarlo todo al lenguaje común sin cambiar ni una sola palabra. Era una imposibilidad tan extravagante que a Paciencia el hombre le gustó enseguida. Se

apoyó en su mesa de escribir, y él la miró por debajo de sus gruesas cejas y, hablando en agaranto por entre sus espesos bigotes, le dijo:

—Quita tus manos de mi mesa o te las cortaré.

Paciencia le respondió en panx, casi sin acento.

—Mis manos por tu bolsa de comida. No sería un mal negocio.

El hombre la miró frunciendo el ceño.

—El panx no le hace falta nunca a nadie —dijo—. Ni yo mismo lo hablo.

Paciencia le habló ahora en géblico.

—Entonces quizá puedas usar mis servicios en alguna otra cosa.

—¿No me has entendido? No me hace falta para nada el panx.

Ahora le habló en lenguaje común.

—Lo último que dije era géblico. Lo siento por tu cartel.

—Jamás he conocido a un comerciante gebling que no pudiera hablar el agaranto, así que de todos modos no le hace falta a nadie. ¿Cómo aprendiste panx y géblico?

—Soy un gebling —dijo ella.

—Tu barbero es soberbio. —Sonrió—. Oye, chico, ya que estás aquí, puedo utilizarte como escriba. ¿Qué tal anda tu mano?

—Bastante bien, siempre que pueda estar sentado a la sombra, con algo para que no me dé el sol en el cuello.

—Y para que los transeúntes no te miren a la cara, ¿verdad?

—No me dan miedo las miradas de los transeúntes, señor.

—Ah. Entonces, lo que temes son las miradas de quienes no vienen aquí a pasear. Ven, siéntate, ¿qué me importa de quién andes ocultándote mientras no me robes? Aunque, por la abuela del Kristos, aquí no hay gran cosa que robar. Me llamo Flanner. Al menos, eso es lo que dice mi licencia de comerciante.

Y así pasó el día, escribiendo con su bella letra lo que antes había sido escrito con los garabatos de Flanner. Corrigió con bastante frecuencia su inclinación a traducir literalmente los idiomas, prefiriendo dar el sentido en lugar de las palabras, y si Flanner se dio cuenta de ello no lo dijo. Al mediodía mandó a un chico que corría por la calle para que trajera la comida y la compartió con ella. Al terminar el día, cuando ya se habían acabado los clientes y no quedaba nada por hacer salvo un libro que no debía entregarse hasta la primavera, Flanner se puso en pie y se frotó las manos.

—Sigue faltando una hora hasta que sea de noche. ¿Qué planes tienes para ahora?

—Ayudarte a recoger tu toldo.

—¿Y luego?

—Pedirte seis cobres por mi día de trabajo.

—Empecemos con el toldo. —Desmontaron la lona y los cuatro postes. Todo fue doblado hasta caber limpiamente dentro de su mesa; dos de los postes fueron colocados como ejes, y la mesa quedó convertida en una pequeña carretilla—. Vaya, muchacho, acaba de ocurrírseme que hoy he tenido que ir tres veces a orinar, y que tú no has ido ni una sola vez.

—Algunos tienen la vejiga más grande que otros —dijo ella. Pero sabía que no iba a entregarle el dinero, y que se encontraba peligrosamente cerca de adivinar quién era, si es que no lo había hecho ya. Paciencia se llevó la mano al pelo y sacó su lazo. Con un gesto muy rápido lo pasó alrededor de la muñeca de Flanner, sostuvo los extremos del lazo para formar un círculo, y sonrió—. Veinticinco cobres con la otra mano —dijo—, o perderás ésta.

Flanner vio el alambre, más que sentirlo. Con sólo una ligera presión le había cortado la piel, y ya estaban empezando a formarse gotitas de sangre. Su otra mano cogió una bolsa de su cinturón.

—Así que, después de todo, eres un ladrón —dijo.

—He estado trabajando honestamente durante todo un día —dijo ella—. Pero cobro extra cuando la gente intenta engañarme. Vacía la bolsa.

Flanner dejó caer las monedas sobre la mesa.

—Una de plata y cinco cobres. Cuéntalos y vuelve a meterlos en la bolsa.

Flanner así lo hizo, teniendo gran cuidado de no mover la mano que estaba atrapada por el lazo más de lo estrictamente necesario. Cuando hubo apretado el cordoncillo que cerraba la bolsa, Paciencia la cogió con una mano, dejando que el lazo colgara de la otra. Flanner no intentó cogerla, limitándose a sostener entre los dedos su ensangrentada muñeca y jadear, aliviado.

—Y recuerda que pleiok tanto puede ser futuro como pasado. Tienes muchos problemas con eso. —Paciencia se perdió por entre la oscuridad.

Estaba terminando otro día, otro día de ponerse a sí misma en un riesgo terrible permaneciendo en un lugar público, y Ángel no la había encontrado. Sin duda, el rumor sobre el chico que podía hablar cuatro idiomas y casi le había cortado la mano a Flanner llegaría a sus oídos antes de mañana ese tipo de historias siempre se difundían rápidamente por las tabernas. Por desgracia, también los espías del Rey oirían la historia, por lo cual no podía esperar a que Ángel la encontrara gracias a los rumores.

Su bolsa le compró un pasaje en un barco que iba río arriba. Todos los botes que salían de la ciudad estaban estrechamente vigilados, pero los transbordadores que llevaban su carga de apostantes y jugadores hasta los Cortes, al parecer, no precisaban supervisión. El portero que aceptó sus tres cobres la miró entrecerrando los ojos.

—Ya sabrás que a los ladrones los echan al río cortados en tres pedazos —dijo.

Paciencia clavó sus ojos en las planchas del suelo para eludir su mirada. Así que parecía un ladrón... Bueno, eso no debería sorprenderla. Sólo quienes gozaban de una posición acomodada podían jugar en los Cortes, y la verdad es que ella no olía exactamente a dinero. Pero, antes de irse, Ángel había dicho en tono burlón que pretendía estar un tiempo haciéndose rico en los Cortes, porque era lo bastante buen matemático como para saber controlar las probabilidades. Era la única pista que tenía sobre dónde podía estar ahora y, por lo tanto, había decidido actuar basándose en ella.

Pagó un cobre extra para utilizar la letrina privada del barco. El trayecto río arriba

resultaba bastante largo cuando no había la corriente adecuada, y ante la letrina se había formado cola. Una mujer muy gorda y con un aliento espantoso se colocó detrás de Paciencia. Su vientre y sus pechos no dejaban de propinarle golpes, como si quisiera hacerla avanzar con ellos. Pero Paciencia no deseaba armar ninguna escena, por lo que soportó pacientemente su acoso. Pero cuando el hombre que estaba delante de ella salió del cubículo, la mujer, ante su más absoluto horror, entró con ella.

Paciencia nunca se había imaginado viéndose obligada a matar a una criatura tan espantosamente gorda. ¿Hasta qué profundidad debería entrar el arma para dar con algún órgano vital? No importaba, un cuello siempre es un cuello. Cuando la mujer gorda hubo cerrado la puerta, Paciencia ya tenía su lazo preparado, y le resultó fácil pasarlo alrededor del cuello de la mujer.

—Si haces algún ruido estás muerta —dijo Paciencia.

La mujer no hizo ruido alguno.

—No quiero matarte —dijo Paciencia—. No sé si pretendías robarme o cuál era tu intención, pero si te mantienes callada y no dices nada, te dejaré terminar este viaje con vida.

—Por favor —murmuró la mujer gorda.

Paciencia apretó el lazo. El que la resistencia cesara bruscamente le indicó que éste había mordido carne.

—Silencio, he dicho.

—Ángel —graznó la mujer gorda.

Paciencia no había esperado eso. Estaba preparada para enfrentarse con enemigos, y no había supuesto que la mujer pudiera ser una amiga.

—¿Qué puedes decirme sobre Ángel?

—Viene en el siguiente barco. En el nombre de la Limpieza, la Santidad y todos los Olores Agradables, quita esa cosa de mi cuello. Dijo que eras peligroso, pero no que estuvieras loco.

—¿Quién eres?

—Sken. Soy propietaria de un bote. Creo que me he orinado encima.

—Bien. Entonces no necesitas utilizar la letrina. Yo sí. Fuera.

—Eres todo corazón. ¿Y qué pensarán los de fuera, cuando salga con la garganta cubierta de sangre?

—Pensarán que le hiciste una proposición indecente a un joven dentro de la letrina, y que él la rechazó vigorosamente. Te veré en la barandilla... Ahora vete.

—Pequeña mierda —dijo Sken. Y se fue, apretándose el cuello con los dedos.

Paciencia cerró la puerta e hizo sus necesidades. El día había sido muy largo. Ahora comprendía por qué razón cedían tan fácilmente las cabezas cuando los gusanos las torturaban con esos impulsos corporales. Así que, al parecer, Ángel la había encontrado después de todo, y había estado vigilándola hasta que tuvo la oportunidad de enviarle un mensaje. Fuera quien fuera esta mujer, Ángel confiaba en ella. Sin duda, el hecho de que tuviera un bote desempeñaba algún papel en sus

planes.

Pero ¿y en los míos? Paciencia se preguntó qué representaba ahora Ángel para ella. Era el esclavo de Padre y, por lo tanto, ahora era técnicamente su esclavo. Pero sabía que en realidad Ángel no le pertenecía, y no sólo porque no pudiera llevarle ante los tribunales para conseguir que la ley reconociera su demanda al respecto. Había servido a su padre no por miedo, sino por amor y lealtad. Padre le había dicho a menudo que una de las lecciones básicas que debía aprender el estadista era que la lealtad no podía ser transferida ni heredada. Cada nuevo señor debía ganársela. Era posible que ahora Ángel no sintiera lealtad alguna hacia ella, y también podía creer que su obligación era cumplir con las últimas instrucciones de Padre, fueran éstas las que fueran.

Pero Paciencia no sentía ninguna obligación de obedecer a Padre.

Le obedeció por última vez cuando arrancó su cabeza del soporte y la arrojó al mar. Ahora sus deseos ya no debían ser pesados en la balanza. Ahora ya no era una niña. Podía decidir por sí misma qué hacer con la carga de esa profecía y con el funesto destino que la había estado aguardando desde su nacimiento, el destino que había arrojado a su abuelo del trono y que había causado la muerte de todos sus medio hermanos.

Y que también había matado a su madre; Madre, querida Madre, que había muerto tan cruelmente a manos de Padre y por mí, todo por mí, Madre, si hubiera estado a mi alcance habría muerto por ti, pero el que murieras ha hecho posible todo lo sucedido ahora, todo lo que podías comprar con tu muerte ya lo tengo..., los años necesarios para convertirme en una persona muy peligrosa. ¿Acaso no he matado en nombre del Rey? ¿Acaso no he dejado a quien debía ser mi asesino con una daga clavada en el ojo? ¿No conseguí robar la cabeza de Padre, sacándola del Salón de los Esclavos, con todos los soldados de la Colina del Rey buscándome? No soy una niña ni una Heptarca indefensa a la que sus sirvientes han vuelto blanda. No rehuiré el camino que la profecía me ha preparado, pero no seré tan apacible como piensan los profetas, no, ni mucho menos. Seré una buena enemiga para el Unwyrn, sea quien sea o lo que sea.

Se apoyó en la barandilla del barco mientras los remeros de la cubierta inferior barrían el río con sus remos, empujando las olas hacia el oeste, rumbo al mar. El gran muro de la prisión de Infierno Alegre se alzaba por entre las tinieblas de la noche, ya cercana, y un poco después la isla quedó a sus espaldas y las luces de Heptam se hicieron visibles a lo lejos en el sur, al otro lado de los pantanos. Ahora me encuentro fuera de los muros de la prisión, pensó. Estoy fuera de la Colina del Rey, y nunca volveré allí si no es como Heptarca. Y, en su fuero interno, se rió de esa idea. Hiciera lo que hiciera en su vida, sin importar en qué se acabara convirtiendo, la Heptarquía era lo que más lejos estaba de conseguir. Se dedicaría a otras tareas y dejaría que la Heptarquía acabara llegando a ella, si tal era su deseo.

La Colina del Rey no era la única prisión de la cual se había liberado. Esos muros

siempre habían sido la menos importante de sus cárceles. El régimen de entrenamiento había terminado, así como las pruebas y los constantes problemas. Ya no habría nunca más otras personas decidiendo su presente y su futuro según sus deseos. Ahora iría hacia el lugar que le imponía su nacimiento, hacia Cranning, la gran ciudad llamada también Pie del Cielo, en el centro del mundo. ¿Cómo podía pensar en ir a otro sitio, aunque sólo fuera por un instante?

Sintió un cosquilleo en la piel al pensar en Cranning, un temblor en sus entrañas, un hambre más profunda que cualquier otro anhelo sentido en toda su vida. Todos los caminos llevan allí, todos los ríos fluyen hacia ella, todo el tiempo tiene allí su gozne, ahí terminan todas las vidas.

Y las palabras se convirtieron en una canción que retumbó dentro de su cabeza.

*Todos los caminos llevan allí.
(Pero Padre mató a Madre...)
Todos los ríos fluyen hacia ella.
(...Para salvarme de alguien...)
Todo el tiempo tiene allí su gozne.
(...Que espera ahí, llamando, llamando...)
Ahí terminan todas las vidas.*

Y la canción se repitió una y otra vez, y con ella se repitió el anhelo, llenándola con una pasión que jamás había sentido antes.

Sabía qué era. No hacía falta que nadie se lo explicara. La llamada de Cranning.

RÍO ALEGRE



e marcharon de los Cortes nada más llegar. Aunque Paciencia estaba fascinada por el colorido de las ropas y el apasionado anhelo que sentían todos por consumirse en una sola noche, Sken la llevó inmediatamente a un pequeño bote de los usados para navegar por el río, los que tenían un mástil para cuando el viento era bueno o para hacer cortos trayectos por el mar, si llegaba a ser necesario. Los pesados remos explicaban por qué los brazos de la mujer eran tan gruesos y musculosos. A medida que Sken las iba alejando de la isla, Paciencia empezó a sospechar que en ella no había tanta grasa como había supuesto al principio.

—Esperaremos aquí entre la oscuridad hasta que venga su barco —le dijo Sken en un susurro—. Luego nos acercaremos para recogerle.

El barco llegó apenas unos minutos más tarde: a estas horas de la noche había mucho tráfico que venía desde el Puerto del Rey hasta los Cortes, subiendo por el Río Alegre. El disfraz de Ángel era lo bastante bueno como para que Sken le reconociera antes que Paciencia. Ella buscaba un erudito de edad avanzada o la grácil anciana que algunas veces había utilizado Ángel en el pasado. En vez de eso, Ángel era ahora claramente un prostituto, ligeramente borracho, tan pintado que su rostro relucía débilmente a la luz de las antorchas.

—Creí que la esencia del disfraz radicaba en no llamar la atención —dijo Paciencia. Los remos entraban y salían del agua sin un solo chapoteo: Sken conocía el río y tenía la fuerza suficiente para hacerles avanzar en contra de la corriente sin ningún cansancio aparente.

—La esencia del disfraz es pasar desapercibido —dijo Ángel. Metió las manos en el río para lavarse la cara—. Puedes conseguirlo siendo tan opaco que nadie se fije en ti, o siendo tan incómodamente llamativo que nadie pueda soportar el mirarte. Sea como sea, nadie se fija en tu disfraz, y con ello consigues pasar sin que te reconozcan.

—¿Por qué me dejaste perder todo el día en los puestos de los habladores de lenguas? —dijo Paciencia. Cada vez que Ángel demostraba saber más que ella, fuera sobre lo que fuese, Paciencia se disgustaba.

—¿Dónde estabas ayer, pequeña tonta, cuando yo aguantaba en mitad de la Escuela, con la cara ante todos los asnos del Rey para que pudieran vérmela?

—No habléis tan alto —murmuró Sken—. Todos saben que de vez en cuando las patrullas del Rey anclan sus botes en el río y se dedican a permanecer en la oscuridad, esperando a los idiotas que hablan creyendo estar solos.

Callaron. Dejaron atrás la orilla este de la Isla de los Cortes y empezaron a cruzar

por entre los pilares que sostenían precariamente filas de casas situadas encima del agua. El distrito era llamado Zancos, la ciudad de la gente del río, de la que se decía que nacían y morían sin poner jamás los pies en tierra firme. No era verdad, por supuesto, pero lo cierto era que pasaban la mayor parte de sus vidas sobre el agua. Las historias decían que se mareaban estando en tierra firme. Si habían bebido algo de licor, ni tan siquiera podían caminar, a menos que bajo ellos hubiera un suelo en movimiento. Paciencia siempre había sospechado que ellos mismos se encargaban de inventar esos relatos.

—Cuando la marea está alta, el agua sube hasta aquí —dijo Sken. Señaló hacia el pilar más cercano, a un punto situado un metro por encima del agua—. Pero durante las inundaciones de primavera tenemos que vivir semanas enteras en los áticos, porque en el primer piso hay casi un metro de agua.

Paciencia se asombró ante ello: todas las casas se encontraban por lo menos a cuatro metros por encima del agua. La orilla izquierda, donde se estaba levantando el nuevo pueblo, se encontraba lo bastante alta como para no inundarse en primavera. Pero las tierras pantanosas de la orilla derecha debían quedar bajo el agua durante un tiempo bastante largo. Paciencia empezó a comprender de qué modo controlaba el río la existencia de los seres humanos que vivían allí. El poder de Korfú había sufrido muchos altibajos en siete mil años. Heptam había sido un pueblo provinciano y el centro del mundo. Y, durante todo ese tiempo, el río había impuesto su voluntad en este lugar, pasara lo que pasase.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Ángel la miró y dijo:

—Durante mil años hubo un dique en la orilla derecha, y los pantanos estaban muy poblados. Pero hace unos cinco mil años el dique se rompió, y nadie se ha encargado de reconstruirlo. Cuando hubieron pasado cincuenta años, fue como si nunca hubiese existido. El tiempo está contra nosotros.

El bote golpeó contra un pilar muy grueso. Sobre este único e inmenso poste había construida una casa, con gruesos tablones estabilizadores brotando hacia fuera para formar triángulos con las grandes vigas.

—Aquí —dijo Sken. Ató el bote al pilar, y trepó con sorprendente facilidad por una serie de maderas que formaban una especie de escalera irregular hasta la casa. Luego, antes de que Paciencia pudiera llegar hasta ese extremo del bote para trepar, una red cayó desde lo alto, igual que una pesada araña.

—¿Va a subirnos? —preguntó Paciencia.

—He traído algo de equipaje conmigo —dijo Ángel. Paciencia reconoció su pequeño baúl. Por supuesto. Ángel podía dejar escondidas las cosas de Paciencia, pero este pequeño baúl nunca estaba muy lejos de él. Sabía que guardaba en él sus disfraces, pero también contenía otras cosas que jamás le mostraba a nadie.

El baúl ascendió rápidamente hacia la casa. Luego Ángel le hizo una seña a Paciencia para que empezara a trepar.

Cuando fueron de un extremo a otro de la casa, ésta se balanceó ligeramente. Para

alguien que viviera en el río es probable que la sensación fuera deliciosa, pero a Paciencia la puso algo nerviosa. Pensó que era como vivir en mitad de un terremoto continuo. Y, cuando Sken iba de un lado a otro, su gran masa hacía que la casa se moviera todavía más. Sken no parecía darse cuenta de ello, y Paciencia no hizo comentario alguno al respecto.

—Lamento no haberte encontrado a tiempo —dijo Paciencia—. Tenía que hacerle unas cuantas preguntas a Padre, preguntas que sólo podía hacerle cuando estuviera muerto.

—Ya lo había supuesto —dijo Ángel—. ¿Le dejaste ahí cuando terminaste con tus preguntas?

—Oruc ya le usó bastante cuando estaba vivo —dijo Paciencia—. Ahora ya no podrá utilizarle.

Sken pareció horrorizarse ante sus palabras.

—¿Mataste la cabeza de tu padre?

—Cállate y ocúpate de la comida —le dijo Ángel sin levantar la voz. Sken le miró fijamente, pero obedeció.

—Él me lo pidió —dijo Paciencia.

—Como habría hecho cualquier hombre en su sano juicio —dijo Ángel—. El que podamos conservar sus cabezas no quiere decir que debemos hacerlo. No es más que otra abominación de la cual deberemos responder algún día.

—¿Ante Dios? No creo que le importe lo que hacemos con nuestras cabezas.

Sken fue incapaz de mantenerse por más tiempo en silencio.

—Si hubiera sabido que erais un par de blasfemos, os habría tirado al fondo del río.

Esta vez fue Paciencia quien se encargó de contestarle.

—Y si yo hubiera sabido que eras incapaz de mantener la boca cerrada, habría dejado tu cabeza en el agujero de la letrina.

Ángel sonrió.

—Entonces, ¿llevabas encima tu lazo?

—Necesité usarlo dos veces. Y en ninguna de las dos actué con demasiada sutileza.

—Bien lo sabe Dios —murmuró Sken.

—Bien, ¿qué te dijo tu padre?

Paciencia le miró con frialdad.

—Me dijo lo que, según él, debías contarme tú.

—¿Y de qué se trata?

—Dime lo que se supone que debes explicarme, y te diré si encaja con lo que él explicó. —Paciencia, sé muchos más juegos de los que he llegado a enseñarte. Si me revelas los secretos que te contó, entonces no me hará falta seguir mintiéndote durante los próximos treinta años.

—¿Sabías cómo murió Madre? —le preguntó Paciencia.

Ángel torció el gesto.

—Ya veo que no le hiciste preguntas fáciles de responder.

—Su voluntad se quebró en dos horas. Le creía más fuerte.

—Era más fuerte que ninguna otra persona.

—Se quejaba, no hacía más que gimotear..., y cuando los gusanos le castigaban llegó a llorar.

Ángel asintió gravemente.

—Por supuesto.

—¡Por supuesto! ¿Qué quieres decir con eso? Fue él quien me enseñó a soportarlo todo, fue él quien me enseñó que si mostraba alguna emoción jamás debía ser la que sentía realmente, y ahí estaba él...

Se detuvo, sintiendo que se había portado como una estúpida.

—¿Sí? —le preguntó Ángel.

—Ahí estaba él, mostrando todas sus emociones, y yo le creí.

—Ah. Entonces, quizá no lograron doblegar su voluntad.

—No estaba mintiéndome. Me di cuenta de cuándo lo hacía, y también me di cuenta de cuándo dejó de hacerlo. No puede ocultarlo todo. ¿Verdad que no?

—No. Pienso que te dijo la verdad. ¿Qué más te contó, aparte de cómo murió tu madre? —¿No fue suficiente?

—¿La profecía?

—Yo sabía ya algo sobre ella. Me contó lo que el Capitán de la Nave Estelar hizo con su mano izquierda.

—Hum.

—Ángel, ya he decidido dónde quiero ir.

—Tu padre me dejó instrucciones estrictas.

—Pero ahora mi padre está muerto, y tú me perteneces.

Sken pareció sorprendida.

—¿Quieres decir que eres un esclavo? ¿He estado recibiendo órdenes de un esclavo?

—Soy el esclavo de un Esclavo del Rey. Eso me coloca tan por encima de ti que ni tan siquiera eres digna de respirar una de mis ventosidades. Y ahora, ¿quieres callarte, mujer?

Bueno, pensó Paciencia, lo cierto es que yo soy la Heptarca ahora. Eres Esclavo del mismísimo Rey. Su único Esclavo. Espero que te aproveche.

—Bien —dijo Ángel—, ¿dónde quieres ir?

—A Cranning —dijo Paciencia.

Ángel estaba furioso, aunque le respondió con aparente buen humor.

—Ah, esta muchacha tan dura como el acero ha perdido el juicio.

Sken se había puesto lívida.

—¡Muchacha! ¡Muchacha! ¿Pretendes decirme que este jovencito delgaducho es una hembra? Es una abominación que la mujer lleve ropas de hombre y que el

hombre lleve ropas de mujer...

—¿La mató para que así podamos tener un poco de silencio? —preguntó Ángel.

Sken se quedó callada, empezando a meter pan en los sacos y salchichas picantes en bolsas a prueba de agua.

—Niña —dijo Ángel—, ése es el único sitio al cual no puedes ir. Nunca.

—Estoy segura de ello —dijo Paciencia—. Pero es el sitio al que debo ir. Nací para ello, ¿no lo comprendes?

—Naciste para algo mejor que para dar cumplimiento a una loca profecía.

—¿Cómo me detendrás? ¿Matándome? Porque ése es el único modo en que podrás hacerlo.

—Es la llamada de Cranning, eso es lo que te hace desear ir allí. Siempre ocurre de ese modo, una loca determinación de ir allí, sin la más mínima razón, yendo en contra de toda lógica...

—¿Crees que no lo sé?

Ángel le dio vueltas a su respuesta durante un par de segundos.

—Entonces, crees ser más fuerte que ese poder, sea el que sea.

—Creo que si es capaz de llamar a los hombres más sabios del mundo y pudo obligar a mi madre, haciéndole sentir el deseo de sacrificar a su hija, entonces es preciso que alguien lo detenga. ¿Por qué no yo? ¿No dicen las profecías que la humanidad volverá a nacer?

—Cuando venga el Kristos —murmuró Sken.

—Los profetas obtuvieron sus visiones y profecías del poder que hace la llamada, sea el que sea —dijo Ángel—. Todo podría ser una mentira cuyo único fin fuera llevarte hasta ahí.

—Pues entonces ha conseguido su fin. Ángel, si eres tan sabio, ¿cómo es que tú nunca has sentido la llamada de Cranning?

El rostro de Ángel se convirtió en una máscara, fría y dura. Paciencia siempre había poseído el don de ponerle furioso cuando quería.

—Nadie ha demostrado jamás que todos los Sabios oyeran la llamada.

No había necesidad alguna de enfurecerle. Paciencia estaba usando trucos diplomáticos con un hombre de quien le haría falta en el futuro toda la honestidad posible, así que sonrió y le tocó la mano.

—Ángel, has pasado tu vida haciéndome tan sabia y peligrosa como te ha sido posible. ¿Cuándo estaré más preparada que ahora? ¿Cuando tú seas demasiado viejo para acompañarme? ¿Cuando me haya enamorado de algún patán y tenga tres criaturas a las que proteger?

—Quizá nunca llegues a estar preparada para lo que te aguarda allí.

—O quizás ahora ya lo estoy. Ahora, cuando me siento dispuesta a morir, cuando he perdido a mi padre por primera vez y he vuelto a perder a mi madre. Ahora, cuando estoy dispuesta a matar porque en mi interior arde la rabia ante todo lo que me han robado y todo lo que les robaron a mis padres. Quizás ahora sea el momento

adecuado para que me enfrente a lo que me espera ahí, sea lo que sea. Contigo o sin ti, Ángel. Pero sería mejor hacerlo contigo.

Ángel sonrió.

—De acuerdo.

Paciencia le miró fijamente.

—Esto ha sido demasiado sencillo. Habías decidido dejarte convencer desde el principio. —Vamos, Paciencia... Tu padre nos advirtió a los dos de que en Cranning se encuentra el mayor peligro del mundo. Conociéndole tan bien como le conocíamos, y con lo bien que él nos conocía a nosotros, ¿piensas acaso que no había previsto la llegada de este momento?

Paciencia recordó la expresión que reflejaba la cabeza de su padre. ¿Estaba haciendo planes incluso entonces, dejando que ella le arrancara las verdades que tanto deseaba darle a conocer?

—No me importa —dijo—. Iré incluso si mi padre deseaba realmente que fuera.

—Bien. Entonces, que sea esta noche. No queremos pasar otro día aquí. —Cogió una bolsa de su cinturón y sacó de ella dos grandes monedas de acero—. Sken, ¿sabes cuánto valen?

—Si son de verdad, eres un condenado estúpido llevándolas encima sin ningún guardaespaldas para protegerte.

—¿Son suficiente para comprar tu bote?

Sken le miró con los ojos entrecerrados.

—Sabes que son suficiente para comprar diez de mis botes. Si son de acero.

Ángel le arrojó las monedas. Sken las mordió y las sopesó en su mano.

—No soy ninguna idiota —dijo.

—Lo eres si piensas que no son auténticas —dijo Ángel.

—No te venderé el bote si no me compras también a mí.

—¿¡Compartel!? Eso es suficiente para comprar tu silencio, y eso es lo único que deseamos de ti.

—Ya he dicho que no soy idiota. Éste no es el precio que ofrece un hombre si tiene intenciones de no recuperar su dinero. Planeas matarme antes de partir.

—Si digo que quiero comprar algo, es que quiero comprarlo.

—Esta noche me has dejado oír la cantidad suficiente de cosas como para no atreverte a dejarme con vida una vez te hayas ido. ¿Una chica que viaja disfrazada en compañía de un hombre que reparte el acero igual que si fuera plata? ¿Con su padre muerto hace poco y estando los dos fuera de la ley? ¿Crees acaso que nosotros, los del río, no nos hemos enterado de que hoy murió el Señor Paz? ¿Y que el Rey está buscando a su hija Paciencia, la legítima Heptarca, la hija de la profecía? No te importa el que haya adivinado todo eso, porque sabes que dentro de poco estaré muerta.

Paciencia sabía que Sken tenía razón: conocía lo bastante bien la mente de Ángel como para estar segura de ello.

—Pensé que si hablabas de forma tan abierta era porque esta mujer merecía tu confianza, no porque fuera a morir.

—¿Y qué ocurre si estás en lo cierto? —preguntó Ángel—. Y si pretendía matarte, ¿qué importa eso? ¿Por qué debería cambiar de opinión ahora y llevarte con nosotros?

—Porque conozco el río y soy lo bastante fuerte como para remar.

—Podemos contratar a alguien que reme si nos parece necesario.

—Y porque los dos sois lo bastante decentes como para no matar a la gente que no merece ese destino.

—No somos tan decentes como eso —dijo Ángel—. La justicia es algo que dejamos en manos de los sacerdotes.

—Me llevaréis con vosotros, porque ella es mi legítima Heptarca y la serviré hasta el fin de mi vida. Moriría antes de permitir que le ocurriera mal alguno.

El fervor que había en las palabras de Sken era muy convincente. Tanto Ángel como ella, adiestrados en el engaño, sabían reconocer la sinceridad cuando la veían. Sken no poseía el arte de mentirles, ni aunque hubiera querido hacerlo.

—¿Bien? —le preguntó Ángel.

Paciencia estaba dispuesta a dejar que Sken viniera con ellos. Su lealtad le resultaba atractiva. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar que pudiera tener más amigos con su identidad revelada de los que había tenido cuando iba disfrazada.

—Antes estuve a punto de cortarle la cabeza. Creo que es lo menos que podemos hacer ahora.

—Entonces, vendrás con nosotros hasta que no te necesitemos —dijo Ángel—. Y la paga que obtendrás cuando te despedamos será mucho mejor que la muerte.

—¿Qué hay de esas monedas?

—Quédatelas —dijo Ángel—. Son un anticipo de tus futuras recompensas.

Sólo hicieron falta unos cuantos minutos para cargar el bote. Cuando pasaron por entre los centinelas iban cantando canciones obscenas, y Sken se dedicó a maldecirles, llamando a cada guardia por su nombre. Los centinelas la conocían bien y la dejaron pasar. Doblaron por un recodo del río y entraron en el bosque, donde el curso del río se hacía profundo y fresco. Heptam estaba a sus espaldas, y habían empezado el largo camino hacia Cranning.

EL BOSQUE DE TINKER



Paciencia no le gustó el viaje por el río. No se trataba de que ir por encima del agua la mareara: había cruzado el mar entre la Colina del Rey y la Isla de las Almas Perdidas con la frecuencia suficiente como para que el río le pareciera tranquilo, pero había muchas cosas que contribuían a su malestar actual. La muerte de su padre, la pérdida de cuanto le era familiar y, por encima de todo, la llamada de Cranning, siempre presente. Tenía la sensación de haber perdido el control de las cosas, y eso la hacía estar nerviosa.

Lo que empeoraba aún más la situación era que sentía una auténtica incomodidad física. Sken y Ángel no tenían ningún tipo de problema en cuanto a la eliminación de los excrementos: lo que hacían era inclinarse por encima de la borda del bote mientras los demás apartaban discretamente la vista. Pero Paciencia se había tragado el cetro de los Heptarcas, y no iba a permitir que éste se desvaneciera en las profundidades del Río Alegre. Por ello sólo podía descargar sus entrañas en tierra firme y no hacían paradas diarias, llegando algunas veces a pasar dos días sin salir del río. Y, cuando lo hacían, no le resultaba demasiado agradable buscar el cristal. Muchas veces deseó que éste hubiera sido más pequeño, o no habérselo tragado. Dado que nadie la había registrado, el tragárselo no había sido necesario, después de todo, y ahora todas estas molestias carecían de utilidad.

Pero acabó encontrándolo y lo puso a buen recaudo, esperando que nunca más se viera obligada a utilizar como escondite su propio sistema digestivo.

Abandonaron el Río Alegre en el Bosque Pálido, que se extendía hacia el norte y el oeste. Compraron un carruaje con toldo y cuatro caballos; no tenían que protegerse del frío, sólo de la lluvia. Según el tiempo, los caminos se convertían en barrizales llenos de baches o en resacas roderas de polvo. En los peores trechos Sken bajaba del carruaje e iba andando.

—Creí que tenías el acolchado suficiente como para aguantar un poco de traqueteo —dijo Ángel.

—¡Acolchado! Todo esto es carne, y tan tierna como la de una ternerita, después de la paliza que ha recibido hoy.

Desde luego, si alguno de los que encontraron en el camino les tomó por padre, madre e hijo, debió pensar que como familia eran un tanto extraños. Paciencia, todavía disfrazada de chico, llamaba tía y tío a Sken y Ángel cuando se encontraban delante de otras personas, lo cual les molestaba a los dos. Pero en el camino poca gente hacía comentarios sobre las cosas raras que pudiera encontrar o, al menos, no los hacía en sus mismas caras; y su dinero les ganaba admiradores por dondequiera

que iban.

Los caminos no resultaban tan seguros como el río para los viajeros que no llevaban escolta armada. Siempre cuidaban de parar antes de que anoheciera, y compartían una habitación entre los tres en cada uno de los albergues donde pernoctaban. Más de una vez tuvo Ángel que persuadir a los ladrones de que abandonaran sus vidas de crimen. Normalmente, bastaba con dejarles sin unos cuantos dedos para que se convencieran.

Por fin llegaron al Agua del Cran, el gran río que fluía desde Pie del Cielo en un curso ininterrumpido hasta el mar. Llegaron a él en Fuerte del Agua, un antiguo castillo que en tiempos marcó la frontera norte de Korfú. Ahora el castillo estaba en ruinas, y la ciudad se había encogido hasta quedar con el tamaño de un pueblo provisto de una buena feria.

Gracias a la intersección del río y el camino, contaba con dos docenas de posadas y tabernas.

Escogieron una de las posadas y guardaron los caballos en el establo. Durante la cena, comiendo pan, queso y sopa de guisantes en la mesa de la taberna, y con la jarra de Sken llena de cerveza caliente, Ángel y Paciencia discutieron sus planes para la mañana siguiente.

—Ha llegado el momento de abandonar el camino —dijo Ángel—. El río está aquí, y es nuestro sendero hacia el norte.

—Aquí el río es muy angosto —dijo Sken—. La corriente es fuerte. Necesitaría a dos hombres fuertes para que me ayudaran a remar en su contra.

Ángel ya había pensado en ello.

—En esta época del año el viento que prevalece en estas latitudes es el viento del oeste y, normalmente, el del suroeste.

—¿Vas a comprar un sorbeventos? —le preguntó Sken.

—¿Sabes cómo pilotarlo?

—Cuando nací me envolvieron en la lona de una vela —dijo Sken—. Mucho antes de que me instalara en el río con mi segundo esposo, mi familia estaba acostumbrada a viajar por el mar. Cada primavera dejábamos nuestros postes en cuanto llegaban las inundaciones y nos llevábamos un cargamento de lo que se produce en Heptam, volviendo a casa antes del verano con los frutos primeros de las islas. Que yo recuerde nunca nos hicimos ricos, pero nos emborrachamos un montón de veces.

—Entonces sabes cómo manejar un barco de vela.

—Nunca lo he tenido que hacer en un río tan angosto. Pero no hay razón por la que no pueda hacerse. Sencillamente, las cosas tendrán que ir más deprisa. No compres un barco demasiado grande, eso es todo. Y sería mejor que me dejaras escogerlo a mí. —¿Nada más?

—Eso es todo. Oye, ¿vosotros dos estáis hechos de dinero o qué?

Un huelfo se había acercado a su mesa con una jarra de cerveza.

—¿Más? —preguntó.

—No —dijo Ángel.

—Sí —dijo Sken, mirándole fijamente.

—¿Estáis hechos de dinero? —preguntó el huelfo. Había imitado perfectamente la entonación de Sken.

—Mira lo que has conseguido —dijo Ángel—. Ahora tendremos al huelfo repitiendo eso por toda la taberna.

—Repetir, repetir —dijo el huelfo, y se rió. Ángel puso un par de cobres en su mano, le hizo dar la vuelta y, de un empujón, lo mandó rumbo a la cocina.

—Lo siento —dijo Sken.

—Aunque los huelfos no tengan cerebro, siguen teniendo orejas, y pueden repetir cualquier cosa que oigan. —Ángel permitió que su ira quedara claramente visible en su expresión. Podía resultar bastante impresionante cuando quería, y Sken se quedó callada.

—Los huelfos son un enigma —dijo Paciencia—. Tienen un lenguaje propio. Han de poseer alguna especie de cerebro para contener ese lenguaje.

Ángel se encogió de hombros.

—Nunca me he dedicado a pensar en la capacidad mental de los huelfos. Sencillamente, los considero geblings excepcionalmente estúpidos.

—Pero no son geblings, ¿verdad?

—Son otra especie indígena. Imakulata necesitaba a los humanos, pensaran lo que pensaran al respecto los geblings, los huelfos y los gaunts.

El posadero salió de la cocina llevando pan a otra mesa. Pero, cuando hubo terminado con esa labor, se acercó a ellos y, cogiendo una silla, se instaló al lado de Ángel.

—Todo es excelente —dijo Sken. Estaba empezando a notarse algo borracha—. Todo es perfecto. Más cerveza, por favor.

El posadero no pareció divertido por sus palabras.

—No sé de dónde sois..., probablemente de Heptam, dado que al parecer pensáis que nada puede resultaros dañino.

—En Heptam hay muchas cosas que pueden hacernos daño —dijo Ángel.

—No hay ni una sola taberna en Fortaleza del Agua donde podáis mostrar con seguridad tanto dinero como el que habéis mostrado hasta ahora, ni hablar de la forma en que lo hacéis. Espero que no hayáis planeado seguir vuestro viaje por el camino cuando salgáis de aquí.

—¿No deberíamos hacerlo? —le preguntó Ángel.

—Sería mejor que contratarais un guardia de confianza. Y sería preferible que hicierais el arreglo con el alcalde de la ciudad o con alguien de la policía local. De lo contrario, no lograréis hacer con vida ni quince kilómetros.

—¿Cuál es ese peligro al que no se puede hacer frente?

—Ladrones.

—¿Eso es todo?

—¿Todo? Por aquí pasa mucho comercio y no hay demasiada protección. Oficialmente somos parte de Pankos, pero no hemos visto un oficial del rey desde hace treinta años, por lo que el alcalde se encarga de hacer la ley en Fortaleza del Agua y Tinker se encarga de imponer la ley en los bosques.

—¿Tinker?

—Antes era un gobernador del rey, o quizá sólo fuera el hijo de un gobernador. Dicen que le pillaron durmiendo en la cama equivocada. De eso hace quince años. Vive en el bosque, al norte de aquí. Dicen que tiene a una ciudad entera de ladrones viviendo en casas construidas en lo alto de los árboles. Lo llamamos el Bosque de Tinker.

—A mí me suena como si todo eso no fueran más que juegos de niños —dijo Ángel.

—Si vais hacia el sur, el este o el oeste, os detendrán, y mientras les deis todas vuestras posesiones sin oponer resistencia, normalmente os dejarán conservar las ropas y las vidas. Si tenéis el dinero suficiente, puede que incluso los caballos y el carruaje.

—¿Y si vamos hacia el norte?

—Entonces llevaos un ejército. Uno bien grande. O id en barca. Tinker piensa que si alguien va hacia el norte por el camino es que ha decidido morir. Y cree que la muerte puede ser una diversión muy larga y satisfactoria para los espectadores.

—Nos has convencido —dijo Ángel—. Y gracias por correr el riesgo de hacer que se enfade al advertirnos.

—Oh, no le importa que advirtamos a la gente. Siempre hay muchos idiotas que creen poder ir donde les plazca si compran unas cuantas flechas más.

—Yo puedo ir donde quiera —farfulló Sken—. Les cortaré en dos, a todos, hasta el último de esos bastardos.

—Id en bote —dijo el posadero—. Y no os acerquéis a la orilla hasta no haber recorrido por lo menos cincuenta kilómetros río arriba. Es un buen consejo. La gente que sigue ese consejo ha vivido para agradecerme.

El posadero volvió a la cocina.

—De vuelta al agua —dijo Sken—. Ya era hora. —Alzó su jarra para saludarles, y derramó un poco de cerveza sobre Ángel.

Necesitaron la ayuda de los cuatro huelfos del establecimiento para llevarla a su habitación.

A la mañana siguiente encontraron en el muelle muchos botes en alquiler, pero no muchos en venta.

—No importa —murmuró Ángel—. Cualquier bote está en venta cuando el precio es lo bastante alto.

—Nuestro dinero no es infinito —dijo Paciencia—. Puede que el año próximo deseemos tener algo de lo que ahora gastamos.

—¿Quieres llegar a Cranning o no?

Sí, quería llegar a Cranning. Lo deseaba por encima de cualquier otra cosa en el mundo. La llamada de Cranning estaba ahora con ella, igual que un hambre continua. Mientras estuviera moviéndose hacia Cranning el hambre se calmaba, se sentía satisfecha. Pero cuando había retrasos, como ahora, mientras recorrían a pie los embarcaderos de madera que daban al río, la necesidad se volvía muy intensa.

Pero hoy se dio cuenta de que se había producido un sutil cambio en ella. No era sólo que necesitara llegar a Cranning. Ahora sentía el anhelo de encontrarse sobre el agua, de viajar por el río. El sol de la mañana danzaba sobre las aguas y parecía provisto de una luz mágica, en tanto que la curvatura del río la llamaba, atrayéndola.

Y entonces se le ocurrió pensar que antes nunca había sentido nada semejante. El viaje por el Río Alegre no le había resultado particularmente placentero. ¿Por qué anhelaba ahora viajar sobre las aguas?

Pensó en la noche anterior, cuando el posadero se había sentado con ellos. Quizá le aconsejaba a todo el mundo que rehuyera el Bosque de Tinker, pero Paciencia lo dudaba. La gente de Fortaleza del Agua debía tener algún tipo de acuerdo con los salteadores locales, especialmente dado que no contaban con la protección de un gobierno superior. Si el posadero se consideraba libre de avisar a los viajeros para que no se acercaran al bosque, entonces los ladrones no podían ser muy peligrosos, después de todo. Y si los ladrones eran tan peligrosos como había dicho, entonces, ¿cómo osaba arriesgar su vida para advertir a un rico trío de extranjeros idiotas, diciéndoles que se alejaran del camino? ¿Qué podía ser, sino la llamada de Cranning, haciendo actuar al posadero y, ahora, haciendo que ella anhelara ir por el agua? Por alguna razón, el Unwurm —fuera lo que fuera—, no la quería tener viajando por el sendero del bosque. ¿Lo hacía sencillamente para mantenerla a salvo? ¿O era porque en ese bosque, siguiendo el camino, había algo que no debía descubrir?

¿No soy acaso una asesina bien entrenada? ¿Y Ángel? También Sken da la impresión de que puede resultar bastante peligrosa. Aunque los ladrones sean tan terribles como dijo el posadero, es probable que lográramos pasar. Y si el Unwurm no quiere que vayamos por ese camino, entonces ése es el camino que seguiré.

En cuanto hubo tomado tal decisión, sintió una auténtica agonía de pena y de dolor. No. ¿Cómo podía ni tan siquiera haber llegado a pensar en cometer tamaña estupidez? Arriesgar las vidas de los tres por un capricho estúpido, cuando el agua resultaba tan llena de invitaciones y era tan fácil limitarse a subir navegando por el río...

Y ahora, por entre la nube de esas pasiones, supo que el Unwurm deseaba desesperadamente que se mantuviera lejos del camino del bosque. Y supo también que, sin importar lo que costara, viajaría por tierra. El hambre que roía su interior haciéndole desear el viaje por el río y el llegar a Cranning se hizo todavía peor, pero ¿acaso no había pasado toda su vida sufriendo molestias e incomodidades? ¿No había resistido sin dormir, sin comida, sin agua, para llevar más lejos sus límites, para

endurecer su resistencia? Podía ignorar todos los apetitos de su cuerpo, especialmente cuando sabía que todo eso era una ilusión enviada a su mente por un enemigo.

¿O no era un enemigo? No importaba. Estaba decidida a no sucumbir ante la llamada de Cranning en ningún aspecto. Iría a Cranning, pero tomaría el camino que ella quisiera. No se dejaría controlar.

—Éste —dijo Sken. El bote era pequeño comparado con algunos de los demás, pero parecía resistente y limpio.

—Está bien —dijo Ángel.

—No —dijo Paciencia.

Sken pareció disgustarse.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. Salvo que no iré en bote.

Ángel la apartó de Sken.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó en un murmullo.

—Probablemente. Pero no iré en bote. Voy a llevar nuestro carruaje por el camino del bosque.

—Es un suicidio. ¿No oíste al posadero?

—Lo oí perfectamente. También oigo la llamada de Cranning. Quiere que vaya por agua. Lo desea desesperadamente. Voy a descubrir qué es lo que no quiere que encuentre en el bosque.

—La muerte, eso es lo que no quiere que encuentres.

—¿Estás seguro? Creo que está un poco demasiado ansioso por apartarnos del camino. Este sitio no es el mejor para empezar un viaje río arriba..., la corriente es demasiado rápida. La misma Sken lo dijo, ¿no?

—Es mejor que morir.

—Ángel, ¿desde cuándo te dan miedo unos cuantos bandoleros?

—Desde que pienso en docenas de ellos cayendo de los árboles sobre nuestras cabezas. Me han entrenado para matar de formas sutiles a gente que no sospecha mis intenciones, no a combatir con un grupo de ladrones más bien maleducados.

—Aún no te has encontrado con ellos. No sabes nada respecto a su educación.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizás esto es justamente lo que desea el Unwurm de ti? Quizás esa criatura sabe lo tozuda y rebelde que eres. Tal vez quiere que vayas al bosque, y ha pensado que ésta sería la mejor forma de conseguirlo.

—Me parece un poco demasiado complicado, Ángel.

—Tal vez quiere que los ladrones eliminen a tus compañeros de viaje.

Era como si estuviera confesando que temía por su propia vida. Sus palabras hicieron resonar con más fuerza aún la llamada de Cranning. Paciencia sintió en su interior una incontrolable marea de emociones. ¿Cómo puedes ponerles en peligro? ¿Qué clase de persona eres? Egoísta, arrogante. Ve en bote, hazlo por ellos.

Pero cuanto más la apremiaba la llamada de Cranning, más se resistía ella.

—Entonces, id en bote. Os encontraré en el primer puerto que haya río arriba.

Puedo manejar el carruaje yo sola. Incluso puedes llevarte el dinero. Todo. Confío en ti.

—No —dijo Ángel. Le temblaban las manos—. No. No te dejaré.

Está realmente asustado, pensó Paciencia, y casi decidió ceder, por Ángel. Pero en cuanto pensó eso, la llamada de Cranning redobló su fuerza, como si la idea de ceder hubiera abierto una brecha en sus defensas. El dolor le hizo torcer el gesto. Y unos instantes después el anhelo se debilitó, como si el llamarla con un tal poder hubiera requerido un gran esfuerzo por parte del Unwurm. Bien, pensó Paciencia. Agótate intentándolo. No he pasado toda mi infancia privándome de comodidades para ceder ahora y tomar por el camino más fácil.

—Bien. Iremos por tierra.

Sken no se mostró más feliz por ello de lo que se había mostrado Ángel.

—No tienes por qué venir conmigo —dijo Paciencia—. Me has servido bien y te has ganado tu billete de vuelta.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir —dijo Ángel—. Doblaré tu paga si vienes con nosotros.

Sken le miró con desprecio.

—Iré porque ella es quien es, no por lo que me ofreces.

Ángel sonrió. Paciencia sabía que Ángel había esperado exactamente esa reacción por parte de la mujer. El arte de la diplomacia, tal y como siempre había dicho Padre: provocar a tu oponente para que haga lo que tú habías planeado. Ángel era un diplomático. El Unwurm no lo era. El Unwurm era más bien tosco en cuanto a su forma de actuar, y Paciencia había sido igualmente tosca en su forma de rechazarlo. En esta batalla no habría movimientos sutiles.

Dejaron el muelle y fueron al establo. Sus caballos habían sido bien atendidos: Ángel había pagado por el servicio, dado que esperaba venderlos.

Paciencia preparó su cerbatana con tres docenas de dardos de madera. Eran más visibles que sus dardos de cristal, pero llegaban más lejos, y llevaban una dosis de veneno tan letal como los otros. Ángel gruñó algo sobre que ya estaba demasiado viejo mientras cogía un arco y un manojo de flechas de su baúl.

—No soy muy bueno con esto —dijo—. Soy mejor con el cuchillo y a distancias cortas.

—Por la espalda, sin duda —dijo Sken.

—También puedo encargarme de envenenarles a todos —dijo Ángel—. Siempre que nos inviten a cenar.

—Veneno y un cuchillo por la espalda. Vaya hombre.

—Basta —dijo Paciencia—. Esto ya será lo bastante peligroso sin necesidad de que discutamos estúpidamente por naderías. —Habló con sequedad, dejando que su voz eliminara de ese modo parte del castigo que la llamada de Cranning le estaba infligiendo, un castigo que aumentaba continuamente. El mero acto de subir al carruaje hizo que se sintiera enferma; cuando Ángel chasqueó las riendas para hacer

que los caballos tomaran por el sendero adoquinado, sintió náuseas y se puso a temblar. Las piedras del camino eran muy viejas y habían sido desgastadas por años y años de tráfico, pero Paciencia sentía cada leve grieta que las separaba igual que si fueran grandes surcos que sacudían todo su cuerpo hasta conseguir que le doliera la cabeza.

Pero había aprendido bien sus lecciones. Mantuvo la calma, e incluso consiguió parecer ligeramente divertida ante unos momentos que estaban muy lejos de resultársele. No se dejaría quebrantar por la garra del Unwurm. No dejaría que Ángel viera cómo estaba sufriendo. Si podía engañarle, sabía que aún conservaba el control de sí misma.

El pueblo no era muy grande, y el camino empezó a discurrir pronto por entre campos y huertos donde los granjeros cavaban o recogían la cosecha por entre las ruinas de las viejas casas que en tiempos habían sido el orgullo de Fortaleza del Agua. Todo eso era parte del ciclo de las cosas y de los años de la vida humana en Imakulata. Fortaleza del Agua había sido grande en un tiempo, y volvería a serlo o acabaría desapareciendo por completo, pero nada podía permanecer igual para siempre. Incluso en las religiones había modas y cambios, los Conservadores y los Fabricantes de Ladrillos, los que Recordaban y los Observadores y, surgidos en el último siglo, los Vigilantes en sus pequeñas chozas de ermitaños. También ellas se convertirían en ruinas. Nada perduraba.

Salvo el linaje de la Heptarquía, que había perdurado sin romperse, la única institución que se había mantenido durante todos los milenios que la humanidad llevaba en Imakulata. Eso era algo desconocido en la historia humana. Intentó recordar algo que pudiera comparársele. Los romanos llegaron sólo a los mil años, y eso siendo generosos a la hora de contar; los Papas sólo subsistieron unos 2500 años. Incluso el patriarcado de Constantinopla se había esfumado, aunque perduró lo suficiente bajo una forma perversa y contaminada como para enviar esta colonia a Imakulata. Se creía que los colonos de Imakulata mantendrían viva la religión griega, aunque ninguno de ellos hablaba el griego y, al final, a ninguno le importó demasiado mantener las formas de la vieja iglesia griega. Nada había perdurado salvo la Heptarquía.

Hasta ahora, pensó Paciencia. Ahora este ser lejano, este enemigo, este Unwurm, hace pedazos mi ser. Si me vence, será el fin de la Heptarquía. Y si continúo resistiéndole, será mi fin.

Los huertos empezaron a ceder su sitio a los bosques. De vez en cuando una minúscula aldea interrumpía su espesor, unas cuantas vacas en los prados comunales, unos pocos granjeros en los campos, y niños que gritaban ante el paso del carruaje y corrían junto a él hasta que no eran capaces de seguir. Sken les maldecía con voz sonora, lo cual les encantaba, y Paciencia fingía pasárselo bien con ello, aunque ahora se encontraba más allá de nada que no fuera la imitación del placer. Pese a todo, Ángel se mantenía con el ceño fruncido, haciendo avanzar los caballos a buen paso.

Al final de la tarde los árboles acabaron venciendo por completo y el camino se vio rodeado por una espesa vegetación y viejos gigantes cuyos troncos tendrían diez o veinte metros de perímetro. Era un sitio perfecto para una emboscada, y Paciencia sintió una nueva oleada de vergüenza al haberles llevado hasta tal peligro.

Llegaron a una parte del camino que cruzaba la zona más densa del bosque en una larga línea recta. Al final de ese tramo vieron una gruesa cuerda tendida a lo ancho del sendero, a tal altura que los cuellos de sus caballos tropezarían con ella.

—Gente osada, ¿verdad? —dijo Sken—. Nos dan mucho tiempo para que veamos lo que nos espera.

—Voy a dar la vuelta —dijo Ángel.

Al oír sus palabras, Paciencia sintió que algo asentía, agradecido, en su interior. Pero había aprendido la disciplina. Y ahora la resistencia ante la voluntad del Unwurm dominaba su ser como una loca manía, más fuerte a medida que el dolor iba aumentando.

—Volved si queréis —dijo—. Yo sigo adelante.

Llevaba su cerbatana oculta en la cruz que había bajo su camisa; en caso de que la capturaran, eso y el lazo serían su último recurso como armamento. También llevaba otra cerbatana de madera, más larga y de mayor precisión. Los dardos, todos con una fuerte dosis de veneno, se encontraban en una bolsita. Podía manejarlos con bastante seguridad; su padre se había ocupado de que estuviera inmunizada a los venenos más útiles antes de que cumpliera los diez años de edad. Bajó del carruaje y, como si no tuviera nada que temer, avanzó hacia la cuerda que la esperaba en el camino.

Sken lanzó una maldición pero la siguió, llevando una pequeña hacha en cada mano. Y Ángel, el rostro retorcido en una mueca, hizo avanzar el carruaje detrás de ellas.

—Pueden matarnos cuando les venga en gana —dijo.

—Vigila los árboles —dijo Paciencia—. El posadero dijo que les gusta torturar a la gente. Intentarán cogernos con vida.

—Ya me siento mejor —dijo Sken.

—La cuerda es tuya —dijo Paciencia.

—Puedes darla por cortada.

Paciencia examinó la espesura y las copas de los árboles que les rodeaban. Las hojas estaban lo bastante separadas como para dejar pasar una buena cantidad de luz y, además, soplaba una ligera brisa que ocultaba cualquier señal de movimiento por parte de los ladrones. Paciencia no logró distinguir más que a un par de hombres en la parte alta de las ramas. Arqueros, sin duda. Pero no era asunto fácil tomar puntería con un arco para disparar en una línea casi vertical a un blanco en movimiento si los arqueros de los árboles lograban darle a cualquiera de los tres, sería más bien por suerte que por habérselo propuesto.

Lo que la preocupaba eran los hombres del suelo, sin duda docenas de ellos, ocultos detrás de los árboles. Podían caer sobre ellos desde cualquier dirección. Metió

un dardo en la cerbatana y sostuvo tres más entre los dedos de su mano derecha.

Aún se encontraban a unos metros de la cuerda cuando cuatro hombres salieron del árbol tras el que se ocultaban y se plantaron en mitad del camino, al otro lado de la cuerda. Sonreían con insolencia y se balanceaban sobre las puntas de sus pies, sabiendo que sus víctimas no tenían ninguna oportunidad. Uno de ellos dio un paso hacia delante, preparándose para hablar. Paciencia sabía que, mientras él hablaba, otros hombres saldrían de sus escondites para rodearlos. Por lo tanto, no habría ninguna conversación. Sopló fuertemente por el tubo de la cerbatana. Había apuntado a su cuello, pero el dardo salió un poco alto y le entró por la boca. El hombre se quedó rígido, el rostro transfigurado, el dardo invisible para sus compañeros, situados a su espalda. Gracias a ello Paciencia tuvo tiempo de cargar de nuevo y disparar antes de que los hombres se dieran cuenta de lo que estaba pasando. El segundo dardo golpeó a su víctima en la frente; el primer hombre emitió un jadeo ahogado y cayó al suelo, sin poder respirar, retorciéndose a causa del veneno que estaba llegando ya a su cerebro. Los dos hombres restantes retrocedieron, momentáneamente sorprendidos al ver que les habían arrebatado la iniciativa.

Sken avanzó lentamente pero con todo el impulso que le daba su corpachón, y un golpe de su pequeña hacha cortó la soga. Ángel hizo avanzar los caballos sin perder ni un segundo, Sken se colgó del carruaje, y Paciencia trotó a su lado durante unos metros antes de agarrarse. El carruaje pasó por encima de los cuerpos tendidos en el camino con una brusca sacudida. Paciencia oyó una voz en la espesura.

—El chico ha matado a Tinker. Con su boca.

Durante un momento pareció que se les permitiría pasar. Y entonces los hombres empezaron a gritar y las flechas a caer sobre el carruaje desde atrás. Ángel hizo chasquear las riendas y lanzó gritos, instando a los caballos a que avanzaran, y de repente emitió un gorgoteo apagado. Una flecha sobresalía de su cuello. Un montón de manos se agarraron a los caballos, y el carruaje se detuvo.

Paciencia no tenía tiempo para preocuparse de Ángel. Por suerte, los ladrones perdieron cierto tiempo cortando los arneses de los caballos para dejarlos sueltos. Paciencia hizo caso omiso de los caballos y le gritó a Sken que hiciera lo mismo que ella. Sken se encargó del lado izquierdo del carruaje, moviendo sus hachas en veloces arcos y vertiendo sangre en todas direcciones. Los ladrones retrocedieron ante Sken, esperando quizá que un arquero se encargara de ella, pero Paciencia seguía lanzando dardos con mortífera puntería a esta distancia era casi imposible fallar, y quienes no morían de inmediato lanzaban tales alaridos de agonía ante el veneno que los ladrones empezaron a perder todo su valor. Al fin y al cabo su comandante había muerto, ya habían perdido a una docena de hombres, algunos estaban terriblemente malheridos a causa de las hachas, y cada dardo que alcanzaba su blanco significaba otra muerte. Les gritaron horribles amenazas y juramentos, pero se dispersaron y echaron a correr bajo los dardos que seguían surcando el aire.

Sken tenía un profundo tajo en uno de los brazos.

—Estoy bien —dijo—. Tenemos que salir de aquí. Volverán y nos seguirán, tenemos que continuar moviéndonos.

—¿Puedes tirar del carruaje?

—Será mejor correr. ¿De qué te sirve todo tu dinero si estás muerta?

—Ángel todavía vive. El único modo de llevarlo con nosotros es el carruaje.

Sken miró la flecha que Ángel tenía en el cuello, gruñó, y luego se puso delante del carruaje.

—Ten los ojos bien abiertos —dijo.

La herida de Ángel no sangraba mucho, y Paciencia sabía que lo mejor era dejar la flecha en su sitio hasta que tuvieran tiempo para efectuar algún tipo de operación quirúrgica. Pero si no lograban encontrar un pueblo de cierto tamaño que tuviera un médico experto, no había muchas esperanzas para él. Lo mejor sería volver a toda velocidad hasta Fortaleza del Agua, donde habría algún médico. Y después de que Ángel estuviera mejor, podrían continuar su viaje por el agua.

Pero Paciencia se dio cuenta de que también esta idea venía del Unwurm. ¿O no era así? Quizás era simplemente algo de sentido común, tal vez lo que estaba haciendo con su decisión de resistir era acabar con la vida de Ángel. ¿Cómo podía seguir avanzando, sin saber ni tan siquiera si había un pueblo delante de ellos, cuando este hombre leal, su maestro, virtualmente el único padre que había conocido realmente en toda su vida, yacía agonizando en el carruaje?

Adelante. Hizo el vacío en su mente, dejando sólo esa idea, seguir adelante. Seguir adelante. Examinó el camino que se abría ante sus ojos y detrás, buscando ladrones o uno de los caballos. En un momento dado, un hombre armado con un arco se materializó delante de ellos en mitad del camino; murió antes de poder hacer ni un disparo. No hubo otros. Quizás habían decidido abandonar. No importaba. No podían reducir su paso, si quería que Ángel tuviera una oportunidad.

Intentó ayudar a Sken a tirar del carruaje.

—Largo —le dijo la mujer—. Rompes mi ritmo. Sigue vigilando.

Y finalmente los árboles empezaron a clarear y apareció un huerto, y detrás del huerto un campo, y aldeanos que se llamaban a gritos unos a otros y se congregaron a su alrededor.

—¿Tinker os ha dejado pasar? —preguntó un niño.

—¿Tenéis algún curandero? —gritó Sken.

—Que no sea un curandero de aldea —dijo Paciencia.

—A veces saben más que los médicos de la ciudad —le respondió ella—. Y si tienen uno, tanto mejor para el viejo.

—Tenemos un curandero —dijo uno de los hombres—. Un gebling. Pero de todas formas es muy bueno.

—¿Podéis tirar de este carruaje? —preguntó Sken—. ¿Podéis llevarlo hasta el curandero? Podemos pagar.

—¿Es que Tinker os ha dejado conservar vuestro dinero?

Paciencia estaba cansada de oír ese nombre.

—Tinker ha muerto —dijo—. Llevadnos al curandero.

—El chico es guapo —dijo una de las chicas, una adolescente con los dientes torcidos que parecía tener ganas de ser cortejada. Paciencia lanzó un suspiro y trepó al carruaje. Ahora Ángel tenía los ojos abiertos. Paciencia le cogió la mano, intentando calmar el miedo que indudablemente debía de sentir.

—Estamos entre amigos —dijo.

Los aldeanos cogieron las dos varas del carro, y algunos empujaron desde atrás. Sken, con un suspiro de agradecimiento, subió al carruaje. Y apenas éste empezó a moverse de nuevo Paciencia sintió algo muy extraño, una dulce oleada de paz. Toda la resistencia del Unwyrm había desaparecido. Y ahora la llamada de Cranning estaba nuevamente con ella, un anhelo de seguir avanzando, de seguir hacia el norte, hacia Cranning. Donde la esperaba su amante, con su bondad y sus tiernos besos, su amante que aguardaba para llenar de vida su útero. Con un esfuerzo de voluntad, hizo retroceder esas sensaciones al fondo de su mente, al igual que había hecho con las sensaciones de antes, las más desagradables. Ahora el Unwyrm quiere que me dé prisa y, al parecer, estoy justo donde no quería que estuviese. Dirigiéndome hacia un curandero gebling en una aldea escondida del mundo por una pandilla de ladrones. El Unwyrm no habría podido guiarla hasta aquí con mayor precisión ni dándole un mapa. ¿Habré hecho, después de todo, lo que deseaba mi enemigo? ¿O le he vencido?

—Ahí —exclamó uno de los aldeanos. La casa, bastante grande, se hallaba al extremo más alejado del pueblo.

—Vive con su hermana —dijo uno de los aldeanos.

—Y con un humano, un gigante.

—Dicen que los geblings se acuestan todos juntos —afirmó otro aldeano.

—Bestias asquerosas.

—Pero es un curandero, un auténtico curandero.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Paciencia.

—Ruina —dijo uno de los hombres.

Sken lanzó un bufido.

—Un nombre muy prometedor.

Un hilillo de humo se enroscaba encima de la chimenea. Pasa de largo, decía la llamada de Cranning. Date prisa. Ángel estará a salvo. Sigue adelante, pasa de largo, pasa de largo.

La puerta se abrió y una hembra gebling emergió del umbral, cubierta de vello. Iba limpia y en ella no había nada de asqueroso: según los patrones gebling, era hermosa. En sus ojos había una inteligencia que hizo decidir a Paciencia que lo mejor sería andarse con cautela. No tenía sentido permitirle descubrir que ella podía hablar el géblico. Esta casa era lo bastante importante como para que el Unwyrm no deseara su presencia aquí, así que entraría en ella igual que una embajadora y aprendería cuanto le fuera posible antes de comprometerse a nada.

Y, mientras tanto, esperaba que fuera posible salvar la vida de Ángel, por muy improbable que ello pareciera. Cuando los aldeanos le entraron en la casa, la sangre empezó a brotar bajo el astil de la flecha. Paciencia pensó por un instante en echarles un buen puñado de cobres pero, en vez de eso, cogió una moneda de acero y se la entregó al viejo que parecía ser el jefe de la aldea.

—Para todo el pueblo, por vuestra bondad hacia nosotros.

El anciano sonrió, moviendo la cabeza, y la gente murmuró en señal de agradecimiento. Era más dinero del que la aldea entera ganaba en un año.

LA CASA DE LOS geblings



Reck oyó las voces de los aldeanos cuando aún se encontraban a buena distancia de su casita. En el murmullo que le traía el viento había excitación y nerviosismo. Ladeó la cabeza para oír mejor. ¿Sería quizá una purga? No, en el murmullo no había ira. Esta aldea no era de las que se dejaban agitar por los sacerdotes en contra de los geblings. Lo cual no quería decir que no hubiera siempre una posibilidad de ello. Nunca se podía prever el momento en que los humanos se emborrachaban de religión y decidían empezar la matanza.

Pero ¿a qué tanto nerviosismo, si lo único que deseaban era una cura? Entonces el enfermo debía ser alguien importante, alguien poderoso o que se salía de lo corriente. Un extranjero, por supuesto, dado que nadie poderoso o fuera de lo corriente había vivido jamás cerca de la aldea llamada Orilla del Agua, una más entre el centenar de aldeas con ese nombre que solamente había a lo largo del Agua de Cran. Y el extranjero debía estar herido, no enfermo, pues la enfermedad no era nunca capaz de mantener reunida durante mucho tiempo a una multitud. El miedo al contagio. Reck fue a la puerta y llamó a Voluntad. Estaba en el campo, escardando las patatas. La oyó, agitó la mano, dejó la azada en su carretilla y empezó a llevar el pesado vehículo hacia el granero. Era un hombre muy alto, un gigante incluso para las medidas normales de los humanos; su tamaño era casi el doble que el de un gebling. Antes había sido soldado, un esclavo al servicio de los altos oficiales de un ejército u otro. Era un asesino muy diestro, y su fuerza era superior a la de cualquier otro hombre del que Reck hubiera oído hablar.

Pero Reck no le tenía miedo. Le había encontrado hacía muchos años cuando era un esclavo fugitivo, y le ofreció protección y un poco de tierra que cultivar. Eso era suficiente para él. La vida en compañía les resultó agradable a los dos. No se decían gran cosa el uno al otro, porque ninguno de los dos tenía gran cosa que decirse. Los dos hacían bien su trabajo, y sus labores eran una fuente de placer para ambos.

Con todo, eran lo bastante inteligentes como para mantener la discreción. Después de todos estos años, a nadie de la aldea le resultaba un secreto que hubiera un gigante viviendo con los geblings cerca de donde empezaba el bosque. Pero éstos no irritaban a los aldeanos alardeando de ello, y se limitaban a mantener a Voluntad donde no pudieran verle cuando la gente traía a sus enfermos y heridos para ser curados. Eso no les suponía ningún problema. Voluntad llevaba la carretilla al granero y, sin duda, luego iría al piso superior, donde se quedaría dormido hasta que la gente se hubiera marchado. Voluntad poseía una notable habilidad para dormir cuando lo deseaba y durante todo el tiempo que quisiera. A menudo Reck se

preguntaba si Voluntad se veía acosado por los mismos sueños que tantas noches la tenían en vela a ella. Sí, se lo preguntaba, pero jamás había llegado a formularle tal pregunta. Los sueños no eran un tema sobre el que un gebling educado hiciera preguntas.

Vio a un grupo de gente que llevaba un carruaje hacia su casa. No había caballos. Eso quería decir que los propietarios del carruaje se habían tropezado con los ladrones..., los hombres de Tinker, sin duda. Eso no era ninguna sorpresa. Lo sorprendente era que alguno de ellos hubiera logrado salir con vida. Normalmente, Tinker era más cuidadoso. Alzó la cabeza y husmeó el aire. Sangre, pero no había olor a entrañas. Quizá sólo fuera una herida superficial, algo que podría limpiar y vendar sin verse obligada a esperar el regreso de su hermano.

En el carro había un chico, sentado en el pescante y conversando con los aldeanos. Parecía ser el que llevaba la voz cantante. Un viejo yacía tendido, con la cabeza sobre el regazo del chico.

Una mujer gorda y de aspecto más bien tosco ocupaba el otro lado, gritándoles continuamente a los aldeanos maldiciones, promesas e insultos para que fueran más rápido. Así pues, el herido era el viejo. ¿Nadie más? Y un chico joven como ése... Tinker siempre andaba buscando jovencitos guapos. En el bosque había ocurrido algo extraño. Si el desenlace había sido el que ahora tenía delante, parecía improbable que Tinker siguiera con vida. Fueran quienes fueran los desconocidos, debían ser bastante más temibles de lo que parecían a primera vista. Bien, eso no era problema; Reck era capaz de entender perfectamente ese tipo de cosas. También ella era más temible de lo que aparentaba.

Les recibió en la puerta.

—Llévadle dentro si es que no puede caminar —dijo—. Dejad el carro aquí, y que los demás se vayan a sus casas.

—Han matado a Tinker —dijo uno de los aldeanos—. Y a la mitad de sus hombres.

La gorda parecía tener ganas de fanfarronear.

—¡Yo misma maté a la mitad, y puedes estar segura de que todos los demás se llevaron por lo menos una señal o dos! —Quizá fuera mera presunción, pero..., no. Reck vio manchas de sangre que le llegaban hasta la mitad de los brazos. Parte de la sangre era suya.

—Puedes lavarte ahí fuera. Límpiame esa herida.

La mujer gorda se lavó mientras los aldeanos entraban al viejo en la casa y le tendían sobre la mesa de curas. El chico y la mujer gorda se acercaron para ver lo que hacía, pero Reck no les hizo caso alguno. El hombre tenía una flecha en el cuello, y bien adentro. La punta había quedado detrás de la tráquea, así que debía estar sintiendo bastante dolor, pero al menos no le entraba sangre cada vez que respiraba.

De la base de la herida todavía seguía manando un poco de sangre, aunque con bastante lentitud. Reck se inclinó sobre él y olió la sangre, sacando luego su larga

lengua para lamerla. Oyó que la mujer gorda lanzaba un gruñido de repugnancia. El chico no dijo nada. En este chico hay algo raro, pensó Reck. Pero no lograba precisar qué era. Lo más importante ahora era el sabor de la sangre del viejo.

—Veneno —dijo Reck—. Y de los malos. Esta herida no se curará. La sangre no dejará de fluir.

—Entonces, ¿no sacamos la flecha? —preguntó la mujer gorda.

—Hicisteis bien dejándola ahí.

—¿Qué harás? —preguntó el chico.

—Nada. —Reck se volvió hacia los aldeanos—. Ya os he dicho que os marcharais. ¡Habéis hecho cuanto podíais hacer!

—¡No piensas hacer nada! —dijo el chico—. Bien, gracias, entonces continuaremos hasta la aldea siguiente. —El chico hablaba con una voz que indicaba claramente que esperaba ser obedecido.

Hum, el hijo del herrero, que ya estaba en la puerta, se volvió y dijo:

—Oh, ésta es la chica. El curandero es su hermano.

—¡Una chica! —Exclamó la mujer gorda—. ¿Cómo puedes saberlo si los dos son duendes?

—Cuando veas a su hermano lo sabrás sin ningún tipo de dudas. —La tiene así de larga... Y nunca lleva nada para cubrirse, excepto su pelo.

Reck estaba acostumbrada a que los humanos ridiculizaran a los geblings delante de sus mismas caras. Si los geblings hubieran medido, como promedio, más de las dos terceras partes de la talla humana, quizá se habrían negado a tolerar ese hábito. Pero si los geblings querían vivir fuera de Cranning, en el mundo de los hombres, tenían que soportar la estúpida crueldad de los seres humanos. Su hermano, Ruina, tenía más problemas con ello que el resto de los geblings. Había vivido en el bosque durante la mayor parte de su vida para mantenerse lejos de ellos, y se negaba a usar cualquier clase de ropas, como para afirmar así que prefería ser el animal que ellos creían que era antes que fingirse igual a ellos.

—¿Cuándo volverá tu hermano? —preguntó el chico.

Reck no contestó a su pregunta. En vez de ello examinó el rostro del chico y luego husmeó nuevamente el aire. Eso era lo que no andaba bien. El chico no tenía el promontorio óseo encima de los ojos que tenían la mayor parte de los machos humanos.

Y olía a sangre menstrual; la sangre que brotaba de la herida del viejo había enmascarado hasta ahora ese otro olor. Pero era imposible mentir a la nariz de Reck.

La puerta se cerró detrás del último de los aldeanos.

—He preguntado que cuándo volverá tu hermano.

—Antes dime quién eres —le contestó Reck—, y por qué finges ser un chico.

Y de repente sintió que una mano muy fuerte la agarraba por la muñeca, haciéndole dar la vuelta. Era el viejo. Le había creído inconsciente, pero ahora la tenía cogida del mismo modo que las mandíbulas de un purveco. Podría haberle dado

un golpe en la ingle y hacer que la soltara, pero no vio razón alguna para añadir eso al dolor que ya soportaba.

—Puedes engañar a los humanos —dijo—, pero no a un gebling que tenga la mitad de su cerebro. Lo que el ojo no puede ver, la nariz puede olerlo.

—Suéltala —dijo la chica—. Es mi época del mes, ¿recuerdas? Se me había olvidado que los geblings pueden olerlo. Ojalá tuviera ese don.

Los dedos del viejo se aflojaron. Reck no se movió hasta que él no hubo apartado la mano de su muñeca.

—El nombre del viejo es Ángel. Es mi tutor y mi amigo. Esta mujer tan impresionante se llama Sken. Se incluyó a sí misma en el precio de venta cuando compramos su bote para salir de Heptam. —La chica sonrió—. Iba a decirte que mi nombre era Adán, pero ahora que ya sabes cuál es mi sexo, no pienso decirte nada más al respecto.

—¿Cómo te propones pagarnos, si es que Tinker os ha robado?

—Tinker no nos robó nada. Lo único que hizo fue intentarlo. Sus hombres se llevaron nuestros caballos, pero les dimos más de lo que esperaban a cambio. Habíamos pensado comprar más caballos aquí. Pero al parecer nadie tiene caballos en venta.

—El ejército se los lleva —dijo Reck—. A los humanos les dejan uno para las tareas de labranza. A los geblings no les dejan ninguno.

—No quiero tu caballo. Lo único que quiero es ver curada la herida de Ángel.

—Mi hermano está a punto de llegar.

—Ni tan siquiera has hecho que vayan a buscarle.

—No me hace falta. Conoce a los animales del bosque. Ellos ven todo lo que sucede aquí y se lo cuentan.

La chica miró a Sken, como diciendo: ¿en qué clase de estúpidas supersticiones nos hemos metido ahora?

—No somos aldeanos —murmuró el viejo—. Sabemos que los geblings pueden llamarse los unos a los otros. No hace falta que nos cuentes esas historias de los animales.

—Es cierto, son los animales del bosque quienes le avisan. Pero hace mucho tiempo aprendí a no discutir nunca con un hombre que se tenga por instruido.

—Soy un filósofo. Esta flecha que tengo en el cuello me duele horrores, maldita sea.

—Lo siento. Puede que mi hermano esté lejos y quizá tarde en llegar. No podemos hacer nada más.

—Tengo sed.

—Es posible que la flecha te haya atravesado el gástrico.

—Así es.

—Entonces, tampoco puedes beber.

La chica y Sken decidieron sentarse. La chica tomó asiento en un escabel y Sken

lo hizo en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. Reck volvió a su trabajo, poniendo plumas en las flechas que había hecho el día anterior. Era una labor tediosa y delicada, y el afanoso respirar del hombre tendido sobre la mesa no la hacía precisamente más sencilla.

Voluntad apareció poco después, trayendo agua. No miró a los visitantes; se limitó a echar un vistazo al hombre de la mesa. Puso un cubo de agua junto al fuego, y vertió el otro en un gran recipiente que había al lado de la mesa. Sólo entonces se volvió hacia los visitantes.

—Voluntad —dijo, presentándose.

—Sken —dijo la mujer gorda.

La chica guardó silencio.

—¿Vives aquí? —le preguntó Sken.

Voluntad asintió.

Sken miró a Reck, y luego de nuevo a Voluntad.

—Abominación —dijo.

Voluntad sonrió.

—Soy su esclavo —dijo.

Sken pareció tranquilizarse un poco.

—No está bien que un gebling posea a un ser humano, pero mientras no te utilice de montura...

—Creo que eso no es asunto tuyo —dijo Reck—, y creo que ése no es modo de hablar si quieres que este hombre viva.

—He dicho lo que pienso —respondió Sken.

—Pues entonces tienes la cabeza llena de estiércol —dijo Reck.

Sken sólo llegó a dar un paso hacia ella. Tanto Ángel como la chica le gritaron que se detuviera. Voluntad también gritó, pero su grito iba dirigido a Reck. Sin embargo, no fue ninguno de esos gritos lo que detuvo a Sken. Lo que la detuvo fue ver a Reck, con su arco ya preparado. Sólo le había hecho falta un segundo, y ya estaba preparada para lanzar una flecha hacia el blanco que más deseara alcanzar.

—No, Reck —dijo Voluntad.

—Vienen a mi puerta igual que si fueran mendigos, y luego me acusan de que me dejo cubrir por un humano. Aunque si algún humano lo hubiera intentando, tú eres el único que habría podido salir con vida de eso.

—Perdona a esta mujer —dijo Ángel con voz débil desde la mesa—. Fue criada en el río, y jamás aprendió a hablar cortésmente con nadie.

Reck dejó aflojarse la cuerda del arco. Sken tiró del cuello de su vestido y volvió a sentarse, los ojos clavados en el fuego. El provocar a un duende jamás la había llevado antes tan cerca de la muerte. Los comerciantes geblings que compraban el billete para viajar por el río en Heptam eran muy dóciles y jamás contestaban a las pullas. No era la primera vez que Sken se veía obligada a revisar sus conceptos sobre cómo funcionaba el mundo. Pero eso era algo que nunca le había gustado hacer.

Voluntad empezó a preparar la cena, y Reck volvió a su trabajo con las flechas. La respiración de Ángel se había vuelto todavía más ronca y entrecortada. La chica estaba sentada en una esquina de la habitación, en silencio. Y así permanecieron todos, en silencio, observándose con cautela, hasta que cayó la noche y Ruina volvió a la casa.

EL CURANDERO



uina captaba la presión del odio enviado por el Unwyrm igual que si fuera un vendaval en su rostro. Tenía que avanzar inclinándose en su contra, y el dolor de cada movimiento le hacía torcer el gesto. Si alguien hubiera estado allí para verle habría pensado que su aspecto era ridículo, un gebling sucio y desnudo, con todo el vello revuelto, luchando por abrirse paso a través de las praderas cubiertas de hierba que brillaban bajo la luz del sol, torturándose para andar con paso tambaleante por entre árboles cuyas ramas no oponían el menor obstáculo a su camino. Pero cada vez que Ruina volvía el rostro hacia Cranning, sentía un auténtico huracán de resistencia. De entre todos los geblings, él era el único que no podía ir al hogar.

Sólo después de haber pasado dos agotadores días haciendo eso —luchando por avanzar, deteniéndose para descansar un poco, poniéndose nuevamente en marcha—, captó la llamada de Reck. Ese contacto suave que parecía apretar levemente su espina dorsal, como unos dedos amables... Ruina jamás le había dicho de qué modo le afectaba su llamada; no había ningún otro gebling que tuviera ese poder sobre él. Y especialmente ahora, después de haber pasado días enteros bajo el grito rabioso del Unwyrm. El murmullo de Reck era insoportable. Ruina vaciló, cayó de rodillas al suelo y se echó a llorar. Lloraba de ira, lleno de furia hacia Reck por haberle llamado, furioso consigo mismo por no tener la fuerza suficiente para ignorar su llamada y seguir luchando.

Pero no podía seguir luchando. Y, después de haberse tendido en la hierba que bordeaba el arroyo durante unos minutos o una hora, se arrastró hasta el agua, bebió un poco y se puso en pie. Durante un segundo su rostro estuvo vuelto hacia Cranning, pero la sola idea de dar otro paso en esa dirección era más de lo que podía soportar. Se dio la vuelta y partió en dirección contraria. Ahora sus pies se movían con gran ligereza. Avanzó a través de los bosques y las praderas, cubriendo en minutos la distancia que había luchado durante horas enteras por avanzar. Y durante todo ese tiempo su hermana era como una canción en su mente, consolándole, llamándole para que volviera junto a ella.

Llamándole, sí, pero no llamándole al hogar. No había ningún gebling vivo que pudiera llamar «hogar» a ninguna de sus viviendas, hechas a imagen y semejanza de las humanas. Sólo había un hogar para los geblings: la gran ciudad del acantilado, los túneles y las fosas que llegaban a hundirse hasta un kilómetro y medio por debajo del rostro de Pie del Cielo y de los que no había mapa alguno. Cranning, una ciudad con más habitantes que la mayor parte de las naciones, una ciudad poblada por hombres,

huelfos y gaunts pero gobernada por los geblings, pues sólo los geblings podían mantener en sus mentes el recuerdo de cada recodo de los infinitos túneles contenidos en ella, un recuerdo indeleble y que no podía ser puesto por escrito. Les eran familiares las piedras de cada caverna, y eso ocurría incluso con geblings como Ruina, que jamás había puesto el pie sobre esas piedras, que nunca había probado la fría agua que fluía por entre los túneles desde el glaciar que había sobre ellos y que nunca había dormido bajo el arco de oscuridad que resultaba infinitamente más consolador que el cielo. Ruina podía sentirse en paz allí donde estuviera Reck, pero, estando fuera de Cranning, jamás estaría en el hogar.

Y, mientras viviera el Unwurm, ¿cómo podría llegar Ruina hasta allí? Ahí estaba el gran dilema de su vida, ahí había estado desde que era un niño y su madre le explicó quién era y lo que debía hacer.

—Tú y tu hermana sois lo mejor de la mejor sangre, y en vuestras almas se hallan las semillas del dominio sobre todas las cosas. No hay nada que no podáis aprender, nada que no podáis hacer, no hay idea que no pueda acabar abriéndose paso en vuestras mentes igual que la luz se abre paso a través de la tormenta. Nacisteis para ser la mejor respuesta de los geblings al terrible odio del Unwurm, y nuestra única esperanza de matarle está en vosotros dos.

—¿Dónde le encontraré? —preguntó el niño llamado Ruina.

—Vive en el corazón de Cranning, allá donde corre el flujo de la vida. Vive en el mismo útero de los geblings, es la víbora que habita en nuestras entrañas para devorar a nuestras criaturas en cuanto nacen.

—¡Entonces, Madre, enséñame el camino que lleva a Cranning para que pueda ir hasta allá y matarlo!

- entonces Madre lloró y su larga lengua colgó abatida de su boca, con sus dos puntas gemelas reluciendo a causa de las lágrimas.

—¿Cómo es posible que tú, de entre todos los geblings, no conozcas ya el camino? Ah, Ruina y Reck, hijo mío, hija mía, os creamos para que fuerais la destrucción de nuestro enemigo, pero él ya os conoce, y os oculta Cranning desde el interior de vuestras propias mentes.

Cuando Madre murió, Ruina y Reck vagaron sin rumbo por el mundo durante un tiempo. Los dos rechazaban la tarea que les había sido impuesta por las enseñanzas de su madre y, al mismo tiempo, se preparaban para ella. Reck aprendió las artes de la arquería y podía matar todo cuanto viera..., pero se negaba a buscar el paradero de Cranning, negando que ese lugar tuviera significado alguno para ella. Se burlaba de Ruina y de sus interminables esfuerzos por llegar a ese sitio.

—Todo son sueños y visiones —decía—, todo eso no son más que profecías estúpidas. —Pero seguía practicando con el arco durante todas sus horas libres, y estudiaba cuantos datos sobre el Unwurm podía encontrar entre los geblings que

recorrían el río y que venían para recibir la hospitalidad de su casa.

Y Ruina, a su vez, no deseaba convertirse en un asesino y, en lugar de eso, aprendió las artes de curar. Vagaba por los bosques, probando las hierbas que crecían en ellos, usándolas para curar a los animales enfermos y heridos por los hombres o por otros animales. Cuando una hierba parecía prometedora, la cultivaba y la cuidaba, enseñándole lo que deseaba de ella, y muy pronto tuvo hierbas que podían expulsar las infecciones, polvos hechos con raíces que podían curar las enfermedades y bayas silvestres que eliminaban el dolor. Y conocía la forma que cada cuerpo tenía por dentro sólo con examinar su perfil externo. El lagarto y el lyón, el rubino y el gallo, a todos los conocía, y era capaz de abrir sus cuerpos y de recomponerlos después de abiertos. Jamás habría podido encerrar ese conocimiento en libros, tal y como hacían los humanos. Pobres humanos..., les faltaba la otra mente, el recuerdo secreto en el cual los geblings escondían su gran saber, ocultándolo incluso a sí mismos. Si le preguntabas a Ruina cuál era la enfermedad de uno de sus muchos pacientes habría sido incapaz de explicarlo, pues su mente humana, su mente de las palabras, no sabía nada del arte de curar. Su mente de las palabras sólo era capaz de hablar y sólo podía recordar las imágenes y los sonidos. Ruina no podía utilizarla para nada. Confiaba en su otra mente y se dejaba gobernar por ella, y era su otra mente la que encerraba sus mayores dones.

Pero esa otra mente era también la que el Unwurm había encontrado, obligándola a que se apartara de Cranning. Sólo su débil y odiada mente humana era capaz de impulsarle hacia delante, una y otra vez, luchando para controlar sus piernas y sus brazos en la interminable ascensión vertical que le llevaría a encontrarse con su enemigo. Y, cuando lo encuentre, ¿qué haré? ¿Qué podré hacer, salvo convertirme en el primer gebling al que devore?

La noche estaba cerca, y Ruina sentía en su interior la amargura del fracaso cuando llegó a la casa que compartía con Reck. Por el olor supo que dentro de ella había seres humanos, y supo también que el herido era el viejo, y que quien más le amaba y temía por su vida era la chica. La mujer gorda no era más que una masa de sudor, y Ruina no le hizo ningún caso. También estaba el olor de Voluntad, pero Ruina prescindió de él. Si su hermana deseaba tener un humano en vez de un buey, eso entraba dentro de sus prerrogativas. Ruina jamás hablaba con Voluntad, y Voluntad le devolvía el favor.

Reck le saludó sin una sola sonrisa, sin hacerle ninguna caricia. En la casa había ira. Ruina la interrogó en géblico.

—¿Por qué les permites quedarse si te ofende su presencia?

—La chica —contestó Reck—. Dime que no puedes sentir el efecto que su estancia aquí tiene sobre el Unwurm.

Ruina se acercó a la joven vestida de muchacho, sentada en una esquina de la habitación. Sí, también él podía sentirlo, como agujonazos en su espina dorsal. Si estaban cerca de ella, el Unwurm no intentaba expulsarles. Estaba llamando. Era algo

que Ruina no había sentido en toda su vida, aunque había oído hablar de ello: la llamada de Cranning. Era increíblemente fuerte, como la promesa del placer sexual, como el amor de una madre hacia su criatura. Ruina se arrodilló y acercó su rostro al de la chica. No hizo caso alguno de su repugnancia ni de la mano que se llevó al pelo.

La mujer gorda, sentada junto al fuego, lanzó un grito.

—¡Aparta de ella a esa sucia bestia o yo misma la mataré!

—Calla —murmuró la chica—. Es él quien debe temerme, no yo a él. —Ruina notó el aliento de la chica sobre su mejilla, y le pareció que era una cálida brisa que llegaba de Cranning, una brisa que le llamaba por primera vez en su vida.

—Un gebling desnudo acercándose de ese modo a una chica —gruñó el viejo yapestoso montón de excrementos—. Hubo un tiempo en el cual los duendes sabían qué sitio les correspondía ocupar.

Reck le hizo volver a su preocupación más acuciante en aquellos momentos.

—La gorda que ama a los geblings se llama Sken. El hombre que se muere es Ángel. Ruina se apartó de la chica. Cuando la llamada de Cranning disminuyó su intensidad, casi sintió un dolor físico. Pero, aunque ahora se encontraba más lejos de ella, seguía teniendo poder sobre él, pues la presión constante ejercida por la mente del Unwurm se había debilitado. Ruina jamás se había dado cuenta de qué gran porción de su otra mente era consumida por el Unwurm. Ahora, al examinar la herida, la comprendió de una forma tan rápida y clara que casi —no del todo, pero casi—, fue capaz de hacer entrar ese entendimiento en su mente de las palabras y explicárselo a sí mismo. Por primera vez se dio cuenta de en qué podía convertirse si el Unwurm moría.

Ángel estaba inconsciente. Eso quería decir que Ruina no necesitaría perder el tiempo drogándole para que se durmiera. Probó la herida, de la que seguía manando sangre. Conocía el veneno: una de esas ridículas hierbas de las que tan orgullosos estaban los ladrones del bosque. Lo que más preocupaba a Ruina era la flecha. Al entrar había producido ciertos desgarros, y causaría todavía más al salir. El hombre nunca podría comer tan bien como antes, la herida sería difícil de curar, y era posible que muriera de hambre antes de ser nuevamente capaz de tragar.

—Tendré que abrirle —dijo Ruina, una vez más en géblico—. Para dejar que se cure por dentro. Díselo a los humanos. —Conocía lo bastante bien el agaranto como para hacerse entender, pero resultaba más fácil dejar que fuera Reck quien tratara con ellos. Prefería comunicarse con los animales, que no se tenían por seres inteligentes.

Mientras Reck les explicaba lo que iba a hacer, Ruina buscó las esporas que se encargarían de eliminar el veneno, escogió un delgado cuchillo de bronce de su caja de herramientas y, con mucha delicadeza, sacó una larga y fina hebra de la planta de alambre que tenía en su herbario. En esa tierra no había ni una sola partícula de metal y la hebra era totalmente orgánica, con lo que acabaría disolviéndose dentro del cuerpo. Puso el cuchillo y la hebra en su boca junto con un tallo de hierba ácida para esterilizarlos. Luego, con un gesto muy rápido, hizo una profunda incisión en el

cuello del hombre, por encima y por debajo de la flecha. Ruina sumergió su lengua durante un instante en las esporas del hongo y luego la metió en las incisiones, lo bastante dentro de la herida como para que llegaran hasta donde el veneno de la flecha seguía impidiendo que la sangre se coagulara. Sólo harían falta unos minutos para que las esporas realizaran su trabajo, alimentándose del veneno y produciendo luego su propia sustancia coagulante que ayudaría a detener la hemorragia.

Mientras esperaba habló con Reck..., en géblico, por supuesto, para que los humanos no pudieran entenderles.

—La chica..., ¿quién es y por qué la está llamando el Unwurm?

—¿Cómo puedo saberlo? —le preguntó a su vez Reck.

—Tú eres la que lo sabe todo sobre el Wurm. Es demasiado joven para ser una Sabia.

—Quizá posea una sabiduría que no corresponde a sus años. Creo que es más peligrosa de lo que parece. No le tiene miedo a nada. No ha dicho nada al respecto, pero creo que fue ella quien mató a la mayor parte de los hombres de Tinker.

—¿Con sus manos desnudas?

—Ya sabes que el Unwurm desea a una mujer humana. Los Vigilantes le hablan a todo el mundo de esa profecía sobre la séptima hija de dos séptimas hijas...

—No hago caso de los humanos, y todavía menos de todas esas religiones tuyas.

—La séptima hija de dos séptimas hijas nació hace quince años y su padre fue el Heptarca de Korfú, el que fue depuesto, y se afirma de ella que gobernará el mundo. La chica bien podría tener esa edad.

—Me parece difícil creer que de entre todos los caminos posibles hasta Cranning, el Unwurm haya decidido llevarla por éste, directamente hacia nosotros.

Las esporas habían hecho su trabajo; la hemorragia había cesado. Ruina cogió el astil de la flecha y lo sacó de un tirón. El hombre lanzó un grito, pero no se despertó. Brotó un poco más de sangre, pero las esporas se encargaron de nuevo de cerrar la herida. Ruina puso su dedo dentro del maltrecho esófago del hombre y tiró de él hasta colocarlo donde pudiera verlo. Luego hizo unos diestros cortes verticales, eliminando los peores desgarrones del tejido.

Mientras cosía las heridas con la hierba de alambre, habló con Reck en géblico.

—Claro que no importa si es ella o no, ¿verdad? No iré a Cranning sin nosotros.

—Cranning no me interesa —dijo Reck.

—Estás tan metida en esto como yo —dijo Ruina—. Te rechaza con la misma fuerza que a mí.

—Salvo que yo no intento ir a Cranning y por eso no siento dolor alguno. Tú tampoco deberías intentarlo, Ruina. ¿Por qué crees que nuestra familia se ha mantenido en el exilio durante todas estas generaciones, si no es para encontrarse lejos de Cranning en este mismo instante?

—Pero él quiere que estemos lejos de allí. Eso lo cambia todo. Antes siempre quiso que el rey estuviera ahí, con él.

—Entonces, ¿debemos ir sencillamente porque él no quiere que vayamos? De ese modo nos controla exactamente igual.

—Hermana, antes siempre quiso usar a los geblings para destruir lo que los humanos habían construido. No posee la fuerza suficiente como para hacernos obedecer a todos, pero logró dominar al rey, y el rey llamó a los demás para que se unieran a la tarea común. Pero esta vez todo es distinto. No entra en sus planes que los geblings actúen unidos. Quizás ha planeado que no actuemos al mismo tiempo. Y por esa razón debemos ir.

—¿Tenemos que echar a un lado el propósito de nuestros antepasados, el plan trazado para gobernar, sólo por una teoría?

—El primer antepasado que trazó este plan se encontraba bajo el control del Unwurm. Por eso decidió que debíamos exiliarnos. Pero ¿cómo podemos estar seguros de que no era el exilio lo que el Unwurm deseaba?

—Hermano, no hay forma de salir de ese círculo. ¿Quién puede saber si alguno de nuestros actos no acabará siendo una nueva carta que jugar en sus manos?

—¿Te das cuenta? Así pues, decidimos basándonos en otras razones. Y aquí tienes una: Hermana, sin el aliento del Unwurm en mi rostro, por fin soy capaz de respirar. Tanto si eso es lo que quiere el Unwurm como si no, ella puede hacer que lo consigamos.

—Hasta el momento en que deje de llamarla.

—Todo depende de si su necesidad de ella es superior al miedo que le inspiramos.

—Entonces, crees que se trata de ella.

—Puede que la fortuna nos haya sonreído. —Ruina acabó con el esófago y volvió a ponerlo en su sitio—. Dile que su garganta estará curada dentro de unos días. Quedará un poco más estrecha de lo que era antes. Tendrá que masticar bien su comida.

Reck se dio la vuelta y les dio la noticia a los demás en agaranto. Ruina seguía acabando de coser la herida externa, esta vez usando hilo común, cuando Reck acabó su explicación y le tocó el hombro.

—¿Significa alguna diferencia para ti el que la chica esté enterada de nuestros planes o no?

—¿Cómo puede conocerlos? —le preguntó Ruina, anudando el hilo.

—Porque ahora mismo he descubierto que entiende el géblico.

Ruina se dio la vuelta y miró a la chica. Su rostro estaba vacío de toda expresión.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El hecho de que ya no le preocupaba el estado de Ángel antes de que yo les explicara que iba a recuperarse. Y luego fingió un nuevo alivio cuando yo se lo dije. Pero no emitía el sudor correcto.

Ruina miró a la chica y le sonrió, dejando que su lengua asomara un poco. Sabía muy bien que la delgada lengua bífida de los geblings ponía nerviosos a los seres humanos, aunque de hecho ella no dio señal alguna de que eso la molestara.

—Nunca intentes engañar a un gebling, humana —le dijo, hablando en géblico—. Eres la auténtica hija del Heptarca, ¿verdad?

La chica le respondió con tal fluidez y facilidad como si llevaran conversando todo el día, y Ruina se dio cuenta de que hablaba el géblico sin el menor rastro de la incomodidad que sentían a menudo los humanos cuando intentaban formar sus sonidos con sus torpes y rígidas lenguas.

—No, señor. Soy la Heptarca.

Así que su padre estaba muerto. Ruina no sentía compasión alguna ante la muerte de un humano. Los humanos gustaban de exhibir su pena y su dolor pero, en realidad, no comprendían los lazos de una auténtica familia. No poseían la otra mente y sólo podían hablar en palabras. Durante todas sus vidas eran unos desconocidos, apartados los unos de los otros. ¿Cómo era la vida de una criatura semejante? Por ello, no le ofreció ninguna muestra de conmiseración.

—Ya sabes qué pago quiero por la vida de tu amigo.

—Es mi esclavo, no mi amigo —dijo ella.

—Me llevarás contigo. No harás ningún esfuerzo para ir allí si no es conmigo.

—Quizá no voy donde tú crees.

—Vas a Cranning para destruir a mi pueblo, y yo voy allá para salvarlo.

—Entonces, ¿por qué no matarme ahora y ahorrarnos a los dos una buena cantidad de molestias?

—Él quiere tenerte ahí, pero si yo te mato podría arreglárselas con alguna otra persona. Al menos ahora sabemos quién eres y dónde estás. Por eso, cuando el Unwurm te lleve a su nido, nosotros también estaremos ahí. Creo que eso quiere decir que somos amigos. —Le sonrió, dejando asomar las puntas de su lengua.

Reck estaba junto a la olla del estofado, con la cuchara para probar el guiso en la mano.

—¿Por qué sigues diciendo una y otra vez nosotros, cuando yo no tengo intención de ir? Ruina no la miró.

—Porque nunca dejarás que me enfrente al Unwurm solo.

Reck se encogió de hombros.

—El estofado de Voluntad ya está listo.

Ruina se acercó un poco más a la Heptarca. Aunque ella estaba sentada y él de pie, no le hizo falta inclinarse mucho para que sus ojos se encontraran.

—¿Me darás tu palabra? ¿A cambio de la vida de tu esclavo?

—Tienes mi palabra, pero no es un pago a cambio de nada. Es Ángel quien debe pagar por su vida, y soy yo la propietaria de mi palabra y yo quien puede darla.

Ruina asintió solemnemente.

—Entonces, únete a nosotros en la mesa.

Reck se rió.

—Creo que todo ha valido la pena tan sólo para presenciar este momento..., nada menos que tú, Ruina, invitando a una humana a que comparta tu cena.

—Pero ella no es humana. ¿Verdad que no, Reck? Es la mujer del Unwyrn y la madre de la muerte.

—No soy la mujer de nadie —dijo la chica—. Y mi nombre es Paciencia.

Ahora le tocó a Ruina el turno de reírse.

—Paciencia —dijo en agaranto—. Ven y come, Paciencia.

La mesa había sido construida para la comodidad de los geblings. Resultaba demasiado baja para que Paciencia estuviera sentada en una silla, así que se instaló en el suelo. Era el único ser humano que había en la mesa. Cuando Sken dio un paso hacia ellos, la cara que puso Ruina bastó para hacerla retroceder hasta su escabel, al lado del fuego. Voluntad no intentó sentarse con ellos. Se encargó de servirles y luego le llevó un cuenco a Sken.

Ruina se dio cuenta de que Paciencia observaba todas las formas de cortesía adecuadas. La habían educado lo bastante bien como para que el ofrecer de vez en cuando unos trocitos de su comida a él o a Reck y el mordisquear los que ellos le ofrecían le pareciera tan natural como a un gebling. En las raras ocasiones en que un humano era invitado a compartir una comida gebling, normalmente acababa demostrando el gran esfuerzo y el sacrificio que necesitaba para comer con una cuchara gebling. Pero Paciencia no mostraba nada salvo deferencia y buenos modales. La mujer del Unwyrn debería ser aborrecible y no encantadora, pensó Ruina. Pero no importa. Probablemente tendré que matarla antes de que todo esto haya terminado. ¿Qué es la muerte de una humana si puede salvar a mi pueblo?

Cuando la comida hubo terminado, bebieron agua caliente de la olla que había junto al fuego. Ruina se ofreció a llevarles por el bosque, pero Paciencia no pensaba consentirlo.

—Mi gente irá conmigo —dijo—. Cuando Ángel se encuentre lo bastante fuerte, le llevaremos en el carro. Si podemos encontrar algunos caballos que comprar...

Reck se encogió de hombros.

—¿Comprar? Ruina puede encontraros caballos mañana. En los bosques es capaz de encontrar cualquier cosa.

—Pero no servirán para tirar del carruaje —dijo él—. Nos pasaríamos todo el tiempo sacándolo del fango. Iremos hasta la siguiente aldea de los humanos y lo venderemos para ir en bote. El viento sopla del oeste y el Agua del Cran está muy tranquila. Los caminos son el peor modo de ir a Cranning.

Quedaron de acuerdo en ello. La única discusión que hubo al respecto surgió después, en la oscuridad, cuando Ruina se acostó junto a su hermana y ella le dijo que pensaba llevarse consigo a Voluntad.

—¿Qué significa él para ti? —preguntó Ruina por milésima vez—. ¿Se ha convertido en tu amante? ¿Quieres llevar dentro de ti sus pequeños monstruos?

Reck jamás respondía a tales acusaciones.

—Es mi amigo —se limitó a decir—, y si yo voy, él también va.

—Así que el gigante viene con nosotros... Será mejor que compremos un bote

bien grande. Ya somos demasiados. Y el número de humanos resulta excesivo. — Luego empezó a hacerle algunas sugerencias obscenas sobre lo que ella y Voluntad hacían cuando Ruina no estaba en la casa. Reck no le respondió, y Ruina sólo se detuvo cuando su aliento le indicó que se había quedado dormida. Ya no valía la pena seguir intentando que se enojara con él.

EL AGUA DEL CRAN



De todos los grupos que habían partido en busca de Cranning, no puede decirse que ellos fueran el más alegre. Ángel se encontraba demasiado débil a causa del hambre y la pérdida de sangre como para hacer algo más que soportar los baches del camino. Aunque podía beber leche obtenida en las granjas junto a las que pasaban, con bastante dolor, le haría falta tiempo para recobrar sus fuerzas, e incluso cuando estaba consciente escuchaba las conversaciones de los demás y casi nunca intentaba hablar. Cuando se detenían en los albergues que había a lo largo del camino, Paciencia le daba de comer purés en su habitación mientras que los demás comían en la mesa común. Y los geblings dormían toda la noche en su cuarto, haciendo turnos para vigilarle cuando, dormido, intentaba arañarse el cuello a causa del dolor que sentía.

Si Ángel estaba callado, Sken nunca parecía capaz de mantenerse en silencio. Se quejaba por todo lo que iba mal, y aunque si podía evitarlo nunca hacía referencia a los geblings, había dejado bien claro que le resultaban aborrecibles. Cuando Ruina estaba cerca solía husmear el aire. Y cada vez que Paciencia y los geblings se dedicaban a emitir ese «parloteo ininteligible», Sken se quedaba callada y se dedicaba a lanzar cáscaras de nuez a la grupa de los caballos con particular vehemencia.

Sin embargo, ni el mal humor de Sken ni los sufrimientos de Ángel conseguían retener la atención de Paciencia. Tenía otras preocupaciones. La llamada de Cranning era cada día más fuerte dentro de ella, y muy a menudo la distraía de lo que estaba haciendo o pensando. Y la llamada estaba cambiando de forma. Ahora ya no era tan sólo un apremio en su mente. Ahora era un hambre física.

De noche, en una posada no muy lejos del río el Agua del Cran, tuvo un sueño, profundo y poderoso, bello y aterrador.

—Paciencia —susurró Sken.

Sken la estaba sacudiendo. Aún era de noche. ¿Había algún peligro? Paciencia buscó a tientas el lazo escondido en su cabello.

—¡No! —Sken intentó hacer que se tendiera de nuevo en su camastro.

Los dedos de Sken, esa fuerza física que la retenía, hizo que Paciencia sintiera un nuevo miedo, el temor de que Sken pretendiera hacerle algún daño. Paciencia había sido entrenada para protegerse a sí misma contra ese tipo de intentonas de asesinato en mitad de la noche. Durante un segundo, al no estar totalmente despierta, sus reflejos la controlaron y sus brazos se movieron velozmente; luego despertó del todo y se quedó quieta, los dedos ya engarfiados tras las orejas de Sken, los pulgares preparados para sacarle los ojos a la mujer del río.

—Una muchacha encantadora —dijo Sken—. Apuesto a que has llegado a ser todo aquello que esperaba tu madre de ti.

El reproche que había en las palabras de Sken, el residuo de terror perceptible en su voz, el aborrecimiento revelado por la escasa luz que permitía ver el rostro de la mujer... Así me ven, pensó Paciencia. La gente común, la gente que juega con sus niños, la que baila en las fiestas hasta quedar empapada de sudor, la que grita y gime y se acusa mutuamente en el mercado. Para ellos, una niña de mi edad debería ser virgen en su corazón. Si hubiera sido instruida en las artes del amor sentirían tristeza por mí, cierto, como les ocurre a todos los adultos cuando el cuerpo de un niño despierta. Pero ver a una niña tan joven que ya ha madurado en las artes de la violencia y el asesinato... Para Sken soy un ser monstruoso, igual que los bebés deformes que las comadronas se encargan de estrangular y quemar luego.

Me entrenaron para ser lo que soy, y en mi oficio soy la mejor. Sí, estuvo a punto de hablar y decirle eso.

Y entonces Sken la acusaría: «Ésta es la segunda vez que intentas matarme». O quizá le haría una pregunta todavía más amarga: «¿Es que incluso dormida matas?».

Y entonces Paciencia diría: «¿Cómo crees que puede mantener la paz un rey, si no es con herramientas como las mías?».

Pero no, no iba a defenderse. Quizás algunas veces sintiera el deseo de no ser hija de su padre, pero el desearlo no cambiaría el pasado. No necesitaba defenderse más de lo que una montaña necesitaba defenderse de ser alta y abrupta, o pequeña y erosionada, o de tener cualquier otro de los contornos que podían adoptar las montañas. Soy lo que me han hecho ser, no lo que yo escogí.

Por lo que, en vez de responder a las irónicas palabras de Sken, Paciencia hizo honor a su nombre y, con voz tranquila, le preguntó:

—¿Por qué me has despertado?

—Estabas llorando en sueños.

—Yo nunca hago eso —dijo Paciencia. ¿Acaso Ángel no le había enseñado a no hacer el menor ruido cuando dormía? Recordaba demasiado bien el agua fría que caía sobre su rostro para despertarla cada vez que emitía algún sonido, hasta que se acostumbró a dormir en el silencio más absoluto.

—Entonces es un milagro, una voz que brotaba del aire encima de tu cama y que era exactamente igual a la tuya.

—¿Qué he dicho?

—Niña, por tus gritos sólo se me ocurrió pensar en una cosa: un amante te estaba tratando con el mismo vigor que utiliza un granjero para arrancar un tocón de su campo. Sólo entonces volvió a ella el recuerdo de lo que había soñado y, con él, la llamada de Cranning.

—Es él quien me hace esto —murmuró—. Me envía sueños. Dormida, despierta...

Sken agitó la cabeza como si la comprendiera perfectamente.

—Sueñas hasta que tu cuerpo entero está preparado para él, pero él nunca viene a ti. —Soy yo quien debo ir a él.

—La maldición de las mujeres —dijo Sken—. Sabemos de qué forma pretenden utilizar nuestro amor hacia ellos, y sabemos qué precio deberemos pagar, pero aun así vamos y nos quedamos a su lado.

—Pero mi amante se sale de lo normal —dijo Paciencia.

Sken le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Oh, cierto. Cierto, tu amor nunca es de los corrientes.

¿Cómo, creía realmente que Paciencia se había enamorado igual que cualquier muchacha de aldea, que estaba sufriendo por algún apuesto hijo de granjero? Dado que Paciencia no había experimentado jamás una sensación tan propia de las adolescentes, durante un segundo se preguntó si no sería posible que Sken estuviera en lo cierto. Pero eso era absurdo. Paciencia había visto a bastantes jóvenes en muchas casas de nobles, y las había oído parlotear sobre sus amantes, tanto reales como hipotéticos. La implacable llamada del Unwurm era mucho más fuerte que todo eso. Incluso ahora seguía removiéndose en su interior, y le hizo falta un gran esfuerzo para no levantarse de su camastro, dejar la mísera posada y caminar, correr o nadar hacia Cranning.

Con todo, lo que Sken daba por sentado en su ignorancia resultaba inofensivo. En otros momentos Paciencia habría fingido aceptar los intentos que Sken hacía por consolarla.

Pero se encontraba demasiado cansada, y la llamada de Cranning había afectado excesivamente sus nervios como para que sintiera deseos de jugar a la diplomacia. Por eso le respondió con todo el mal humor y la ira que sentía en su interior.

—Y, si espero lo suficiente, ¿se me pasará?

Sken, por supuesto, carecía de instintos diplomáticos.

—Eres una pequeña zorra. Alguien intenta ser amable contigo y tú...

Paciencia le respondió igual que si debiera explicarle todo sobre ella misma.

—Durante este mes me he enfrentado a la muerte más veces que tú durante toda tu vida. Sken se quedó callada durante un instante, luego sonrió.

—Pero no sabes tanto de botes como yo.

—Ahora no estamos en el agua —dijo Paciencia.

—Y tampoco estamos asesinando a nadie —respondió Sken. Paciencia volvió a tenderse en el camastro y le dirigió una gélida sonrisa. Sken se había anotado un tanto.

—La muerte y el río..., las dos conocemos nuestro oficio —dijo Paciencia.

—Este amante que te hace sudar y gritar durante tus sueños...

—No es mi amante —dijo Paciencia.

—Te desea, ¿no? Y tú, ¿le deseas?

—Me desea igual que un chacal anhela al cordero. Y yo le deseo igual que...

—Como un pez el agua.

Paciencia se estremeció. Eso era lo que sentía, incluso en esos instantes, como si fuera la necesidad de aspirar una profunda bocanada de aire. Pero si aspiraba ese aire, sería la última vez que respirara.

—Sken —dijo—, estoy hecha de papel.

Sken la acarició suavemente, pasando la seca yema de uno de sus dedos sobre la fría y húmeda carne de su brazo.

—Carne y huesos.

—Papel. Doblado hacia aquí y luego hacia allá, adoptando cualquier forma que me den. Heredera de la Casa del Heptágono, hija de Paz, asesina, diplomática, dame una forma, la llevaré, representaré el papel, vuelve a doblarme, seré su amante, amaré a quien me llama, y si alguna vez consigue tenerme a su alcance, me doblará hasta hacerme tan pequeña que me esfumaré.

Sken asintió con gravedad y todo su cuerpo tembló levemente a causa de ese movimiento.

—¿Y si alguien me desdoblara del todo? ¿Qué sería entonces?

—Una desconocida —dijo Sken.

—Sí, incluso para mí —dijo Paciencia.

—Como el resto de las personas.

—Oh, ¿eso crees? ¿Crees que en el interior de este hermoso y delicado cuerpo de asesina vive una mujer normal?

—No te hagas la importante —dijo Sken—. Todos estamos doblados y nadie sabe qué somos realmente. Pero yo lo sé. Todos somos pedazos de papel idénticos, vacíos, sin nada escrito en ellos. Lo que nos hace diferentes es la forma en que hemos sido doblados. Somos los pliegues.

Paciencia sacudió la cabeza.

—No, yo no. Es probable que nadie empiece su vida siendo un pedazo de papel liso y sin nada escrito pero, desde luego, conmigo no ha sido así. Soy más de lo que me han hecho ser. Soy algo más que los personajes que debo interpretar.

—Entonces, ¿qué eres?

—No lo sé. —Se dio la vuelta y se puso cara a la pared para terminar la conversación—. Quizá no lo descubriré hasta que vaya a morirme.

—O puede que sea después de eso, cuando cojan tu cabeza.

Paciencia se dio nuevamente la vuelta y sujetó los pliegues de la ropa de Sken entre sus dedos, tensos y rígidos.

—No —murmuró con voz áspera—. Si alguna vez pretenden hacerme eso, prométeme que me partirás la cabeza en dos mitades, que sacarás a los gooles del recipiente, algo, lo que sea...

—No pienso prometerte eso —dijo Sken.

—¿Por qué no?

—Porque si llegas a encontrarte en tal estado que puedan llevarse tu cabeza, Heptarca, eso querrá decir que yo habré muerto antes.

Paciencia soltó la ropa de Sken y volvió a reclinarse en su camastro. Saber que Sken era leal resultaba realmente un consuelo. Pero también era una carga. Y Paciencia estaba tan cansada...

—Vuelve a dormirte —dijo Sken—, y no sueñes con el amor.

—Entonces, ¿qué debería soñar, ya que dominas tanto esa materia?

—Sueña con asesinatos —dijo Sken—. Conociéndote, dormirás igual que una niña pequeña.

—No estoy enamorada de la muerte —susurró Paciencia.

Sken le dio un par de palmaditas en la cabeza.

—No, ya me lo parecía.

—No deseaba que mi padre muriera. Y tampoco deseaba que Ángel resultara herido.

Sken pareció sorprendida. Luego comprendió.

—Muchacha, ya sé que no lo deseabas —respondió, también en un susurro—. Pero eso quiere decir que ahora estás abandonada a tus propios recursos, que eres libre, ¿no? Al menos, durante un tiempo. Y, por supuesto, esa sensación te gusta.

—Algunas veces resulta emocionante. Y me asusta un poco.

—Y saber que te enfrentas al enemigo más potente del mundo, sola...

—Eso no hace que me sienta bien.

—No mientas —dijo Sken—. Hay momentos en que te encanta.

—Lo odio, lo odio por lo que me está haciendo desear...

—Pero enfrentarte a él, tú sola, eso sí lo deseas, quieres enfrentarte a él, tú sola, y vencer.

—Puede.

—Es perfectamente natural que sientas eso. Y también es perfectamente natural portarse como una idiota.

—Puedo matar a cualquiera.

—A cualquiera, siempre que quieras matarle.

Las palabras se abrieron paso en su mente.

—Tienes razón —dijo Paciencia—. ¿Cómo puedo matarle, si él desea hacerme el amor?

—¿Ves? No puedes hacer esto tú sola —dijo Sken—. Necesitas la ayuda de Ángel. Necesitas a los duendes, por muy repugnantes que sean. Y también a su gigante amaestrado. Puede que incluso me necesites a mí.

—Incluso a ti —murmuró Paciencia.

—Ahora duerme. Estamos contigo, eres el centro de todo y estamos contigo. Tendrás mucho tiempo para desdoblar tus pliegues cuando esto haya terminado y el arado de tu amante esté colgado de una pared, en alguna parte.

Paciencia durmió. Nunca volvió a mencionar la conversación de esa noche, pero las cosas cambiaron entre ella y Sken. Se hablaban con la dureza de siempre y discutían, porque Sken no conocía otro modo de tratar a la gente, pero las cosas

habían cambiado.

Había lazos entre ellas, lazos entre hermanas y, ciertamente, eran un extraño par de hermanas, pero lo eran pese a todo.

Por la mañana la extraña caravana reemprendió su viaje. Pero las palabras de Sken habían hecho que ahora Paciencia viera también de un modo distinto a los demás. Les miraba con nuevos ojos, pensando: ¿cómo puedo utilizarlo a él, por qué la necesito a ella, qué fuerza posee y qué debilidad mía puedo compensar? Todos eran peligrosos..., para ella, pero también para el Unwurm. Y los geblings, en especial, eran un misterio. Cuanto más los observaba Paciencia, más se daba cuenta de que la mayor parte de sus comunicaciones no tenían como vehículo la palabra, y que cada uno de ellos parecía sentir cuándo el otro necesitaba algo. Envidiaba su intimidad, lo cerca que estaban el uno de la otra; incluso intentó imitarles, acudiendo de vez en cuando allá donde estaba Ángel cada vez que le parecía que él podía necesitarla. Algunas veces la necesitaba. Pero la mayor parte de veces no era así. Fuera cual fuese el don de los geblings, ella no lo poseía. No tenía ninguna sensibilidad especial. Los geblings son demasiado diferentes de nosotros. Este poder suyo es parte de este mundo, no del nuestro. Son como el Unwurm, los dos son parte de este sitio, y aquí yo soy una extraña.

Y los días de viajar por tierra llegaron a su fin. El río se extendía nuevamente ante ellos, esta vez con un pueblo lleno de actividad a lo largo de su orilla. No tuvieron problema alguno para encontrar un comerciante que comprara el carro y los caballos. Estando tan cerca de Cranning todos los compradores eran geblings, por supuesto, así que Paciencia se vistió igual que si fuera un joven acomodado y se llevó consigo a Voluntad para que nadie intentara robarle, encargándose ella misma de todos los tratos, sin que Ruina ni Reck estuvieran presentes para hacer más difícil el negocio. Los geblings tenían la costumbre de hacerse regalos entre ellos en lugar de intentar obtener un beneficio, y aunque Paciencia sabía que el pequeño tesoro de Ángel seguía conteniendo el dinero suficiente para comprar todos los botes que quisiera, no deseaba malgastar sus recursos. Cuando lo que tenían hubiera desaparecido, sería difícil reponerlo.

Con el carro vendido y el dinero en la mano, Paciencia —a los ojos del mundo, el mismo altivo joven que había sido antes— se llevó consigo a Sken para comprar un bote. Después de todo Sken era una mujer del río y, ¿quién más podía juzgar si un bote era adecuado para el viaje corriente arriba?

—Ése no —repetía Sken una y otra vez. Demasiado pequeño, la quilla demasiado baja, en mal estado, seguro que se hundiría, no tiene la vela suficiente para viajar corriente arriba, es demasiado difícil de guiar..., una razón tras otra para ir rechazando un bote tras otro.

—Eres demasiado quisquillosa —dijo Paciencia—. No tengo planeado vivir el resto de mi vida en él.

—Si compras el bote equivocado —dijo Sken—, eso es exactamente lo que harás.

Mientras recorrían el muelle, lleno de gente que iba y venía de un lado para otro, Paciencia se dio cuenta de que todos los botes estaban siendo vendidos o alquilados por humanos.

—El que compró nuestro carro era un gebling —dijo—. ¿No viajan por el agua?

—A mí no me hagas preguntas sobre los duendes —dijo Sken—. Espero que esos dos no viajen en bote.

—Salvaron la vida de alguien que me es muy querido —dijo Paciencia.

—Y si vienen con nosotros, espero que recuerden quién manda en esta nave.

—La capitana de esta nave soy yo —dijo Paciencia.

—No en una nave donde yo navegue o en la que vaya alguna persona en su sano juicio —dijo Sken—. Tienes el dinero, y eso te convierte en la propietaria. Pero yo sé cómo se maneja la nave, y eso me convierte en la capitana.

—¿La autoridad suprema?

—No del todo.

—¿Oh, sí? ¿Quién está por encima de la capitana?

No fue Sken quien le respondió. La voz procedía del otro lado de Paciencia, y pertenecía a un hombre.

—¡El piloto! —dijo.

Paciencia se dio la vuelta... y no vio a nadie, sólo un mono que se agitaba arriba y abajo mientras hacía funcionar un fuelle. El fuelle estaba unido a un tubo que entraba en una gruesa jarra de cristal y luego en la tráquea de una cabeza cuyos ojos apenas si lograban asomar por encima del borde.

—¿El piloto? —preguntó Paciencia.

Sken ni tan siquiera se había dado la vuelta.

—Sí, un piloto. Alguien que conozca el río. Cada río es distinto y, además, cambia de un año a otro. —Entonces vio al que había hablado, la cabeza metida tras el grueso cristal del recipiente.

Sken torció el gesto.

—Un muerto —dijo—. De mucho va a servirnos ése.

—He estado todos y cada uno de los últimos doscientos años subiendo y bajando por el Agua del Cran —dijo la cabeza.

—Las cabezas no aprenden nunca nada nuevo —dijo Paciencia—. Las cabezas no saben prestar atención a las cosas y olvidan con demasiada rapidez.

El mono seguía saltando arriba y abajo. La estaba distrayendo.

—Sé prestar atención a las cosas —dijo la cabeza del piloto—. Conozco este río. Para algunos pilotos el río es un enemigo con el que deben luchar y debatirse. Para algunos es como un dios, lo adoran, lo maldicen y le rezan. Para algunos es como una ramera y creen ser ellos los que mandan, pero el río juega con ellos y siempre les engaña. Para otros es una amante, una esposa, una familia, viven y mueren por él. Pero yo...

—Venid, joven señor —dijo Sken—. Pero Paciencia no se movió, escuchando a la

cabeza.

—Para mí, el Agua del Cran no se parece a ninguna otra cosa. Este río es yo mismo. Ése es mi nombre, Río, como Dios me lo dio que ése es mi nombre, la corriente es mi cuerpo, mis brazos, mis piernas.

El mono se detuvo para atrapar un piojo de entre su vello. La cabeza sonrió, pero como la boca se encontraba por debajo del borde de la jarra, el grueso cristal convirtió la sonrisa en una horrible mueca. El mono probó el piojo con la lengua, lo engulló y volvió a su trabajo. El aire recorrió nuevamente la garganta del piloto.

—Mi bote es bueno —dijo Río.

—Tu bote es una vieja canoa podrida —dijo Sken.

—De acuerdo. Tú eres la capitana, así que consigue un buen bote. Pero vuelve y contrátame como piloto.

—Conseguiremos un piloto vivo. Gracias de todos modos —dijo Sken.

—Está bien, vete, tienes piernas y puedes marcharte caminando sobre ellas. ¿Qué más te da?

Un halcón planeó sobre ellos, trazando círculos, y acabó aterrizando sobre una pequeña plataforma situada en lo alto del poste en el cual estaba colgado Río. En una de sus garras había un ratón que no paraba de retorcerse. El halcón le abrió el vientre con sus uñas, haciendo brotar su sangre, y se metió las entrañas en el pico, dejando caer luego el resto de los despojos en la jarra de Río. El recipiente osciló mientras los gusanos y los gooles se pegaban a los restos y empezaban a comer.

—Disculpad. Mi almuerzo —dijo Río—. Como veis, soy un sistema autosuficiente. No hace falta que me alimentéis, aunque me alegraría si pudierais mantener mi recipiente lleno con el Agua del Cran, y resulta muy agradable que lo lavéis de vez en cuando. El mono lo ensucia con bastante frecuencia cuando hace sus necesidades.

—¿Dónde está tu propietario? —preguntó Paciencia.

Sken se había irritado.

—No estarás pensando en...

—Sken, ve a comprar un bote. Tienes quince minutos. Escoge el mejor, y yo iré a negociar el precio.

—¡No pienso tener a esta cosa como piloto!

—Si Ruina y Reck te aguantan como capitana de la nave, aprenderás a vivir con Río como piloto. ¿No fuiste tú quien dijo que el piloto era lo más importante?

—Estás disfrutando con todo esto —dijo Sken—. Te estás burlando de mí, y yo había creído en nuestra amistad.

—Joven amo, te aseguro que no cometes ningún error —dijo Río—. Un piloto debe conocer los promontorios de arena, las corrientes, los lugares rápidos y los lentos, los bajíos y las crecidas de primavera, y yo conozco todo eso y os llevaré por el río siempre que hagáis cuanto os diga, y en ello incluyo a esa Reina de la Grasa que os acompaña. ¿Qué hacéis con ella, recoger el sudor que desprende y venderlo

luego río abajo como aceite para lámparas?

Paciencia se rió. Sken no.

—Compra el bote —dijo Paciencia—. Quiero a este piloto, y mis razones para ello son lo bastante buenas como para que lo tengamos.

Río lanzó un par de vítores.

—Por razones de sabiduría, por razones de...

—Cállate —le dijo Sken a Río. Y luego, volviéndose hacia Paciencia, añadió: Joven señor, no conocéis a este hombre...

—Le conozco viendo cómo ha envejecido su rostro, y por sus arrugas veo que tiene como mínimo dos siglos y que ha pasado la mayor parte de su vida bajo la dura luz del sol y la intemperie.

—Es la verdad, la tortura de mi vida escrita en mi rostro —dijo Río.

—Así que es viejo —dijo Sken.

—Lleva al menos un siglo siendo una cabeza —dijo Paciencia—. Recorriendo el río durante todo ese tiempo. Y en todos esos viajes jamás le ha fallado ni a uno solo de sus clientes. Jamás ha destrozado un bote contra una roca o un promontorio de arena.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Sken.

—Porque el joven amo lleva en su interior el espíritu capaz de discernir la verdad —dijo Río.

—Porque está aquí —dijo Paciencia—. Si alguna vez le hubiera fallado a uno de sus propietarios, habrían hecho pedazos su recipiente y le habrían echado al río hace mucho tiempo.

Sken la miró con ojos iracundos, pero no se le ocurrió respuesta alguna a eso, por lo que se alejó por el muelle, examinando todos los botes con una expresión todavía más escéptica que antes.

—Eres sabio —dijo Río—. Espero que entre los cien hijos que concebí cuando aún podía hacer sonar mi cuerno en los lechos, haya uno tan agraciado, tan inteligente y tan... —Rico.

—... Como tu graciosa persona. Aunque quizá deseara que un hijo mío tuviera algo más de barba.

—Al igual que, sin duda, él desearía que su padre tuviera unos cuantos miembros más.

Río lanzó una carcajada, un sonido más bien artificial, ya que todo él provenía de su boca. Su risa no podía venir del vientre, no con el mono haciendo funcionar el fuelle a un ritmo siempre constante.

—Ay, no puedo negar que a los dos nos falta algo.

—¿Cuándo volverá tu propietario? —preguntó Paciencia.

—Cuando mande al mono en su busca.

—Entonces mándalo.

—¿Y perderme una conversación con un joven tan apuesto y agradable? Deberías

saber que en mis tiempos tuve ocasión de pasarlo bien con unos cuantos jóvenes tan guapos como tú y que luego me dieron las gracias por ello.

—Al igual que yo te doy las gracias por haber perdido las herramientas necesarias para ello antes de conocernos.

Río le guiñó un ojo.

—No hay nada que te haga perder la calma, ¿eh?

—Al menos, nada que viva dentro de un recipiente —dijo Paciencia—. Manda al mono para que traiga a tu propietario. Si quieres hablar, puedo leer tus labios.

Río emitió tres fuertes besos. Paciencia se dio cuenta de que ese sonido podía hacerlo sin el fuelle. El mono soltó inmediatamente el fuelle y trepó hasta el borde del recipiente, pegando su frente a la de Río. Unos cuantos trinos más, acompañados de chasquidos hechos con la lengua y los labios, y el mono se dejó caer al suelo de madera y partió corriendo por entre la multitud.

Río lanzó un solo chasquido, y el halcón salió volando.

Paciencia se quedó inmóvil, leyendo sus labios en tanto que él bromeaba, contaba historias y la estudiaba con sus ojos. Durante todo ese tiempo Paciencia sentía la llamada del Unwurm. Ven más deprisa, te necesito, me amas, serás mía. No en palabras, nunca era en palabras, era sólo la necesidad. Vuela hasta mí, ahora.

Ya voy, dijo Paciencia en silencio, intentando con todas sus fuerzas que la idea del asesinato no apareciera en su mente consciente.

La cabeza llamada Río siguió hablando y hablando, y cuanto más la miraba menos se parecía a su padre. Bien. No necesitaba esa otra distracción.

Cuando estuvieron en el agua, Sken se encontró en su elemento y se erigió en señora de todos. No importaba que Río murmurara órdenes desde su recipiente, colgado de un poste cercano al timón; Sken no puso obstáculos a seguir las órdenes de Río sobre el rumbo a seguir una vez que éste hubo demostrado conocer realmente el río. El rumbo era cosa del piloto..., y todo lo demás que sucedía en el bote era asunto a decidir por Sken. Sólo Ángel, por fin cómodo ahora que había cesado el traqueteo del camino, se encontraba exento de sus órdenes. A todos los demás Sken no les dejaba ni un momento de reposo, manteniéndoles muy ocupados con la complicada tarea de hacer que un bote remontara la corriente gracias a la vela y los remos.

Obtenía un placer particular ordenándoles a Ruina y Reck que treparan al mástil y se encargaran de las dos velas y cuando los dos colgaban por encima del agua cumpliendo las labores que les había impuesto les contemplaba con una satisfacción insoportable en el rostro. Ni la altura ni el trabajo parecían molestarles pero el agua sí parecía hacerles sentir incómodos. Y algo había que concederle a Sken: no abusaba de su autoridad. Como todo buen capitán, sabía que los geblings la obedecerían pero sólo mientras les ordenara hacer algo claramente necesario.

Paciencia tenía también su ración de cosas que hacer, igual que todos los demás. Al principio Sken no parecía encontrarse muy a gusto dándole órdenes pero cuando la

dejaba sin nada que hacer Paciencia acudía a ella y le preguntaba si había algo pendiente, hasta que con el tiempo Sken le ladró sus órdenes con la misma desenvoltura que a todos los otros. Paciencia agradecía cualquier cosa que mantuviera ocupada su mente. La llamada de Cranning no cesaba nunca pero era más fácil vivir con ella cuando tenía trabajo que hacer, por lo que pasaba muchas horas cuidando de los cordajes, izando y arriando las velas o de pie ante el timón en tanto que Río daba las órdenes para el curso que les llevaba corriente arriba, manteniéndose a favor del viento, metiéndose en los canales más hondos con la ayuda de los remos o de pértigas para cruzar los tramos más difíciles..., era una vida de trabajo duro que requería vigor y Paciencia acabó amando el río, en parte por la paz que le daba y en parte por la misma vida que llevaba en él. La tosquedad y la aspereza de Sken se convertían en vigor y fuerza cuando eran vistos dentro de la vida del río.

Pero aunque Sken era una buena capitana, no era perfecta. En cuanto pasaron unos días Paciencia se dio cuenta de que Sken tiranizaba a Voluntad sin ninguna compasión, quizá meramente porque él se lo consentía. Sin duda su peso era el mismo pero ella tenía como mínimo un metro menos de altura. Resultaba cómico verle tirar de una cuerda o llevar algo de una cubierta a otra, sus enormes músculos ondulando a lo largo de su cuerpo mientras trabajaba, en tanto que la mujer, sus rollos de grasa oscilando continuamente, se burlaba de él y le maldecía. Pobre Voluntad, pensó Paciencia. Todos los problemas del matrimonio y ninguna de sus ventajas. Pero lo soportaba bien y no parecía importarle. Había llegado a formar parte del equilibrio de la vida a bordo y Paciencia dejó que las cosas siguieran tal y como estaban.

A primera hora de la mañana Voluntad estaba levando el ancla mientras que Reck izaba la vela. Ruina estaba sentado en la proa, los ojos clavados en la lejanía con una expresión más bien lúgubre. Sken le mandó a Paciencia que asegurara un cordaje cuando Reck lo hizo bajar de la vela y ese trabajo le hizo acercarse a Ruina, que ahora no tenía nada que hacer.

Y le vio estremecerse en cuanto se le acercó.

—¿Tan fuerte es cuando sientes que me llama? —le preguntó.

Ruina asintió, sin mirarla.

—¿Quién es el Unwyrn?

—El Unwyrn. Él.

—Pero ¿qué aspecto tiene?

—Nadie le ha visto nunca.

—¿De dónde ha venido?

—Nació del mismo vientre que los geblings.

Por supuesto, se trataba de un lenguaje religioso y Paciencia lo descifró mentalmente para pasarlo a su propia versión de la realidad.

—Entonces, ¿es un gebling?

Ruina se encogió de hombros.

—Podría serlo. Sólo que es más poderoso que cualquier gebling. Y nos odia. Eso es cuanto sabemos de él. —Alzó su mano en un gesto perezoso, señalando hacia el río—. Toda esta agua..., la llena de odio y luego lo hace caer sobre nosotros para congelarnos con él.

—La llamada..., ¿funciona igual que cuando Reck y tú os llamáis?

—No podemos controlarnos mutuamente, si eso es lo que pretendes saber —dijo Ruina—. La sentimos y eso es todo. La sentimos mejor entre parientes y cuanto más próximo es el lazo de sangre. Reck y yo somos gemelos.

—¿Pero el Unwurm puede hacer eso cuando quiere?

—Puede hacerlo incluso con los seres humanos. Ninguno de nosotros es capaz de eso. —Así que es como un gebling, sólo que más poderoso.

Ruina pareció enfadarse.

—No se parece en nada a un gebling.

—Entonces, ¿por qué cuando le mencionas dices él? ¿Cómo sabes que se trata de un macho?

—Tú también lo sabes. Porque busca a la séptima hija de dos séptimas hijas y no al séptimo hijo de dos séptimos hijos.

Ruina se volvió lentamente hacia ella. Estaba sonriendo y el espectáculo no resultaba nada agradable.

—¿De qué le serviría aparearse con un humano? No podría haber descendencia. La vida nativa y la que llegó de las estrellas no pueden cruzarse.

—Qué conmovedora fe ponéis los humanos en vuestros mitos.

Estaba intentando atormentarla, nada más. Paciencia le había visto hacer lo mismo con Reck y se negó a prestar atención a sus pullas.

—Entonces, ¿es de otra especie?

—Quizá. O puede que nunca más haya existido ningún otro ser de su especie.

—Eso es imposible. Las especies no surgen de la nada. Tienen padres. Hay algo llamado generaciones. He estudiado la ciencia suficiente para saberlo.

—Lo mejor de la ciencia —dijo Reck, apareciendo detrás de Paciencia—, es que le impide a los estúpidos descubrir la verdad y que ni tan siquiera les deja enterarse de que cuanto saben no es la verdad.

Ruina la miró, frunciendo el ceño.

—La ciencia humana, quizá —dijo.

Reck le cogió un mechón de vello del dorso de la mano y luego se la apartó de una fuerte palmada.

—Ay —murmuró Ruina, sosteniendo la mano golpeada con la otra, como si hubiera recibido una grave herida.

Reck le sonrió con dulzura.

—No eres mejor científico que los humanos.

—He visto lo que he visto y no lo que deseaba o esperaba ver, y eso es más de cuanto puedes decir respecto a cualquiera de ellos. —Su mano señaló a Paciencia en

un gesto tan fluido como cargado de desprecio.

Reck sacudió la cabeza.

—Si preguntaras a los Sabios de los humanos, te dirían lo mismo. Nunca has visto nada que no estuvieras preparado para ver y cuando lo ves usas los viejos nombres para referirte a ello y finges que lo has comprendido perfectamente. Y entonces todo el mundo le dice a los demás lo que todo el mundo se ha puesto ya de acuerdo en decir, y todos se quedan mucho más tranquilos respecto al universo.

—Qué sabia eres —dijo Ruina, con la voz cargada de veneno. Y Paciencia vio que su ira no era del todo fingida.

—Eso es lo que Madre me ordenó que fuera cuando me dio mi nombre. «Reck, niña, quiere decir pensar, quiere decir calcular, quiere decir interrogarse sobre las causas de las cosas».

—¿Vuestros nombres son órdenes? —Preguntó Paciencia—. Entonces, tus padres tenían pensado para ti unos planes muy agradables, Ruina.

Tanto Ruina como Reck la miraron igual que si se hubieran olvidado de su presencia. Le habían mostrado una parte de su relación privada mucho mayor de la que, teóricamente, debían ver los seres humanos. Paciencia se avergonzó por hacerles sentir tal incomodidad. También ella había olvidado que debía mostrarse diplomática. Un diplomático es siempre un desconocido cauteloso, nunca un amigo íntimo. Durante un instante, para sorpresa de todos y sin que a ninguno de los tres le gustara descubrirlo, habían olvidado que no eran amigos y que nunca podrían serlo.

Paciencia sonrió con tristeza y se alejó, sintiendo los ojos de los dos clavados en su espalda igual que cuchillos. Pero esos cuchillos no eran tan agudos como el anhelo que, casi de inmediato, llenó todo su ser. Cranning.

¿Era esa inmensa necesidad la tortura que había soportado la cabeza de Padre cuando los gusanos hicieron inflamarse todos sus anhelos? ¿Se quebró su voluntad bajo esta presión o había sido mucho peor que la suya? ¿Iré a presentarme ante este Unwurm, que quiere una mujer, no un hombre, y me doblegaré bajo esta necesidad igual que una cabeza sin cuerpo que ha perdido toda la voluntad de resistir? ¿Sentiré tal hambre que haré cuanto desee de mí, no importa lo que sea, sin pensarlo, sin que ni tan siquiera se me ocurra la idea de resistir?

Y, con tal pensamiento en la mente, pasó la mañana fabricando algo para sí misma con lo que había encontrado en el cofrecillo de Ángel, el que siempre estaba cerrado con llave. Una cápsula de veneno, que podría tomar si las cosas iban muy mal.

—Qué solución tan torpe.

Era la voz de Ángel. Paciencia cerró de inmediato su cofrecillo, igual que una niña pequeña sorprendida por su padre.

—Te pertenece —dijo Ángel—, porque yo te pertenezco.

—No tengo esa sensación —dijo ella—. Y tú tampoco. En realidad, nunca he poseído nada.

—Eso es algo muy sutil. La mayor parte de la gente cree poseer muchas cosas cuando no es cierto. Tú crees que nunca has poseído nada y, sin embargo, no es así.

—¿Qué poseo?

—A mí. Este cofrecillo. A toda la humanidad.

Paciencia meneó la cabeza.

—Puede que sea responsable de toda la humanidad pero eso es algo que jamás pedí y no soy su propietaria.

—Ah. Entonces piensas que la responsabilidad y la posesión son cosas distintas. El padre y la madre cuidan del bebé y lo mantienen con vida..., ¿son sus propietarios? Y, si no lo cuidan, ¿es en verdad suyo? El niño obedece a sus padres y les sirve y en tanto que ellos dependen de ese servicio, el niño se convierte también en propietario suyo. Y, pese a todo, se engaña a sí mismo diciéndose que son ellos los propietarios.

—Eres muy sutil pero si intentas decir que Padre era mío, la verdad es que no tienes ninguna esperanza de llegar algún día a Sabio.

—Para mí forma de pensar, lo que he dicho es cierto. Pero confieso que la mayor parte de la gente tiene otro concepto de la propiedad. Creen poseer aquello que han convertido en parte de sí mismos. Como Sken, con este bote. Siente sus partes igual que si fueran parte de ella; siente el viento en la vela como si la vela fuera su cuerpo y el viento la hiciera moverse hacia delante; siente la oscilación del bote como si fuera el rítmico latido de su propio corazón. Este bote es suyo, porque el bote es parte de ella misma.

—Igual que Río posee el Agua del Cran.

—Sí —dijo Ángel—. No siente la pérdida de su cuerpo porque las corrientes y los movimientos del agua, las orillas y los canales son sus brazos y sus piernas, su ingle y sus entrañas.

Paciencia intentó pensar en algo que ella poseyera de la misma forma que Sken poseía el bote. No había nada que sintiera como parte de ella misma. Nada en absoluto. Incluso su ropa y sus armas no eran propiedad suya, no en ese sentido. Para ella misma Paciencia siempre iba desnuda y sin armas y, por lo tanto, no poseía una fuerza mayor que la de su propio ingenio y no llegaba a ningún sitio más que adonde pudieran llegar sus brazos y sus piernas.

—Si eso es la propiedad, yo no poseo nada —dijo Paciencia.

—No es así. No posees nada porque no has dejado que nada se convirtiera en parte de ti, salvo unas pocas armas, unos lenguajes y recuerdos. Pero también lo posees todo porque el mundo entero, como un todo, es parte de ti y sientes la superficie del globo como si fuera tu propio cuerpo y todos los dolores de la humanidad como si fueran tuyos. Que piense lo que quiera, pero yo sé que no es así. No siento que toda la humanidad sea mía, aunque Padre me enseñó muy a menudo que así debería sentirla el Heptarca. Estoy sola, apartada de todos. Pero tú puedes creer lo que te plazca, Ángel. Cambió de tema.

—¿Estás seguro de encontrarte lo bastante bien como para estar de pie? ¿Y para caminar?

—Bueno, de momento no camino, ¿verdad? Estoy sentado. Aunque la verdad es que ya llevo unos cuantos días encontrándome mucho mejor. Me gusta disfrutar de la pereza, eso es todo.

—Me has hecho tanta falta estas últimas semanas...

—No me has necesitado para nada y la verdad es que más bien has disfrutado descubriendo que puedes hacer las cosas tú sola. Pero me alegro de que no hayas decidido echarme por la borda. Ya sabes que puedo serte útil. Por ejemplo, no te hace falta ese veneno.

—Puede que llegue a necesitarlo.

—Tienes algo mejor.

—¿Qué?

—El globo que sacaste del hombro de tu padre después de que muriera.

Padre le había dicho que nadie más sabía que lo tenía.

—¿Qué globo es ése?

—Durante más de una semana, en el río Alegre, cada vez que dormíamos en la orilla te pasabas quince minutos hurgando entre lo que habías evacuado. Sólo hay una cosa que puedas haberte tragado y que valga lo suficiente como para llevar a cabo una tarea tan repugnante.

—Pensé que estabas dormido.

—Niña, ¿quién habría sido capaz de dormir con semejante peste?

—Ángel, no seas grosero.

—Doy por sentado que lo encontraste.

—Padre me dijo que lo cogiera pero nunca llegó a decirme cuál es su función o cómo se utiliza.

—Tu padre nunca lo utilizó. O, al menos, no en toda su capacidad. Para que pueda utilizarse del todo debe ser colocado en otro lugar de tu cuerpo. En lo más hondo de tu cerebro. —Ángel sonrió—. Y ahora mismo tienes disponible un cirujano excelente. —Padre me dijo que jamás debía permitir que un gebling supiera que lo tengo.

—En este mundo hay que correr ciertos riesgos.

—¿Qué es?

Ángel pasó a utilizar el gáuntico.

—Tu cetro, mi amada Heptarca. Pero pocos de tus predecesores han tenido el coraje de llevarlo en su cerebro durante los últimos tiempos.

Ella le respondió en el mismo lenguaje.

—¿Estás diciéndome que Padre no tuvo el valor suficiente para esa operación?

—La operación no es demasiado peligrosa. Pero sus efectos sobre los distintos Heptarcas son muy variados. Algunos se han vuelto locos. Uno de ellos llegó a matar a sus hijos, salvo a uno. Otro empezó guerras simultáneas con todos sus vecinos y

acabó con el reino reducido a Heptam y unas cuantas islas del oeste. Otros Heptarcas han dicho que era como si vieran el mundo por primera vez y gobernaron brillantemente. Pero las probabilidades no son muy favorables. Con todo, cuando está colocado en tu cerebro responde a tus deseos. Cuando esté ahí, si alguna vez llegas a sentir realmente el deseo de morir, morirás. Así que quizá desees correr el riesgo.

—¿Y si me vuelve loca?

—Entonces probablemente te obsesionaría el deseo de ir a Cranning para enfrentarte con el enemigo de la humanidad, sin estar preparada y sin ninguna información y lo más probable es que no lograras sino fracasar.

—¿En otras palabras, lo que estoy haciendo ahora?

—¿Cómo podrías cometer una locura peor que ésta? A menos que decidieras hacerte acompañar por dos geblings que sin duda pretenden matarte tan pronto como les hayas hecho llegar sanos y salvos hasta el Unwurm.

Recordó lo que le había dicho sobre los geblings.

—¿Por qué no puedo permitir que un gebling vea que tengo esta joya?

—Porque no es una joya.

—¿No lo es?

—Es un cristal orgánico sacado del cerebro del Rey de Cranning en la quinta generación del mundo.

—El rey gebling. ¿Para qué lo utilizaba?

—Los geblings no mostraron muchos deseos de discutir el tema con nosotros. Sabemos cómo funciona en los seres humanos pero nadie sabe qué uso tenía para él.

Paciencia asintió.

—Si le fue robado al rey gebling, supongo que le pertenece por derecho a Reck y Ruina. En el rostro de Ángel apareció una expresión que se desvaneció tan bruscamente como había venido. No era algo que otra persona hubiera podido percibir, pues Ángel era muy hábil en lo tocante a mantener su rostro inexpresivo. Pero Paciencia la vio y supo que Ángel estaba sorprendido, quizá incluso asustado. ¿Qué le había sorprendido? ¿No sabía que el hermano y la hermana, juntos, eran el rey de los geblings? Por supuesto, no lo sabía. Ruina había estado cosiendo la herida de Ángel cuando Paciencia oyó la conversación de los geblings y ésta le reveló quiénes eran. Ángel estaba inconsciente y nadie había hablado de ello desde entonces.

—Lo siento —dijo—. ¿No sabías que eran el rey? Es algo que oí por casualidad cuando aún estabas muy enfermo.

—No, no tenía ni idea de ello. Tendré que pensar en esto —dijo Ángel—. Eso podría cambiar las cosas. Ciertamente, podría cambiarlas mucho. Y me permite tomarme un pequeño respiro. —Sonrió y le dio una palmadita en la mano, pareciendo ligeramente perplejo.

Pero Paciencia estaba todavía más confundida que antes. Porque Ángel le estaba mintiendo. Sabía que le resultaba posible dar la impresión de que sus palabras eran

sinceras y de que no estaba ocultando nada. Pero estaba ocultando algo..., cuanto le mostraba ahora no era más que su máscara. No había sentido la más mínima sorpresa y no tenía que pensar en nada ni cambiar sus planes.

Durante todo ese tiempo había sabido quiénes eran los geblings. Y, si eso era cierto, entonces lo que no había sabido es que ella estuviera enterada de su identidad.

Hay dos cosas que se pueden hacer con una mentira: fingir que la crees o encararte al mentiroso haciéndole ver que estás enterada de que ha mentido. Lo primero es lo que haces con los enemigos y Paciencia no podía pensar en Ángel más que como en un amigo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —le preguntó.

Ángel se preparó para mentirle de nuevo pero se contuvo.

—No —dijo—. Ahora eres la Heptarca y no puedo ocultarle nada. Tu padre me dijo sus nombres, hace muchos años, sus nombres y dónde vivían. La Heptarquía siempre se ha ocupado de saber por dónde andaban los reyes de los geblings.

—Entonces, siempre supiste que estaban en esa aldea.

—Tu padre lo sabía y me lo contó. No hacían sino añadir otra incertidumbre a la ecuación. Habría sido mejor pasar de largo junto a ellos. Y, además, así no habría recibido una flecha en el cuello. —Lanzó una risita—. Pero no me importa.

Paciencia le sonrió. Pero Ángel seguía mintiéndole. En sus palabras había algo que no sonaba bien. Quizá no había sabido quiénes eran. Era posible que Padre no se lo hubiera dicho. No tenía forma alguna de saberlo y ahora no podía preguntárselo. Con su primera mentira podía seguir siendo un amigo. Con la segunda mentira, Paciencia no podría tratarle sino como a un enemigo. Déjale creer que su mentira ha tenido éxito, le había enseñado Padre, y tu enemigo no sentirá el impulso de tomar medidas más desesperadas.

Lo que más la molestaba era que durante toda su vida jamás había pensado en Ángel como en un enemigo suyo.

—¿Y qué temía Padre que harían cuando te lo contó?

—No lo sé. En ese momento pensé que temía otra invasión gebling. Pero no creo que esos dos anden sedientos de sangre humana. Los otros reyes llamaron a los geblings a Pie del Cielo con un grito de guerra en los labios. Esos dos andan prácticamente disfrazados. Ningún rey gebling ha viajado jamás en compañía de humanos. Al menos, no de humanos vivos.

Cuanto más le escuchaba más claro tenía que todo eran mentiras y más confiado estaba Ángel de que ella le creía. Ángel tenía un plan, sin duda algo que él y Padre habían tramado hacía algún tiempo y parte del plan requería no contarle a ella cuanto sabía Ángel. A los ojos de Ángel seguía siendo una niña a quien todavía no se podían confiar los datos necesarios para que tomara una decisión inteligente por sí sola. Ángel estaba decidido a mantener su ceguera y obligarla a seguir por el camino que él y Padre habían escogido para ella. Bien, Ángel, quizá descubras que no soy del todo la criatura indefensa que tú crees. No puedo obligarte a confiar en mí pero cuando

llegue la hora desearás haberlo hecho, porque actuaré según lo que yo he decidido, te guste o no, y si intentas detenerme, Ángel, quizá descubras que soy demasiado peligrosa, incluso para alguien como tú.

Pero en realidad no creía en ello. Su bravata no era más que una pantalla para sí misma. Jamás se había sentido tan infantil y débil como ahora. Todavía no soy la Heptarca, pensó de repente. No tengo ni reino ni poder, sólo el destino que tú, Padre, el Unwurm, los geblings y todos los sacerdotes tenéis pensado para mí. Tenéis tantos planes para mí que no importa lo que haga, siempre es lo que alguien deseaba que hiciera. Un solo títere con un millar de hilos y no sé quién sostiene ninguno de esos hilos.

Ángel no pudo ver nada de todo eso por su rostro. Paciencia le miró y le sonrió con burlona malicia, como hacía cuando estaba tomándole el pelo.

—Entonces, ¿crees que estaré a salvo dejando que Ruina sepa dónde está el cetro que debería ser suyo y pidiéndole luego que me haga un corte en el cerebro para meterlo dentro?

Ángel extendió hacia ella sus manos, las palmas hacia arriba.

—No he dicho que la cosa careciera de riesgos.

Paciencia continuó azuzándole, como si estuviera jugando.

—Será mejor que sigas pasándote el día dormido. Entonces me ayudabas más.

Vio relajarse la tensión de su cuerpo en tanto fingía ser la muchacha alegre y confiada que siempre había sido para él cuando se encontraban a solas. La había creído.

—Creo que Ruina estará de acuerdo en que el cetro es ahora más humano que gebling —dijo Ángel—. Los Heptarcas lo han poseído durante más de trescientas generaciones. Con todo, no digo que debas acercarte a él y soltárselo todo ahora mismo.

—No hay forma de saber lo que debo hacer —dijo ella—. Todas las profecías hacen alusión al desastre pero no me dicen cuál será su causa. Sea cual sea mi elección puede que con ella destruya el mundo o lo salve, y no sé lo que debo escoger. Y tú ni tan siquiera piensas ayudarme a tomar mi decisión.

Ángel sonrió.

—Sabías que quizás estuvieras llevando el mundo al desastre cuando decidiste ir a Cranning. Yo sólo te acompañé en el viaje. De momento ha resultado muy divertido. —Se puso en pie y, con un esfuerzo, volvió al camastro que tenía preparado bajo el toldo. Paciencia se quedó sentada y estuvo mirando el agua durante un rato. Cuando apenas si había empezado a recobrar la confianza, Ángel había revelado estar metido en un juego privado. No había nadie en quien pudiera confiar por completo.

Y, con todo, no podía permitirse el lujo de seguir pensando, porque cuando su atención no estaba ocupada con el trabajo o con una conversación, su mente volvía a ese constante anhelo que la roía, la necesidad de ir hacia el norte, de subir por el río,

de encontrar alivio a la urgente presión de su deseo corporal.

El halcón de Río trazó un círculo y se lanzó en picado hacia el bote. Paciencia se dio la vuelta para observarlo en tanto que el halcón abría el vientre de una paloma, se comía las entrañas y dejaba caer el cuerpo, plumas incluidas, dentro del recipiente. El mono se estaba acariciando los genitales. Estaban en una parte del río lenta y tranquila y al piloto no le hacía falta su voz durante un tiempo.

El equilibrio mantenido por la ecología de Río le resultaba un misterio y un motivo continuo de asombro. A Río en sí era fácil comprenderle; como todas las cabezas, estaba un poco loco y sólo vivía para viajar arriba y abajo del Agua del Cran. Mientras el bote estuviera en movimiento, se consideraba bien recompensado con ello. Pero el mono y el halcón..., ¿qué sacaban ellos? El mono comía con los humanos y parecía bastante satisfecho. Además, no tenía otro sitio adónde ir. Los monos eran una especie que los humanos habían traído con ellos a este mundo; aquí no poseían ningún hábitat natural y sólo podían sobrevivir en tanto que animales domésticos. Así que quizá, en algún nivel primitivo, el mono sabía que su trabajo de esclavo ante el fuelle era la única forma en la cual podía vivir.

Pero el halcón..., no podía entenderle. Era capaz de cuidar de sí mismo. No necesitaba a nadie. ¿Qué obtenía de los servicios prestados a Río? ¿Por qué seguía con él? Río no tenía manos con que mantenerle prisionero y no tenía poder alguno para recompensarle o castigarle. El halcón parecía vivir con él por pura generosidad.

Quizá el halcón pensaba que Río era parte de sí mismo y alimentaba a la cabeza por el mismo instinto gracias al cual los padres alimentaban a sus hijos. O quizá le habían entrenado, doblegándole para que se amoldara a una pauta de conducta dentro de la cual le resultaba inconcebible abandonar a Río para que muriera. Quizá el halcón no anhelaba la libertad. O, quizá, siendo libre, esto era lo que el halcón había escogido hacer, sin que nadie le obligara.

Cuando Voluntad les llamó para comer al mediodía, Paciencia no quiso ir. Fue la mano de Reck en su hombro la que le hizo cambiar de parecer.

—No importa lo que te haya dicho Ángel —le murmuró la mujer gebling—, sigues siendo el corazón de todos nuestros futuros. Ven, come.

Sí, pensó Paciencia. Ven, títere. Ven, papel doblado. Haz tus pasos de baile, mantén la forma que te hemos dado.

Hasta que hayas dejado de ser útil. Entonces, alguien —los geblings, el Unwurm, quizás algún Vigilante enloquecido surgido de la nada—, alguien se encargará de prenderte fuego.

LA CASA DE HEFFIJI



na tarde, cuando ya faltaba poco para oscurecer, estaban sentados remendando una vela mientras recorrían un recodo del río por un angosto canal encerrado entre dos promontorios de arena, y Río chasqueó la lengua por dos veces y el mono empezó a chillar. Para aquel entonces todos sabían ya que con eso Río pretendía decirles que deseaba cambiar rápidamente de rumbo. La conversación se detuvo y todos escucharon atentamente: la voz de Río nunca era demasiado potente.

—¡A babor toda! —dijo. Voluntad, que se encontraba al timón, llevó la barra hacia el lado de estribor y, casi en el mismo instante, Sken cogió a Paciencia y a un gebling por el brazo y corrió hacia la parte izquierda del bote. Paciencia sólo tuvo el tiempo suficiente para echarle un vistazo a lo que estaban esquivando: una gran boya, lo bastante grande como para que si hubieran chocado con ella a la velocidad que les daba el viento, se hubieran producido daños considerables tanto en la boya como en el bote. Pese a la rápida maniobra el bote golpeó a la boya pero lo hizo sólo de lado y bastante despacio.

—Se supone que esa boya debía estar a unos tres kilómetros río arriba —dijo el piloto—. La última inundación de la temporada debe haber llevado su ancla hasta aquí. Echad un cabo.

Sken no vaciló ni un instante. Ató una cuerda a un gancho, lo hizo girar por encima de su cabeza y lo lanzó hacia la boya, que ahora oscilaba lentamente a unos metros de ellos. El gancho quedó sujeto al primer lanzamiento pero Paciencia no sabía si eso era algo digno de elogio o tan sólo aquello que podía esperarse de una mujer del río razonablemente competente.

—¿Qué piensas hacer con eso? —le preguntó Ruina.

—Pienso devolverla al sitio donde debe estar —dijo Sken, como si se tratara de algo que debía resultarle obvio incluso a una criatura.

—No es asunto nuestro —dijo Ruina.

—Ya hay demasiada gente en el río que piensa de esa forma —dijo Sken—. Pero en este tipo de cosas Río y yo pensamos lo mismo. Cuando algo está fuera de su sitio y puedes colocarlo de nuevo en él, lo haces, porque de esa forma el siguiente piloto que venga no correrá el riesgo en el que casi hemos caído nosotros.

Tomaron nuevamente su rumbo anterior a través del canal y después tuvieron un buen trecho de navegación despejada, lo bastante largo como para echarle un buen vistazo a la boya. En ella había un letrero, colocado en tal ángulo que resultaba posible leerlo si uno se asomaba lo bastante por el lado de estribor. Estaba en géblico,

gáuntico, huelfo y agaranto —el lenguaje que usaban todos los humanos durante sus viajes, con independencia de cuál fuera su idioma nativo—, y el cartel anunciaba un solo artículo en venta:

RESPUESTAS

Cuando Paciencia le dijo lo que ponía Ángel se rió mucho.

—¿Cuándo habías visto antes una arrogancia tal?

—Puede que no las vendan —dijo Reck—. Quizá las compren.

Paciencia no se rió. El cartel resultaba demasiado irónico. Si había algo que le hiciera falta en ese mismo instante, ese algo eran las respuestas. Y aquí estaban, ofreciéndose a ser compradas.

Tres kilómetros después dejaron caer el ancla y llevaron la boya hacia el bote. Sken y Voluntad se encargaron de atarla a éste y luego llevaron el ancla de la boya y le añadieron una bolsa de lastre. El trabajo requirió como mucho una hora pero Paciencia no tomó parte en él y gracias a eso tuvo tiempo para examinar la zona de la orilla en la que podían encontrarse las respuestas. No estaba muy poblada, por lo que sólo podía tratarse de la casa que había sobre una colina, a medio kilómetro del río.

Si la casa hubiera sido uno de los albergues que había a lo largo del río, un sitio dispuesto a cebarse en los viajeros con sus juegos amañados, su comida indigerible y sus lechos plagados de insectos, Paciencia no les habría hecho desembarcar. Pero la casa era un viejo edificio de aspecto modesto y se encontraba lo bastante lejos del río como para no ser una trampa al acecho del dinero de los viajeros. Si no hubieran anclado para colocar la boya en su sitio sólo habría resultado visible durante un segundo por una brecha abierta entre los árboles que cubrían la orilla del río. Para Paciencia eso parecía sugerir que el anuncio era sincero. Se trataba de un lugar para aquellos que deseaban encontrar la verdad y que lo deseaban lo bastante como para esforzarse a la hora de conseguirla..., un lugar lejos del camino, difícil de alcanzar, con un solitario cartel para indicarles de qué se trataba y sólo un breve instante para ver cómo llegar hasta él.

Por supuesto, apenas pensó en detenerse Paciencia sintió en su interior el peso de la llamada de Cranning, apremiándola a continuar, más deprisa, más deprisa. No era más fuerte que antes; el Unwyrm no tenía ninguna intención especial de hacerle rehuir este sitio. Pero dado que la necesidad de continuar a toda prisa era tan grande y porque sabía que era otra entidad la que estaba produciendo esa necesidad en su interior, Paciencia resistió por pura tozudez, tal y como había soportado decididamente todo tipo de sufrimientos durante su infancia, para acostumbrarse a los rigores y penalidades.

Cuando Voluntad y Sken subieron al bote y empezaron a soltar la boya, Paciencia anunció su decisión.

—Llevad el bote hacia la orilla.

—¡En este sitio! —dijo Sken—. ¡No lo haré! Pasaremos ante una docena de posadas mejores antes de que caiga la noche.

Paciencia sonrió y se volvió hacia Río.

—El piloto traza el rumbo y la capitana manda en la vida a bordo de la nave pero es la propietaria quien dice los puertos que visitará la nave. ¿Estoy en lo cierto?

Río le guiñó el ojo.

Sken maldijo abundantemente pero, en vez de izar otra vez las velas, ella y Voluntad acercaron el bote a la orilla usando un par de pértigas.

Llegaron al maltrecho embarcadero que se internaba en el río y aseguraron el bote en él. Dejando que Sken cuidara de Ángel, Paciencia se dirigió hacia tierra firme con Voluntad y los geblings. Ángel pidió acompañarla pero Paciencia no le hizo caso. Ya no le parecía tan necesario obedecerle desde que Ángel había empezado a mentirle.

El camino que llevaba hasta la colina apenas si merecía tal nombre. Paciencia dejó que Ruina abriera la marcha: era capaz de encontrar un rastro sobre la roca desnuda durante una tormenta, o eso parecía al menos. Reck y Voluntad se quedaron detrás de ella, como si fuera realmente la Heptarca, con escolta delante y detrás; o como si fuera una prisionera con guardianes dispuestos a impedir cualquier intento de fuga.

La casa de la colina era todavía más miserable de lo que había parecido visto desde abajo. Las ventanas no tenían cristales ni postigos y el olor del patio dejaba bien claro que los cerdos eran los únicos responsables de su propio aseo.

—Quizá no esté habitada —dijo Paciencia.

Ruina lanzó un gruñido.

—El fuego está encendido.

—Y en la cocina hay agua potable —añadió Reck.

Paciencia se volvió hacia Voluntad.

—¿Hay algo que no puedan descubrir con sus narices?

Voluntad se encogió de hombros. No es demasiado inteligente, pensó Paciencia. Pero ¿qué podía esperarse del tipo de hombre capaz de vivir con unos geblings?

Llamaron a la puerta y obtuvieron como resultado un rápido grito de respuesta. Una voz femenina, y no muy joven.

—¡Ya voy! —El grito había sido emitido en el lenguaje común pero el acento le indicó a Paciencia que ésa no era su lengua nativa. Y, por supuesto, quien les abrió era una hembra de la raza huelfa, más pequeña que los geblings y con esa minúscula cabeza que les hacía parecer espectacularmente repulsivos.

—¿Se supone que es una huelfa la que debe darnos respuestas? —preguntó Ruina con su tacto habitual.

Ella le miró con el ceño fruncido.

—¿Se supone que debo dárselas a un duende?

—Al menos sabe decir frases enteras —añadió Reck.

Pero fue Paciencia quien extendió su mano para que la hembra huelfa le lamiera los dedos. Una vez satisfecha la costumbre, les invitó a entrar e, inmediatamente, llevó a Paciencia a lo que estaba claro era el asiento de honor, junto al fuego. Voluntad, como siempre, se quedó atrás, cerca de la puerta. Nunca daba la impresión de considerarse parte de los acontecimientos. Sólo era un espectador, alguien que escuchaba. O quizá no fuera ni eso, quizá fuera un accesorio, igual que un caballo, algo que sólo pasaba a primer término cuando se le necesitaba.

La huelfa les trajo agua hirviendo y les dejó escoger las hojas para el té. Paciencia preguntó si había alguna posibilidad de obtener habitaciones con ventanas que pudieran cerrarse para pasar la noche.

—Eso depende —dijo ella.

—¿De qué? Dinos el precio.

—Oh, el precio, el precio... El precio son buenas respuestas para mis preguntas y buenas preguntas para mis respuestas.

—Es imposible comunicarse con un huelfo —dijo Ruina con impaciencia—. Se puede mantener una conversación más inteligente con los árboles.

Habló en géblico pero resultaba obvio que la huelfa había comprendido por lo menos el matiz de lo dicho, Paciencia sospechó que en realidad entendía el géblico, lo cual indicaba una inteligencia mucho más brillante de lo que era normal en su especie.

—Cuéntanos en qué tipo de pregunta has estado pensando —dijo Paciencia.

—Aquí sólo pueden alojarse los Sabios —dijo ella—, los Sabios de todas las tierras, y antes de marcharse dejan tras ellos sus más sabios pensamientos.

—Entonces hemos venido al sitio equivocado —dijo Paciencia. Todos los Sabios se marcharon de nuestras tierras antes de que yo naciera.

—Lo sé —dijo ella con tristeza—. Pero en estos tiempos me arreglo con lo que viene. No serás por casualidad astrónoma, ¿eh? Paciencia meneó la cabeza.

—¿Necesitas algún astrónomo con urgencia? —preguntó Reck.

—Oh, no es urgente, no es urgente. Es sólo que ese arte parece haberse perdido y eso es algo que debería sorprenderos, considerando que todos vinimos de las estrellas.

—Ella sí, y ese grandullón de la puerta también —dijo Ruina—. Los demás nacimos aquí. La huelfa sonrió levemente.

—Oh —dijo—. ¿Crees que los geblings son nativos de este lugar?

Y ahora, por primera vez, Paciencia empezó a preguntarse si no debería tomarse muy en serio a esta huelfa, no sólo por cortesía, sino porque podía saber algo de valor. Desde luego, su alusión a que también los geblings venían de las estrellas daba a entender que sus ideas resultarían, como mínimo, interesantes. Lo bastante interesantes como para que Ángel debiera estar presente. La huelfa podía molestarse

ante su presencia y quizá no confiara en él, pero Paciencia no era tan estúpida como para rechazar la posibilidad de sacar provecho de las posibles verdades que él le revelara a la huelfa. Se volvió hacia Reck.

—¿Crees que Voluntad podría bajar y volver con Ángel hasta aquí?

Reck pareció disgustarse.

—No soy la propietaria de Voluntad —dijo.

Dado que el comportamiento de Voluntad parecía más digno de un esclavo que el del propio Ángel, Paciencia pensó que la respuesta de Reck y su pretensión de no controlarle resultaban ridículas. Voluntad nunca hacía nada hasta que Reck no le había dado permiso antes. Con todo, Paciencia no le contestó, limitándose a volverse hacia Voluntad y preguntándole si se creía capaz de bajar y volver con Ángel hasta la casa. Voluntad no dijo nada pero se fue sin perder ni un segundo.

—¿Por qué has mandado a buscar a otro miembro de tu grupo cuando aún no he dicho si os podéis quedar? —le preguntó la huelfa.

—Porque Ángel es lo más cercano a un Sabio que tenemos. Es matemático.

—Entonces no es nada. Números y más números... Incluso si entendierais lo bastante como para formular las preguntas, mis respuestas no significarían nada para vosotros.

Eso encantó a Paciencia, que más de una vez le había replicado de igual forma a su tutor. También habría sido capaz de recitar la respuesta de Ángel, dado que la había acabado aprendiendo de memoria a fuerza de repeticiones. En vez de hacerlo, sin embargo, Paciencia decidió creer en lo afirmado por la huelfa. Ofrecía respuestas, así que, ¿por qué no hacerle la pregunta que más importaba?

—Deja que sea yo quien te haga una pregunta. ¿Quién y qué es el Unwurm y qué quiere? La huelfa sonrió con placer, se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación.

—Si tiene la respuesta a eso —dijo Reck—, entonces sabe lo que no conoce ninguna otra alma viviente.

La huelfa no tardó en volver a la habitación, caminando tan deprisa que parecía rebotar en el suelo.

—El Unwurm es el hermano de los geblings, los gaunts y los huelfos, y el hijo de quien poseyó al Capitán de la Nave Estelar —dijo—. Su madre dominó en tiempos el mundo entero y ahora él quiere recuperarlo. —Su rostro irradiaba orgullo.

—Cualquiera sería capaz de inventar esta mezcla de verdad y especulaciones... —dijo Ruina con voz impaciente.

—Calla —dijo Paciencia y, volviéndose hacia la huella, dijo—: lo siento, se me ha escapado una parte de lo que dijiste...

Antes de que pudiera terminar, la huelfa ya estaba repitiendo lo que había dicho antes.

—El Unwurm es el hermano de los geblings, los gaunts y los huelfos, y el hijo de quien poseyó al Capitán de la Nave estelar. Su madre dominó en tiempos el mundo

entero y ahora él quiere recuperarlo. —Y volvió a sonreír con una sonrisa idéntica a la de antes.

Era como si hubieran visto el mismo momento dos veces, La huelfa les estaba dando una respuesta que había aprendido de memoria.

Ruina miró a Reck y luego sonrió.

—De acuerdo, ahora seremos nosotros quienes te demos una pregunta —dijo—. ¿Dónde está la piedra mental de los antiguos reyes geblings?

A Paciencia no le costó demasiado dar con la respuesta a esa pregunta pero logró controlar sus temores y fingir ignorancia.

—¿Qué es la piedra mental...? —empezó a decir.

Pero la huelfa ya se había levantado y había salido corriendo de la habitación. Y mientras estaba fuera Ruina y Reck empezaron a tocarse el rostro el uno a la otra, como si estuvieran moldeando sus imágenes en barro. Paciencia decidió que en su pregunta había algo más que una simple prueba. Y, naturalmente, cuando la huelfa volvió a la habitación, los dos geblings se volvieron hacia ella y aguardaron atentamente su contestación, demostrando un interés mucho mayor del que Paciencia había creído posible en sus estólidos rostros.

—La piedra mental de los reyes geblings, que se convirtió en el cetro de los Heptarcas, está en el hombro de Paz, el Heptarca legítimo. Se encuentra justo detrás de la clavícula, cerca del cuello, y se la dará a su hija antes de morir. —La huelfa meneó la cabeza en un grave gesto cargado de sabiduría.

Reck y Ruina se volvieron hacia Paciencia, que no dijo nada, intentando mantener en su rostro una máscara de asombro cortés. Era imposible, la huelfa no podía haber conocido el secreto de su padre.

Observando el cuadro silencioso formado por los geblings, con los ojos clavados en la muchacha humana, la huelfa empezó a reír como si se hubiera vuelto loca.

—Y ahora, todos vosotros habéis respondido a mi pregunta.

Paciencia se volvió cortésmente hacia ella.

—¿Y cuál es tu pregunta?

—Mi pregunta para vosotros es: ¿quiénes sois y por qué viajan ahora juntos geblings y seres humanos?

—¿Y cuál ha sido nuestra respuesta? —preguntó Reck.

—Vuestra respuesta fue que sois el rey gebling, sí, vosotros dos, y tú, humana, eres la hija de Paz, el Heptarca, y él ha muerto y ahora tú tienes la piedra mental y el cetro. Vais hacia la batalla pero no estáis seguros de encontraros o no en el mismo bando.

Desde luego, ésta no era ninguna huelfa corriente.

Paciencia sacó la delgada varilla de cristal de su cerbatana, oculta en la cruz de su cuello. También sacó el lazo de su cabello. Y cuando se dirigió a Reck y Ruina lo hizo con voz muy tranquila y segura.

—Si os apartáis de vuestros sitios, estaréis muertos antes de haber podido dar un

paso.

—Oh, vaya —dijo la huelfa—. No deberías pedir respuestas que no deseas oír. Nada de muertes aquí. En este sitio sólo se comercia con la verdad. Quiero que todos me juréis que esperaréis a volver al río para mataros.

Nadie se ofreció a prestar ese juramento.

—¿Qué he hecho? Problemas, problemas, eso es lo que da siempre la verdad. Pobres idiotas..., pensabais que un huelfo nunca puede saber nada y por eso me habéis hecho las preguntas a las que pensabais nadie podía dar respuesta. Pero yo poseo las respuestas. Todas y cada una de ellas.

—¿Sí? —le preguntó Reck—. Entonces, dinos cómo resolver nuestro dilema. No importa de qué forma hayas llegado a saber la respuesta, Paciencia prácticamente ha confesado que tiene la más preciosa posesión de los reyes geblings. Y ahora, más que en ningún otro momento de nuestra historia, la necesitamos y debemos conocer sus secretos. No nos importaría matarla para ello y a ella tampoco le importaría matarnos para conservarla. Cuando Voluntad vuelva no tendremos ninguna dificultad en matarla, por lo que ella deberá matarnos antes de que él vuelva aquí.

—Ya os he dicho que juréis —replicó la huelfa.

—Nunca podríamos mantener un juramento sobre la piedra mental —dijo Ruina—, y tampoco podríamos creerla si fuera ella quien jurase.

—Ni tan siquiera sé qué es la piedra mental —dijo Paciencia—. Sólo sé que Padre me dijo que debía conservarla a cualquier precio y Ángel dijo que debería pedirte que la metieras dentro de mi cerebro.

Ruina se rió.

—¿Pensaba que yo, una vez la piedra en mis manos, la metería dentro de ti?

Reck, que seguía sin haberse movido, le hizo callar con un agudo siseo.

—Paciencia —dijo después—, mi estúpido hermano no entiende nada. Aunque la piedra mental nos pertenece por derecho, ahora no tiene ninguna utilidad para nosotros.

—¡Ninguna utilidad! —dijo Ruina.

—Cuando los humanos tuvieron por primera vez la ocurrencia de meterla en sus cerebros, les volvió locos. En ella había demasiado poder gebling. Pero ahora nos resultaría imposible introducirla en nuestras mentes..., en ella hay demasiado de los humanos.

Ruina frunció el ceño.

—Existe una posibilidad de que pudiéramos utilizarla.

—Y existe una posibilidad mucho mayor de que nos destruyéramos a nosotros mismos intentándolo.

Ruina parecía furioso.

—Después de tantos años..., ¡y ahora la encontramos cuando más necesaria nos es y tú dices que no podemos usarla! —Pero su ira se convirtió casi inmediatamente en desesperación—. Eso es lo que dices, y es cierto.

Paciencia sentía un considerable escepticismo ante todo lo dicho. Esto podía ser un truco para adormecer sus sospechas y hacer que se confiara, por lo que se volvió hacia la huelfa, buscando la única ayuda que ahora se le ocurría estaba a su alcance.

—Tengo una pregunta para ti —dijo—. Dime lo que hace el cetro cuando está conectado al cerebro.

—Si salgo de aquí para obtener la respuesta —dijo ella—, probablemente os mataréis entre vosotros antes de que haya vuelto y entonces nunca podré preguntaros nada más.

—Si no se levantan no les mataré —dijo Paciencia.

—No nos levantaremos —afirmó Reck.

—Pero no estés tan segura de que podrías matarnos —dijo Ruina.

Paciencia sonrió. La huelfa se estremeció y salió de la habitación.

Esta vez su paso carecía de la animación anterior. Cuando volvió iba farfullando para sí misma.

—Es largo —dijo.

—Te escucho —dijo Paciencia.

La huelfa empezó a recitar.

—Cuando es implantado en el cerebro humano por encima del núcleo límbico, el cristal orgánico llamado el cetro o la piedra mental desarrolla cristales más pequeños que penetran en cada porción del cerebro. La mayor parte de éstos son pasivos y recogen las ideas y los recuerdos más importantes. Sin embargo, unos cuantos le permiten al humano recibir los recuerdos previamente almacenados en el cristal por sus ocupantes anteriores. Dado que muchos de los recuerdos pertenecen a los primeros siete reyes geblings, en cuyos cerebros se originó el cristal, esto puede causarle una considerable confusión al humano. Si el humano no es capaz de conseguir el control del cristal, los recuerdos ajenos pueden actuar sobre la mente de formas desagradables e imposibles de dominar, llevando a la confusión de identidad y a la locura. El modo más seguro de utilizar el cristal es implantarlo en un lugar protegido cerca de un nervio que sea bastante importante. Una o dos cadenas del cristal se abrirán paso hasta el cerebro, recogiendo recuerdos pero no proporcionándole casi ninguno de los suyos al anfitrión humano. Pero, maldita sea, Heffiji, es condenadamente difícil que te encuentres con alguien a quien le haga falta esta información.

Todos rieron ante la última frase.

—Quien te haya dado esa respuesta, huelfa, no es tan listo como cree.

—Lo sé —dijo ella—. Por eso no la he suprimido, para que pudierais ver que le hice una buena pregunta, después de todo, aunque a él no se lo pareciera.

—¿Y qué ocurre cuando es implantado en un cerebro gebling? —preguntó Paciencia.

—Pero ¿por qué haría nadie eso? —preguntó ella—. Todo lo que un gebling debe hacer es...

—¡Silencio! —murmuró Ruina.

—No —dijo Reck—. No, deja que lo explique.

—Todo lo que un gebling debe hacer —dijo Heffiji—, es tragárselo. El cuerpo gebling puede descomponer el cristal en fragmentos diminutos y luego volver a formarlo exactamente allí donde debería estar en el cerebro gebling.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó Paciencia—. ¿Por qué los geblings pueden utilizarlo tan fácilmente cuando los humanos...?

—Porque nosotros nacemos con las piedras mentales —dijo Ruina despectivamente—. Todos las tenemos. Y cuando mueren nos comemos las piedras mentales de nuestros padres, para seguir transmitiendo los recuerdos que más les importaron en sus vidas. —Miró a Reck con una expresión de amarga victoria, como para decirle: bien, querías que se lo explicaran y yo me he encargado de hacerlo.

Los ojos de Paciencia fueron de un gebling a otro y empezó a comprender.

—Entonces, todas esas historias de que los geblings se comen a sus muertos...

Reck asintió.

—Si un humano lo viera, aunque es casi imposible que un gebling se lo dejara ver jamás a un humano...

—Los huelfos también —dijo Heffiji—. Y los gaunts.

—En todos los animales de este mundo hay piedras mentales de algún tipo, mucho más pequeñas que las nuestras, tan pequeñas que no se las puede ver —dijo Ruina—. Salvo en los humanos. Los humanos, lisiados, atados a la carne, cuyas almas mueren con ellos...

Nuestras almas mueren, pensó Paciencia, salvo las de aquellos cuyas cabezas son cercenadas. Era algo en lo que había pensado más de una vez. ¿Cómo empezó la práctica de conservar las cabezas? ¿Por qué a los científicos humanos se les ocurrió intentar mantener con vida una cabeza? Porque, hace cientos de generaciones, sabían que las especies nativas poseían algo parecido a la vida eterna, una parte de su cerebro que seguía viviendo después de la muerte. Sentían celos. Las cabezas fueron el sustituto humano a las piedras mentales de los geblings, los huelfos y los gaunts. En vez del globo cristalino de la piedra mental, para nosotros estaban los gooles, los gusanos y las ratas sin vísceras que un halcón dejaba caer dentro de un recipiente de cristal.

—De entre todos los humanos, sólo los Heptarcas han incorporado a sus padres dentro de su propio ser —dijo Reck—. Y eso sólo se consiguió robándonos a los más nobles de nuestros padres. Vuestro antepasado mató al séptimo rey y robó su piedra mental, por lo que los reyes de los geblings ahora no tienen recuerdos de cómo empezó el reino. Ruina mantiene la tonta opinión de que sacaríamos cierta ventaja de su posesión actual. Yo, sin embargo, comprendo que sólo nos habría servido de algo si la hubiéramos tenido siempre en nuestra posesión.

—Debo tenerla —dijo Ruina—. Si debo saber lo que he de saber...

—Es el Unwurm quien lo quiere, Ruina. —Reck parecía disfrutar haciendo que

su hermano se inclinara ante lo superior de su sabiduría—. Que la mitad del rey gebling fuera un lunático balbuceante le complacería enormemente. Estúpido. Si volvió locos a los humanos, que se acoplaron a la piedra de un modo imperfecto, ¿qué piensas que haría contigo el verte perfecta y totalmente unido a más de trescientas mentes humanas? Ningún gebling es lo bastante fuerte como para soportar eso.

Paciencia se dio cuenta de que Ruina no estaba fingiendo: cedía ante los argumentos de su hermana. Si guardaba silencio, estaba claro que la disputa quedaría resuelta dejándola en pacífica posesión del cetro, quizás incluso con éste implantado en su cerebro. Pero si resultaba tan peligroso que Ruina no debía utilizarlo, necesitaba saber más sobre los efectos que tendría en ella.

—¿Tan distintas son las mentes geblings de las humanas? —preguntó—. Hablamos los lenguajes de la otra raza, podemos...

—No entiendes los principios de la mente gebling —empezó a decir Ruina.

—Es nuestra fuerza y nuestra debilidad —dijo Reck—. Desde el instante de nuestro nacimiento jamás estamos solos. El aislamiento es una palabra carente de significado para nosotros. Podemos sentir a otros geblings en los confines de nuestra conciencia, despiertos y dormidos. Cuando tragamos una piedra mental, nos convertimos en la personalidad cuya piedra hemos tragado, durante días, a veces durante semanas y meses, hasta que podemos clasificar todos los recuerdos y colocarlos en su lugar. Si Ruina tuviera que convertirse en humano de esa forma, más de trescientas veces, el aislamiento probablemente resultaría insoportable, como si la mitad de su ser hubiera muerto. Sin embargo tú, un ser humano..., estás acostumbrada a la soledad porque nunca has conocido otra cosa. Y la piedra mental no puede unirse tan perfectamente a tu ser. Una humana fuerte..., como tú...

—Quieres que la meta en ella, ¿verdad? —dijo Ruina.

—Sí, creo que sí —respondió Reck.

—Puede que aún la haga estar más sujeta a la voluntad del Unwurm —dijo él.

—Pero ¿qué importa eso? En el peor de los casos la convertirá en un peón indefenso del Unwurm. Dado que probablemente acabará siendo eso, ¿qué más da?

Paciencia se estremeció interiormente ante la total falta de simpatía que Reck demostraba hacia ella. Incluso Paciencia, una antigua asesina, seguía sintiendo cierta comprensión, cierto parentesco elemental con la gente que había matado. Ahora, por primera vez, se dio cuenta de que ellos la miraban igual que a una bestia, no una persona. La juzgaban igual que un hombre puede juzgar si un caballo es bueno, hablando inocentemente de sus capacidades y sus puntos débiles, con el caballo delante. La diferencia estaba en que Paciencia podía entenderles.

Ruina, todavía enfadado por haberse visto obligado a comprender que su hermana tenía razón, se volvió hacia Paciencia.

—Pondré dentro de ti la piedra mental, con dos condiciones. Primero, que me la devuelvas, a mí, a Reck o a nuestros descendientes cuando mueras.

—¿Por qué, si nunca podréis utilizarla? —preguntó Paciencia.

—Cuando todo esto haya terminado y mi trabajo esté hecho —dijo Ruina—, entonces podré usarla. Si me vuelve loco, no será un destino peor que la muerte y el morir no me da miedo. Pero si logro dominarla, entonces cuanto perdimos nos será devuelto y podré transmitírsela a mi heredero.

—Te haré un juramento distinto —dijo Paciencia—. Ponla dentro de mí y si muero en presencia del rey de los geblings, no haré esfuerzo alguno para impedir que se la lleven quienes entonces estén conmigo.

Ruina sonrió.

—Viene a ser lo mismo. Pero debes prometer que te esforzarás cuanto puedas por morir en presencia del rey de los geblings.

—Si tú prometes no esforzarte por apresurar ese día.

—Odio la política —dijo Heffiji—. No os hace falta juramento alguno. Implantarás la piedra en ella porque a ti no te sirve de nada y, si puedes, la recuperarás cuando ella esté muerta. —Lanzó un bufido—. Incluso un huelfo con menos de medio cerebro sano podría decirte eso.

—¿Cuál es la segunda condición? —preguntó Paciencia.

—El primer rey gebling —dijo Reck—. Era el hermano del Unwurm. Sus recuerdos del Unwurm están en la piedra. Debes contarnos qué es el Unwurm. Debes contarnos cuanto puedas recordar sobre él, una vez que la piedra mental esté en su sitio.

—Así que los Heptarcas recuerdan al Unwurm —murmuró ella—. Durante todos estos años han sabido quién es el enemigo.

—Sólo quienes tuvieron el valor suficiente para colocar la piedra en sus cerebros —dijo Reck.

—Y la fortaleza suficiente para mantener la cordura después de eso —dijo Ruina.

—¿Nos lo contarás? —le preguntó nuevamente Reck.

Paciencia asintió con la cabeza.

—Sí —dijo. Y luego, decidiendo no ser por una vez la cuidadosa diplomática de siempre, dejó que Ruina y Reck vieran su miedo—. ¿Crees que realmente soy lo bastante fuerte como para soportarlo?

Ruina se encogió de hombros.

—Si no lo eres, nosotros no estaremos en peor situación que antes. —Para él seguía siendo un animal.

Pero esta vez Reck se dio cuenta de su vulnerabilidad y le respondió con simpatía.

—¿Cuántas veces se ha hecho esto en la historia del mundo? ¿Cómo podemos saber qué fuerza debe poseer un humano para contener en su mente a los geblings y seguir siendo humano? Pero voy a decirte lo que sé de ti. Muchos humanos, la mayoría de los humanos, sienten miedo en su soledad, y se encogen, atemorizados y débiles, luchando por hacer entrar en sí mismos todos los objetos y las personas que les resulta posible encontrar, para poseer tanto que puedan sentirse grandes y creer,

falsamente, que no están solos. Pero tú... Tú no sientes miedo de oír tu propia voz en la oscuridad.

Paciencia volvió a guardar el lazo en su cabello y deslizó el tubo de vidrio en su vaina de madera. Los geblings se relajaron visiblemente.

—Has dicho que tu nombre era Heffiji, ¿verdad? —le preguntó Paciencia.

—Sí. Me lo dio una estudiosa hace mucho tiempo. He olvidado cuál era mi nombre antes. Si me lo preguntas, te lo diré.

—Era una gaunt, ¿verdad? Me refiero a la estudiosa que te dio el nombre. Heffiji es una palabra gáuntica.

—Sí, lo era. ¿Sabes lo que quiere decir?

—Es una palabra muy corriente. Quiere decir «nunca». Nunca, ¿qué?

—Mikias Mikuam Heffiji Ismar.

—Nunca Perder el Lugar de los Descubrimientos.

—Ésa soy yo —dijo Heffiji—. No sé nada, pero puedo descubrirlo todo. ¿Quieres verlo?

—Sí —dijo Paciencia.

—Sí —dijo Reck.

Ruina se encogió de hombros.

Heffiji las llevó hacia la parte trasera de la casa. Cada una de las habitaciones estaba llena de estantes. Y en los estantes, sin ningún orden aparente, había gruesos fajos de papeles. Rocas o pedazos de madera servían como pisapapeles en aquellas habitaciones por cuyas ventanas carentes de cristales entraba el viento. Toda la casa era una biblioteca de papeles y documentos esparcidos en un desorden carente de todo significado.

—¿Y cómo sabes dónde está todo? —le preguntó Reck.

—Oh, no. No sé dónde está nada, a menos que me hagas una pregunta. Entonces recuerdo dónde está la respuesta, porque recuerdo en qué sitio la dejé.

—Así que no puedes darnos ninguna respuesta a no ser que te preguntemos algo.

—Pero, si me lo preguntáis, puedo daros todas las respuestas. —Sonrió con orgullo—. Puede que sólo tenga medio cerebro pero recuerdo todo lo que he hecho en mi vida. Todos los Sabios pasaron por mi casa y todos se detuvieron en ella y me dieron todas las respuestas, y todos me hicieron sus preguntas, todas las preguntas posibles. Y si no tenía la respuesta a sus preguntas, seguía haciéndoles la misma pregunta a los demás hasta que uno de ellos era capaz de responderla.

Paciencia empezó a levantar una roca que había sobre un rimerero de papeles.

—¡No! —gritó Heffiji.

Paciencia volvió a dejar la roca en su sitio.

—Si cambias algo de sitio, ¿cómo podré volver a encontrarlo? —gritó Heffiji—. ¡Lo que toques se perderá para siempre, para siempre y toda la eternidad! ¡En esta casa hay cien mil papeles! ¿Tienes tiempo de leerlos todos y recordar dónde se encuentra hasta el último de ellos?

—No —dijo Paciencia—. Lo siento.

—¡Éste es mi cerebro! —gritó Heffiji—. ¡Con esto hago lo que los humanos, los geblings y los gaunts hacen con sus grandes cabezas! Os dejo morar en él porque así aumentaréis mis recuerdos. Pero si cambiáis algo de sitio tanto da que hubierais quemado la casa conmigo dentro, porque entonces no seré nada más que una huelfa con medio cerebro y no tendré ninguna respuesta, ¡ninguna!

Estaba llorando. Reck la consoló, sus largos dedos provistos de abundantes articulaciones acariciando el cabello de Heffiji en un lento giro parecido al de un pájaro que cierra su ala.

—Es cierto —dijo Reck—, los humanos son así, se meten en las casas de los otros y lo rompen todo, lo destruyen sin pensar en el caos y el desorden que dejan atrás.

Paciencia soportó el insulto; se lo había merecido.

Pero Ruina pensó que su silencio era debido a que no había comprendido lo que Reck pretendía decir con sus palabras.

—Se refiere a que los humanos llegasteis a este mundo y que lo destrozasteis, que no dejasteis nada entero para quienes habíamos vivido aquí antes que vosotros..., los geblings, los huelfos y los gaunts.

De repente Heffiji había dejado de llorar. Se apartó de Reck con una ancha sonrisa en su rostro.

—Es mi mejor respuesta —dijo—. Hacedme la pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo Ruina.

—Todos nosotros, los que estábamos aquí antes que vosotros, los humanos —dijo ella—. Pregúntamelo.

Ruina intentó pensar a qué pregunta se refería.

—De acuerdo, ¿quién estaba aquí antes que los humanos?

Heffiji empezó a saltar arriba y abajo de puro placer.

—¡Wyrms! —gritó—. ¡Wyrms y wyrms y wyrms!

—Entonces, ¿qué pasa con los geblings, si no estábamos aquí cuando llegaron los humanos? —preguntó Reck.

—¿Qué pasa? Demasiado vago..., tendrás que dar con una pregunta mejor que ésa.

—¿De dónde vinieron los geblings? —le preguntó.

Heffiji empezó nuevamente a dar saltos.

—¡Mi favorita, mi favorita! ¡Venid y os lo enseñaré! ¡Venid y lo veréis!

Les condujo por una escalerilla hasta un pequeño ático mohoso. Incluso los geblings tuvieron que agacharse y Paciencia tuvo que andar en cuclillas hasta el final del ático. Heffiji le entregó su linterna a Ruina y cogió un fajo de papeles de una viga del techo, esparciéndolos sobre el suelo. Volvió a coger la linterna y empezó a leer las explicaciones de los dibujos, uno por uno.

—No queda ninguna forma de vida nativa en este mundo y tampoco existe

ninguna vida de la Tierra, con excepción de los seres humanos —dijo.

—Eso es una locura —respondió Ruina—. Todo el mundo sabe que las plantas y los animales domesticados vinieron de la Tierra...

Heffiji alzó la linterna ante su rostro.

—Si ya conoces todas las respuestas, ¿por qué te paras en mi casa?

Avergonzado, Ruina se calló.

Heffiji empezó a recitar el texto de los papeles.

—Comparando el material genético de cualquier planta o animal con los registros que hacen referencia a las plantas o a los animales parecidos y que se han conservado del conocimiento traído de la Tierra por la humanidad, descubrimos que el código genético original sigue siendo preservado de forma casi perfecta..., pero sólo como una minúscula parte de una molécula genética, única pero mucho mayor.

Heffiji señaló hacia un diagrama que mostraba las posiciones de los modelos proteínicos de la Tierra dentro del único cromosoma de la versión actual presente en Imakulata.

—Está claro que las especies traídas de la Tierra han sido conquistadas o, lo que es más probable, perfectamente imitadas por especies nativas que incorporan el material genético al suyo propio.

Dado que la molécula resultante puede contener, teóricamente, centenares de veces la información genética que necesitaban las especies originales de la Tierra, el resto del material genético se encuentra disponible para otros propósitos. Es muy posible que las especies de Imakulata conserven en letargo la capacidad de adaptarse una y otra vez para imitar y luego sustituir a cualquier especie que les presente competencia. Incluso existe la posibilidad de que la molécula genética de Imakulata sea lo bastante complicada para controlar de acuerdo con sus propósitos las alteraciones del material genético de sus propias células reproductoras. Pero tanto si en la molécula genética se encuentra presente alguna forma rudimentaria de inteligencia como si no, nuestros experimentos han demostrado de forma concluyente que en dos generaciones cualquier especie de Imakulata puede imitar perfectamente a cualquier especie de la Tierra. De hecho, la imitación de Imakulata mejora invariablemente al original de la Tierra, dándole una ventaja en la competición: por ejemplo, tiempos más breves de gestación o germinación, o una madurez sexual marcadamente más rápida, o un número mucho mayor de crías por generación.

Heffiji clavó sus penetrantes pupilas en cada uno de ellos, por turno.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Lo entendéis?

Paciencia recordó lo que le había dicho Prekeptor.

—La molécula genética es el espejo de la voluntad.

Heffiji torció el gesto.

—Eso es religión. La guardo en el sótano.

—Lo entendemos —dijo Ruina.

—Debéis entenderlo todo. Si tenéis alguna pregunta que hacer, volveré a

repetirlo. Ninguno tenía preguntas que hacer. Heffiji pasó a una serie de dibujos donde había cereales y un extraño insecto alado.

—Nuestros experimentos consistieron en separar el material genético de la especie original del trigo común de la Tierra para ver lo que perduraba cuando los actuales genes dominantes de la Tierra habían desaparecido. Los experimentos eran delicados y fracasamos muchas veces, pero al final logramos separar el material genético y pudimos hacer crecer el trigo de la Tierra y la especie que lo había absorbido y reemplazado. La estructura genética del trigo de la Tierra era idéntica a la de los registros transmitidos a nosotros por los colonos originales y, con todo, al crecer no pudimos ver diferencia alguna entre esa planta y el trigo de Imakulata. Sin embargo, los restos de material genético del trigo de Imakulata no produjeron ninguna planta. En vez de ello produjeron un pequeño insecto capaz de volar, con el cuerpo de un gusano y tres pares de alas. No se parecía en nada a las especies que figuraban en nuestros catálogos de la Tierra, pero es posible que fuera semejante a lo que los primeros registros de los colonos llaman «mosquitos», que aparentemente desaparecieron de la primera colonia de Heptam después de unos cuantos años.

—¿Qué relación guarda todo esto con los geblings? —Preguntó Ruina—. Sé más sobre las plantas de lo que supo jamás ningún científico humano.

Heffiji le miró ferozmente.

—Si no quieres las respuestas que doy, vete.

Reck tocó la mejilla de su hermano.

—No se trata de que no lo entienda —dijo—. Es que ya lo ha entendido demasiado bien. Heffiji siguió hablando.

—Metimos un mosquito de Imakulata en un recipiente de cristal que contenía una muestra de trigo puro de la Tierra ya listo para la fertilización. Sin ningún compañero, el mosquito de Imakulata pronto empezó a poner miles de huevos. También el trigo maduró y produjo semillas. Pero los huevos de Imakulata se abrieron antes. Unos cuantos produjeron mosquitos, que empezaron a lanzarse salvajemente los unos sobre los otros hasta que sólo hubo un sobreviviente. La mayor parte de las semillas, sin embargo, produjeron una increíble variedad de plantas extrañas, muchas de ellas parecidas al trigo, muchas parecidas a los mosquitos y, la mayor parte, sin ninguna esperanza de resultar adaptables al medio ambiente. Sólo unas pocas llegaron a crecer unos centímetros antes de morir. Las que prosperaron, en tanto que generalmente se parecían en algo al trigo, seguían siendo fácilmente distinguibles de la especie de la Tierra. Para cuando la siguiente generación de trigo de la Tierra germinó y creció, ya habían emitido semillas y mostraban todas las señales de ser especies nuevas y vigorosas. Empezamos inmediatamente varios experimentos más para ver si los resultados eran idénticos.

Heffiji pasó al siguiente dibujo.

—Mientras tanto, el único mosquito superviviente de la segunda generación se apareó no con las nuevas especies de Imakulata, sino con el trigo terrestre de la

segunda generación. Esta vez la mayor parte de la descendencia del mosquito era similar a lo que hoy llamamos trigo, completamente imposible de distinguir del trigo de la Tierra, salvo por la presencia de una inmensa molécula genética que contiene toda la información genética del trigo original de la Tierra. Repetimos estos resultados siempre que lo deseamos. Cuando se le permitió reproducirse con trigo de la segunda generación —o incluso de la número diez o la número veinte—, el mosquito de la segunda generación produjo una descendencia que por fuera era siempre idéntica al trigo de Imakulata y que se reproducía más deprisa y crecía con más vigor que el trigo de la Tierra o las nuevas especies de plantas de Imakulata. De hecho, el trigo de Imakulata parecía guardar una especial enemistad hacia las nuevas especies de Imakulata que no se parecían al trigo. Éstas fueron destruidas como si las hubieran envenenado en dos generaciones. El trigo de la Tierra llegó a subsistir en algunas ocasiones hasta seis generaciones antes de ser reemplazado. Sin embargo, cuando al mosquito de la segunda generación no se le permitió reproducirse con las últimas generaciones de trigo de la Tierra, jamás se obtuvo trigo de Imakulata. En vez de ello, las nuevas especies de Imakulata y el trigo de la Tierra siguieron reproduciéndose con fidelidad a su forma inicial y sin que se produjeran otros cruces entre las especies. Este proceso de sustitución total en dos generaciones puede haberse repetido muchas veces con cada especie de la Tierra traída por los colonos salvo, por supuesto, con los seres humanos, que no han mostrado cambios en sus modelos cromosómicos.

Y eso era todo.

—No has llegado a hablar de los geblings —dijo Ruina con voz de triunfo—. Te preguntamos por ellos, pero no has llegado a mencionarlos.

Heffiji se alejó con la linterna. Por supuesto, todos la siguieron. Pero no les llevó hacia las escaleras. En vez de eso, cogió unos cuantos papeles más y los depositó en el suelo. Eran cuatro dibujos, cada uno trazado y anotado por la misma mano. En uno se leía «Moléculas Genéticas Humanas». En los otros tres había escrito «secciones humanoides» y mostraban moléculas genéticas de un gebling, un huelfo y un gaunt.

En cada caso los modelos genéticos humanos se encontraban incorporados a una sola molécula larga, al igual que los modelos del trigo de la Tierra habían sido incorporados a la única molécula genética de todas las plantas de Imakulata.

Heffiji a duras penas podía contener su deleite.

—¡No lo sabían! ¡Fui yo quien juntó los fragmentos, fui yo quien sabía que estas dos respuestas pertenecían a la misma pregunta! Y cuando vi a humanos y geblings juntos, supe que erais vosotros quienes necesitabais conocer esta respuesta. —Sonrió—. Por eso hice trampa y os di pistas.

—¡No es cierto! —gritó Ruina—. ¡Somos algo más que copias fallidas de seres humanos! Alzó su mano como si fuera a tirar al suelo la linterna de Heffiji. Tanto Reck como Paciencia le cogieron del brazo antes de que pudiera hacerlo.

—¿Es que intentas quemar la casa? —le preguntó Reck.

—¡Somos los habitantes originales de este mundo, y ellos son unos intrusos! ¡No descendemos de los humanos! ¡Usurparon nuestro mundo, nos lo robaron!

—Ruina, tienes razón —le dijo Paciencia con voz tranquila—. Incluso si la mitad de tu herencia es humana, la otra mitad no lo es. La otra mitad es nativa de aquí. Imitarnos era parte de vuestra naturaleza. No importa qué fueran vuestros antepasados antes de que los humanos llegaran a Imakulata, estaba en su naturaleza el absorber y el adaptarse. Lo que sois ahora es el resultado final, la plenitud de aquello en que debían convertirse vuestros antepasados, si querían ser fieles a sí mismos.

—¿Y qué éramos antes? —preguntó Reck. La pregunta era meramente retórica pero una vez más Heffiji salió corriendo con la linterna, esta vez para bajar ruidosamente la escalera. No tuvieron más remedio que seguirla mientras ella iba corriendo a través de la casa, gritando:

—¡Lo sé, lo sé, lo sé!

La encontraron en la habitación grande donde Voluntad estaba una vez más inmóvil junto a la puerta, en tanto que Ángel se encontraba sentado junto al fuego. Heffiji tenía en las manos una gran hoja de papel que contenía cuatro versiones distintas del mismo dibujo. Estaba recitando sin parar las palabras escritas en lo alto de la página.

—Muy probablemente, reconstrucción de grandes animales segmentados que se encontraron en las excavaciones de Rameling y Wissick.

Se trataba de un gran animal parecido a un gusano, con vestigios de alas que se extendían igual que los dedos de un gebling y con la cabeza, en proporción, tan pequeña como la de un huelfo y el cuerpo tan largo y delgado como el de un gaunt. Su vientre daba la impresión de colgar flácidamente, como si de él emergieran partes del intestino. Cuando Heffiji acabó callándose, Ángel habló en voz baja y suave desde su asiento junto al fuego.

—Wyrms —dijo—. Los primeros colonos les llamaron así y acabaron con todos, aunque existían pruebas de que vivían en comunidades y enterraban a sus muertos. Eran demasiado aterradores y hacían despertar una cantidad excesiva de los viejos miedos humanos. Y ahora son una especie extinta.

—Salvo por un ejemplar —dijo Paciencia—. Es el Unwurm, ¿verdad? El último de los Wyrms.

—No del todo —dijo Ruina, que parecía exhausto y vencido—. Fuimos los geblings quienes le dimos ese nombre, ¿verdad? El Unwurm. El no-Wurm. No nuestro padre; sino nuestro hermano. No recordábamos que tenía ese aspecto, no recordábamos qué era un wurm. Pero ahora está muy claro. Al igual que el mosquito de la segunda generación que mató a los otros y esperó para aparearse de nuevo con el trigo de la Tierra. Eso es lo que está haciendo el Unwurm. Espera para poder aparearse de nuevo con un ser humano.

—La séptima hija de dos séptimas hijas —murmuró Ángel—. Ya te dije que no fueras.

—Una nueva especie humana para reemplazar a la antigua —dijo Reck—. Y para destruir a las demás especies..., los gaunts, los huelfos y los geblings.

—¿Por qué ha esperado tanto? —preguntó Paciencia—. El mosquito terminó con ese proceso en la siguiente generación. ¿Por qué me ha estado esperando durante 343 generaciones?

Heffiji puso cara de abatimiento.

—Bueno, no tengo respuesta para todo.

EL CETRO



uina le afeitó cuidadosamente la cabeza a Paciencia desde la oreja hasta casi la mitad de la nuca.

—Ahora tendrás que llevar tu peluca —dijo Ángel—. Puede que este nuevo peinado llame un poco la atención.

Ruina masticó una hoja y luego lamió el área afeitada con su áspera lengua. Clavó muchas veces una agujita en la piel de Paciencia y ésta sólo sintió una levísima presión: los nervios del dolor ya habían quedado entumecidos.

—No me importa el aspecto que tenga mi pelo —dijo—. Tendré suerte si salgo de ésta recordando que soy una chica. —Estaba intentando demostrar confianza mediante esas bromas pero ella misma quedó sorprendida al darse cuenta de que su voz sonaba más bien asustada—. O un ser humano.

Reck le tocó la mano. Paciencia recordó vagamente que si un gebling la hubiera tocado hacía tan sólo un mes habría necesitado una gran concentración mental para no mostrar su repugnancia. Ahora ese contacto le resultaba consolador. Cuidado, no la aprecies demasiado, se dijo. Ten cuidado con el afecto, el gran mentiroso.

—Paciencia —murmuró Reck—, debes estar segura de quién eres. Tendrás los recuerdos de cientos de hombres y mujeres en tu mente cuando esto haya terminado. Algunos de ellos son muy fuertes..., especialmente los geblings. Los reyes geblings siempre han sido muy muy fuertes.

—Sé quién soy —susurró Paciencia. Pero era mentira. Si sabía quién era, eso resultaba un secreto incluso para ella misma. Un secreto que por fin descubriría, o eso esperaba ella. Poseer la piedra mental sería como desdoblar su ser, volviendo a lo que era antes de aprender los papeles que se le habían asignado en la vida. Si su ser estaba en blanco, si no era nada aparte de esos papeles, entonces la piedra mental volvería a doblarla y Paciencia desaparecería en una tormenta de recuerdos y personalidades muertas hacía mucho. Pero si poseía un auténtico yo a mayor profundidad que los rostros pintados por los demás, lograría mantener el control y sobreviviría.

O soy alguien y viviré, o no soy nadie y entonces mi yo morirá.

Sintió que Ruina levantaba un pliegue de su piel y lo sujetaba con alfileres para que no le estorbara. Por el ruido que oía estaba empezando a penetrar el hueso de su cráneo pero Paciencia no sentía más de lo que hubiera percibido si su cabeza fuera un trozo de piedra. Ruina era un escultor que estaba convirtiendo su propio cerebro en una especie de salón de las cabezas, con todas las cabezas vivas y mirándola desde lo alto, parloteando todas al mismo tiempo desde sus recipientes llenos de gooles y gusanos. Se estremeció.

—Estate quieta —murmuró Ruina.

Ángel empezó un monólogo con intención de calmarla.

—Obviamente, Paciencia, esta información sobre el Unwyrm y el origen de los geblings, los huelfos y los gaunts, no fue descubierta por primera vez por el que haya dejado las respuestas aquí, sea quien sea. Las mismas profecías, el mismo nombre del Unwyrm, las tradiciones de las especies no humanas sobre que descienden de un antepasado prehumano y que el Unwyrm es su hermano..., todo eso implica que esta información ha sido conocida antes, puede que muchas veces.

Ruina quitó un fragmento de cráneo y lo puso encima de la mesa con un leve ruido.

—Pero el conocimiento es algo que se gana y se pierde. Por ejemplo, ¿qué ocurrió cuando se encontraron por primera vez un humano y un gebling? ¿Habían desarrollado ya un lenguaje los geblings? ¿Tenían una sociedad? ¿O copiaron sus modelos sociales de los seres humanos?

Ruina tenía el minúsculo cetro en su mano.

—Ésta es mi herencia —murmuro—. Ningún ser humano podría haber creado esto. Nos pertenece a mí y a Reck y no posees derecho alguno sobre ella.

Durante un segundo Paciencia creyó que estaba a punto de romper su promesa, que lo pondría en su boca, lo tragaría y sería él mismo quien corriera el riesgo de volverse loco. Durante ese breve segundo sintió un gran alivio al no verse obligada a hacerlo pero Ruina puso el cetro en la base de su cráneo y Paciencia tembló al saber que, después de todo, esta ordalía era asunto suyo. La lengua de Ruina se introdujo por la pequeña incisión que había trazado hasta que el cetro se encontró justo donde él quería situarlo, exactamente en el centro del nódulo límbico. Después de eso apartó su lengua de la incisión, lamió un platito cubierto de un polvo muy fino y volvió a introducir la lengua en la incisión para esparcir el polvo en la zona.

—Y hay otra cosa que me tiene intrigado —dijo Ángel, continuando con su monólogo igual que si Ruina no hubiera dicho tu una palabra, como si Paciencia no estuviera ahora irrevocablemente obligada a emprender un viaje que podía acabar destruyanla—. ¿Qué relación establece el cristal con una inteligencia no humana? Los geblings, por supuesto, tienen cerebros parecidos a los de los seres humanos pero los gaunts carecen de voluntad, no tienen sentido alguno de la identidad propia..., las piedras mentales no pueden ser la sede de su personalidad. Y vosotros, lo geblings, vosotros y el Unwyrm compartís unos medios de comunicación que trascienden cuanto es posible en ese terreno a los seres humanos. Y, con todo, el Unwyrm puede usar ese poder para llamar a los seres humanos..., en esto debe haber algo que nos resulte posible hacer, aunque sea sólo de forma latente.

—Cuando intentas hablar igual que un erudito siempre pareces tonto —murmuró Paciencia.

Ángel no le hizo ningún caso.

—Y el wyrm que llamó en un principio al Capitán de la Nave Estelar..., tenía esa

misma habilidad, y quizá pudiera hacer todavía más cosas.

Ruina habló sin levantar los ojos de lo que estaba haciendo.

—Sin duda los wyrms usan tal habilidad para atraer a su presa y repeler a sus enemigos. Un wyrm la usó con vuestro Capitán de la Nave Estelar pero, sin duda, la habilidad no depende de la inteligencia que posea la víctima.

—Y, en vez de comerse al capitán, se apareó con él —dijo Reck.

—Me pregunto qué habría preferido él en último término, si aparearse o morir —dijo Ángel—. Me pregunto qué cantidad de humillaciones puede soportar un ser humano, conservando todavía el deseo de vivir... —Parecía estar triste.

—Con su mano derecha dibujó lo que deseaba el wyrm —murmuró Paciencia—. Con su mano izquierda nos advirtió. Seguía poseyendo parte de su voluntad humana, aunque el wyrm controlara la mayor parte de sus acciones.

—Sí, eso es, una fragmentación, una ruptura. Parte de la voluntad es llevada en el cerebro, creada y moldeada por la memoria y la experiencia. La mente consciente, la mente controlable, la mente de las palabras. Y parte de la voluntad es llevada..., ¿dónde? Ciertamente, los genes son la única parte de nosotros que tiene alguna esperanza de sobrevivir a nuestra muerte..., ¿qué lugar más adecuado para que en ellos resida parte de la mente inconsciente?

De pronto los ojos de Paciencia se aclararon y fue capaz de enfocar su mirada. Hasta ahora no se había dado cuenta de que estuviera viendo borroso. Pero quien hablaba no era Ángel, era el viejo Mikail Nakos. ¿De quién había creído que era esa voz? No podía recordarlo. Mikail, sí, él era quien se había encargado de estudiar a esas criaturas, los geblings. Pensé que de ello no saldría ningún mal. Pero ahora quiere implantar este cristal orgánico en la mente de alguien. No comprende todas las implicaciones de lo que pretende hacer.

—¿Y sí, en realidad, los cristales pueden aumentar las habilidades mentales de los seres humanos, hacer posible que éstos se comuniquen telepáticamente, tal y como parecen hacer los geblings?

Luego, otra voz.

—Quizá sea posible. —Sabía que esa voz era la suya pero no era la voz que había esperado oír. No sabía por qué razón, pero había esperado que fuera la voz de una muchacha, entrenada para ser melosa y tranquilizadora. En vez de eso era una voz áspera e imperiosa, la voz de un hombre. Y, ¿por qué no un hombre? ¿Es que no soy precisamente eso? El Heptarca se oyó hablar, intentando recordar por qué su propia voz no sonaba en sus oídos como debería hacerlo.

—Sin embargo, sospecho que la comunicación telepática tiene que ver más con las moléculas que con los cristales. Es más probable que el cristal sea una especie de memoria. Una memoria increíblemente bien ordenada, clara y poderosa... —No dudaba de su habilidad para conversar inteligentemente con un brillante científico. Así que entonces, en el principio, los viejos Heptarcas habían sido científicos... Pero ¿por qué cuando hablo de mí pienso en un viejo Heptarca? Entonces, no soy yo. No

soy yo quien habla, en realidad, aunque recuerdo haber sido yo—. Son sólo teorías, claro... pero, los pequeños, los que llaman huelfos, pueden recordar con absoluta precisión todo lo que han hecho en sus vidas, aunque no sean capaces de retener una idea más complicada que su nombre durante mucho tiempo. Almacenan millones de datos, pero no tienen ningún principio con el cual organizarlos.

—Me parece plausible, señor. Ciertamente, lo es... el cristal sería la base de almacenamiento de datos. El cerebro, el sistema tizador. Pero la telepatía..., podría residir en el cristal.

—Ni tan siquiera estoy seguro de que la telepatía exista. Es sólo una especulación. Desde luego los geblings no piensan revelar su secreto a nadie, benditas sean sus pequeñas almas de víbora asesina...

—Aun así, señor, combinado con un cerebro humano el cristal podría proporcionar un gran aumento de las habilidades mentales.

—Si es que puede combinarse. Si es que en realidad tiene algo que ver con los procesos mentales.

—Es difícil responder a eso. Pero los geblings no piensan darnos la respuesta, desde luego..., y, de todas formas, lo más probable es que no la conozcan. Diablillos ignorantes. Por una razón que se le escapaba el Heptarca sintió deseos de corregir ese error, de contarle la verdad sobre los geblings. Pero no logró recordar un motivo por el cual pudiera conocer tan bien a los geblings, y guardó silencio.

—Veréis, señor, si los geblings no fueran tan peligrosos y letales quizá podríamos permitirnos el lujo de no inmiscuirnos en sus asuntos. Pero son caníbales, vimos cómo devoraban los cerebros de otros geblings, y ya han matado a casi una docena de los nuestros. Debemos comprender todo cuanto nos sea posible sobre ellos. Lo que quieren, de dónde vienen...

—Así que necesitas un ratoncito blanco para probar el cristal.

—Por desgracia, debe ser un ratón blanco de alta inteligencia. Tengo la intención de colocarlo en mi propio cerebro, señor.

—Tonterías. Si tienes que colocarlo en algún cerebro, ponlo dentro del mío.

—Sois el Heptarca. No puedo hacer eso.

—Soy el Heptarca y por lo tanto debes hacerlo. No existe ningún deber difícil, peligroso o desagradable que uno de mis súbditos pueda afrontar y yo no.

De pronto Paciencia se dio cuenta de que ella no era el hombre que había decidido colocar en su cerebro la piedra mental. Eso había ocurrido hacía mucho tiempo, era otra persona quien hablaba. Pero ¿cómo era posible que el cristal contuviera el recuerdo de algo que, obviamente, había tenido lugar antes de que el cristal fuera implantado?

Nada más ocurrírsele la pregunta, le llegó la respuesta, una madre hablando con su hija; y ella era la madre y la hija, oyendo la conversación en sus dos partes y siendo ella quien se encargaba de esas dos mismas partes. Era un sentimiento que la confundía y, al mismo tiempo, resultaba extrañamente agradable y embriagador.

—Cuando el cetro entra por primera vez en tu cerebro, busca tus recuerdos más potentes y los copia, conservándolos.

—No conocerás mis recuerdos, ¿verdad?

—No, querida, pero tú sí conocerás los míos. Sabrás lo que estoy pensando en este mismo instante y cuánto te quiero para darte este don mientras sigo con vida.

—Tengo miedo.

—Siempre debes pensar antes que nada en nuestro gran antepasado, el que eligió llevar el cetro en primer lugar. Él es nuestro valor y parte de él se convierte en parte de ti.

¿Por qué Padre no me ayudó igual que esta madre ayudó a su hija? Y no pudo recordar quién era Padre o quién era ella, sólo fue capaz de recordar a la madre y a la hija.

—Mientras no pienses en ciertas cosas, estarás a salvo.

—¿Qué cosas?

—Si te digo qué cosas son, mi tonta niña, ¿cómo podrás entonces no pensar en ellas?

Yo sé cuáles son esas cosas, pensó Paciencia. Son los reyes geblings en cuyos cerebros creció por primera vez el cristal. Son los reyes geblings con el corazón de wyrm, es en ellos en quienes no debo pensar.

Y esa misma idea la llevó a los recuerdos más temibles, los que tenían como punto de vista el de una raza terriblemente ajena a ella. Supo inmediatamente que había dado el paso hacia el abismo. Sintió una especie de leve zumbido, como la visión periférica, como un ruido en el límite de su oído, como un sabor metálico en su boca, como un olor que le hacía acordarse de algo dulce y algo amargo, como si mil moscas diminutas se pasearan sobre su piel; y, poco a poco, se fue dando cuenta, a medida que la mente gebling que ahora moraba en la suya lo iba comprendiendo también, de que todas esas sensaciones eran sus hermanos y hermanas, sus vidas que hablaban con el recién nacido, el rey gebling, yo.

Los otros geblings siguen abriéndose paso a través de sus blandos cascarones, su vello revuelto y pegajoso. Mi cuerpo, hecho un ovillo, yace junto a mi agotada madre, sus negros segmentos temblando a causa del esfuerzo hecho durante el parto. Junto a mí yace mi padre, su pobre y débil cuerpo sin vello cubierto de sudor. Ven a mí, Padre, abre mi boca...

—Adulto. Sea lo que sea, no es ningún bebé. —La voz es suave y dulce—. ¿Acaso no habéis oído hablar de los bebés en este lugar?

Su boca se mueve y los sonidos son muy bellos. Enséñame cómo puedo hacer esos sonidos.

El rostro de Padre se retuerce en una mueca al mirarme.

—Monitos. —Me toca. Me da la vuelta—. ¡Me has traído aquí para así poder dar a luz a esto!

Otro huevo se abre, pero éste con algo negro dentro. Negro como Madre. La

cabeza, pequeña, pequeña, como la de Madre. Tiene hambre. Puedo sentir que tiene hambre. Quiere matar a Padre. Quiere matarme. Quiere matar a todos y devorar el mundo entero. Padre me enseñó lo que debía hacer. Ya me ha salvado. Padre me enseñó a empujar. Empujo a la criatura negra, la empujo pero me hace mucho daño. Gritó a causa del miedo. Madre, ayúdame. Padre, sálvame. Oigo un sonido cargado de un terrible temor y el sonido sale de mi propia boca, igual a la de Padre. Grito y grito sin cesar.

Madre y la cosa negra luchan. Padre está gritando y gritando...

—¡Quedaos aquí y morid, quedaos todos aquí y comeos los unos a los otros, en nombre de Dios!

El sonido de su voz dice: miedo. Yo también tengo miedo. Padre se va por un agujero que hay en la pared del lugar de los nacimientos. Padre conoce el camino. ¡Padre, ya venimos! Venid con Padre, grito con mi voz silenciosa y ellos me oyen con su otra mente. Voy hacia allí y todos los demás van también, todos los que se parecen a mí y algunos de los pequeños y de los más altos, todos los que pueden moverse, todos los que no se retuercen en el suelo, muriendo porque sus cuerpos no funcionan. Le gritamos: ya venimos, Padre. Pero él no nos oye porque no emitimos ningún sonido y en el silencio Padre es sordo. Lo veo en sus ojos cuando nos mira, no comprende nuestra llamada, sólo nos oye gritar.

Detrás de nosotros el negro que se parece a Madre le está devorando el vientre y si puede nos comerá a todos. Hambriento, hambriento, expulsa su hambre, empujándonos a todos con ella, venid a mí, dice su hambre, venid y llenadme, y puedo sentir a mis hermanos y hermanas rindiéndose ante él, deteniéndose, volviendo hacia el lugar de los nacimientos. ¡No, grito, no! Venid con Padre, alejaos de aquí. Con Padre, con Padre, les digo a todos, venid con Padre.

Y los más fuertes aceptan mi llamada y también ellos llaman, venid con Padre, y somos más fuertes ahora que llamamos juntos, más y más fuertes hasta que hemos logrado dominar el hambre del que está devorando a Madre.

Por el negro túnel, todos nosotros, ¿dónde estás, Padre? ¿Dónde estás?

Os veo, mis hermanos y hermanas brillantes, siento vuestro sendero en la oscuridad, sé dónde estáis, cada uno de vosotros, en tantos túneles distintos. Por las pisadas de Padre que resuenan ante mí sé cuál es el camino que lleva hacia fuera. Seguid el agua. Seguid el agua que corre. Se aleja del lugar de los nacimientos, seguid el agua...

Paciencia lanzó un grito de alegría al ver la luz del mundo por primera vez. Desde la boca de una gruta situada en el rostro de un gran acantilado contempló un gran bosque, con las fuentes del río Agua del Cran uniéndose para formar un solo río que fluía, alejándose de Pie del Cielo. Incluso ahora, recordando que era Paciencia, podía recordar también al primer rey gebling, sintiendo la presencia de todos los demás geblings que iban saliendo de sus túneles para encontrar el cielo, el agua que brotaba saltando de cada embocadura de las cavernas. Y, una vez más, vio por los ojos del rey

gebling.

Ahora todos estamos aquí, sin movernos, contemplando el brillo de la luz, los que son iguales a mí, los más grandes y los más pequeños, puedo sentirnos a todos aquí, al borde del mundo. Y a mi lado está Padre, le he encontrado, hay agua en su rostro.

—He vendido mi alma por ti —dice—. Todo cuanto quería era a ese wyrm de ahí abajo. Cómo he podido desear a esa criatura... —Se estremece—. Estaba devorándola. Qué clase de monstruos...

Intento sentirle también a él, como puedo sentir a los otros, pero no está ahí, mis ojos le ven, mi nariz le huele, pero mi otra mente no puede encontrarle. Toco su mejilla y pruebo el agua que hay en su rostro. Es salada, no es como el agua clara de la cueva. Ve mi lengua y su rostro se frunce. Luego extiende su mano hacia mí y toca mi mejilla y su boca dice:

—Pero tú no eres un wyrm, ¿verdad? No es culpa tuya, después de todo.

Entonces me coge de la mano y me lleva hasta el borde del acantilado y extiende su mano para señalar hacia ese brillo azul que me ciega, a mí y a todas las criaturas nacidas del hombre y el wyrm.

—Cielo —dice.

—Mal. Yo. —Hablo. Soy como él, no soy como Madre. Ella fue devorada por el wyrm en el lugar de los nacimientos, pero Padre vive y yo soy como él.

—Hace una hora que naciste y ya puedes hablar. ¿Qué es lo que he creado aquí? ¿En qué puedes convertirte?

Paciencia vio cómo el tiempo empezaba a fluir más deprisa. El nacimiento de los bebés, el Capitán de la Nave Estelar enseñándoselo todo. A construir casas, a cazar para alimentarse, a cuidar de sus descendientes y enseñarles cuanto sabían. El lenguaje era algo que aprendían fácilmente y todo le resultaba fácil de aprender a este nuevo pueblo que jamás olvidaba nada en cuanto lo había hecho una sola vez. Inventaron sus propias palabras más aprisa de lo que Padre podía enseñarles, hasta llegar un momento en el cual apenas si le visitaban para seguir aprendiendo.

El rey gebling, que nunca tuvo un nombre para sí mismo, visitaba a Padre con frecuencia.

—Wym —decía Padre—. Tu madre es el wyrm y yo soy tu padre, pero lo más importante de todo es el monstruo que se comió a tu madre y os expulsó del lugar de los nacimientos. Parece un wyrm pero no lo es. Es tu hermano y os matará a todos si puede, y si alguna vez sale de la montaña debes matarle antes de que él te mate a ti.

Y el rey gebling fue el primer gebling que aprendió a matar, y utilizó el secreto conocimiento del asesinato igual que lo habían usado los seres humanos desde el principio..., para acumular el poder en sus manos. Poseo el secreto terrible. Puedo mataros si me desobedecéis. Pero, si me obedecéis, puedo compartir el secreto con vosotros y también vosotros tendréis poder...

Hasta que, un día, cuando me encuentra cubierto de sangre, Padre dice:

—Ojalá el Unwyrn te hubiera matado ese día en el lugar de los nacimientos,

ojalá me hubiera matado también a mí y se me hubiera comido antes de permitirme vivir para hacer de ti lo que eres. Ahora lamento haberte enseñado lo que sé y lamento haberos enseñado mis conocimientos.

Por eso le mato y como su cerebro delante de los otros, aunque no encuentre en él ninguna piedra mental; y no les digo que él no poseía piedra alguna. Y ahora mi poder es perfecto, mayor incluso que el poder del Unwurm, porque él no tiene a nadie para obedecerle y yo tengo a todos éstos.

Paciencia gritó durante ese recuerdo, gritó al probar y oler la sangre de Padre, al ver los ojos de los demás geblings, llenos de horror, de admiración y de asombro. No he podido hacer esto, jamás habría podido hacerlo, gritó llena de repugnancia. Y, sin embargo, para esto fui criada, para matar y conseguir poder con ello, para devorar todo lo que me impida hacer mi voluntad...

—La está volviendo loca —dijo Ángel.

—Dale tiempo para que se encuentre a sí misma —dijo Reck.

Las voces no tenían significado alguno para Paciencia, pues a lo largo de los años sólo era capaz de ver la sangre vertida. Los asesinatos de los reyes geblings, los asesinatos de los Heptarcas. Guerras y crímenes, torturas y violaciones, recordó haber cometido todos los crímenes de siete mil años de poder y se odió a sí misma por lo que había hecho.

Nada hay en mi vida salvo terror y muerte, pensó.

Y entonces vio el rostro de su propia madre (¿lo era? Tenía trescientas madres), sonriéndole, acariciándola, diciendo:

—Corazón roto, no llores. No llores por las cosas que se han hecho en tu nombre. Por cada vida arrebatada, hubo diez mil que vivieron en paz con tu protección. ¿Piensas que tu poder duraría ni un solo instante si sólo tuvieras el poder de matar? Se rebelarían contra ti y te destronarían. Tienes el poder de unirles, de hacer que obren como una sola persona. Has hecho que el débil sea fuerte gracias al sonido de tu voz y te aman y siempre lo harán.

Paciencia se aferró al mensaje de esa voz. Hice que el débil fuera fuerte gracias al sonido de mi voz. Me aman y siempre lo harán.

Y, por fin, habiendo descubierto una hebra a la cual agarrarse para no caer en el abismo, se durmió.

UN AMIGO SINCERO



Despertó tendida en un lecho, cubierta con tres edredones de plumas. La fría brisa que entraba por una ventana rota le azotó el rostro. Los árboles que se veían desde la ventana tenían el color dorado del otoño. ¿Sois realmente los árboles de la Tierra?, les preguntó en silencio. ¿O sois criaturas extrañas que habéis capturado a los árboles y los habéis escondido en lo más hondo, para así poder llevar su máscara?

Pensó en todos los hijos que había tenido en sus cientos de vidas y se los imaginó alzando la mirada hacia ella, sonriendo, y todos habían sido buenos; pero entonces algo oscuro, un oscuro gusano se arrastró hacia el interior de sus bocas y ahora cuando la miran es el wyrm quien la ve, con su minúscula cabeza y sus dedos que se abren en abanico, no como un ala, no, nada de eso, y los cien órganos carnosos que sirven para desgarrar, para digerir y reproducirse... Unwurm, ¿conoces la diferencia entre comer y aparearse? ¿O es que para ti no hay ninguna diferencia? Todos los apetitos son el mismo apetito.

Abrió los ojos. Le vio antes de ver nada más, inmóvil bajo la tenue claridad del otoño que entraba por la ventana. Voluntad. Su rostro, observándola en su absoluto silencio de siempre, su estolidez indescifrable, como un animal; o, no, como una montaña, como un rostro de piedra viviente. ¿Por qué me estás observando?

Paciencia no dijo nada y Voluntad tampoco. Se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos, movió la cabeza en un gesto de asentimiento y salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalda sin hacer ningún ruido. Fue la ternura y la suavidad de ese gesto al cerrar la puerta quienes le dijeron que, después de todo, no estaba hecho de piedra. Lo que le hacía tan callado no era la falta de vida, era la paz. Estaba en paz con la vida y por eso su rostro no tenía nada más que decir, no había ninguna necesidad de hacer súplicas silenciosas entre frase y frase, y su mente no tenía nada que decir entre los silencios. No tiene hambre. Ya la ha saciado.

Y mientras pensaba en el hambre sintió de nuevo la llamada de Cranning, tan poderosa como siempre, royendo su útero. Anhele llevar dentro sus criaturas, pensó, y le vino el recuerdo de esa llamada bajo la forma de cien pesadillas durante el tiempo que había dormido. Hará que anhele llevar su semilla dentro de mí, igual que su madre hizo que el Capitán de la Nave Estelar la deseara. Me hará pensar que en ello radica el éxtasis.

Se estremeció. Pero ahora, habiendo soñado cien veces con el Unwurm, con su forma de retorcerse mientras devoraba a su madre y mataba a sus hermanos indefensos y deformes, ahora le resultaba tan familiar que no le hizo perder el control

de sí misma y gritar, como había hecho en todos los sueños. Estaba demasiado cansada como para defenderse de él gritando. Tendré que procurar que eso no ocurra, pensó. Morirá antes de poseerme, o seré yo quien muera. Sus hijos no nacerán de mi cuerpo.

Pero, incluso si vivo, ¿desearé con el tiempo a un hombre como deseo al Unwyrm? ¿Y si muere mientras sigue llamándome? ¿Estará entonces esa necesidad siempre dentro de mí, siempre insatisfecha?

Esas ideas la hicieron irritarse consigo misma. Se irguió en el lecho y pasó las piernas por encima del borde. Inmediatamente se sintió terriblemente mareada. La puerta de su habitación se abrió y Ángel entró en ella. Ángel, que parecía fuerte y sano, que ya no estaba debilitado por la herida de su garganta.

—Tu herida ha curado y los árboles han cambiado de color —dijo ella—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Cuarenta días y cuarenta noches, igual que Moisés en la montaña, igual que el diluvio, igual que Elias ayunando en el desierto. Si es que a eso puedes llamarle dormir, claro. Has gritado mucho y nos has tenido a todos despiertos. Incluso Río se ha quejado de que asustabas a su mono. ¿Qué tal estás?

Paciencia alzó la mano y se tocó la parte de la cabeza afeitada por Ruina. El cabello le había crecido varios centímetros.

—Débil —dijo—. El Unwyrm me está llamando.

—Temíamos que el cetro hubiera resultado ser demasiado para ti.

—Realmente no fue el cetro. Fueron todas las cosas terribles que hice.

—Nada de eso fue obra tuya.

—Sí lo fue, Ángel. No, no discutas conmigo. No maté a mi propio padre para comerme su cerebro, tal y como hizo el primer rey gebling, y no maté a mi propia esposa, tal y como hizo mi padre. Pero he matado. Obedeciendo tus órdenes o las de mi padre, o para salvar mi propia vida, he matado sin ningún tipo de problemas, con placer, con orgullo. Eso hizo que me resultara aún más difícil poner distancia entre yo misma y todos sus crímenes. Lo único que pude hacer fue descubrir una levísima esperanza que iba de una vida a otra durante todo mi pasado, Ángel, y la seguí. Una esperanza de que, al final, todo haya sido para bien, de que la sangre que he derramado en el suelo pueda hacer brotar de nuevo la vida.

—Mucha gente que despierta de un largo sueño cree haberse convertido en filósofo —dijo Ángel.

—No te burles de mí —dijo Paciencia—. Esto es importante. Ésta es mi..., mi contribución al cetro, si es que tengo alguna por hacer. Todos los niños me mirarán, tanto los niños de los geblings como los de los humanos, todos me mirarán y yo tendré que salvarles de los hijos del Unwyrm. Y, sin embargo, algunas veces pienso..., pienso que los hijos del Unwyrm no serán unos asesinos. Pienso que estarán unidos en una sola mente y un solo corazón, tal y como estaban los wyrms antes de que los humanos vinieran a este mundo. Antes de que los genes humanos

hicieran de todos nosotros unos desconocidos que no pueden comprenderse. Los hijos del Unwyrm nunca estarán solos. Y yo podría ser su madre.

—No digas eso, Paciencia —le respondió Ángel.

—Ángel, finalmente he comprendido los pensamientos que me envía. Sé lo que el Unwyrm le hizo a su propia madre. Es él quien devora, no yo. Si puedo le mataré. — Pero sabía cuán poco convincentes habían sonado sus palabras. Aunque, en realidad, eso no importaba. Debía convencerse a sí misma y no a su antiguo tutor.

—Entonces, ¿es un wyrm? ¿Un descendiente de los primeros wyrms, los que mataron los colonos?

—Es el Unwyrm, Ángel. El único, no hay más. Ha vivido durante los siete mil años de historia que tiene este mundo.

—Vivir tanto tiempo...

—Aquí somos unos extraños. La vida nativa puede adaptarse, hacer cambios en una sola generación que a nosotros nos costarían un millón de años. El Unwyrm es más inteligente que todas las demás especies. En él se combinan los más poderosos dones de esta tierra y con su llamada hizo acudir a las mentes humanas más brillantes y deben haberle enseñado cuanto sabían. ¿Qué puede impedirle hacer reparaciones en sus genes cuando encuentra que alguna de sus partes se debilita y empieza a enfermar? ¿Qué puede impedirle vivir hasta que esté listo para aparearse?

—¿Por qué esperar tanto tiempo?

—No lo sé. Sólo sé qué impresión produjeron los humanos en los primeros geblings. Las máquinas que permitían volar a nuestros antepasados, las que hacían imágenes en el aire, las que masticaron los bosques para escupir luego campos de grano. ¿Qué vieron los wyrms cuando una nueva estrella apareció en el cielo y pájaros de metal revolotearon sobre la superficie del mundo? No eran mosquitos que pensarán sustituir al trigo, una planta inofensiva incapaz de moverse. Se encontraban en la cumbre del sistema ecológico pero nosotros éramos más poderosos que ellos. Y si debían sustituirnos...

—Tenían que saber cuanto nosotros sabíamos.

—El trigo no se mueve y aguarda pasivamente a que su enemigo lo destruya. Pero los wyrms sabían que los seres humanos no eran pasivos. Éramos el competidor más letal que la vida de este mundo había visto jamás. Para superarnos los descendientes del wyrm no sólo debían ser idénticos a los seres humanos..., debían destacar en todo aquello que los seres humanos sabían hacer mejor. Tenían que saber más, tenían que ser hermosos, más brillantes, más potentes y peligrosos. ¿Cómo podía aprender lo bastante para preparar a sus hijos un wyrm pequeño y solitario, el Unwyrm, escondido en su caverna de hielo junto a Pie del Cielo?

—¿Una caverna de hielo? Eso quiere decir que se encuentra en la parte alta de la montaña, donde están los glaciares.

—¿No lo entiendes, Ángel? No podía derrotarnos si construíamos máquinas. Los wyrms sabían eso desde el principio. Cuando capturaron al Capitán de la Nave

Estelar, incluso antes de que le hicieran bajar, primero le hicieron destruir todo el metal que se encontrara en yacimientos accesibles. Pero seguía habiendo metal..., recuerdo a mis antepasados buscándolo y extrayéndolo, intentando construir máquinas con él. Quizá hubieran triunfado. Pero siempre estaban los geblings, una oleada de geblings llegando de Cranning.

—Me encuentro razonablemente familiarizado con la historia del mundo.

—¡Ángel! Te estoy contando lo que nadie sabía. Te estoy explicando el porqué de todo. He visto el plan y ha quedado grabado en mi mente. El Unwurm mandó a los geblings para que le impidieran a la humanidad fabricar las máquinas que nos habrían hecho irresistibles. Esperé todo este tiempo para seguirnos haciendo débiles en tanto que él iba acumulando sabiduría. Se concedió siete mil años para ello. Y después cumplió su propia profecía haciendo que mis hermanos murieran y que yo...

Ángel le tocó la frente con mucha delicadeza, intentando calmarla. Cuando su mano le tocó la frente y luego la mejilla Paciencia sintió una deliciosa frescura y todo el amor que había en ese contacto.

—Río nos ha dicho que Cranning se encuentra a sólo una semana de distancia y los vientos de otoño son un poco demasiado fuertes para hacer el viaje. Pero tenemos que ir ahora. Los vientos del invierno nos harían retroceder. Es una suerte que hayas recobrado el conocimiento hoy..., te llevaremos a Cranning despierta y cuerda.

En sus palabras había algo de artificial; no estaba realmente pensando en lo que decía y a Paciencia no se le ocurrió razón alguna por la cual debiera estar mintiendo. Claro que eso no era ninguna sorpresa, pues apenas si podía pensar. Acabó decidiendo dejarlo estar y no intentar descubrir lo que él le estaba ocultando.

—Diles a Reck y Ruina que yo también conozco el mapa de Cranning.

—Ya lo saben. Nos has contado muchas cosas en tu sueño. Hemos estado anotando por escrito todas las historias que narrabas a gritos y Heffiji las ha estado guardando un poco por todas partes. He intentado averiguar cuál es su sistema.

—No tiene ningún sistema.

—Ésa fue la conclusión a la que acabé llegando. Una auténtica huelfa... Pero nadie más habría sido capaz de hacer esto. El Unwurm estaba llamando a todas las personas que sabían algo. Si Heffiji hubiera sabido realmente algo, también la habría llamado. El único modo de que ese conocimiento pudiera seguir siendo conservado en el mundo era que alguien como Heffiji lo guardara, alguien que no supiera nada que tuviera un valor real pero que fuera capaz de localizar cuanto importaba. Todo está aquí, toda la sabiduría del mundo... Reck y Ruina han llamado a unos geblings de Cranning para que protejan el lugar. Van a poner vidrios y postigos en las ventanas y se encargarán de cambiar el tejado. Harán todo lo necesario para conservar esta casa.

—¿Han aceptado los geblings a Reck y Ruina como su rey? Ángel se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que ocurre en sus mentes? Dicen una cosa pero es posible que

por debajo de la superficie esté ocurriendo algo totalmente diferente. Lo que sigue siendo cierto, por el momento, es que ese par de reyes no pueden apartarse de ti más que unas docenas de metros o empezarán a ser alejados de Cranning por el Unwurm. No creo que puedan proclamar su derecho al gobierno de los geblings en tanto sigan encadenados a la Heptarca humana, ¿verdad?

—Ya hemos perdido demasiado tiempo —dijo Paciencia—. Llévame al bote.

—Iremos hasta Cranning pero no entraremos en la montaña hasta que no te encuentres con más fuerzas.

—No estaba enferma, solamente estaba loca —dijo Paciencia.

—Los locos pueden ser sorprendentemente fuertes.

—La llamada..., ¿ha cambiado en algo ahora?

—Sólo ha cambiado porque ahora sé quién me llama.

—Entonces, no te controla...

—O, si lo hace, me controla tan profundamente que lo ignoro.

—Eso me tranquiliza.

—Ángel, me he convertido en alguien terrible.

—¿Ah, si?

—Si se me hubiera entregado el cetro antes de saber cuánto he aprendido en esta casa, jamás habría podido vérmelas con él. Si hubiera sido llevada a Cranning sin comprender todo lo que ahora he comprendido, me habría encontrado indefensa cuando hubiera tenido que enfrentarme a él. Cuando pienso en todo lo que hicisteis tú y Padre, todo lo que hice yo y lo que hicieron los geblings y..., era lo correcto, era necesario.

—¿Y por qué hace eso de ti un ser tan terrible?

—Ángel, incluso la muerte de Madre. Incluso eso.

—Ah.

—¿Qué clase de persona soy, si digo estar de acuerdo en que mi madre debía morir? He vivido eso muchas veces, durante toda mi existencia, pero esta vez lo he visto por los ojos de Padre. Jamás logró perdonarse a sí mismo. Y, sin embargo, yo le perdono.

Ángel se inclinó y le besó la frente.

—Mi Heptarca, sólo tú puedes gobernar a la humanidad.

—¿Qué clase de persona soy?

—Una persona muy sabia.

Paciencia no intentó discutir con él, aunque sabía que eso no era cierto. No era sabia. Pero fuerte..., era fuerte. Había dominado a la piedra mental. Antes que todos los pliegues de su vida, precediéndolos, existía una auténtica personalidad. Al menos ahora sabía eso pero el resto de su yo seguía resultándole huidizo, estaba fuera de su alcance, en un sitio donde no podía verlo. Por eso dejó que Ángel la calificara de sabia, pues no le importaba.

—Pero, Ángel, ¿soy buena?

—Como Heptarca, ya no debes escoger entre el bien y el mal. Ahora debes escoger entre lo que es correcto y lo que no lo es.

Había sido estudiante suya durante el tiempo suficiente como para conocer la diferencia y estar de acuerdo en que tenía razón. Al menos, en su papel como Heptarca ya no le era posible vivir según el mismo código moral bajo el que vivían los demás. Ahora sus decisiones eran las decisiones de una comunidad más grande que la formada por ella misma. Pero ¿qué comunidad?

—¿Lo correcto para quién? —preguntó.

—Para la humanidad, Heptarca.

Supo de inmediato que Ángel se equivocaba al decir eso.

—No. La Casa del Rey es todo el mundo. Yo también soy una gebling. Toda la vida que habla y toda la vida que no habla, toda la vida del mundo con una sola excepción.

—Y esa excepción es la que te desea. Pero moriré antes de consentir que te haga suya. Cree que soy demasiado débil para salvarte, pero puedo hacerlo y lo haré.

El fervor de sus palabras no era ninguna mentira. No importaban los engaños que le hubiera estado contando hasta ahora, esas palabras no formaban parte de ellos. La amaba. Paciencia le acarició la mejilla.

—Sírreme como un hombre libre, Ángel.

—Te serviré igual, ya sea esclavo o libre. ¿Cuál es la diferencia?

—Ahora, como hombre libre, te pido que me ayudes.

Con gran delicadeza, Ángel la ayudó a vestirse y a salir de la habitación.

Para sorpresa de Paciencia, la casa estaba llena de geblings, centenares de ellos. Su habitación había quedado fuera de los límites en que podían moverse pero los geblings andaban por todo el resto de la casa poniendo cristales, haciendo arreglos y remiendos y dejándola en buenas condiciones. Paciencia se instaló en la sala junto a la pequeña hoguera que ardía en la chimenea, con una cascada de sol derramándose sobre su asiento para ayudarla a entrar en calor, y observó el ir y venir de las escaleras que se desplazaban de una pared a otra, con los geblings esparcidos por todo el lugar. El mono de Río iba corriendo por entre los pies de los presentes y en una docena de ocasiones recibió patadas, estuvo a punto de ser pisado y, a gritos, acabó viéndose expulsado de un golpe a lo alto de un armario. Pero siempre volvía a la carga, lanzando una ristra de ininteligibles obscenidades y, de un salto, volvía a meterse en pleno centro de la confusión. Paciencia no pudo sino pensar que Heffiji era muy parecida al mono y que el deleite y la preocupación casi le habían hecho perder el control, entrando y saliendo de la casa a toda velocidad y subiendo y bajando por las escaleras.

—¡No toquéis eso! —gritaba continuamente. Los geblings reían y se burlaban de ella, pero acababan obedeciéndola.

Río dormía en su recipiente, colocado sobre la chimenea. Cuando estaba lejos del Agua del Cran, el mundo no existía para él.

Paciencia se encontró intentando sentir la comunicación silenciosa de los geblings, la llamada sin palabras de la otra mente. Recordaba muy claramente cómo la había sentido cuando era cada uno de los primeros reyes geblings. Y, sin embargo, ahora no podía sentir nada. Era como alargar la mano para descubrir que te la habían cortado. Les observó con cierta melancolía, lamentando el que nunca pudiera llegar a conocerles salvo mediante esos recuerdos que no eran suyos y le llegaban a través del cetro. Y los geblings iban y venían, ocupados en sus labores, sin saber quién era ella, sin adivinar que era el único ser humano enterado de lo que era ser un gebling, la única que podía entender la constante hermandad que les servía como ancla en el mundo. ¿Cómo logré encontrar el valor necesario para vivir antes de esto, cuando nunca había sabido lo que era conocer a otra persona?

—Paciencia —murmuró alguien detrás de ella. Conocía esa voz y supo que era la mano de Reck la que le tocaba el hombro, y alzó su propia mano para tocar la suya. Y, sí, ahí estaba, el vello suave de la mano gebling. Por un instante pensó que quizá había sentido la proximidad de Reck a través de la otra mente. Pero no; sólo podía ser su instinto de asesina el que le hacía saber cuándo una mano se tendía hacia ella. Ni tan siquiera podía albergar la esperanza de formar parte de la comunidad gebling.

—Reck —dijo.

—Teníamos miedo de acabar llevando una loca a Cranning.

—Sólo una loca se quedaría aquí. Después de todo, esto es una casa de locos.

Reck se rió.

—Realmente no. Estos geblings han venido para reconstruir la casa de Heffiji y para mantener a salvo el conocimiento de la humanidad.

—¿Cómo les llamasteis?

—Oh, el rey gebling es conocido. No por su rostro o su nombre..., no, cuando nos vieron aquí pensaron que sólo éramos otros dos geblings que habían sido llamados y vinieron ante la llamada. Pero en la otra mente saben conocer la llamada del rey gebling.

—¿Vienen de Cranning?

—No lo creo. Llamamos y los geblings más cercanos oyeron la llamada y la transmitieron. A medida que más y más geblings la iban aceptando se hizo más fuerte hasta que nos dimos cuenta de que ya teníamos a los suficientes. No somos el Unwurm. Nuestra llamada, por sí sola, no habría podido llegar nunca de aquí hasta Cranning.

—Sois muy bondadosos al ayudar a que esta casa siga en pie.

—Esta casa ha hecho lo imposible. Ha humillado a mi amado hermano Ruina. Todas las ideas que Heffiji ha conservado aquí... Ruina se ha convertido en una auténtica molestia, interrogándola sobre todo lo posible, acosándola para obtener una respuesta detrás de otra. En toda su vida apenas si ha tratado con ningún ser humano y, por razones obvias, jamás conoció a ninguno de los Sabios. Pero ahora se ha dado cuenta de lo que pueden hacer las mentes humanas.

—Si alguna vez quiere conocer nuestro peor aspecto, lo único que debe hacer es quedarse con el cetro —dijo Paciencia.

—No es probable que lo haga —dijo Reck—. Compadecíamos a los humanos por su soledad. Bueno, yo te compadecía y él te despreciaba. Pero ahora..., bien, me repite una y otra vez que la soledad es la base de la auténtica sabiduría, que todas las brillantes ideas contenidas en esta casa han nacido del grito desesperado que un ser humano le dirigía a otro, el grito que decía: conóceme, vive conmigo en el mundo de mi mente.

—Un pensamiento muy poético.

—Le he dicho que el amor le ha vuelto un poco estúpido..., se ha enamorado de la raza humana. Pero, claro, ya sabes... Nunca he odiado a los humanos tanto como él y, por lo tanto, no me impresiona igual el descubrir que no todos los humanos carecen de valor. —Reck fue hacia el otro asiento que había delante del fuego.

—Qué extraño —dijo Paciencia—. He estado soñando con casas. Distintas casas de las cuales debía ocuparme... A veces era la casa de Heffiji y a veces era la casa de mi padre, y otras veces era la Casa del Heptágono. A veces era la casa donde fue asesinada mi madre.

Reck tenía una expresión pensativa en el rostro. Se oyeron unos pasos en la escalera y Ruina entró en la habitación. Paciencia se dio cuenta inmediatamente de que ahora ya no iba desnudo. Llevaba unos pantalones cortos. Un paso más hacia el aceptar la civilización humana.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó.

Reck se volvió hacia él y le hizo una seña para que se acercara. No había nadie más en la habitación pero, con todo, seguía siendo mejor no hablar en voz demasiado alta, no cuando estaban diciendo cosas que podían revelar quiénes eran antes de lo deseado.

—Oyó nuestra llamada —dijo Reck.

Ruina miró a Paciencia, como analizando una nueva y extraña hierba que acabara de percibir en el suelo del bosque.

—¿La necesidad de venir para hacer reparaciones en una casa muy importante? ¿Y el sitio donde estaba?

—Algunas veces vi caminos, pero nunca supe de dónde venían ni adonde llevaban. Pero, siempre, a lo lejos, podía ver la casa ardiendo y sabía cuán necesario era que me apresurara...

Reck meneó la cabeza.

—En nuestra llamada no había nada sobre el fuego.

—Ni tan siquiera vemos imágenes —añadió Ruina—. La otra mente no es tan precisa. Pero Paciencia ya estaba algo emocionada ante la idea de que quizá hubiera experimentado la otra mente de los geblings en su propio cuerpo. No pensaba dejar que esas pequeñas objeciones la desanimaran.

—No soy una gebling y puede que mi cerebro traduzca las cosas en imágenes que

yo pueda entender. Puede que tenga dentro de mí algo más de gebling de lo que pensáis. Recuerdo la otra mente. Recuerdo haber sentido a todos los demás geblings, y el mapa de Cranning. Y, además, ahora tengo el cetro. Puede que me permita sentir vuestra llamada.

Reck se acarició la lengua con la larga uña de su pulgar.

—No —dijo—. Los Heptarcas han llevado la piedra mental antes pero jamás han oído la llamada del rey a su gente.

Ruina ladeó la cabeza, examinando el rostro de Paciencia.

—Si no es la piedra mental, entonces quizá sea que la llamada del Unwurm la ha hecho más sensible, de tal forma que oye lo que ningún ser humano ha podido oír antes.

Reck alzó un dedo.

—Pero, recuerda también que ningún Heptarca había llevado antes la piedra mental estando tan cerca de Cranning. Cuando los demás geblings recogieron la llamada para seguir transmitiéndola, quizá se hizo lo bastante fuerte como para que ella la oyera.

—No se parecía en nada a la llamada del Unwurm —dijo Paciencia—. Su llamada es tan clara y poderosa...

—El Unwurm es mucho mejor en eso que nosotros. Nuestra naturaleza humana... Nos debilita. —En la voz de Reck daba la impresión de haber cierto resentimiento—. ¿Desearías entonces no haber tenido un padre humano?

Reck rió con amargura.

—¿Crees que los wyrms nos resultan más hermosos que a ti? Nadie nos dejó escoger a nuestros antepasados.

—Lo vi —dijo Paciencia. Y les habló del nacimiento de los primeros geblings. Ruina la obligó a que lo contara muy despacio y sin omitir ni un solo detalle. La escuchó con los ojos cerrados, como si por concentrarse en el sonido de su voz pudiera llegar a conjurar los recuerdos que los geblings habían perdido para siempre cuando perdieron la piedra mental de los reyes.

Cuando Paciencia les contó cómo el bebé Unwurm había matado a su madre, Ruina asintió.

—Sí, sí —dijo—. No fue un asesinato. Tenía que comerse el cristal, compréndelo. Para saber cuanto sabía ella.

—Ahora somos más discretos —dijo Reck—. Somos más humanos. Esperamos hasta que nuestros padres mueren de forma natural. Eso quiere decir que tenemos más vida propia antes de convertirnos en nuestros padres. Pero no hay nada antinatural en que una criatura devore los recuerdos de sus padres..., no en Imakulata.

Pacencia siguió con su relato, con todo lo que podía recordar sobre la vida de los primeros geblings. Y acabó con el último de los reyes geblings que había llevado esta piedra mental encontrando el cadáver del último wurm. Los humanos lo habían

quemado.

—Por supuesto —dijo Reck—. Si es algo extraño y que da miedo, mávalo. El credo de los humanos.

—Los humanos hacen lo que deben hacer —dijo Ruina. Reck sonrió con malignidad y le guiñó el ojo a Paciencia, como diciendo: ¡Mira cuán humanófilo se ha vuelto mi hermano!—. Los wyrms hicieron lo que debían hacer —dijo Ruina—. Sabían que los humanos podían matarles a todos y que eso es lo que harían, utilizando sus máquinas. ¿Qué haces cuando el enemigo es demasiado fuerte para destruirlo? Lo imitas, te conviertes en el enemigo.

—Oh, sí, todo el mundo está haciendo lo que le indican sus genes —dijo Paciencia.

—Si no hubieran escogido aparearse con los humanos —dijo Reck—, no existiríamos. No creo que podamos condenar su elección de entonces.

—Pero, Heptarca, debes entender que los geblings no somos aquello en que decidieron convertirse —dijo Ruina—. Somos lo que fue rechazado en la segunda generación, los experimentos fracasados, los híbridos condenados a morir, los seres grotescos y dignos de compasión. Huelfos sin cerebro, gaunts sin voluntad... Nosotros, los geblings, nos acercamos más a lo deseado. Pero no somos perfectos. La siguiente generación será la respuesta perfecta, en tanto que nosotros estamos destinados a morir.

—Eso no es el plan de nadie —dijo Paciencia—. Así es como la vida ha evolucionado en Imakulata.

—Cuando lo expresas de ese modo —señaló Reck—, te hace sentir deseos de ir con el Unwurm y albergar a sus criaturas, ¿verdad?

—Con todo el respeto debido a la sabiduría de nuestros más viejos antepasados —dijo Ruina—, el rey gebling ha decidido no seguir adelante con este plan.

—Somos lo bastante wyrms para sentir la vida de todos los demás geblings —dijo Reck—, y lo bastante humanos como para poseer una voluntad individual de supervivencia. En lo que a nosotros concierne, el proceso de adaptación ya llegó lo bastante lejos cuando nos produjo a nosotros, a los gaunts y los huelfos.

—Somos los herederos de los wyrms —dijo Ruina—. Somos distintos de los humanos pero somos lo bastante parecidos como para vivir junto a vosotros. Los genes de los wyrms están preservados en nosotros, aunque no en la copia perfecta que el Unwurm pretende hacer ahora.

—Somos aliados en esta guerra —dijo Paciencia. Impulsivamente, se levantó de su sitio y tomó asiento en el suelo, delante del fuego, apoyándose en las piernas de Reck y reclinando su cabeza en la rodilla de la gebling—. Recuerdo haber vivido existencias geblings. Quiero que sobreviváis y lo deseo tanto como deseo que los humanos vivan. Reck le acarició el cabello.

—He llegado a conocerte como no he conocido jamás a ningún ser humano, con una sola excepción. Yo también lamentaría que el único modo de frenar al Unwurm

fuera matarte.

—Pero lo harías —dijo Paciencia.

—Si no hay otro modo, lo haría.

—Y, si no hay otro modo, quiero que lo hagas.

Cuando Paciencia dijo esto miró por casualidad hacia la puerta. Y ahí estaba Ángel, las manos sujetando el quicio. La expresión que había en su rostro le dijo que había oído su conversación y que no pensaba consentir que Paciencia muriera.

Y, por primera vez, a ésta se le ocurrió la idea de que quizá Ángel no tuviera intención de obedecer sus órdenes cuando llegara el momento de la batalla final con el Unwurm. Ángel tenía sus propios planes y, por mucho que la llamara Heptarca, seguía pensando en ella como una niña sujeta a su tutela.

Paciencia sintió un escalofrío y pensó: Ángel, ¿y si debo matarte para hacer lo que tengo que hacer?

Ángel no podía haber leído sus pensamientos en la expresión de su rostro pero, encontrándose tan débil como estaba, fue incapaz de ocultar su estremecimiento. Ángel lo vio. Y, sin decir palabra, se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Si Reck y Ruina se dieron cuenta de lo que había ocurrido entre ellos dos durante esos instantes, no hicieron comentario alguno al respecto.

—¿Estás lo bastante fuerte como para continuar?

—¿Cuánta fuerza se requiere? —preguntó Paciencia—. Estoy cuerda, puedo pensar y, por lo tanto, nos podemos ir en cuanto terminen los trabajos de aquí.

—Entonces, podemos irnos ahora. No hace falta esperar a que terminen los trabajos de la casa. Los terminarán tanto si estamos aquí como si no. Además, podemos supervisarlos en cierta forma sin necesidad de encontrarnos aquí.

Reck se puso en pie.

—Espera —dijo Paciencia—. Quiero hacerte una pregunta. Voluntad... Cuando desperté estaba al pie de mi cama, vigilándome.

Reck se encogió de hombros.

—Voluntad hace lo que quiere.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—No lo sé. Siempre que le veía, estaba entrando o saliendo de tu habitación.

Ruina se rió.

—Después de todo, es un macho humano y sólo abandonaste tu disfraz de muchacho cuando te operé. Quizá le gusta mirarte. Lleva mucho tiempo sin compañía femenina. Paciencia quedó desconcertada durante unos segundos al pensar en que quizá Voluntad la deseaba como mujer. Luego se dio cuenta de que Ruina estaba bromeando y se rió.

—No te rías —dijo Reck—. Hace mucho tiempo que abandoné toda esperanza de saber cómo funciona la mente de Voluntad, claro, y puede que mi teoría no tenga ningún valor. Hace lo que quiere. Pero dudo que se le haya ocurrido la idea de poseerte, Niña. Jamás le he visto desear nada para sí mismo. En su vida sólo existe el

servir.

—Un esclavo nato —dijo Ruina.

—Nadie ha podido convertirse en su propietario —dijo Reck—. Sirve, pero sólo cuando cree que el servicio es necesario. Creo que, secretamente, piensa ser el Kristos. ¿No se supone que así debe ser el dios de los humanos? ¿El sirviente de todos?

—Yo soy una Escéptica —dijo Paciencia—. No hago caso de la religión.

—Bueno, pues te guste o no la religión sí hace caso de ti —elijo Reck—. Si sales de esto con vida, suerte tendrás si no acaban afirmando que tú eres el Kristos.

—Me parece una elección tan buena como cualquier otra —comentó Ruina.

—O, ¿por qué no tú? —indicó Paciencia—. Tener un salvador gebling les pondría francamente nerviosos.

Ruina se rió.

—¿Por qué no? El Kristos duende.

Paciencia se rió con él. Y, al hacerlo, sintió que la llamada de Cranning se hacía más fuerte dentro de ella, como si durante su larga locura se hubiera estado conteniendo pero hubiera despertado ahora con el sonido de su risa. La lujuria y el anhelo del Unwurm ardieron dentro de ella. Llamó a Sken, y Sken y Voluntad prepararon el bote esa tarde. Y, por la mañana, la misma Paciencia se encargó de coger el recipiente de Río de su puesto sobre la chimenea.

—Despierta —le dijo.

Río abrió lentamente los ojos y luego sus labios emitieron dos chasquidos y un beso. El mono entró casi inmediatamente en la habitación, a toda velocidad, y empezó a hacer funcionar frenéticamente el fuelle.

—Ya era hora —dijo Río—. Maldición, ya era hora, ¿para qué piensas que les hice conservar mi cabeza, para ver cómo una pandilla de duendes vuelven a decorar la casa de una huelfa sin el menor interés? ¡Llévame al bote y puedes estar segura de que recordaré este viaje como el peor y más estúpido de toda mi vida!

Durante todo el camino de bajada por la colina Río estuvo protestando y maldiciendo. Sólo el balanceo del bote sobre el agua fue capaz de calmarle y luego empezó a cantar una canción muy extraña, una canción sin palabras y casi sin melodía, una canción para el río. Era la canción de un hombre que por fin había vuelto a su cuerpo, el éxtasis de llevar una vez más sus brazos y sus piernas encima, de ser una vez más él mismo. Río había sido devuelto al río.

Se apartaron del maltrecho embarcadero de Heffiji y navegaron hacia el norte con el último viento del otoño. Paciencia podía sentir la alegría del Unwurm y su contento al saber que ella venía nuevamente hacia él. Este mes de espera debía haberle resultado bastante duro, no sabiendo qué la había detenido, ignorando si estaba herida o si había logrado volverse lo bastante fuerte como para resistirle, o si alguien la había capturado. Ahora Paciencia iba nuevamente hacia él y el Unwurm hacía temblar su cuerpo de placer.

VIGILANTE



Paciencia sabía que el paisaje situado por encima de la casa de Heffiji era idéntico al paisaje del río que ya habían recorrido. Los mismos robles enormes, los mismos arces y hayas, idénticos bosques de fresnos y pinos. Pero ahora sabía más que antes. Ahora era más que antes. Podía recordar algunos de los primeros Heptarcas cuando eran pequeños, aprendiendo largos catálogos de flora y fauna, todos ellos limpiamente divididos en especies nativas y especies nacidas en la Tierra.

El roble y el arce eran nativos de la Tierra, igual que el fresno y el pino. La palmera, el haya y el helecho eran nativos, pero se les había bautizado por su parecido a otras especies de la Tierra. La nuez peluda, la mora cálida, el fruto de cristal y la telaraña son nativos; el nogal es de la Tierra.

Al igual que muchos de sus primeros antepasados, Paciencia veía ahora con claridad las divisiones entre la vida nativa de Imakulata y la vida traída en la nave espacial, y empezó a comprender el origen de la antigua enemistad entre los humanos y las especies inteligentes a las cuales despreciaban. Desde el punto de vista humano eran feas, extrañas y peligrosas, en tanto que los humanos y las plantas que habían traído con ellos no presentaban peligro alguno y eran hermosos.

Y, con todo, Paciencia podía ver también lo que ninguno de sus antepasados había visto. Aunque podía recordar el mundo tal y como lo había visto el quinto Heptarca, no recordaba un mundo alienígena. A la quinta generación los bosques de Imakulata ya se habían vuelto exactamente tal y como eran hoy, casi totalmente nativos de la Tierra.

Y, sin embargo, no tenían nada de terrestres. Las especies nativas no habían sido sustituidas. Lo único que habían hecho era disfrazarse y, aparentemente, convertirse en las plantas nativas de la Tierra que los humanos cuidaban. ¿Qué era el roble antes? ¿Un pequeño insecto volador, un gusano, un alga marina, un virus transportado por el aire en una mota de polvo? Todo el mundo se había disfrazado, todos los seres vivientes pretendiendo ser inofensivos y cómodos a los ojos de los humanos que se tenían por amos del mundo. Todo lo que pertenecía realmente a los seres humanos había sido secuestrado, asesinado y sustituido con imitaciones y copias. Por un instante Paciencia imaginó que era capaz de penetrar el disfraz del ciervo que bebía del río y luego se alejaba dando ágiles saltos ante su ruidosa llegada. Vio en su mente el yo secreto de un roble como un bebé horriblemente deformado que la contemplaba haciendo muecas malignas desde el corazón del árbol. Suplantaciones, un mundo de copias, todas conspirando contra nosotros, adormeciéndonos hasta que nos

confiemos, hasta el momento en que finalmente empiecen a sustituirnos también a nosotros.

Se estremeció. E imaginó que el Unwurm le hablaba en susurros mediante los deseos de su cuerpo. Ven a mí, ven a mí y lleva dentro de tu cuerpo a mis hijos, mis criaturas, mis copias, nos introduciremos en todos los hogares del mundo, tú y yo, y nos arrastraremos en silencio hasta las camas de los niños. Pondremos dentro de la cuna a nuestro pequeño wurm y le observaremos, veremos cómo cambia de forma hasta ser exactamente igual al bebé humano que estaba tendido en ella. Después nos llevaremos al bebé humano, lo sacaremos de la casa, le cortaremos el cuello y lo meteremos en mi bolsa.

Un millar de bolsas, cada una vaciada en un jardín donde los robles burlones absorberán los últimos restos de vida que haya en la carne reseca. Paciencia creyó estar caminando a través de ese jardín, frágiles huesos partiéndose con un crujido bajo sus pies, viendo cómo su esposo vaciaba otra bolsa y luego la miraba con su pequeña cabeza de wurm y decía:

—El último. Es el último de todos. Sólo queda un bebé humano con vida en todo el mundo. —Y sacó de su bolsa un bebé vivo, sus ojos aterrorizados mirando a Paciencia con desesperación y, amablemente, se lo ofreció como cena.

Y Paciencia echó a correr, hasta un lugar donde el suelo era blando y no le hería los pies; hasta llegar a una cabaña del bosque donde podía oír a una madre que cantaba para hacer dormir a su criatura. Este lugar se nos ha pasado por alto, pensó. Un bebé que aún vive. Lo protegeré, lo esconderé del Unwurm y crecerá y se hará fuerte y matará a todas las copias...

Miró por la ventana y vio al bebé, y era hermoso, sus delicados dedos rodeando el pulgar de su madre, su boca emitiendo suaves ruidos de succión. Vive, le dijo en silencio al niño. Vive y hazte fuerte, pues eres el último.

Entonces el niño le guiñó el ojo y le sonrió con una mueca horrible.

Ángel la sacudió hasta despertarla.

—Has gritado —dijo.

—Lo siento —murmuró ella. Se agarró a la barandilla del bote y miró hacia los árboles, más allá del agua. Ninguno de ellos parecía distinto. El sueño había sido una tontería. Si parece un roble, si lo puedes cortar igual que a un roble, si puedes construir con él igual que con un roble, ¿importa si sólo posee una inmensa molécula genética en vez de muchas moléculas pequeñas? ¿Qué importa si el ciervo sólo es medio ciervo y si la otra mitad de su sangre procede del linaje de alguna extraña criatura de Imakulata? La vida es la vida, la especie es la especie.

Salvo mi vida. Mi especie. Ésa hay que preservarla. La nueva versión mejorada de la humanidad que pretende crear el Unwurm es la muerte de la vieja y solitaria gente de la Tierra, llena de taras y defectos, pero maravillosa. Mi gente.

Ven, date prisa, date prisa, ven, decía la pasión del Unwurm.

—Mira —dijo Ángel—. Río ha hecho que Ruina subiera al mástil y lo vio en el

último recodo del río. Pie del Cielo. Por unos cuantos minutos podremos verlo incluso desde la cubierta.

Paciencia se levantó. Pese a lo que había tenido que soportar durante este viaje su cuerpo seguía respondiendo con rapidez. Le bastaba un segundo para estar alerta y llena de fuerza. Mi cuerpo no sabe que tengo trescientas generaciones de edad, pensó. Mi cuerpo cree que soy una mujer joven. Mi cuerpo sigue pensando que tengo un futuro propio.

Pie del Cielo era una sombra que asomaba por encima de los árboles lejanos al final del trozo de río que ahora estaban recorriendo, una prolongada recta.

—Si los árboles no fueran tan altos lo habríamos visto una semana antes de llegar a la casa de Heffiji —dijo Ángel—, en vez de tres días después de haberla abandonado.

—Está muy cerca —dijo Paciencia.

—En realidad no. Es muy alto, eso es todo. Siete kilómetros desde la base hasta el risco. —Y ahora vuelve a esconderse.

El momento había sido demasiado breve y se encontraban demasiado lejos como para poder distinguir ningún detalle. Pero cada uno de esos vislumbres parecía ser más prolongado que el anterior. Dos días después dejaron caer el ancla en otro recodo del río y, cuando el ocaso ocultaba ya la montaña, las luces de Cranning puntuaron el cielo como una galaxia suspendida a baja altura.

Las luces cubrían todo el espacio visible por entre los grandes troncos, un callejón que iba del este al oeste. Esa noche Reck y Ruina treparon por el cordaje entre la oscuridad para, colgados del mástil, ver cómo su patrimonio se inundaba de luz.

Río empezaba a estar de mal humor. Para él Cranning no significaba nada más que el final de su viaje. Vivía por el viaje y cada llegada era una pequeña muerte.

Al día siguiente el río empezó a dividirse en muchas corrientes, espaciosas y lentas, que serpenteaban por entre islas cubiertas de bosque.

—Lo que tenemos aquí —dijo Ángel—, es una vieja colisión tectónica de enormes proporciones. Nos encontramos sobre una placa que en tiempos resbaló bajo el enorme promontorio de Pie del Cielo. Ahora las dos placas se han unido y el suelo ha quedado estable pero entonces debieron darse terribles terremotos. A partir de aquí, el suelo cae de nivel hasta la base de Pie del Cielo. El agua que los glaciares situados en lo alto de la montaña vierten al derretirse se acumula en la zona más hundida, creando un lago que circunda toda la base de la montaña. Los colonos originales lo vieron y dejaron escrito que no había nada igual en ningún planeta habitable del universo.

—Por ahora —dijo Paciencia.

—Bueno, hay que suponer que si algo puede ocurrir una vez, puede repetirse y acabará repitiéndose en algún otro mundo.

Ahora ya podían distinguir grupos de edificios situados en la montaña. Durante todo el día Ruina estuvo colgado del mástil o sentado en la proa, absorto,

contemplando la montaña como si fuera un enamorado que acudía a ella para suplicarle algo.

—No sirve de nada —se quejaba Sken—. Tendríamos que atarle una cuerda y tirarlo por la borda para usarlo como ancla.

La reacción de Reck ante la montaña fue todo lo contrario a la que había sufrido Ruina. En tanto que él se había vuelto callado, a ella le habían entrado ganas de hablar.

—He oído contar historias sobre ella desde que era pequeña —dijo—. El suelo y el agua de las diez mil cavernas que abren sus bocas en Cranning son tan ricos que aquí jamás se ha tenido que importar ni un pedazo de alimento ni un solo trozo de madera. La base de Cranning es un bosque aluvial, exuberante y fértil. La montaña se alza atravesando todos los climas del mundo. Todo lo que puede crecer y vivir en cualquier lugar del planeta, crece aquí.

Habló de los reinos de humanos que habían nacido y muerto en la montaña, algunos de ellos con sólo tres kilómetros de ancho y cincuenta metros de profundidad y veinte de alto y, pese a lodo, con sus propios dialectos, ejércitos y culturas.

—Y, detrás de todos ellos, en las más hondas cavernas, en la más absoluta oscuridad, nosotros los geblings seguimos con nuestras vidas. Diez millones de geblings, más de la mitad de todos los geblings del mundo. En tanto que los hombres, los huelfos y los gaunts tienen sus guerras y sus intrigas en la superficie de Pie del Cielo, nosotros poseemos su corazón. Ellos construyen sus fronteras y sus muros para que nadie pueda atravesarlos..., pero los geblings los atraviesan, porque conocemos todos los caminos ocultos.

—¿No mandáis también en la superficie? —le preguntó Paciencia.

—Cuando queremos —dijo ella, sonriendo—. Gobernamos cuando decidimos gobernar. Eso todos lo saben. No hace falta que nos enorgullezcamos por ello.

Paciencia no sintió ningún éxtasis particular al ver la montaña. Él la estaba aguardando en algún lugar cercano a la cima, sintiendo cómo se aproximaba, cada vez más anhelante de que llegara al fin. Paciencia descubrió en su interior el deseo de hacer girar el bote, de bajar por la corriente y no pensar nunca más en Cranning, la Heptarquía o todo lo demás. Los sueños se habían vuelto más frecuentes y por la noche despertaba cubierta de sudor, temblando a causa de los deseos que gobernaban sus sueños.

Una de esas noches se levantó de su cama y salió del camarote. Ruina estaba montando guardia cerca de la proa pero Paciencia se movió sin hacer ningún ruido y si él se percató de su presencia, no dio señal alguna de ello. Tenía el rostro vuelto hacia las luces de la montaña, que ahora se extinguían una a una a medida que la noche iba avanzando. Fue hacia la popa y se acurrucó junto a un grueso rollo de cuerda que había sobre la cubierta. Río dormía dentro de su recipiente, moviéndose levemente cada vez que la corriente mecía el bote. El aire era frío pero a Paciencia le gustaba esa molestia; la distraía de la llamada de Cranning.

No se dio cuenta de haberse quedado dormida pero cuando abrió los ojos Ruina no estaba en la proa. Entonces, debía tocarle a otro montar guardia. ¿De quién era ese turno? Todavía no había luz en el cielo. ¿Sken? ¿Voluntad?

Oyó un chapoteo cerca del bote y se puso instantáneamente alerta. Sabía todo lo necesario sobre los piratas del río que acechaban en las inmediaciones del Agua del Cran y nunca había oído hablar de que se los encontrara tan cerca de Pie del Cielo, pero era posible. Sacó silenciosamente la cerbatana de cristal escondida en su cruz y se colocó en una posición algo más erguida. Los chapoteos fueron desplazándose por el lado de babor y, naturalmente, una mano acabó asomando por encima de la borda. Cuando apareció la otra mano el bote se inclinó ligeramente, pues ahora soportaba el peso de un hombre de gran tamaño.

Y Paciencia se relajó un poco. Conocía esas manos, sabía que sólo un hombre podía ser tan grande. Voluntad se izó lentamente por encima de la borda hasta que ésta le llegó a la cintura. Luego pasó sus piernas por encima de ella, una cada vez, las posó en la cubierta y se dirigió hacia la popa. Iba desnudo. Y Paciencia, perpetuamente excitada a causa de la continua pasión producida por sus sueños eróticos, no pudo contenerse y lanzó una exclamación ahogada.

Voluntad se convirtió inmediatamente en una estatua. Paciencia sintió cierta vergüenza al ver que su autocontrol era lo bastante débil como para hacerle emitir un sonido involuntario; Voluntad no parecía avergonzarse en lo más mínimo de su desnudez. La vio, meneó la cabeza y luego dio unos cuantos pasos hacia ella antes de contornear el muro del camarote dentro del cual le esperaban sus ropas.

Gracias a la claridad lunar Paciencia vio claramente la gran cicatriz blanca carente de vello que formaba una arrugada cruz desde su ombligo hasta el principio de su ingle, yendo de un extremo a otro de sus caderas. Por el tamaño de las cicatrices resultaba claro que le habían marcado hacía mucho tiempo, cuando aún era un niño. Pero el ver la cicatriz seguía resultando impresionante. Sólo había una secta cuyos miembros escogían desfigurarse a sí mismos con el signo de la cruz en las partes ocultas de sus cuerpos. Voluntad era un Vigilante.

No intentó ocultarlo. Se encaró con ella, poniéndose primero la camisa y luego los pantalones. Tenía el cabello todavía goteante de agua y no se puso ni las botas ni los calcetines. En sólo dos pasos estuvo ante ella, tan alto como Pie del Cielo desde su perspectiva actual. Luego, en un solo y fluido movimiento, estuvo sentado ante ella y la miró a los ojos.

—En el pasado tuve a un Vigilante por amo —dijo en voz baja.

Paciencia no sabía por qué razón le tenía miedo ahora. Cuando había servido a Oruc los Vigilantes eran peligrosos por que no hacían ningún caso de la ley o del gobierno y cuando hablaban en sus palabras acechaba la revolución y el coraje de la locura ardía en sus ojos. Eran peligrosos porque la gente del pueblo creía que poseían algún poder especial concedido por Dios y venían a visitarles en sus solitarias cabañas, trayéndoles comida, ropa y, por encima de todo, dándoles un público que

escuchaba anhelante sus palabras de sedición.

Ahora no corría ninguno de esos riesgos. Con lo que los Vigilantes creían de ella, ningún ser humano suponía para Paciencia un peligro menor que el representado por un Vigilante.

Pero tenía miedo.

—Los Vigilantes no marcan a sus esclavos —dijo—. No contra su voluntad.

Voluntad asintió.

—Yo también fui un Vigilante. De niño.

—¿Renunciaste a los votos?

—No.

—Entonces, ¿sigues siendo todavía un Vigilante?

—Pienso en mi vida como... como el estar despierto, el velar. Pero la mayor parte de los ermitaños que moran en sus pequeñas chozas me considerarían un blasfemo.

—¿Y a qué se debe eso?

—A que no creo en que el Kristos vaya a venir para unir a todos los seres humanos y gobernar el mundo en perfecta paz y armonía.

En ese breve espacio de tiempo le había dicho mucho más que en todas las semanas anteriores. Y, sin embargo, su forma de hablar era tan sencilla y carente de complicaciones como lo había sido su silencio de antes, como si para él hablar o guardar silencio no se diferenciaban en nada. Paciencia podría haberle hecho esas preguntas en cualquier momento y él habría respondido.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de tu vela?

—El de todas..., esperar la venida del Kristos.

—Eso es un círculo.

—Es una espiral. Más cerca de la verdad a cada giro que da.

Pensó nuevamente en lo que había dicho, intentando encontrar la respuesta al problema que le planteaba. Y un instante después se dio cuenta de que él la estaba poniendo a prueba, al igual que habían hecho siempre Padre y Ángel. Meneó la cabeza.

—Explícamelo. O calla. Me da igual.

—Creo que el Kristos vendrá para unir a los geblings, los huelfos y los gaunts. Y también a los humanos, si son capaces de humillarse lo bastante.

—Los Vigilantes no creen que los geblings tengan alma.

—Ya te he dicho que era un blasfemo.

—¿Y yo? —le preguntó.

Voluntad meneó la cabeza y contempló la cubierta. Paciencia examinó su rostro y la abierta simplicidad de su expresión. Hubo un tiempo en el que ese rostro le había hecho considerarle estúpido. Ahora le veía como un hombre en paz consigo mismo, un hombre cuyo rostro no ocultaba nada no porque fuera ingenuo y confiado, sino más bien porque era sabio y digno de confianza. Un hombre sin ningún ardid ni astucia disimulada. Si no quería contestar no mentiría; se limitaría a callar. Era la

única situación para la cual jamás la había preparado su entrenamiento diplomático: un hombre honesto.

Finalmente él levantó la mirada hacia su rostro. Su expresión volvió a cambiar. ¿Qué era ahora? ¿Desesperación y esperanza, luchando mutuamente?

—¿Qué estás esperando? —le preguntó en un murmullo.

Él no contestó. En vez de ello, alzó su enorme mano y rozó sus labios con el dorso de ésta. Era el gesto de obediencia ante el Heptarca. Paciencia sintió un gran frío en sus entrañas. Otro que tenía planes para ella.

Pero, un instante después, él meneó la cabeza.

—Es mentira —dijo—. Hubo un tiempo en el cual eso fue cuanto quise para ti.

—¿Y ahora?

Su mano se movió hasta la nuca de Paciencia, cubriendo el aún ralo cabello de la zona que le habían afeitado, sujetándola con firmeza y, pese a ello, sin ninguna violencia. Su rostro se acercó al de ella y sus labios la besaron en la mejilla, apretándola durante un largo instante contra él.

Nadie la había besado nunca de esta forma. Desde que murió su madre Paciencia era incapaz de recordar que alguien la hubiera abrazado realmente. Sintió que perdía el control y se echó a temblar. Después de todo el anhelo contenido causado por la llamada de Cranning, no tenía forma alguna de ignorar que esto era realmente lo que su cuerpo quería. Volvió el rostro hacia él y le besó en la mejilla.

Y lanzó un grito de dolor.

Él la apartó rápidamente, examinando su rostro. ¿Podía ver la terrible ola de repugnancia que había invadido todo su ser?

—Lo siento —murmuró.

—No —susurró ella, luchando por decir algo, lo que fuera—. No, es el Unwurm, lo prohíbe, lo prohíbe... —Pero Paciencia no deseaba que nadie le impusiera prohibiciones. Sus dedos agarraron impulsivamente la camisa de Voluntad y le atrajeron hacia su cuerpo, y Paciencia pegó el rostro a sus hombros; sintiendo sus manos vacilantes que le acariciaban la espalda y los hombros y el calor de su aliento en su cabellera.

Pero cuanto más duraba su abrazo peor era la agonía y el castigo del Unwurm. Aunque estaba respirando sentía una terrible y apremiante necesidad de respirar, como si alguien le hubiera puesto una almohada sobre la cara. Estoy respirando, se dijo, pero su cuerpo estaba aterrado pese a todos los esfuerzos de su voluntad. Apartó a Voluntad y se arrojó sobre la cubierta, jadeando entrecortadamente.

—Eres el Kristos —dijo él—. ¿No lo ves? La heroína que debe enfrentarse al wurm en su cubil. Tú eres quien nos salvará o nos destruirá a todos, el hombre y el gebling, el huelfo y el gaunt.

El castigo se hizo menos fuerte porque él ya no la tocaba. Paciencia empezó a respirar con más calma.

—No puede tocar lo más hondo de tu ser —dijo Voluntad—. Sólo puede dominar

tu pasión, no tu voluntad. Todos los Sabios que acudieron a él eran más débiles que sus pasiones. Habían pasado todas sus vidas aumentando sus conocimientos, construyendo sus historias del mundo. Sus recuerdos, su identidad, esa parte del alma triple había sido aguzada hasta llegar a la perfección y se había vuelto más afilada que cualquier espada llevada jamás al combate. Pero cuando el Unwurm les llamó apelaba a sus pasiones. Ese territorio no era familiar para ellos, era un lugar de su alma que no habían logrado conquistar y por eso fueron a él, pensando que no tenían otra elección.

—Me hizo pensar que no podía respirar aunque estaba respirando.

—Si hubieras querido seguir en mis brazos —dijo él—, lo habrías hecho.

—No podía.

—Si lo hubieras deseado del todo, sin ninguna reserva interior, podrías haberlo hecho. —¿Cómo sabes lo que puedo o lo que no puedo hacer?

—Porque me ha llamado y conozco los límites de su poder.

Paciencia le observó tan bien como se lo permitía la claridad lunar. Por lo que ella podía ver, estaba diciendo la verdad. Entonces, ¿este gigantón era uno de los Sabios? Este hombre que había tirado del arado en el campo de Reck, que jamás hablaba, que había vivido como un esclavo y que había creído, al menos en parte, la doctrina de los Vigilantes..., ¿era uno de los Sabios?

—Tú y yo hemos aprendido a ser fuertes del mismo modo —le dijo él—. Los dos crecimos bajo amos muy potentes y los dos obedecimos. Pero aprendimos a convertir nuestra obediencia en libertad. Aprendimos cómo se podía escoger voluntariamente la obediencia, incluso cuando los demás pensaban que no nos quedaba donde escoger. Por eso, aunque aparentemente no poseíamos voluntad propia, todas las acciones de todas nuestras vidas han sido libres.

Ella pensó en las pruebas de Padre y de Ángel, las reglas del protocolo, los rituales de la autonegación. A veces era tal y como había dicho Voluntad. Otras veces Paciencia había escogido libremente. Pero otras veces... no. Hubo veces en las que no tenía ninguna libertad y en que los lazos de la esclavitud habían sido muy dolorosos.

—¿Te robó alguna vez el aliento? —murmuró.

—Un día fui al combate. Mi amo era el general al mando y su bandera hizo que el enemigo se viera atraído hacia nosotros. Yo me interpose entre ellos y él, como había hecho siempre. Sólo que, ese día, el Unwurm me llamó. Me hizo sentir un miedo terrible pero yo aguanté sin moverme. Me hizo sentir tal sed y tal hambre que me dolía la cabeza y mi boca quedó totalmente seca, pero yo me mantuve firme. Hizo que las necesidades de mi vejiga y de mi vientre fueran tan grandes que mi cuerpo soltó cuanto contenía, pero yo no hice caso de ello y me mantuve firme. Y entonces, cuando el enemigo llegó a mí, me hizo sentir como si me estuviera ahogando. La necesidad de respirar es irresistible y yo sabía que no encontraría alivio a esa agonía hasta que dejara el campo de batalla y empezara mi viaje hacia Cranning.

—¿Qué hiciste?

—Lo que tú habrías hecho. Me aseguré de que realmente estaba respirando y luego seguí adelante, hacia el enemigo, e hice lo que deseaba hacer, sin importarme el dolor. Ese día maté a cuarenta y nueve hombres, el portador de la bandera se encargó de contarlos, y mi amo me ofreció la libertad.

—¿La aceptaste?

—¿Cómo podía ofrecerme lo que ya era mío? Yo era libre. Igual que tú lo eres. Si no hubieras dudado secretamente de que deseabas amarme, me habrías poseído aquí mismo, sobre esta cubierta.

—Y tú, ¿te habrías entregado a mí? —le preguntó.

—Sí.

—¿Porque soy la Heptarca?

—No porque eres la Heptarca, sino porque la Heptarca eres tú y no otra persona.

—No soy tan fuerte como piensas.

—Al contrario. Eres más fuerte de lo que crees saber.

Paciencia decidió cambiar el tema de la conversación; no le creía y deseaba hacerlo, y temía que de seguir escuchándole por más tiempo él acabaría haciéndole sentir un exceso de confianza en sí misma.

—¿Eres uno de los Sabios? ¿Qué secretos conoces, qué secretos pudo acoger Heffiji en su casa?

—Me hizo su pregunta y yo le di mi respuesta —dijo él.

Por el tono de su voz, Paciencia supo que no debía interrogarle directamente sobre cuál había sido la pregunta o su posible respuesta. En vez de ello, decidió hacerle otra pregunta, una cuya contestación deseaba conocer.

—¿Qué aprendiste siendo esclavo?

—Que nadie puede ser nunca esclavo de otro hombre.

—Eso es mentira.

—Entonces, aprendí una mentira.

—Pero crees en ella.

Voluntad asintió.

—Hay gente que hace cosas por temor al látigo. Hay gente que hace cosas por miedo a perder a sus familias o sus vidas. Hay gente a la cual es posible comprar y vender. ¿Acaso no son esclavos?

—Son esclavos de sus pasiones. Su miedo les gobierna. ¿Qué poder tienes sobre mí si tu látigo no me da miedo? ¿Soy tu esclavo si no temo perder a mi familia? Te obedezco de forma completa y fiel porque así lo he escogido; ¿soy tu esclavo? Y cuando llegas a odiarme porque soy libre y mi libertad es mayor que la tuya, y me ordenas hacer lo que no pienso hacer, entonces me alzo ante ti y no obedezco. Castígame entonces; he escogido ser castigado.

Y si el castigo es superior a lo que estoy dispuesto a consentir, entonces usaré cuanta fuerza sea necesaria para hacer que pares de castigarme, y no más. Pero nunca,

ni por un instante, he hecho nada que no haya escogido hacer voluntariamente.

—Entonces, nadie es tan fuerte como tú.

—No es así. Le he dado mi obediencia a Dios y uso mi mejor juicio para cumplir con su propósito, cuando me es posible entenderlo de alguna forma. Pero quienes han elegido obedecer a su pasión o a su recuerdo han elegido libremente el obedecer. El glotón se llena el vientre porque lo ha decidido libremente, el pederasta se alimenta de la inocencia y el que teme obedece a su miedo..., libremente.

—Consigues dar la impresión de que nuestros deseos son algo separado de nosotros mismos.

—Lo son. Y si ignoras eso, después de todo, es muy posible que acabes convirtiéndote en la esclava del Unwyrn.

—Conozco en parte la doctrina de los Vigilantes.

—No estoy hablando de una escuela doctrinal. Estoy hablando de la respuesta que le di a Heffiji. La razón de que el Unwyrn me llame. Ahora podía preguntárselo sin rodeos.

—¿Qué pregunta te hizo Heffiji?

—Me preguntó si los huelfos tienen alma.

—Entonces, se trata de una pregunta teológica.

—Lo que realmente estaba preguntándome, y se trata de una pregunta que harás mejor en responder antes de que te enfrentes al Unwyrn, es qué parte de ella es su yo. Paciencia examinó el plácido rostro de Voluntad. ¿Cómo podía conocer la pregunta que tanto la obsesionaba?

—Mi padre me enseñó a escucharlo todo y a no creer en nada.

—Eso es algo que los muertos hacen muy a menudo —dijo él.

—Los muertos no escuchan.

—Si no crees en nada, entonces haces exactamente igual que los muertos.

—No estoy muerta —murmuró Paciencia.

Voluntad sonrió.

—Lo sé —dijo. Alargó la mano como si fuera a tocarle la mejilla y Paciencia retrocedió y meneó la cabeza, por lo que él volvió a su postura anterior, sin hacer ningún esfuerzo para ocultar su desengaño, y empezó a enseñarle lo que sabía—. Cada parte del alma triple tiene sus deseos. La pasión tiene los deseos del placer, la supervivencia y el huir del dolor. Quienes son esclavos de la pasión son los que vemos como hedonistas, cobardes, adictos o borrachos, aquellos a los cuales compadecemos o despreciamos. Y esos esclavos creen que su pasión es su propio yo. Quiero beber esto. Quiero respirar. Su identidad se encuentra en sus necesidades. Y controlarles es sencillo. Lo único que debes hacer es controlar su placer o su dolor.

Paciencia sonrió.

—Aprendí eso en la cuna. Pero no vale la pena controlar a gente que resulta tan fácil de controlar.

—Así es —dijo él—. Son los más débiles. ¿Eres tú una de ellos?

—Cuando me llama apenas si puedo pensar en nada que no sea mi necesidad de él. Incluso cuando recuerdo cuál es su aspecto a partir de los recuerdos geblings que hay dentro de mí, incluso cuando debería aborrecerle, hace que le desee y que desee engendrar a sus hijos.

—Atravesaste el bosque de Tinker aunque él no lo deseaba.

—Si realmente hubiera deseado detenerme, podría haberlo hecho.

—Y yo te digo que no podría haberlo conseguido, pues hace mucho tiempo que separaste tu yo de los deseos de tu cuerpo.

Paciencia recordó la fría brisa que entraba por la ventana desprovista de cristales de su habitación, y asintió.

—Bien. —No le enseñaba del mismo modo en que lo había hecho Padre; no había ningún sentimiento de triunfo cuando Paciencia se doblegaba ante sus argumentos. Lo único que hizo Voluntad fue seguir hablando—. La segunda parte del alma triple, la memoria..., es más difícil. En ella hay un deseo distinto, un deseo que nace en nosotros de forma tan irremisible como la necesidad de respirar, pero cuya existencia no conocemos porque nunca se ve satisfecho. Hay un instante, entre cada aliento, durante el cual no necesitamos respirar, por lo que reconocemos la necesidad de respirar cuando ésta vuelve a nosotros.

—Pero este otro nunca desaparece, por lo cual nunca nos damos cuenta de él.

—Sí. Sí, verás..., nuestra memoria no puede contenerlo todo. No puede contener cada imagen que vemos, cada secuencia de acontecimientos que nos ha ocurrido, todo lo que leemos y todo lo que oímos. Es demasiado. Si realmente tuviéramos que hacer eso, enloqueceríamos antes de haber salido de nuestra infancia. Por lo tanto, escogemos las cosas que son importantes. Recordamos sólo lo que cuenta. Y recordamos según ciertos órdenes, siguiendo modelos que, al juntarse unos con otros, tienen ciertos significados. De día hace sol; y todo ese espacio de tiempo en que hace sol se convierte en un día y todo el tiempo en que no hace sol se convierte en una noche..., no tenemos que recordar cada día para recordar la idea del día. Pero no sólo recordamos esto..., recordamos el porqué. Es de día porque el sol está en el cielo. O el sol está en el cielo porque es de día. ¿Ves? No recordamos al azar. Todo está conectado mediante hebras de causalidad.

—No me cuento entre los Sabios —dijo Paciencia—. Puede que los Sabios comprendieran la causa de todo, pero yo no.

—Pero si es justamente de ahí de donde viene el anhelo y el hambre. Cada retazo de experiencia que recordamos es como una historia para nosotros..., una serie de acontecimientos que se encuentran conectados por los tirones y los empujones de la causa. Y creemos en esa historia de que todo se encuentra conectado causalmente sin dudar de ello, sin ponerlo a prueba. Hice esto porque. Hice esto para que. Y éste es el mundo en el que vivimos, este conjunto de acontecimientos que se causan unos a otros. Eso se convierte en el marco por el cual lo recordamos todo. Pero hay algunas cosas que no encajan.

—No sólo algunas cosas.

—Dama Paciencia, las mentes débiles nunca se dan cuenta de ello. Para esas mentes todo encaja, porque, sencillamente, no recuerdan las cosas que están fuera de lugar. Nunca sucedieron, el recuerdo ha desaparecido. Pero para aquellos que viven en la mente los lugares que no encajan no desaparecen. Se convierten en un terrible apetito que mora en ella. ¿Por qué?, gritan. Por qué, por qué, por qué. Y no puedes quedarte satisfecho hasta no conocer la conexión, incluso si ello quiere decir que debes hacer pedazos todo el sistema que existía antes. Hubo una vez un tiempo durante el cual la humanidad estaba encerrada en un solo planeta y pensaban que su estrella daba vueltas alrededor de ese planeta, porque eso era cuanto veían, ésa era la prueba que les daban sus ojos. Pero hubo algunos que supieron mirar con más atención y vieron que eso no encajaba, y el porqué les acosó hasta que tuvieron una respuesta. Y cuando todo encajó, fueron capaces de mandar naves estelares a mundos como éste.

—Todos los niños se interrogan sobre el porqué —dijo Paciencia.

—Pero la mayor parte de ellos dejan de hacerlo con el tiempo —dijo Voluntad—. Finalmente acaban consiguiendo un sistema que funciona lo bastante bien. Tienen la cantidad suficiente de historias como para explicar todo aquello que les interesa y si hay algo que sus historias no sean capaces de manejar, lo ignoran.

—Los sacerdotes dicen que el yo está en la memoria..., que somos los actos que recordamos.

—Eso es lo que dicen.

—Pero yo recuerdo los actos de centenares de Heptarcas y también de unos cuantos geblings. ¿Son parte de mí?

—Ves el problema tal y como poca gente lo ve —dijo Voluntad—. El yo no está en la memoria, ahí sólo se encuentra la historia que creemos sobre nosotros mismos. Esa historia puede ser revisada y lo está siendo constantemente. Vemos lo que hicimos y nos inventamos una historia que lo explique, y creemos la historia y pensamos comprendernos a nosotros mismos.

—Salvo los huelfos, que no pueden conservar mucho tiempo los recuerdos en sus mentes conscientes.

—Sí.

—Entonces, ¿qué le dijiste a Heffiji..., que no tenía alma?

—Me limité a decirle que su alma no tenía historia que contar, porque nuestro yo es distinto al suyo.

Paciencia sabía lo que diría; ahora le resultaba muy claro.

—La voluntad, por supuesto. Voluntad, resulta extraño que tu nombre sea el de la cosa que consideras más importante. ¿O decidiste que era importante porque ése era tu nombre?

—Voluntad no es el nombre con el cual nací. Tomé ese nombre el día en que Reck me miró y dijo: «¿Quién eres?».

—Entonces, ¿cuál es el deseo de la voluntad? Dijiste que las tres partes del alma tenían su deseo.

—La voluntad no hace más que una elección muy sencilla y esa elección se hace al principio. Toda tu vida no es sino el poner en práctica la elección que define quién eres realmente.

—¿Cuál es esa elección?

—La elección entre el bien y el mal.

Paciencia dejó que Voluntad percibiera su decepción.

—¿Después de tanto hablar llegamos a eso?

—No estoy hablando de la elección entre matar gente y no matarla o entre el robar y el no robar. A veces matar a una persona es un acto maligno. A veces matar a una persona es algo bueno. Eso ya lo sabes.

—Por esa razón hace mucho tiempo que decidí no preocuparme por el bien y por el mal. —No. Decidiste no preocuparte por lo legal y lo ilegal.

—Decidí que ni el bien ni el mal absolutos existían. Tú acabas de decir lo mismo.

—No, no lo he dicho —replicó Voluntad.

—Has dicho que a veces matar es bueno y a veces es malo.

—De acuerdo. El matar no es ningún absoluto. Pero ahora, cuando acudas al Unwurm, ¿qué tiene de malo hacer lo que él quiere? ¿Qué hay de malo en que lleves dentro de ti a sus hijos?

—Que no deseo hacerlo.

—¿Por qué? Sabes que te dará placer. Y tus hijos..., serán humanos, perfectamente humanos, sólo que más fuertes e inteligentes, más astutos y rápidos, y sin duda poseerán una perfecta conexión entre sus mentes y todos ellos serán como el Unwurm combinado con los mejores rasgos de los humanos. Serás la madre de la raza suprema, los seres inteligentes más soberbios que nunca hayan sido creados, el siguiente paso en la evolución humana. ¿Por qué no lo deseas?

—No lo sé —dijo ella.

—Si no lo sabes entonces, en el momento crucial, cuando estés con él y él sea lo único que deseas, seguirás sin saberlo. Seguirás negándote, pero quizá no lo hagas con todas tus fuerzas. Y te prometo que necesitarás todas tus fuerzas para resistirle.

—Ven conmigo —dijo ella—. Mátale, hazlo por mí.

—Si puedo iré contigo. Y le mataré, si puedo. Pero creo que no seré capaz de hacerlo. Creo que sólo existe una persona capaz de acercarse a él lo bastante como para hacerle daño y detenerle.

—Entonces, dímelo. ¿Qué necesito saber?

—Es sencillo. Nada existe salvo en relación a otra cosa. Un átomo no es un átomo. No existe, salvo en relación a los demás átomos. Si jamás respondiera a otras cosas, no existiría. Toda la existencia de las cosas es igual..., fragmentos totalmente aislados que sólo cobran existencia en su interacción con otros fragmentos. Lo mismo ocurre con los seres humanos. No existimos salvo en relación con los demás

acontecimientos del mundo. Todo lo que hacemos y todo lo que somos depende de nuestras respuestas a los demás acontecimientos y a las respuestas que éstos emiten ante nosotros.

—Eso ya lo sabía.

—No lo sabías. Es tan obvio que nadie lo sabe. Si nada de lo que hicieras causara cambios en el mundo exterior y nada de lo que hay en el mundo exterior causara cambios en ti, entonces no sabrías que existe un mundo exterior y no sabrías que tú existes y, por lo tanto, no tendría ningún significado hablar de tu existencia. Por lo tanto tu existencia y la existencia de todos nosotros depende de que cada fragmento y cada persona del universo se comporte siguiendo cierta serie de patrones fijados de antemano. El sistema. El orden en el cual todo existe. Las leyes que atan a los átomos y las moléculas son muy firmes. No tienen libertad para variar, porque apenas varían dejan de existir. Pero la vida..., ah, allí es donde empieza la libertad.

Y nosotros, los que nos tenemos por seres inteligentes, somos los más libres. Creamos nuestros propios modelos y los cambiamos como nos viene en gana. Construimos sistemas y órdenes y luego los derribamos. Pero te darás cuenta de que ninguna de nuestras elecciones tiene el más mínimo efecto sobre el comportamiento de los átomos y las partículas. Al igual que nosotros no tenemos ni idea de lo que está haciendo una molécula determinada, ellas no tienen ni idea de lo que hacemos nosotros. No podemos hacer ni el más mínimo cambio en su orden. Podemos utilizarlo, pero no podemos romper su sistema y hacer que se desvanezcan de la existencia con un pestañeo.

—Supongo que eso es cierto. Podemos quemar la madera pero los átomos que se ven arrancados de ciertas moléculas vuelven a combinarse con otras, y el sistema se sostiene.

—Exactamente. Por ello, a la mayor parte del universo no podemos hacerle ningún bien o ningún mal. Sólo podemos hacérselo a otras criaturas vivientes y, básicamente, a los demás seres humanos. Porque los sistemas de los humanos son nuestros y podemos controlarlos. Son tan reales como el mismísimo universo y ellos son los que nos dan la existencia..., pero podemos manipularlos. Podemos cambiar los sistemas que crean los términos de nuestra vida. Y los cambiamos, siguiendo para ello algo tan sencillo como es la elección de nuestra voluntad.

—¿Y cuál es?

—Surge de lo que la voluntad desea. Y el deseo de la voluntad es sencillo. Crecer.

—Yo no quiero crecer.

—Paciencia, cada criatura viviente tiene ese mismo deseo. Cuando Ángel habló de la gente que posee cosas hizo hincapié en ello, aunque fuera en esa forma suya tan infantil. Ésa es la forma más patética que tiene la gente para crecer. Así hace Sken, convirtiendo este bote en parte de sí misma..., eso la hace más grande. El comer también la hace más grande.

Paciencia sonrió.

—Lo que estás diciendo es ridículo.

—No lo es. También los reyes se hacen más grandes porque su reino es parte de ellos mismos. Los padres se hacen más grandes a través de sus hijos. Pero hay unas cuantas personas que tienen un apetito tan poderoso que no puede satisfacerse a no ser que su yo incluya todo cuanto vive.

—La Casa del Rey es todo el mundo —murmuró.

—¿Qué has dicho?

—Algo que mi padre me enseñó.

—Oh.

—Entonces, ¿el deseo de ser mayor es bueno o malo?

—Ninguna de las dos cosas. Todo consiste en qué forma de crecer escojas. El sistema vive del sacrificio. No podría existir ningún orden dentro del cual todos recibieran continuamente cuanto desearan. El sistema que nos da nuestra existencia depende de que la gente haga sacrificios. Yo renuncio a una cosa que deseo para que otros puedan recibir algo de lo que ellos desean. A su vez, ellos ceden algo que quieren para que yo pueda tener algo de lo que quiero. Cada sociedad humana depende de ese sencillo principio.

Como siempre la mente de Paciencia estaba ya lanzada a toda velocidad hacia delante, intentando resolver el problema antes de que se lo debieran explicar.

—Entonces, afirmas que la gente buena lo sacrifica todo y la gente mala no sacrifica nada.

—En absoluto. Estoy diciendo que la gente buena sacrifica cuanto sea necesario para mantener el orden que permite existir a todos los demás, incluso si deben llegar a sacrificar su propia vida, en tanto que la gente mala manipula y obliga al sacrificio de quien sea para así satisfacer por completo sus apetitos. ¿Ves la diferencia?

—Esto es teología. Kristos era bueno porque sacrificó su vida.

—Paciencia, no digas tonterías o, al menos, no me las digas a mí. Todo el mundo acaba muriendo y algunas causas estúpidas han tenido sus mártires. El Kristos es el Kristos porque creemos que se sacrificó a sí mismo por el mundo entero, por el más amplio de todos los órdenes. No habría muerto por nada inferior a eso, porque su yo había crecido hasta el punto de incluir a todos los sistemas de la humanidad y actuó para protegerlos a todos.

—Ahora me doy cuenta de cómo llegaste a ser un hereje.

—Por supuesto. Esos estúpidos convencidos de que su Kristos vendrá a unir en perfecta paz a los humanos, sin incluir a los millones de geblings, gaunts y huelfos..., eso no serviría de nada, porque el Kristos estaría imponiendo el sacrificio de media población de este mundo para su propio servicio. Por lo tanto, sí el Kristos va a ser el Kristos, debe estar dispuesto a sacrificar cualquier cosa para mantener el orden que nos da la vida a todos.

—No soy el Kristos. No creo en nada de todo esto.

Voluntad pareció entristecerse.

—Oh, crees mi historia —dijo—. Pero no lo sabrás hasta que todo haya pasado, cuando vuelvas la vista atrás. Si es que alguno de los dos sigue vivo entonces.

—Es una bonita filosofía —dijo Paciencia—. Tiene sentido interno. Habrías hecho una buena carrera en la Escuela.

Voluntad no hizo ningún caso a su insulto.

—Cuando te enfrentes a él lo recordarás, Paciencia. Una minúscula parte de tu memoria se aferrará a lo que te he contado y recordarás quién eres y quién es él y dudarás de tus propios deseos y creerás mi historia. Le destruirás, aunque en ese instante le ames más que al mundo entero. Le destruirás, pues sabes que es maligno.

—Si puedo destruirlo, lo haré para salvarme, nada más.

—Tu yo es el mundo y todos los mundos. ¿Cuánto pasará antes de que sus hijos construyan naves espaciales después de haber sustituido toda la vida inteligente de este mundo y partan para conquistar todos los demás planetas que la humanidad ha visitado en su existencia? Hubo una vez un filósofo que dijo que jamás podrían darse guerras entre los planetas de estrellas distintas, porque no habría nada que ganar. Pero ese hombre era un estúpido. Se puede ganar la grandeza, el que tu yo aumente, que cada mundo se llene con tus hijos. Es el impulso más poderoso de toda forma vital. Los asuntos de política o de provechos materiales resultan triviales comparados con todo eso.

—Cuando me enfrente al Unwyrn —dijo Paciencia—, no será ningún gran dilema del bien contra el mal. Seré yo, mi cuerpo y mi ingenio, tal y como son, contra los suyos. Nada más.

—Su casa contra la Casa del Rey. El premio es el mundo.

—No quiero el mundo.

—Por eso lo conseguirás.

Paciencia lanzó una risa de pura frustración.

—Voluntad, ¿qué puedo hacer contigo? A tus ojos resulto mucho más grande de lo que soy en realidad. Jamás podré ser lo que tú imaginas que soy.

Voluntad meneó la cabeza.

—Imagino que eres una chica de quince años que a veces está asustada pero que siempre es valiente. Imagino que no eres consciente de tu propia belleza, lo cual te hace ser infinitamente hermosa y que tampoco eres consciente de tu poder, lo cual te hace peligrosamente fuerte. He tenido muchos amos en mi vida, pero tú eres la única a la cual podría seguir hasta la muerte.

—¿Ves? ¿Cómo puedo soportar todo eso? No puedo ser perfecta.

—Si yo puedo ser perfecto, tú puedes ser perfecta. —No dio señal alguna de percibir hasta qué punto sus palabras sonaban a fanfarronada.

—¿Eres perfecto? —le preguntó ella.

—Me hice serlo para poder servirte en cuanto aparecieras. Posees todas las artes necesarias al gobernante salvo una: la guerra. Llegué a ser perfecto en ese arte para así poder servirte en él. Mis amos eran todos generales pero serví igual a todos y cada

uno de ellos..., hice que triunfaran.

—¿Tú? ¿Un esclavo?

—Un esclavo en el cual se puede confiar. Todos acabaron descubriendo que cuando aceptaban mis consejos vencían. Me preparé a mí mismo de tal forma que me encontraras preparado cuando me necesitaras.

—¿Cómo sabías que llegaríamos a conocernos? Estabas en tu granja, con Reck y Ruina. ¿Qué posibilidades había de que llegara a encontrarte?

—En esto no ha intervenido el azar. Desde que descubrí la verdad del alma, la llamada de Cranning siempre estuvo conmigo, Dama Paciencia. Y, un día, íbamos por un camino que llevaba desde Fortaleza del Agua hasta la Guardia de Dans y, por un breve instante, cuando pasábamos ante una cabaña situada en el extremo norte de la aldea, la llamada se desvaneció. Y fue sustituida por una repulsión, un poderoso deseo de no ir hacia Cranning. Y en cuanto seguimos un poco más, la llamada de Cranning volvió a mí. Supe de inmediato que en esa casa había algo que...

—Reck y Ruina.

—No sabía que allí vivieran geblings y, desde luego, no sabía que ellos dos fueran el rey gebling. Pero sabía que el Unwurm temía a lo que se encontraba en esa cabaña, fuera lo que fuera, y si el Unwurm le tenía miedo entonces eso debía ser bueno para mí y tenía que convertirlo en mi aliado. Por eso me escapé y fui con Reck. Con ella y con Ruina la llamada de Cranning desapareció y me hallé en paz conmigo mismo. Pero no fui a ellos y no me quedé ahí por esa razón. Me quedé a esperarte.

—¿Cómo podías saber que yo acabaría llegando ahí?

—Por la misma razón que fui allí en primer lugar. Porque si no lo hacías, no se podría derrotar al Unwurm.

—Eso no es una razón.

—Sin embargo, es la razón.

—Eres demasiado místico para mí.

—No lo creo —dijo Voluntad—. Creo que soy exactamente lo bastante místico para ti.

—Me gustabas más cuando no abrías la boca —dijo ella.

—Lo sé —dijo él—. Ten paciencia conmigo. —Extendió su mano hacia ella y con la punta de los dedos le acarició la mejilla y el cabello. Sus dedos fueron viajando por su cuerpo, bajando por su cuello, su hombro, su pecho, su cintura. Finalmente, posó su mano sobre el muslo de Paciencia—. Cuando quieras hablar otra vez conmigo —dijo—, estaré dispuesto. Como un esclavo ante su ama. Como un súbdito ante su reina. Como un Vigilante ante el Kristos. Como un esposo ante su mujer.

Después de eso se inclinó hacia ella y le besó los labios. Una vez más el Unwurm la llenó de repugnancia ante su contacto pero esta vez Paciencia no le hizo caso, rechazando esa sensación y aceptando el doloroso regalo que él le hacía. Cuando el beso hubo terminado, Voluntad se puso en pie y fue a través de la cubierta hasta donde estaban esperándole sus botas.

—Ya es hora de que empiece a hacer ruido y despierte a los demás —dijo.

Era cierto. Por el este asomaba ya un poco de luz encima de los árboles; las estrellas estaban ocultándose. Y el gran muro de Pie del Cielo se alzaba hacia el norte, coronado por sus nieves perpetuas, donde el Unwyrm la estaba esperando, hambriento y anhelante. Voluntad me ha contado varias historias y creo en algunas de ellas pero ¿importará eso cuando llegue a ti, Unwyrm? Eres el único esposo que me han profetizado.

Y ni tan siquiera el Unwyrm podía impedir que deseara ser tocada nuevamente por la mano de Voluntad y que sus labios la invitaran. Después de todas las filosofías de Voluntad sospechaba que lo único que le había dado que pudiera servirle de ayuda cuando se enfrentara al Unwyrm era el sueño de tener un amante humano. No podía agarrarse a una imagen mística del bien y el mal. Pero sí podía hacerlo al recuerdo de cómo un hombre vivo la había tocado.

Se dio la vuelta para contemplar el río que habían dejado atrás, sólo para eso, para moverse, y entonces vio el rostro de Río. Tenía los ojos abiertos, mirándola. Su rostro estaba surcado de lágrimas.

—¿Te hemos despertado? —le preguntó, sintiéndose como una estúpida.

Sus labios le respondieron, en silencio: el río es toda la vida que necesito.

Pero Paciencia sabía que eso era mentira. Durante unos cuantos minutos de ese amanecer, ella y Voluntad le habían hecho acordarse de la vida.

HILOS



Uanto más se acercaban a Pie del Cielo mejor podían ver que no se trataba simplemente de un acantilado rocoso. La montaña era abrupta pero pese a todo formaba una ladera con ocasionales riscos abiertos en ella que estaban cubiertos de huertos o tierra cultivable. Grandes partes de la montaña habían sido convertidas en terrazas para las granjas y en ellas había edificaciones que se amontonaban formando aldeas y pueblos y vastas ciudades suspendidas en la faz de la montaña. Había caminos horizontales que subían por ella, con carros construidos en la montaña que iban y venían por ellos. Había también plataformas colgantes que continuamente subían y bajaban para llevar pasajeros y carga a pueblos que se encontraban a centenares de metros más arriba o más abajo. Toda la faz de la montaña era una colmena de actividad hasta donde podían divisar sus ojos.

Cuando llegaron por fin al lago de aguas límpidas y aparentemente carentes de fondo que se extendía ante la montaña igual que un gran delantal líquido de muchos kilómetros de ancho, las nubes colgaban sólo a unos cientos de metros por encima de ellos. Docenas de muelles saturados de actividad lanzaban sus embarcaderos hacia el agua. Río empezó a murmurar órdenes y Sken se encargó del timón en tanto que se iban abriendo camino habilidosamente por entre los botes y los malecones hasta encontrar un sitio vacío en el embarcadero que Río había escogido para ellos.

Para sorpresa de todos, Voluntad saltó del bote casi antes de que un hombre ya bastante mayor hubiera acabado de atar su cabo al embarcadero. Voluntad apartó al hombre de un codazo y luego ató nuevamente el cabo por sí mismo.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Ángel a Voluntad cuando éste, moviéndose con cautela, subió de nuevo al bote. El hombre estaba murmurando maldiciones a su espalda.

—Porque esto es Pueblo Libre y si desde el principio te dejas llevar por los chacales estás perdido.

—¿Qué sabes tú de eso? —le preguntó Ruina.

Voluntad le miró fijamente durante un instante y luego se volvió hacia Reck.

—He estado aquí antes —dijo.

Reck enarcó las cejas.

—En tiempos tuve un amo que me llevó aquí como guardaespaldas.

Paciencia se dio cuenta de que Voluntad hablaba con la misma falta de reservas que había percibido unos cuantos días antes, cuando estuvieron conversando en la oscuridad que precedía al amanecer, con la luna como única fuente de luz. De día era igual que entonces. No mentía. Era imposible no convencerse de que creía en sus

palabras. Y, sin embargo, durante todo su viaje no le había dado ni a ella ni a nadie la más leve indicación de que hubiera estado antes en Cranning.

—¿Has estado en Cranning? —le preguntó Ruina.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —le preguntó Ángel.

Voluntad estuvo pensando durante unos momentos antes de responder.

—No sabía que pensabais atracar aquí mismo. Este lugar es la única parte de Cranning que he visitado. —Sonrió—. Mi amo pensaba que algunas de las casas que se encuentran en la parte alta de Pueblo Libre albergaban a prostitutas que ejercían su oficio en secreto. Mujeres capaces de hacer cosas que nadie había imaginado antes...

—¿Estaba en lo cierto? —le preguntó Sken.

—No tenía mucha imaginación —dijo Voluntad—, por lo cual era fácil de contentar. —Le arrojó una moneda de poco valor al hombre del puerto, que seguía esperando en el embarcadero. El hombre la atrapó con un veloz gesto de su mano, parecido al retorcimiento de un reptil, y sonrió—. Ahora nos conseguirá a alguien con el dinero suficiente para comprar nuestro bote, en vez de fingir que está dispuesto a vigilárnoslo. Desde la popa del bote les llegó la voz de Río.

—Aquí se me conoce —dijo—. Darán un buen precio por mí.

—Lo creo —dijo Paciencia—. Pero no te importará mucho que seamos nosotros los que cobremos ese precio o que lo cobren los compinches de ese viejo.

—No puedo gastarme ese dinero —admitió Río sin ningún tipo de reticencia—. ¿Qué es el dinero para mí? Pero cuando me roban me mandan de regreso por el río mucho más deprisa.

Sken estaba furiosa.

—Debería hacer pedazos tu recipiente.

—Si aún tuviera mi cuerpo —le replicó Río—, te enseñaría lo que una mujer debe hacerle a un hombre.

—Nunca has sido hombre suficiente para mí.

—Y tú nunca fuiste lo suficiente mujer como para saber cuándo tenías delante a un hombre de verdad.

Siguieron discutiendo y los demás no les hicieron caso. En unos instantes toda la jerarquía de autoridades del bote había cambiado bruscamente. Sken y Río, los autócratas del viaje, eran ahora un simple ruido de fondo. Los demás se limitaron a transferirle a Voluntad la confianza que habían colocado en Sken. La tiranía del conocimiento.

A Voluntad el mando no le ponía tan nervioso como a Sken. Paciencia le estuvo observando en tanto que asumía diestramente la jefatura de la expedición. Durante todos esos días y semanas de viaje nunca había afirmado su propia posición salvo durante ese amanecer pasado con ella, cuando nadie más podía verles. Pero ahora estaba tomando la autoridad de forma tranquila y natural, sin ningún tipo de problemas. No le hacía falta dar órdenes ni levantar la voz. Escuchaba las preguntas, las contestaba y tomaba decisiones de una forma tranquila que no admitía discusión

alguna. Paciencia había visto a muchos hombres acostumbrados al mando; la mayor parte de ellos exhibían su autoridad de forma desafiante, como si alguien acabara de acusarles de que no poseían poder alguno. Voluntad asumía la autoridad como si no la poseyera y por lo tanto los demás le obedecían sin resentimiento, sin darse cuenta de que se estaban sometiendo a él.

Si fuera mi esposo, ¿esperaría que le obedeciera? Paciencia se avergonzó casi al instante de haber pensado eso, pues él utilizaba su autoridad únicamente en beneficio del grupo y por eso tan contento estaba siguiendo órdenes como dándolas, pues tanto si era él quien daba la orden como si era otra persona quien mandaba, si la orden era buena debía ser obedecida. Y, por lo tanto, si fuera su esposo, si le ordenaba algo correcto y justo ella lo haría y no debía tener ninguna duda de que si era ella quien ordenaba lo correcto y lo justo, él obedecería sin ningún tipo de problemas.

—No puedes apartar tus ojos de él —le dijo Ángel en un murmullo.

Paciencia no sentía ningún deseo de explicarle sus razones para ello.

—No es el tonto callado por el que le habíamos tomado.

—No confíes en él —dijo Ángel—. Es un mentiroso.

A Paciencia le resultó imposible creer que Ángel hubiera dicho algo semejante.

—¿Cómo puedes verle y oír lo que dice y pensar que no cree en sus propias palabras?

—Todo lo que me dices con eso —le contestó Ángel—, es que es un mentiroso soberbio. Se apartó rápidamente de Ángel para ocultar lo humillada e irritada que estaba. Por supuesto, Ángel podía tener razón. No se le había ocurrido pensar eso y debía habersele ocurrido: la honestidad y la falta de disimulo de Voluntad podían ser perfectamente una ilusión, como lo era la forma de comportarse de ella misma. Después de todo, ¿acaso Paciencia no había pasado toda su vida aprendiendo cómo hablar de tal forma que la creyeran? ¿No podía haber hecho él lo mismo?

¿O acaso Ángel había sentido hasta qué punto estaba empezando ella a tomar a Voluntad como el centro de su vida? ¿Era posible que estuviera celoso de la influencia que ese hombre tenía sobre ella? Pero, no, Ángel jamás había actuado movido por los celos en toda su vida. Paciencia había confiado en Ángel siempre, desde sus primeros recuerdos. Si él dudaba de Voluntad, resultaría peligroso para ella no dudar también.

Y, con todo, era incapaz de ello. En esa noche Voluntad había logrado llegar hasta el mismo centro de la historia que Paciencia veía desarrollarse con ella de protagonista. No podía colocarle de nuevo en el telón de fondo. No importaba lo que Ángel pensara de él, las habilidades de Voluntad eran ciertamente auténticas, y ahora lo estaba demostrando. Y Paciencia le amaba, de eso estaba segura...

Pero la duda estaba ahí. Ahora Ángel se encontraba en el muelle, hablando con Voluntad, sin prestar atención alguna a Paciencia; pero sus palabras habían bastado para que en su mente naciera la duda. Ahora ya no confiaba en Voluntad por completo, como había hecho antes. Y por ello sentía resentimiento hacia Ángel,

aunque supiera que en realidad debería darle las gracias. No confíes en nadie, había dicho Padre. Y con Voluntad se había olvidado de eso. Pero qué estúpida había sido, semejante fanático religioso, un Vigilante, y ella había confiado por completo en él... Esperar y ver. Eso es lo que haría. Esperar y ver.

Voluntad vendió el bote prácticamente enseguida, y por un precio bajo. Río estaba incluido en el precio..., y maldijo a Voluntad por valorarle en tan poco. Voluntad se limitó a reír.

—Te he vendido aprisa para que puedas volver más pronto al río —dijo—. Pensé que eso era cuanto te importaba.

Río chasqueó la lengua y su mono le dio la vuelta al recipiente para encararlo corriente abajo, de tal forma que Río no pudiera ver ya a sus antiguos propietarios.

Cuando habló con Paciencia, Voluntad tuvo otra explicación para lo bajo del precio.

—Estaremos más seguros si creen que no nos importa el dinero. Nos tomarán por visitantes ricos que han venido a jugar. En Pueblo Libre no hay gobierno oficial ni ley escrita pero mientras piensen que hemos venido aquí a gastar dinero nuestras vidas están absolutamente seguras. Podríamos dejar caer una bolsa llena de acero en mitad de la calle, volver una semana después y encontrarla intacta.

—¿Tan honesta es aquí la gente? —preguntó Ángel.

—El robo se encuentra mucho más organizado que eso. Los grandes ladrones se aseguran de que los pequeños ladrones no interfieran en sus beneficios. ¿Crímenes callejeros? Límitate a ir por las calles principales y no te apartes de las escaleras y los sitios bien iluminados. Estaremos a salvo. Los ladrones nos estarán esperando dentro de las casas, en las mesas de juego y en los prostíbulos. Nadie se marcha de aquí conservando mucho más que el precio de su billete de vuelta a casa.

—¿Qué ocurrirá cuando descubran que sólo estamos de paso? —preguntó Paciencia—. ¿Qué pasará cuando se enteren de que no estamos aquí para perder una fortuna y marcharnos luego diciéndoles a los demás lo maravillosamente bien que nos lo hemos pasado?

Voluntad sonrió.

—Puede que dejemos algunos cadáveres a nuestra espalda cuando nos marchemos. Ángel me dijo que eras muy buena en eso. —Sus palabras y su expresión no permitían descubrir ninguna pista de que recordara su conversación. Así pues, era un mentiroso, alguien que ocultaba muchas cosas ya que o estaba ocultando ahora su amor por ella o lo había llevado entonces como una máscara. Fuera lo que fuera, Ángel tenía razón..., podía mentir.

Le dijeron adiós a Río, el cual no les hizo ningún caso, y luego salieron del embarcadero y tomaron habitaciones en un albergue que se encontraba tres niveles por encima del río. Paciencia y Ángel pasaron por ser una joven rica y su abuelo, con Voluntad como guardaespaldas, Sken como sirvienta y Reck y Ruina como mercaderes geblings que habían viajado con ellos como guías. La sorpresa fue Ruina.

Voluntad insistió en que representara a fondo su papel y cuando apareció en el muelle bañado, cepillado y excelentemente vestido, con su elegante hermana junto a él, Paciencia se dio cuenta de que su anterior desnudez y sus malos modales eran algo que había elegido libremente, no un fruto de la ignorancia. Juntos eran el rey de los geblings y podían desempeñar perfectamente ese papel si era necesario.

Durante todo el tiempo que hemos estado viajando juntos, pensó Paciencia, creí que yo era la única que iba disfrazada. Pero todos íbamos disfrazados y ahora volvemos a estarlo. Cuando lleguemos al Unwurm, si seguimos estando juntos, ¿desaparecerá el último disfraz y se sabrá la verdad sobre todos nosotros?

Si es que existe alguna verdad. Quizá somos lo que fingimos ser y adoptamos nuevas identidades con cada cambio de disfraz.

Sabía que ella, por lo menos, no tendría ningún disfraz cuando se enfrentara con el Unwurm. No habría ningún sitio donde esconderse y ninguna protección aparte de su ingenio y las fuerzas que pudiera conseguir en esos momentos. Esos pensamientos la hicieron sentirse desnuda, como si todo el mundo pudiera ver a través de su ropa distinguiendo el delgado y blanco cuerpo de la chica a la cual llamaba el Unwurm.

—Debes bajar a las mesas de juego —dijo Ángel.

—Tengo mejores cosas en que ocupar mi tiempo —dijo Paciencia. Estaba sentada ante la ventana, contemplando el muelle y los bosques situados más allá de él.

—¿Sentarte y darle vueltas a la cabeza? ¿Sentir cómo sus dedos se cierran sobre tu corazón?

—Si yo puedo bañarme cada día —dijo Sken con voz aguda desde la cama—, tú puedes ir abajo y jugar al kalika.

—Mira, Sken tiene razón. Estamos fingiendo ser gente que busca el placer y, por lo tanto, debemos buscar algún tipo de placer, tanto si nos gusta como si no.

—Encárgate de visitar a las prostitutas por mí, Ángel. Tendrás que hacer el doble de trabajo con ellas. —Pero se apartó de la ventana y fue hacia el espejo. Seguía teniendo el cabello corto y en él se veían las huellas dejadas por la operación. Con todo, la zona afeitada tenía ahora por lo menos sus dos centímetros de cabello—. Ángel —dijo—, corta el resto, ¿quieres? Déjalo igual de largo.

—No es el estilo de peinado que más te favorezca —dijo Ángel.

—Puede que en algún momento del trayecto necesite librarme de mi peluca. Anda, sé bueno. —Le dirigió una sonrisa juguetona, como si estuviera flirteando con él. Dado que era Ángel quien le había enseñado a sonreír de ese modo, sabía que se lo tomaría como una broma. Y, naturalmente, Ángel sonrió. Aunque con un poco de retraso. Estaba preocupado. Ahora les resultaba más difícil a todos fingir calma encontrándose en Cranning, con el cubil del Unwurm situado en algún lugar por encima de ellos.

Ángel cogió las tijeras de su baúl y empezó a cortar. Quedarse prácticamente sin cabello le daba a Paciencia un aire severo.

—¿Dónde se encuentra el túnel más cercano? —preguntó Paciencia.

—Reck dice que estaríamos locos si intentáramos probar con alguno de los túneles que hay por aquí. Haría falta el triple de tiempo y hay ladrones que viven en las cuevas más pequeñas.

—No he preguntado si deberíamos usar esos túneles, he preguntado dónde se encontraba la entrada más próxima.

Ángel suspiró.

—Probablemente haya una detrás de este edificio, en cualquier parte. Claro que en esta roca las casas están construidas casi encima unas de otras. ¿Quién puede saber cuál toca la montaña en el punto por donde acaba un túnel?

—Si pudiera entrar por un solo instante dentro de un túnel, sabría dónde está. Poseo el recuerdo gebling del laberinto. Entonces podría sentir hacia dónde tenemos que ir.

—¿Y qué va a impedirle que te haga acudir a él por los túneles? Dama Paciencia, a ti puede mantenerte perfectamente a salvo, pero nosotros no tendremos ninguna protección. Supongo que le dará igual hacernos morir en cualquier parte de los túneles y llevarte sana y salva hacia él..., sola.

—Ángel, si quiero entrar por un instante en un túnel no veo razón alguna por la cual no pueda hacerlo.

—¿Quieres hacer eso?

—Sí, creo que sí.

—¿Quieres hacerlo?

¿O acaso esa idea le llegaba del Unwurm? Paciencia se miró al espejo y frunció el ceño.

—¿Estás intentando hacerme dudar de todo? —le preguntó.

—Sólo quiero asegurarme de que obras de la mejor forma posible.

Paciencia se quedó callada. Todo el mundo parecía ansioso por darle consejos. Como si la apremiante presencia del Unwurm en su mente la hiciera incapaz de tomar decisiones por sí sola. ¿O acaso el resentimiento que notaba ahora venía del Unwurm en su esfuerzo por separarla de sus compañeros? Se preguntó si podía confiar en su propio juicio. Resultaría tan cómodo concentrarse en mantenerse lejos del Unwurm en tanto que Ángel la llevaba hacia lo alto de la montaña..., Ángel podía mantenerla a salvo. Quizá habría tenido que seguir sus consejos. Pensó en Voluntad, Reck y Ruina en la habitación de al lado y se preguntó si, después de todo, había resultado inteligente seguir el camino que cruzaba el bosque de Tinker. No eran más que otra complicación. Ángel era suficiente, con Sken para ayudarles allí donde hiciera falta la fuerza bruta. Reck y Ruina eran demasiado impredecibles..., ¿cuándo habían coincidido los intereses de los humanos y los geblings? Y Voluntad..., qué locura, su religión. Con Paciencia como deidad, una diosa del amor, un sacrificio; ese amanecer en el bote no había sido más que un sueño, una mentira. ¿Cómo podía subir por la montaña con todos esos desconocidos detrás de ella? ¿Quién podía saber lo que eran capaces de hacer?

Casi estuvo a punto de sugerir que se fueran ahora, sin decirle nada al rey gebling, limitándose a desaparecer entre la multitud. Tan pronto como estuviera lo bastante lejos de Reck y Ruina, el Unwyrm les apartaría nuevamente de Cranning; jamás podrían seguirla.

Pero pensar en eso la inquietaba. El huidizo recuerdo de unos labios sobre sus mejillas, unos dedos tocando su cuerpo. ¿Soy una simple adolescente para dejar que ese removerse insensato de mi sangre me mantenga cautiva aquí? Pero así era. Y había también algo más: el recuerdo de haber sido el rey gebling. También sentía la presión de aquello, la sensación de que ella misma era Cranning, de que todos los millones de geblings que allí vivían sus atareadas existencias eran su responsabilidad y que debía protegerles y darles órdenes. Recordaba claramente que en un tiempo gobernó ese lugar, cuando sólo lo habitaban unos cuantos millares de geblings. No podía dejar de lado esa responsabilidad o, al menos, no era fácil hacerlo. Por todo ello, guardó silencio.

Ángel dejó las tijeras.

—Preciosa —dijo.

—Pareces una prisionera recién salida de Infierno Alegre —dijo Sken.

—Gracias —dijo Paciencia—. Sí, yo también creo que me siento bien. —Se puso la peluca y se convirtió nuevamente en una mujer—. ¿A qué se juega en la casa?

—Bueno, en realidad esto es más bien una casa de espectáculos. —Ángel le alisó el cabello en la nuca—. Hay un teatro con una compañía de gaunts. Pero también tienen combates entre gusanos y reptadores y a veces las apuestas llegan a ser bastante intensas.

—Jamás he visto uno de esos animales —dijo ella.

—No son muy hermosos —dijo Sken.

—Tendríamos que hacer alguna apuesta o pensarán que no somos jugadores y entonces empezarán a dudar de si vale la pena tenernos aquí. —Ángel arrojó una pesada bolsa al aire y volvió a cogerla. Los ojos de Sken no se apartaron ni un instante de la bolsa.

—Aun así... Me parece mejor el espectáculo. ¿En qué consiste?

—No lo sé. En un sitio así, probablemente algo escatológico.

—Quizá podríamos buscar un espectáculo en algún otro lugar.

Ángel frunció el ceño.

—Si quieres ver teatro, hay sitios mejores que Pueblo Libre.

—Estoy aquí por negocios —dijo Paciencia—, así que no tengo mucho donde elegir.

Un golpe en la puerta. Voluntad asomó la cabeza por el hueco.

—Estaremos listos en cuanto lo estéis vosotros.

—Ya estamos listos —le respondió Ángel.

En la sala de los gusanos y los reptadores había bastante gente. Ángel les llevó primero a los recintos de los animales, para hacerse una impresión sobre los

competidores de la noche. Los reptadores estaban todos colgando de la parte delantera de sus jaulas de cristal, con los colores cambiando continuamente en hebras luminosas dentro de ellos, nuevos brazos y piernas creciendo en varias direcciones en tanto que otros se retraían. No tenían más de cinco centímetros de una punta a otra.

—Pensaba que serían mayores —dijo Paciencia.

—Lo serán durante la pelea —dijo Sken—. Les hacen pasar hambre para que no pesen mucho durante el transporte. De todas formas esos bichos son todos más o menos iguales. Lo que importa son los gusanos.

Los gusanos eran guardados en enjambres y podía haber incluso una docena por recipiente, derivando lentamente por el agua sin ningún rumbo fijo. Paciencia dejó de interesarse muy pronto en ellos y paseó la mirada por la sala de apuestas.

Resultaba extraño ver con qué facilidad se mezclaban aquí humanos y geblings. No había ningún sentimiento de separación, ni la más mínima alusión a que hubiera castas. Incluso había unos cuantos huelfos que no eran sirvientes, y gaunts que quizá no se dedicaran a la prostitución, aunque eso era difícil saberlo. Los gaunts no tendrían un papel demasiado lucido en un juego de azar..., harían demasiadas apuestas malas. Y, seguramente, los aquí presentes no tendrían tan poca deportividad como para robar a criaturas que no podían oponer resistencia alguna a ese robo.

Todo el mundo era hermoso y atractivo o, al menos, quería parecerlo. Docenas de mujeres corpulentas y hombres barrigudos llevaban trajes cortados para enfatizar ese signo de riqueza; abundaban las papadas y las mejillas colgantes. El brocado se desbordaba de los hombros cubiertos con gruesas almohadillas; el terciopelo fluía por caderas incontenibles. Pero los gaunts que había aquí y allá por entre la multitud convertían en ridículos todos los esfuerzos humanos por conseguir la belleza. El ideal humano era el tamaño y la fuerza para los hombres, la redondez y la fertilidad para las mujeres; buen ganado para la crianza, se solía decir, y eso resultaba una gran alabanza. Pero tanto los hombres como las mujeres andaban de forma pesada y hacían ruido, igual que si bajo sus ropas hubiera placas de bronce. Los gaunts, por otra parte, daban la impresión de avanzar deslizándose. No lo hacían de forma ostentosa, como podría ser el caso en un bailarín, aislando las piernas del tronco, de tal forma que la cabeza permaneciera en un plano horizontal estable e inmóvil, sino que más bien se movían como si la misma tierra estuviera ondulando, como si hubieran crecido en el suelo igual que los gráciles y resueltos pseudópodos de los reptadores encerrados en sus jaulas.

Cuando se mueven, sus cuerpos son la canción de la tierra.

Cuando hablan,

sus voces son la canción del aire.

Cuando aman, ¡ah!,

los placeres que dan son tan fuertes

como el latido del mar.

Así decía el «Himno a los gaunts», una elegía medio satírica medio enloquecida compuesta por un antiguo poeta demasiado excéntrico para que se recordara su nombre o se olvidara su poesía.

Y Padre había dicho: «Los humanos no echan de menos sus máquinas en Imakulata porque los gaunts son casi tan obedientes como ellas y son mucho más bellos».

Había un gaunt en particular, un joven boyok, tan rubio que su pelo casi era blanco y, aunque pequeño, demasiado alto para su peso. Paciencia se fijó en él cuando aparecía y desaparecía por entre la primera fila de la multitud que rodeaba a las apuestas actuales. Se movía de tal forma que algunas veces su mano, otras su hombro, rozaban con infinita suavidad la ingle de algún cliente de aspecto acomodado. ¿Un joven prostituto? No..., cuando había logrado atraer su atención, les entregaba una delgada hoja de papel. Tenía que estar vendiendo algo, pero algo que se vendía mejor mediante una aproximación sexual al cliente.

Era inevitable: en su paso a través de la multitud, el joven gaunt acabó ejecutando su rutina de rozar-la-ingle con Ángel. Pero en ese instante Paciencia se dio cuenta de algo muy curioso. Ángel actuó exactamente igual que todos los demás: un instante de sobresalto, luego una expresión de agradable sorpresa ante la belleza del joven gaunt, una sonrisa al identificar el papel que se le tendía y una última expresión entre melancólica y decepcionada cuando el boyok se iba. Para Paciencia, aunque no fuera así para nadie más, esto le mostró claramente que Ángel no estaba sorprendido, pues si realmente lo hubiera estado durante unos cuantos segundos no habría demostrado emoción alguna hasta no encontrarse bien seguro de qué significaba ese encuentro. Luego quizá hubiera podido imitar la respuesta natural, pero nunca tan perfectamente. Resultaba obvio, pues, que se había fijado en el joven gaunt pero no deseaba que nadie lo supiera. Todo eso inquietó profundamente a Paciencia, porque ninguno de los presentes en la sala de juegos habría hecho el más mínimo caso de él salvo sus compañeros de viaje, incluyéndola a ella. Por alguna razón desconocida Ángel se había fijado en el boyok y, con todo, no deseaba que Paciencia se diera cuenta de ello.

Paciencia fue hacia Ángel, que estaba viendo cómo preparaban a un reptador para la siguiente competición y, en un murmullo, le dijo:

—¿Qué estaba vendiendo ese pequeño prostituto de los papeles?

Ángel se encogió de hombros.

—Lo he dejado caer, no sé dónde...

Paciencia vio el pedazo de papel en el suelo y lo cogió. Estaba escrito en jeroglíficos, no en símbolos alfabéticos, lo cual explicaba que el papel fuera una delgada tira vertical. Pero los jeroglíficos eran bastante sencillos y además iban reforzados con dibujos. «El Señor Hilos y Su Maravillosa Máquina Ambulante en la Nieve Que Se Derrite. Palcos privados. Sólo Por Invitación».

—No es más que un espectáculo sexual —dijo Ángel—. Nada que valga la pena ver.

—Has recorrido mucho mundo —dijo Paciencia—. Lo que resulta tedioso para ti quizá resulte interesante para mí.

—Sólo tienes quince años.

—Y un amante —dijo ella.

Ángel frunció el ceño.

—Espérame en el hielo —añadió ella. En su voz había la suficiente insistencia como para hacerle saber que hablaba en serio.

Ángel dejó de fruncir el ceño.

—Si quieres...

Y Paciencia supo que eso era lo que Ángel deseaba. ¿Acaso había tenido de antemano la intención de que ella percibiera su respuesta al gaunt? ¿O estaba planeando una maniobra más indirecta? Por alguna razón desconocida Ángel quería ir a la Nieve Que Se Derrite para ver el espectáculo preparado allí por el Señor Hilos fuera el que fuera éste. Como otras muchas veces en su vida, Paciencia no sabía qué pensar. ¿Qué había visto Ángel en ese pequeño gaunt para tomar la decisión de acudir ahí?

Ángel estaba haciendo apuestas sobre el desenlace de la siguiente pelea, apuestas grandes pero no lo bastante grandes como para atraer de forma indebida la atención. Había apostado al reptador por cinco centímetros. Resultaba bastante osado dar un margen tan amplio pero si ganaba la recompensa sería igualmente mayor. Paciencia nunca había visto jugar a su antiguo tutor, aunque sí se lo había visto hacer bastantes veces a Padre. En el caso de Padre jamás había logrado averiguar si realmente le gustaba jugar o si meramente lo fingía para propósitos diplomáticos.

El reptador fue precipitado a través de un decámetro de aire en el tanque de combate. El choque con el aire le hizo encogerse; una vez dentro del tanque su cuerpo empezó a expandirse inmediatamente a medida que iba absorbiendo las sustancias alimenticias del caldo de cultivo que le rodeaba. El reptador era rápido; en los tres segundos que pasaron antes de que liberaran a los gusanos había más que doblado su tamaño.

Al principio los gusanos se movieron de forma lenta y estúpida, nadando lánguidamente sin rumbo fijo de un lado a otro. Pero cuando el primero de ellos topó con el reptador todos se volvieron repentinamente veloces y decididos. Se agarraron a la superficie de la criatura y empezaron a abrirse paso por ella dando mordiscos.

Naturalmente, también el reptador había reparado en ellos y, siempre ecléctico, consideró que los gusanos eran un alimento tan bienvenido como cualquier otro. Las paredes del reptador se extendieron para rodear a los gusanos, encerrándolos en una gelatina semirrígida. Los gusanos empezaron inmediatamente a retorcerse y sus cuerpos adoptaron la forma de un sacacorchos al sentir la agonía de los fluidos digestivos del reptador devorándoles. Pero sus retorcimientos no carecían de objetivo. Avanzaban desde la parte exterior del reptador hacia dentro de éste, hacia la yema que incluía su primitiva inteligencia y todo su sistema reproductivo. Si llegaban hasta

ella, los gusanos depositarían sus propias moléculas genéticas en la yema y éstas controlarían el cuerpo del reptador y lo convertirían en una máquina de reproducir gusanos. Pero este reptador había crecido con demasiada rapidez y el azar había querido que su yema se encontrara bastante lejos del lado por donde habían penetrado los gusanos. Los gusanos habían muerto todos antes de que ninguno de ellos hubiera alcanzado la yema. Sin embargo, el gusano que había llegado más cerca se encontraba a cuatro centímetros de ésta.

Ángel no demostró ninguna reacción emocional ante lo ocurrido. Lo único que hizo fue alargar su mano en un afable gesto de abuelo y dijo:

—Vamos, pequeña dama. Mejor será que comamos algo antes de que lo pierda todo. —Algunos se rieron levemente, pues no era probable que nadie dijera algo semejante a no ser que no existiera ni la más remota probabilidad de quedar en la bancarrota.

Comieron en un sitio con paredes de cristal que daban al lago y al bosque por un lado, en tanto que el otro daba a un precioso jardín rocoso situado sobre el acantilado. La comida era tan buena como cualquiera de las que Paciencia había tomado en la Colina del Rey, aunque muchos de los frutos eran más pequeños y sorprendentemente dulzones, y la carne había sido sazonada con licores que no conocía.

Y luego, cuando la cena hubo terminado y ya estaba oscuro, Ángel averiguó sin la menor discreción dónde se encontraba la Nieve Que Se Derrite. El encargado de las mesas lanzó una prolongada y desaprobadora mirada hacia donde estaba Paciencia: al parecer, la Nieve Que Se Derrite no era un sitio al que la gente decente llevara a jovencitas de aspecto virginal, ni aun siendo buscadores de placeres en Pueblo Libre. Ángel no se dejó intimidar por ello.

—Realmente, ¿por qué vamos? —acabó preguntándole ella. Estaban siguiendo por unos caminos de madera que colgaban precariamente sobre los tejados y los jardines situados tres niveles más abajo. Los geblings iban detrás de ellos, no muy lejos pero sí lo suficiente como para no oírles. Voluntad y Sken eran demasiado corpulentos como para poder ir al lado de nadie; los dos iban cerrando la marcha.

—¿No te diste cuenta? —le preguntó Ángel—. Ese pequeño gaunt nos buscó, nos estaba buscando desde que entró en la sala de juegos. Apenas me dio el mensaje, se fue. —Entonces, ¿qué quiere decir todo eso?

—Paciencia, los gaunts carecen de voluntad. Sienten los deseos de la gente que está más cerca de ellos e intentan satisfacer el más fuerte de esos deseos. Como mensajeros resultan notoriamente indignos de que se confíe en ellos, dado que se les puede distraer muy fácilmente. Pero éste no vaciló ni un solo segundo.

—¿El Unwurm?

—Se me había ocurrido la idea de que quizá pudiera mantener a un gaunt concentrado en un solo propósito.

—Entonces, deberíamos rehuir ese sitio.

—Como he intentado decirte inútilmente varias veces, el Unwurm está intentando

hacernos llegar a su cubil y nosotros estamos intentando llegar hasta ahí. Nuestros propósitos sólo divergirán en cuanto hayamos llegado a él.

Como respuesta era increíblemente estúpida. El Unwurm quería a Paciencia allí, pero no quería a nadie más. Obviamente, por lo tanto, no era Paciencia quien corría peligro, sino todos los que la acompañaran, y si podía el Unwurm les eliminaría a todos para que ella llegara sin compañía alguna a su presencia.

No tuvo el tiempo suficiente para descubrir la razón de que Ángel hubiera dicho semejante tontería, sin embargo, pues ya habían llegado a la Nieve Que Se Derrite e, inmediatamente, Ángel empezó a ocuparse de que les prepararan una mesa. Paciencia supuso que él seguía creyéndola tan infantil que podía soltarle sin problemas una respuesta estúpida en tanto que mantenía ocultos sus propios razonamientos. Después de todo este tiempo, seguía subestimándola. ¿O no? Quizá la razón de sus actos era obvia y sólo la presión del Unwurm le impedía comprenderla. A Paciencia le resultaría imposible darse cuenta de si el Unwurm estaba afectando a su capacidad de pensar, pero Ángel sí se daría cuenta de ello y quizá ya había percibido que no podía confiar en sus juicios. Eso le hizo sentir miedo y notó en su interior la oleada de alegría emitida por el Unwurm.

El espectáculo estaba terminando cuando el encargado de los palcos les instaló en uno cuya parte frontal era una reja de hierro forjado que dominaba el escenario circular. El boyok de la sala de juegos estaba ahí, junto con dos tarks y un gaunt de talla fuera de lo normal y expresión triste con una larga y grasienta cabellera grisácea. Todos iban desnudos y eran de una belleza frágil y etérea, tal y como se supone que deben ser los gaunts. Pero en los últimos minutos de la danza Paciencia se dio cuenta de que esto no era simplemente un espectáculo sexual concebido para calentar los lechos situados en los palcos que rodeaban el escenario. A través de la danza se representaba una historia. El gaunt de expresión triste ni tan siquiera estaba excitado. Lo único que hacía era permanecer inmóvil, su alta silueta muy erguida, dejando colgar flácidamente la cabeza a un lado, con el cabello cayéndole descuidadamente a través del rostro, como si sus hombros estuvieran suspendidos del techo mediante unos alambres muy tensos pero no hubiera nada para soportar su cabeza. El boyok estaba intentando llegar hasta el gaunt de mayor edad; los tarks, tan jóvenes como él y casi con el mismo aspecto de adolescentes, intentaban retenerle tocándole y acariciándole de una forma que era al mismo tiempo amable provocación y violenta negativa. El boyok estaba excitado —los espectadores pagaban por eso, ¿no?—, pero no parecía interesado en lo que estaban haciendo los tarks. Finalmente, cuando la música llegó a su clímax, el boyok logró llegar hasta el viejo gaunt. Paciencia se tensó, esperando algún desagradable y tosco final pornográfico, pero en vez de ello el joven gaunt trepó por el gaunt de mayor edad como si éste fuera un árbol, se arrodilló sobre sus hombros —su equilibrio era precario y, con todo, logró no vacilar ni tan siquiera por un segundo—, y luego alzó la cabeza del viejo gaunt por el cabello hasta que ésta quedó erguida y tan alerta como el resto de su rígido cuerpo.

Silencio. El fin.

El público aplaudió pero no con gran entusiasmo. Obviamente, todos se habían dado cuenta de lo que Paciencia había visto: éste no era un espectáculo erótico sino, más bien, una danza de tema erótico. El clímax había sido estético, no orgásmico. Y, lógicamente, el público estaba decepcionado. Les habían engañado.

Pero Paciencia no tenía la sensación de haber sido engañada. En esos pocos instantes se había encendido dentro de ella un anhelo que desafiaba su autocontrol y que hizo aflorar lágrimas en sus ojos. No era el tipo de pasión que el Unwrym colocaba dentro de ella, no se trataba de un impulso insistente y forzado. Era, más bien, un melancólico anhelo de algo que nada tenía de físico. Desea desesperadamente tener de nuevo a su padre junto a ella; anhelaba el abrazo de su madre. Lo que la danza había despertado en su interior era el amor, el amor tal y como hablaban de él los Vigilante, la pura necesidad de que otra persona se regocijara con tu presencia. Y, casi sin pensarlo, se volvió para mirar a Voluntad, que se encontraba en pie junto a la puerta que había en la parte trasera del palco. Y en su rostro carente de toda doblez vio el reflejo perfecto del anhelo que sentía; y se alegró de ello, pues él también estaba mirándola, buscando en ella el mismo sentimiento.

Luego se volvió nuevamente hacia el escenario. Los aplausos habían cesado pero los cuatro gaunts seguían manteniendo su pose final. ¿Sería quizá que el espectáculo no había terminado, después de todo? La música se había apagado; sólo quedaba el silencio, con excepción de los murmullos y la respiración del público situado en sus palcos y en los asientos de la pista, más baratos. Durante unos largos segundos los gaunts permanecieron en su pose, perfecta e inmóvil. Luego, lentamente, el viejo gaunt empezó a doblarse sobre sí mismo. El boyok tiró de su cabello, como intentando sostenerle, pero el gaunt estaba ahora encorvando los hombros, como si el peso del boyok fuera excesivo para él.

Y, a medida que se iba doblando, giró sobre sí mismo de tal forma que cuando finalmente quedó tendido en el suelo, sostenido de forma precaria sobre sus codos, con el boyok encima de él, todavía cogiéndole por el cabello y levantándole la cabeza, el rostro del viejo gaunt se encontraba mirando directamente hacia el palco donde estaba Paciencia. Y, a decir verdad, sus ojos parecían estarla viendo a ella y sólo a ella, mirándola con una expresión de súplica. Sí, dijo Paciencia en silencio. Éste es el final perfecto para la danza. En silencio, caídos al suelo y, aun así, con el boyok todavía esforzándose, la cabeza todavía erguida, el rostro levantado aún hacia el cielo.

Entonces, como si su callada aprobación hubiera sido una señal, las lámparas se apagaron al unísono. La oscuridad duró tan sólo uno o dos segundos pero cuando las lámparas volvieron a encenderse, el escenario estaba vacío. Paciencia aplaudió y unos cuantos espectadores se unieron a ella; la mayoría habían dejado de interesarse en la función.

—Quiero verles —dijo Paciencia—. Aunque sean gaunts, ha sido muy hermoso.

—Iré a buscarles —dijo Voluntad.

—Yo iré —se ofreció Ángel.

—Entonces, dame el dinero —dijo Voluntad.

—No me lo robarán —aseguró Ángel.

—He estado aquí antes —dijo Voluntad—. Estás a salvo en las calles pero no en los pasadizos de una casa como ésta.

Ángel se quedó callado durante un instante crucial y luego le entregó dos bolsas a Voluntad. Paciencia sabía que, probablemente, se había quedado con la mayor parte del dinero pero aun así se trataba de un compromiso y carecía de objeto discutir por algo estúpido como eso.

Si el espectáculo hubiera sido un éxito las esperanzas de traer ni tan siquiera a uno solo de los gaunts a su palco habrían sido casi nulas, al menos no sin un serio esfuerzo para sobornar al encargado de los palcos. Pero, dado que había sido un fracaso, sólo se había reclamado a los dos tarks..., después de todo, un tark siempre era un tark. Tanto el viejo gaunt como el boyok de la sala de juegos vinieron con Ángel cuando éste volvió a su palco.

Otro espectáculo, más predecible, estaba empezando a desarrollarse en el escenario; Paciencia corrió la cortina para ahogar el sonido y no tener que verlo. Voluntad abrió la ventanilla de la vela para que todos pudieran verse bien unos a otros.

—¿Te ha gustado? —le preguntó el viejo gaunt.

—Mucho —dijo Paciencia.

—Sí, sí, tú eres la que he sentido. Tú eres la que necesitaba ver el auténtico final. Muchos quedaron decepcionados pero yo te sentí con más fuerza que a cualquier otro.

—¿Cómo termina normalmente? —preguntó Sken.

—Oh, con un público como éste, normalmente acabamos haciéndolo entre nosotros de tres formas distintas. Basura. Ningún sentido artístico. —Miró a Paciencia y le sonrió—. Éste ha sido el mejor final que haya tenido nunca el espectáculo. La caída, con mi cabeza todavía mirando hacia arriba..., ah, gracias, señora.

A Paciencia no se le había ocurrido pensar en ello, aunque tendría que haberlo comprendido. Los gaunts siempre respondían al deseo más fuerte. No era extraño que la hubieran complacido hasta tal punto. La intrusión del Unwyrn había hecho que sus pasiones se volvieran tan intensas que, por supuesto, resultaba la personalidad más dominante de todo el teatro.

Pero, aunque el impulso para ese final hubiera venido de ella, la ejecución había corrido a cargo de los gaunts.

—Erais tan bellos... —dijo.

—No querrás probar a Kristiano, ¿verdad? —dijo el viejo gaunt, señalando al boyok. Su sorpresa resultaba obvia.

—No —dijo ella.

—O a mí. Pero, señora, estás tan caliente como una perra en celo. Pude sentirlo antes de que entraras en el edificio.

—Eso no importa —dijo secamente Ángel. Paciencia percibió un levísimo movimiento por parte de Voluntad, también, como si hubiera estado preparado para detener esa conversación todavía más bruscamente que Ángel.

—¿Quién eres? —le preguntó Paciencia.

—Hilos —dijo él—. No soy realmente el Señor Hilos, claro. Jamás he oído de un gaunt que fuera un señor, ¿y tú? Soy... Hilos, nada más. Y éste es Kristiano, mi querido boyok, el mejor que haya tenido nunca.

—El artista más soberbio que hay desde el hielo hasta el Agua del Cran —dijo Kristiano. Era una frase de propaganda, por supuesto, pero el joven gaunt creía en ella.

—Viajamos —dijo Hilos—. ¿Adónde vais? Iremos con vosotros y os daremos una función cada noche. Tu necesidad es muy fuerte y puedes guiarnos hacia la belleza que anhelamos crear.

Reck y Ruina habían guardado silencio durante todo ese espectáculo para humanos. Era bien sabido que los geblings sentían desprecio ante la fascinación humana por el sexo. Sus propios emparejamientos eran dictados por la empatía, de tal forma que cada miembro de la pareja sabía cuándo y de qué forma quedaba satisfecho el otro. No anhelaban encontrar algún alivio a su aislamiento, como ocurría con los humanos, pues fuera cual fuera el consuelo que sentía uno de ellos, también era sentido por el otro.

Por lo tanto, no era sorprendente que Ruina se pronunciara inmediatamente en contra de la sugerencia.

—Ya tenemos compañeros suficientes para lo que pretendemos.

Ángel le corrigió con frialdad.

—Señor, tenemos compañeros más que suficientes.

Hilos torció inmediatamente el gesto, como si se encontrara mal.

—Por favor, la verdad es que no puedo soportar las discusiones.

—Ha sido un placer veros —dijo Paciencia—. Pero mi amigo gebling tiene razón. Estamos aquí para saborear los placeres de Pueblo Libre y luego debemos seguir nuestro camino. Hilos se rió.

Kristiano le tocó la rodilla a Paciencia.

—Dama, gran dama, Hilos no puede ser engañado, no por alguien cuya necesidad grita de forma tan clara.

—Sé adónde vais —dijo Hilos—, y conozco el camino.

—Vámonos —dijo Voluntad en voz baja—. Ahora.

Paciencia no sabía qué hacer. Resultaba obvio que este gaunt poseía una habilidad empática fuera de lo normal. Y, aun así, ¿cómo era posible que la empatía le hubiera indicado cuál era su destino? En eso no había palabras ni imágenes.

Como en respuesta a su pregunta, Hilos dejó que su cabeza cayera hacia atrás en un ángulo imposible, igual que si todos los músculos de su cuello se hubieran aflojado de golpe. Luego empezó a murmurar con voz átona, como si estuviera pronunciando un encantamiento.

—No soy tan viejo como para poder olvidar el sabor del anhelo, igual que un cuchillo en tu corazón. He saboreado el hambre, el anhelo de trepar por el hielo donde él espera, donde él espera, donde él espera. Y la dama a la que él llama es aquella a la que espera, te llama con más fuerza que a nadie antes pero bajo las capas de dolor que te envía siento algo que jamás había sido tan fuerte. Eres su enemiga. Eres su amante. Y yo soy tu guía para llegar a la estancia donde él espera para hacerte el amor.

Durante todo ese discurso Kristiano había empezado a moverse casi inconscientemente, como si las palabras fueran la letra de una canción y él la música visual de ésta. Incluso en los reducidos confines del palco la silueta y el movimiento del cuerpo del boyok resultaban exquisitos. Se orientó a sí mismo, quizá de forma instintiva, de tal forma que la luz de la vela jugaba sobre sus brazos y sus manos, perfilando su rostro y creando sombras que se convertían en parte de la danza.

¿Cómo es posible que alguien tan joven posea ya tal experiencia en la más difícil de las artes? Apenas se hubo hecho esa pregunta Paciencia vio la respuesta a ella: Kristiano estaba llevando a cabo la danza que Hilos le proporcionaba. Hilos..., y Kristianos era su títere. Pero eso querría decir que Kristiano estaba respondiendo a un gaunt como si el gaunt fuera un humano o un gebling dotado de una poderosa voluntad.

—¿Cómo es posible que un gaunt sepa inducir una danza en un joven gaunt? —preguntó. Hilos salió de su trance con una expresión confusa en el rostro.

—¿Danza? —Luego miró a Kristiano, como si no se hubiera dado cuenta de que el boyok estaba danzando—. Ahora no —dijo—. Y Kristiano se relajó inmediatamente, quedándose quieto.

—Mientras hablabas conmigo le has dado una danza —dijo ella—. ¿Cómo puedes hacerlo si no tienes voluntad?

Hilos estaba preparándose para contarle una mentira; Paciencia se dio cuenta de ello. Pero si realmente era el guía del Unwyrm para subir a la montaña, primero para los Sabios que habían venido antes que ella y ahora para la séptima hija de dos séptimas hijas, entonces tendría que arrancarle la verdad y, por alguna razón, Paciencia sabía que esa pregunta era lo que realmente importaba ahora.

Su rostro se retorció en una mueca.

—Dama, me torturas con tu deseo.

—Entonces, respóndeme y así podrás hallar la paz.

—Para los gaunts soy un monstruo —dijo él.

—¿Porque, después de todo, tienes voluntad?

—Porque deseo tenerla. Lo deseo. Les llevo a lo alto de la montaña..., desde que

he sido pequeño he encontrado a los hombres y las mujeres que llevaban el hambre dentro y les llevo a la montaña, hasta la puerta amarilla. Ahí es donde quieren ir, pero nunca bajan de la montaña. Y tú, la belleza que me has dado, ¿piensas que puedo perdonarte por ser capaz de dar tal cantidad de vida? La que da vida, como el agua que baja por la montaña brotando de su palacio, y yo te llevaré a lo alto de la montaña igual que a los otros y nunca bajarás de ella y, entonces, ¿qué haré? ¿Cómo podremos volver a danzar, habiendo encontrado ahora el público que puede darnos la vida?

Una vez más Kristiano había empezado a bailar mientras Hilos hablaba, dándole una extraña vida independiente a sus palabras.

—Soy viejo —dijo Hilos—. Este boyok es mi yo de niño. ¿Qué danza soy capaz de bailar ahora, aparte de quedarme inmóvil y darle sus movimientos a quienes me rodean? Hasta que tú llegaste, durante años enteros, no he hecho más que permanecer inmóvil en el centro de mi danza.

—Entonces, eres poderoso —dijo Paciencia—. Al menos, lo bastante como para controlar a los demás.

—No tengo voluntad, gran dama, pero tengo deseos tan fuertes como los tuyos, cálidos como hogueras, fríos como el dormitorio que te espera y, sí, perfectos, conozco las formas perfectas. Deseo de ellos la forma de la perfección y ellos me responden, me siguen. Deja que te siga, dama. —Y sus ojos le estaban suplicando.

Paciencia intentó comprender esa mirada de súplica. Todo lo que le había dicho era verdad. Pero había algo más. Tenía que saber incluso lo que él se reservaba. Dejó que el deseo creciera dentro de ella, haciendo retroceder al fondo de su mente su deseo hacia Voluntad, su temor a este sitio; por un instante incluso llegó a dominar su necesidad de llegar hasta donde la esperaba el Unwyrn.

El rostro de Hilos se contorsionó. Su aliento se había vuelto trabajoso y jadeante. Y entonces, repentinamente, ese rostro convertido en una máscara de agonía habló de nuevo.

—No subas a la montaña, dama, pues entonces él se apoderará de ti y estarás sola y allí no habrá nadie para ayudarte.

—No estoy sola —dijo ella.

—Lo estarás, lo estarás, con la excepción del mentiroso, de su muñeco, del hombre sabio que se fue y que volvió, el traidor que...

Mientras hablaba Paciencia pensó en el único hombre que había admitido ser un Sabio, haber estado en Cranning y haber vuelto. Le miró y los demás hicieron lo mismo. Voluntad, dispuesto a traicionarla en nombre del Unwyrn.

Y ella habría creído todo eso si no se hubiera vuelto hacia Hilos justo antes de que dejaran de brotar las palabras de su boca y su cuerpo se quedara flácido y se derrumbara en una silla, su aliento convertido en un tenue murmullo de agotamiento. Kristiano lanzó un jadeo e inmediatamente le buscó el pulso y, aliviado al descubrir que Hilos no había muerto, el boyok apretó contra su cuerpo al viejo gaunt.

Pero Paciencia lo había visto incluso en la penumbra del palco. Hilos no se había

derrumbado a causa del agotamiento. La mano de Ángel se había extendido hacia él y había tocado al gaunt en los lugares que Ángel le había enseñado podían hacer perder el conocimiento a un hombre. Justo cuando Hilos había dicho lo suficiente para acusar a Voluntad pero antes de que Hilos hubiera revelado cuanto tenía intención de contar, Ángel le había hecho callar. Le había hecho callar cuando todos estaban mirando a Voluntad ella era la única que podía haberse dado cuenta. Le había hecho callar antes de que Hilos pudiera llegar a pronunciar un nombre, señalar con un dedo o mirar a cualquiera de los presentes.

—Tú —dijo Ángel. Estaba mirando a Voluntad—. Se refería a ti. Has estado aquí antes. Y te he oído hablar con Paciencia la otra madrugada, en el bote, te he oído decirle que sentiste la llamada de Cranning, que eres uno de los Sabios. ¿Lo niegas?

Si no hubiera visto los dedos de Ángel en acción Paciencia habría creído en sus palabras. Pero sabía que el traidor era Ángel. Incluso ahora, acusando a Voluntad, le confirmaba la verdad. Cuando oyó la llamada de Cranning era joven. Fue a Cranning como habían ido todos los Sabios y no pudo resistir la llamada mejor que los otros. Pero el Unwurm necesitaba que se llevara a cabo una tarea, el que Paz engendrara una hija. Por eso Ángel volvió a bajar de la montaña, armado con el conocimiento de cómo reparar el daño que se le había hecho a Paz. Muy pronto la novia del Unwurm fue concebida y nació, y después de eso Ángel consagró su vida a educarla y prepararla. Y, finalmente, a traerla aquí. Durante todo ese tiempo había estado al servicio del Unwurm. Siempre. Y mi padre confió en él. Paciencia sintió deseos de hacerle pedazos con sus propias manos, de abrirse paso por entre la carne suave de su rostro y convertirlo en fragmentos. Jamás había sentido una rabia y una vergüenza iguales a las de ahora, al saber que todo su amor infantil le había sido entregado a un hombre cuyas demostraciones de afecto no eran sino una farsa. Es el porquerizo y yo soy su cerda, la única que tiene. Ahora me lleva a la matanza y yo, ciega a cuanto él es realmente, le amo.

Pero ahora no estoy ciega. Y porque era capaz de ocultar cualquier emoción, cuando era necesario, no dejó que ni una sola fracción de su rabia quedara al descubierto.

Ruina se estaba riendo ante la idea de que Voluntad fuera uno de los Sabios, pero Reck se había puesto alerta. Paciencia logró atraer su atención y durante un instante la miró sin pestañear, en tanto que Ángel continuaba su acusación en contra de Voluntad. ¿La comprendía? Actuaré, y debes vigilarme si quieres seguir conmigo cuando subamos a la montaña.

Y sus pensamientos continuaban corriendo a toda velocidad, sumando ahora todos los fragmentos, revisando todos sus recuerdos del pasado para encajarlos con la realidad actual. Ángel era el enemigo. Había intentando cuanto le fue posible para que no llegara a encontrarse con Reck y Ruina y ahora pretendía librarse de ellos antes de que Paciencia llegara al Unwurm. Era un asesino demasiado bueno como para que Paciencia pudiera creer que el rey gebling llegaría con vida a la cumbre de

la montaña si Ángel estaba con ellos y Voluntad no se encontraba ahí para protegerles. Por lo tanto, Ángel no estaría con ellos.

—Voluntad —dijo—. Después de lo ocurrido, podrás comprender que me es imposible seguir confiando en ti. —Tenía la esperanza de que también él pudiera leer en su firme mirada una súplica de que la comprendiera, de que siguiera su juego—. Pero no quiero que Ángel te mate.

—¡No matarle! —murmuró Ángel.

—Por eso pienso atarte y dejar aquí a Sken para que te vigile, y sobornaremos al encargado de los palcos para que durante esta noche nadie os moleste. No intentes seguirnos o yo misma te mataré.

Voluntad no dijo nada. ¿La había entendido?

—Esto es una locura —dijo Ángel—. Es un hombre peligroso, ¿y pretendes dejarle con vida?

—No nos hará ningún daño —dijo Reck. Pero parecía confusa, como si no estuviera segura de si debía creer que Voluntad era un traidor o aferrarse a lo que durante mucho tiempo había creído de ese hombre.

—Podemos discutir luego —dijo Paciencia—. Fuera de este palco. —Miró hacia la cortina, la única barrera que había entre ellos y el público—. ¿O queremos formar parte del espectáculo?

Paciencia hizo que Sken le atara con la cuerda que había llevado alrededor de su cintura. Era larga, y lo bastante fuerte como para aguantar. Paciencia se colocó cuidadosamente durante todo ese tiempo entre Ángel y Voluntad, temiendo que Ángel le clavara un cuchillo o le envenenara, disculpándose luego por haber hecho lo que creía más adecuado. Paciencia todavía no estaba muy segura de cómo resolver esta crisis sin derramamiento de sangre. Pero sabía que podía confiar en Voluntad y le quería con vida. Voluntad no apartó ni un solo instante su mirada del rostro de Paciencia y tampoco negó ni una sola de las acusaciones. Paciencia tenía la esperanza de que eso quisiera decir que también él confiaba en ella.

Ahora cada palabra y cada movimiento de Ángel la llenaban de ira y temor. ¿No le había tenido siempre por un maestro de asesinos? Todo lo que sabía sobre el ataque y la defensa lo había aprendido de él; había llegado a confiar en esas habilidades, había creído que podía vencer a cualquiera, pero ahora se preguntaba qué le había ocultado Ángel. Podía intentar esto o aquello pero era él quien se lo había enseñado..., un dardo en la garganta, un gesto con una aguja, un pase con el lazo, él conocía cada uno de los trucos que ella podía hacer en tanto que ella era incapaz de adivinar lo que él podía no haberle enseñado.

¿Se había dado cuenta de que se interponía entre él y Voluntad? ¿Se había dado cuenta de cómo había maniobrado para que él pudiera salir primero del palco, no dándole ninguna oportunidad para que la separara de los geblings? ¿Sabía que ya no confiaba en él? Tenía la esperanza de que estuviera demasiado preocupado para comprender por sus acciones que ella sabía la verdad sobre él. El mismo hecho de

que Paciencia le hubiera visto hacer callar al gaunt era prueba de que no se encontraba en su mejor forma. Eso le daba una oportunidad para derrotarle, para escapar.

Ángel les llevó hacia el pasillo. Sken se quedó en el umbral después de que los demás lo hubieran cruzado, mirándoles.

—Deberíamos llevarnos al gaunt —dijo Ángel en voz baja y suave—. Incluso si el Unwyrm le controla, conoce el camino.

—Ángel —dijo ella—, estoy tan asustada... Confiaba en Voluntad y durante todo este tiempo él no era sino una criatura del Unwyrm. —Le rodeó con sus brazos, aferrándose a él como había hecho cuando era pequeña. Pero antes de que sus dedos pudieran llegar hasta los sitios que debía tocar para dejarle inconsciente, sus dedos ya habían encontrado los de ella. Y entonces Paciencia supo que no había podido engañarle, que Ángel se había dado cuenta de que ya no confiaba en él. Por un fugaz instante se vio a sí misma derrumbándose inconsciente entre sus brazos. Les diría que se había desmayado; le creerían. Y sin ella para protegerles Reck y Ruina no durarían mucho. Todo había terminado.

Pero sus dedos no ejercieron presión alguna.

—Te quise —murmuró ella, dejando que toda la agonía de la traición sonara en su voz.

Y él seguía sin decidirse. Los dedos de Paciencia encontraron los sitios adecuados y ella no vaciló. Ángel se derrumbó instantáneamente.

—Vámonos —les dijo a los geblings.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Ruina.

—Ángel es el traidor.

Los demás la miraron por un instante, sin comprender.

—Le vi hacer callar al viejo gaunt antes de que pudiera decir algún nombre. Ángel es el hombre del Unwyrm.

—Entonces debemos soltar a Voluntad —dijo Reck.

Sken dio la vuelta para entrar en el palco y desatarle. Pero en ese mismo instante el encargado de los palcos apareció a un extremo del pasillo.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó. Podía ver el cuerpo de Ángel tendido en el suelo—. ¿Qué habéis hecho? ¡Un asesinato! ¡Un asesinato! —Y volvió corriendo por donde había venido.

—Qué estupidez —dijo Ruina—. Ni tan siquiera está muerto.

—Puede que sea una estupidez o puede que no, pero si hace venir a la policía y nos arrestan para interrogarnos, meterán a los humanos y a los geblings en celdas separadas, donde el Unwyrm podrá rechazaros con su voluntad en tanto que a mí estará llamándome —dijo Paciencia.

El encargado de los palcos seguía gritando y no tardaría en volver. Ya podían oír también al público, que empezaba a ponerse nervioso. Paciencia quería esperar a Voluntad y a Sken, pero no había tiempo. Ruina le tiró del brazo. Reck y Ruina la

llevaron rápidamente hacia el final del pasillo.

—¿Qué te hace pensar que esto es una salida? —preguntó Paciencia mientras corrían—. Da directamente a la cara de la montaña.

Había una escalera de caracol que llevaba a las habitaciones de los actores, donde los placeres de la representación solían continuar a lo largo de toda la noche, con improvisaciones y la participación del público. Dado que no había ningún otro sitio al que ir, subieron por la escalera. Paciencia, que iba entre los geblings, tropezó y cayó, golpeándose con los peldaños.

—El Unwurm sabe lo que he hecho —dijo—. Puedo sentirlo..., está intentando castigarme por haberme separado de Ángel. —Intentó seguir subiendo pero apenas si podía dar un paso. El Unwurm la estaba golpeando con fuerza; Paciencia era una tormenta de pasiones en conflicto; no podía pensar.

Con Ruina delante de ella y Reck detrás, la arrastraron tirando de ella por las escaleras. En el piso de arriba había hileras de camerinos con gaunts y humanos desnudos que estaban muy ocupados limpiándose después del último espectáculo o preparándose para el siguiente. Los geblings la sostuvieron por los brazos y la llevaron a lo largo del pasillo. Un paso. Otro paso. El movimiento le daba algo en que concentrarse. El impulso del Unwurm empezó a debilitarse..., no podía mantener una llamada tan poderosa durante mucho tiempo. Gradualmente fue recobrando el dominio de sí misma y empezó a caminar más deprisa, sin ayuda de los geblings.

—¿Hay ventanas en los camerinos que dan a la pared exterior? —preguntó.

—Éste —dijo Ruina.

Un joven gaunt desnudo se estaba maquillando la ingle con lentejuelas cuando entraron en el camerino para examinar la ventana.

—Ahí fuera hace frío —dijo el joven con voz apacible.

—Cierra la puerta, por favor —pidió Paciencia.

—Lo siento —dijo él—. No cierra.

—Bastante lejos —dijo Ruina, mirando por la ventana—. Y la pasarela no es demasiado ancha. Si damos un paso en falso el trayecto será todavía más largo.

Paciencia se asomó por la ventana.

—Un juego de niños —dijo.

Se descolgó por la ventana, sosteniéndose con las manos, y se dejó caer. Los geblings no tenían más opción que seguirla. Reck acabó tendida de bruces en la pasarela.

—Los geblings no descendemos totalmente de los monos —dijo—. No tenemos vuestros instintos para saltar de las ventanas.

Paciencia no se molestó en disculparse. La noche era muy oscura, con nubes a sólo unos metros por encima de ellos, y resultaba bastante difícil ver adónde iban, pero echaron a correr. De repente Paciencia se sintió muy cansada. El trayecto hasta lo alto de la montaña era muy largo. No había dormido desde la última noche en el bote; ¿por qué no podía volver sencillamente a su habitación y descansar? Quería

descansar. Pero apartó esa sensación con un esfuerzo de voluntad; sabía de dónde venía. El Unwurm no estaba dispuesto a que las cosas les resultaran fáciles. Mientras Ángel había estado con ellos el Unwurm no había puesto obstáculos en su camino. Pero ahora, si el Unwurm tenía la intención de no permitir que los geblings acompañaran a Paciencia hasta su cubil, tendría que utilizar otras personas para apartarlos de ella. O matarlos. Paciencia no tenía ningún deseo de enfrentarse sola con el Unwurm. Conocía su fuerza y necesitaba ayuda; si los geblings eran toda la ayuda que podía conseguir, desde luego que no deseaba perderles. No podía confiar en nadie más. Todo el mundo era enemigo suyo.

Se detuvieron en sus habitaciones de la posada el tiempo suficiente para que Reck cogiera su arco y Ruina su cuchillo, y para coger capas con que protegerse del invierno durante la ascensión. No había ninguna conspiración de humanos trabajando en su contra, sólo el Unwurm sintiendo a la gente que se encontraba más cerca de ellos y estimulándolos para que se pusieran contra el grupo de la Heptarca. Por lo tanto, el ir a sus habitaciones no representaba ningún peligro especial: el peligro consistiría en permanecer en ellas más de unos minutos. No se separaron. Los geblings se quedaron con ella en la habitación que había compartido con Ángel y Sken y ella, a su vez, les acompañó a la suya. Cuando estaban preparándose para partir, alguien llamó a la puerta.

—Probablemente sólo será el posadero —dijo Reck.

—Es la muerte —dijo Paciencia—. El Unwurm se ocupará de que durante nuestro camino hasta la cumbre de la montaña no encontremos nada aparte de la muerte.

Ruina abrió la ventana y Paciencia trepó por la abertura. Bajo la ventana había una caída de treinta metros. Era demasiado, incluso para ella. Pero siempre había sido buena en la escalada y se dio cuenta de que resultaría bastante sencillo llegar hasta el tejado.

—Confiad en vuestra mitad humana —dijo—. Para esto vais a necesitar toda vuestra herencia de monos.

De pie en el alféizar, alargó la mano hasta llegar al canalillo por donde se evacuaba el agua de lluvia y se izó hasta él. Reck la siguió. Ruina acababa de reunirse con ellas en el tejado cuando oyeron una especie de rugido. Por la ventana de la habitación que acababan de abandonar brotaron las llamas.

—Tendremos que hacerlo con rapidez, ¿no? —dijo Ruina.

—Arriba —dijo Paciencia.

Corrieron a lo largo del tejado hasta una escalera que conectaba con la pasarela del siguiente nivel. ¿Cuántos kilómetros había hasta el glaciar situado en la cumbre de Pie del Cielo? Paciencia no quería recordarlo. Se conformó con poner manos y pies en la escalera y trepar.

ÁNGEL



ken estuvo luchando con los nudos que ataban a Voluntad hasta que éste le dijo:

—¿No será mejor cortar la cuerda?

—Oh, ahora puede hablar. ¿Por qué no dijiste nada antes? —Empezó a cortar las cuerdas con el cuchillo no muy afilado que usaba para comer—. Cuando te estaba atando, ¿por qué ni una sola palabra acerca de que eras inocente?

—Porque alguien no era inocente, y no sabía quién.

La cuerda acabó cediendo.

—Era Ángel.

—Ya lo había adivinado.

Sus manos y sus pies quedaron libres en cuanto el nudo central quedó cortado. Voluntad se incorporó rápidamente: no llevaba atado el tiempo suficiente como para que su cuerpo se hubiera envarado. Había llegado a la puerta cuando el encargado de los palcos pasó corriendo ante él, enarbolando una porra y seguido por un grupo altamente irregular de soldados. Desde luego no eran la guardia oficial, sólo una multitud casual reunida para servir los propósitos del Unwurm. Los soldados auténticos no tardarían en ser llamados. Voluntad decidió no hacer ningún esfuerzo para seguirlos. Conocía a Paciencia y a los geblings lo bastante bien como para no temer todavía por su seguridad. Y tenía otro asunto del que ocuparse.

—Dama Sken, ¿queda suficiente de esa cuerda como para atar a este hombre antes de que despierte?

Sken salió al pasillo y se reunió con él ante el cuerpo inconsciente de Ángel.

—¿Le han dejado aquí?

—El Unwurm les estaba impulsando. No consiente que su gente se distraiga demasiado. Sken empujó el cuerpo de Ángel con el pie.

—¿Estás seguro de que no hay nadie en casa? Es un tipo lleno de recursos.

—Si te estás el tiempo suficiente empujándole de esa forma, ten por seguro que se despertará. No quiero que tenga las manos libres cuando eso ocurra.

Sken le ató. —Voluntad sabía por experiencia propia el admirable trabajo que podía hacer en ese terreno—, y juntos llevaron el cuerpo de Ángel nuevamente al palco. Sólo entonces se ocupó Voluntad de Kristiano e Hilos. El viejo gaunt estaba nuevamente despierto.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó Hilos.

—Ángel pensó que tu historia se estaba volviendo demasiado personal.

—¿Historia? Oh, sí, mi historia. Intenté mentir. Podía sentir cuánto deseaba Ángel

que mintiera.

—Pero, de todos modos, ¿dijiste la verdad?

—Lo hice. Ella deseaba la verdad con más fuerza que él la mentira. Era una sensación muy inquietante. Creo que me desmayé.

—Te ayudaron.

—Le conocía —dijo Hilos—. Les conocí a todos. Pero Ángel... era uno de los buenos, de los más brillantes. Cuando le llevé a lo alto de la montaña no había en sus deseos ni un solo rastro de maldad.

—Me resultaría francamente imposible imaginar lo que un gaunt considera como malo —dijo Sken.

—Pensamos igual que todo el mundo —dijo el gaunt—. Y, como ocurre con todo el mundo, nuestras acciones no guardan ninguna relación con lo que opinemos sobre el bien y el mal. No fui escogido como guía de los Sabios por accidente. Soy muy listo.

—Tu danza fue preciosa.

—Inteligente. Inteligente y nada más. Eso es lo mejor que un gaunt puede tener la esperanza de conseguir. ¿Verdad, Kristiano? —Revolvió con sus dedos la cabellera del hermoso joven gaunt que estaba junto a él—. Soy el ápice de las ambiciones gáunticas. Pero no me apeno por ello; somos la inocencia personificada. Jamás somos la causa de nuestros propios actos. Eso nos permite llegar a la vejez y madurar sin sentirnos turbados por la culpa.

Voluntad creyó detectar ironía en el tono utilizado por el viejo gaunt.

—¿Sabías hacia qué estabas llevándoles?

Él se encogió elocuentemente de hombros.

—Todos querían ir.

—Yo también quiero ir —dijo Voluntad—. ¿Me llevarás?

—Él no quiere que te lleve —dijo Hilos—. Y me está pidiendo ciertas cosas de forma muy apremiante. Jamás le he negado nada.

—En estos momentos no nos hace caso.

Hilos pareció pensar durante unos instantes.

—Tienes razón. Aunque eso no quiere decir nada. Me dejó en paz durante diez años. Y hace tres días vino nuevamente a mí. Jamás me he dado tanta prisa para nada. Estaba en el otro lado de Cranning actuando en un sitio bastante bueno, un palacio lleno de gente de alta cuna, gente con discernimiento artístico. Y me hizo dejarlo todo y venir aquí, a semejante local..., no me gusta trabajar en esta clase de sitios. La masa tiene gustos deplorables. ¿Por qué quieres que siga hablando?

—Me gusta el sonido de tu voz.

—No, de mí quieres algo más que eso. Quieres saber..., ah. Sí. Bien, ¿cómo puede nadie saber quién es realmente un gaunt? ¿Soy bueno o malo? ¿Puedes confiar en mí o no? ¿Puedes responder a su pregunta, Kristiano?

Kristiano sonrió. Su rostro poseía la pacífica dulzura de un santo. O de un idiota.

—¿Qué fuerza poseen tus pasiones, hombre? Tienes el tamaño y la fuerza de un caballo pero eso no es nada para mí. Lo que importa es la dimensión de tu lujuria, de tu glotonería y tu ambición. Puedes confiar en mí si tus deseos son fuertes y jamás vacilan. —En tu lista de los deseos, sólo has mencionado los que son malos.

—Según mi experiencia, son los que poseen vigor. Salvo en los fanáticos. Una vez me encontré con un Vigilante, cuando era niño. Me hizo azotarle hasta que sangró. Y un día le dominó tal fervor religioso que acabó muriendo a causa de él. Dame la lujuria de los pecadores antes que la austeridad de los hombres santos.

—¿Y qué hay de tus propios deseos? —le preguntó Voluntad—. Dijiste que tenías deseos.

—Oh, soy un hombre de pasiones, soy todo pasión, y no logro realizar ninguna de mis pasiones. He cometido actos vergonzosos. He llevado a mis hermanos hasta las fauces del wyrm. El Unwyrn no es bueno con sus sirvientes. No nos impide lamentar lo que hemos hecho.

—Hasta que el remordimiento es el primer sabor que notas en tu boca por la mañana y el último y doloroso ruido que hay en tus oídos por la noche.

Hilos y Voluntad se volvieron hacia Ángel, que había despertado.

—Sé qué es ser un gaunt —dijo Ángel—. El Unwyrn nos convierte a todos en gaunts.

—Cállate —dijo Sken—. Esa muchacha creía en ti.

Voluntad la miró y la expresión que había en su rostro hizo que se callara.

—Salvo tú —dijo Ángel—. Salvo Voluntad. Hilos, ¿puedes creerlo? Voluntad es uno de los Sabios, sólo que nunca fue hacia el Unwyrn. Ha llegado a estar una vez en Cranning y jamás fue hacia el Unwyrn.

Voluntad meneó la cabeza.

—Nunca sentí la llamada de Cranning cuando estuve aquí. Sólo la sentí después. Cuando aprendí lo bastante como para que valiera la pena llamarme.

—No puedo desatarte —dijo Hilos, como si lo lamentara—. Éste es mucho más fuerte. Ángel suspiró.

—Sí, es muy fuerte. Lo intenté, ya sabes. Durante todo el trayecto desde Cranning hasta la morada del Señor Paz intenté desobedecerle. Incluso intenté suicidarme. Y luego, muchas veces, quise advertir a Paz, hablarle de la serpiente que tenía en su propia casa. Pero, por encima de todo, estaba el deseo de permanecer junto a Paciencia, de protegerla, de llevarla sana y salva hasta él. Te habría matado si hubieras intentado acostarte con ella.

—¿Y ahora, cuando ya no te impulsa?

—¿Se ha ido realmente? No me sorprende sentirme tan vacío. Igual que una cabeza con una vejiga de aire vacía, sin nada que decir y sin aliento para hablar. Apenas si puedo recordar quién era antes. Pero ¿se ha ido? Sigo queriéndola.

—Eso es lo que tú dices.

Ángel sonrió.

—Soy un mentiroso excelente. No puedes creerme, especialmente cuando más creíble resulto. Mátame ahora. Es el único modo que tienes para estar seguro de que no te apuñalaré por la espalda.

—Hay otro modo —dijo Voluntad—. Puedo mantenerte siempre ante mí.

—Se ha ido, me ha dejado —dijo Ángel—. Y sigo amando a Paciencia, Tenía tanto miedo de que no fuera así, de que..., ella ha sido mi vida. Todo lo que me importaba. Es mi niña..., tan cierto como si fuera su padre o su madre, yo fui quien la hizo vivir. Yo. El Unwurm es incapaz de introducir conocimiento alguno en un cerebro humano..., tuve que aprender, con mi propia mente, para comprenderlo todo. Lo que no podía ser rectificado, según los Sabios que me precedieron, yo lo rectifiqué. Y si hubiera llegado a descubrir que ella nunca me había importado, que todo venía del Unwurm, entonces, ¿qué era mi vida, quién era yo? —Y, para sorpresa de Voluntad, Ángel se echó a llorar—. Y durante todo ese tiempo tuve la esperanza de que la odiaría, de que cuando él..., se apartara de mí, cuando finalmente dejara mi mente, descubriría que ella era aborrecible y que la odiaría y que merecía haber sido traicionada.

Y entonces los sollozos se hicieron tan fuertes que le dejaron sin habla.

Hilos meneó la cabeza en un gesto cargado de comprensión.

—Así son las cosas para nosotros. Sabemos lo que hacemos. Lo sabemos y no queremos hacerlo, pero no podemos escoger. A decir verdad, somos unas criaturas llenas de tristeza.

Sken le miró con sorpresa.

—Dijiste que no sentías ninguna culpabilidad.

Hilos suspiró.

—Cuando les digo eso a los demás se sienten mejor. Pero es mentira. Recordamos haber hecho todo cuanto hicimos. Incluso recordamos que deseábamos hacerlo. ¿Cómo podemos absolvernos a nosotros mismos de eso?

Kristiano empezó a pasar su mano suavemente sobre la frente de Hilos, sus amables dedos trazando un grácil baile sobre el rostro del viejo gaunt. Voluntad se preguntó qué sentiría uno cuando esos dedos le tocaran. Y entonces, casi antes de que se hubiera dado cuenta de lo que había pensado, Kristiano vino hacia él y le tocó, igual que había acariciado a Hilos. Voluntad se sintió avergonzado y Kristiano se apartó rápidamente para esconderse en un rincón, tapándose el rostro con las manos.

—Lo siento —dijo Voluntad.

—Oh, Kristiano es muy sensible. Y tú eres muy poderoso. —Hilos sonrió—. Cuando quieres algo, cuando decides algo..., bueno, queda decidido, ¿no?

Voluntad se encogió de hombros.

—¿Dónde está? —preguntó Ángel.

—Se ha ido. Con los geblings. Para enfrentarse a él.

—No puede hacerlo. No lo comprende..., es mucho más fuerte de cuanto jamás le haya dejado ver. Es más fuerte que los geblings, más fuerte que ella. Y habiendo tan

sólo tres no tendrá que dividir su atención, hará con ellos lo que desee...

—Cierto —dijo Voluntad—. Por eso Hilos nos llevará a mí y a Sken a lo alto de la montaña.

—Y a mí. Eres un Vigilante, ¿verdad? Entonces, por el amor de Dios, deja que redima mi culpa.

—Has entendido mal la doctrina. Es el Kristos quien te redimirá.

—¡No habrá ningún Kristos! ¡Sus hijos serán parodias monstruosas de los seres humanos!

—Lo comprendo —dijo él—. Pero jamás te dejaría subir a la montaña con nosotros. Hace un momento me pediste que te matara. Era una buena idea.

—No, no lo era —dijo Ángel—. Me necesitas.

—Ahora ni tan siquiera el Unwyrm te necesita.

—No puedes matarme. Cuando te hiciste Vigilante renunciaste a matar, ¿no?

—También hice voto de no permitir nunca que un incrédulo usara mis creencias contra mí. —¡Puedo ayudarte!

—Ángel, el Unwyrm conoce todos los caminos de tu cerebro. ¿Cuántos años hace ya de eso? Se ha arrastrado por cada uno de los pasadizos de tu cráneo y conoce puertas secretas que tú ni tan siquiera has descubierto.

—¿Eso crees? Tenía mis manos sobre su cabeza y su cuello, estaba preparado, podría haber hecho que se durmiera. Podría haber dicho que se había desmayado y podría haberme ido con ella y con los geblings, y les podría haber matado tan fácilmente a los dos, y entonces habríamos quedado en libertad de ir hacia él, Paciencia y yo..., y él quería que lo hiciera, me hizo desearlo. —Sonrió en un gesto de triunfo—. No lo hice. No lo hice. Aguanté, aguanté el tiempo suficiente para que ella pudiera hacerme dormir. No fue mucho tiempo, Voluntad, no fue una resistencia heroica como lo ha sido la tuya, no sucumbiendo nunca a él. No habrá ningún poema épico sobre ella. Pero el Unwyrm podría haber ganado, justo en ese instante, y yo le resistí el tiempo suficiente. —Su voz se convirtió en un susurro cargado de apremio, una súplica, una plegaria—. Voluntad, la quiero, e incluso si me matas, tendrás que recordar que yo la salvé, lo hice, yo la salvé...

—Es más fuerte de lo que parece —dijo Hilos.

—¿Qué sabes tú de eso? —dijo Voluntad—. Todo lo que puedes sentir es deseo. Y lo que a él le falta es lo mismo que te falta a ti..., una voluntad propia.

—Yo sé lo que sé —repuso Hilos—. Me dices que estoy equivocado, pero quieres que siga hablando. Porque quieres perdonarle. Sé que ése es tu deseo, porque yo quiero perdonarle.

—Lo que estás sintiendo es su deseo.

—No —dijo Hilos—. Él quiere que le mate. Y lo haría. Tengo algunos pequeños recursos propios.

—¿Qué te lo impide? —preguntó Ángel.

—Este hombre. —Hilos señaló a Voluntad—. Es un monstruo de compasión.

Siente piedad por ti.

—Es muy difícil dirigir una delicada sesión de tratos y compromisos contigo explicándole lo que realmente quiero —dijo Voluntad.

—Pero tú quieres que le diga la verdad. Voluntad, te prometo que apenas quieras realmente que me calle, me callaré.

Voluntad se rió.

—Durante años me he mantenido en silencio y nadie sabía nada de mí. Ahora mi conciencia ha encontrado una voz.

Ángel se removió, inquieto, probando la fuerza de sus ligaduras.

—No intentes soltarte —dijo Sken—. No te servirá de nada.

Ángel se irguió lentamente y extendió sus manos ante él. Estaba totalmente libre de sus ligaduras.

—Estúpidos —dijo—. Nunca existió la cuerda capaz de retenerme cuando yo no lo deseaba.

La mano de Sken fue hacia su cuchillo pero entonces se dio cuenta de que éste se encontraba en poder de Ángel.

—Juro que le até —protestó Sken—. Y mi cuchillo, ¿cómo...?

—Podría mataros a todos —dijo Ángel—. Pero ¿os dais cuenta? No lo hago. Porque no soy lo que era. Ahora no me gobierna. Quiero ir con vosotros, para tener una oportunidad de ayudarla. La amo más que cualquiera de vosotros y yo he sido quien más daño le ha hecho y debo ser quien más pague por ello. Y si nos enfrentamos a él todos juntos, si todos..., entonces no será capaz de apoderarse de mí. Con todos vosotros soy capaz de resistirle, y de luchar contra él...

—No serías capaz de responder de ti mismo ni durante un segundo —dijo Voluntad.

—Podría hacerlo. Soy más fuerte de lo que tú crees.

—Y yo también —dijo Voluntad.

Tal y como deseaba, Hilos se había movido lenta y silenciosamente hasta situarse detrás de Ángel. Y ahora, impulsado por el deseo silencioso de Voluntad, Hilos pasó un lazo por el cuello de Ángel y lo apretó.

—Suelta el cuchillo —dijo Voluntad.

Ángel dejó caer el cuchillo. Kristiano lo recogió. Hilos apartó su lazo del cuello de Ángel y éste se tocó un punto donde el lazo le había desgarrado la piel.

—Nadie había hecho eso —dijo Ángel—. Nadie me había pillado nunca por sorpresa.

—Soy un danzarín —dijo Hilos—. Soy muy bueno en eso.

—No pensaba hacerle daño a nadie. Sólo deseaba hacerte ver que podía haceros daño, pero que había elegido libremente no hacerlo.

—Y yo sólo quería demostrarte que no podías —dijo Voluntad.

—Estáis todos locos —dijo Sken—. Ojalá estuviera de nuevo en el río.

—Antes de que le mates —le dijo Hilos a Voluntad—, ¿me permitirás que le haga

una pregunta?

Voluntad asintió.

—Llevé a muchos hasta él pero ninguno de los otros ha vuelto. Dime..., ¿qué hizo con los otros? —Su rostro estaba lleno de anhelo y tensión y, de repente, un segundo después, dejó de estarlo. Miró a Voluntad, los ojos cargados de cansancio—. Voluntad, ¿es que ni incluso ahora puedes dejar en paz mis deseos? Has conseguido que no quiera conocer la respuesta a esa pregunta. Pero sé que quiero querer saber la respuesta. Tan pronto como apartes tu fuerza de mí, querré conocerla de nuevo y volverá a obsesionarme como hace siempre que no hay nada para distraerme. Te lo suplico, devuélveme el deseo de mi corazón y permíteme que quiera conocer esa respuesta.

Pero Voluntad pensaba que no sería bueno para Hilos conocer el destino de los humanos que había llevado hasta lo alto de la montaña. Si le consumía la culpa hasta llegar a un punto en el que apenas fuera capaz de coordinar sus actos, quizá no pudiera guiar a Voluntad hasta el cubil del Unwurm.

—Voluntad —murmuró Hilos—, si no dejas que le haga esta pregunta ahora, entonces no serás diferente del Unwurm, cambiando los deseos de la gente hasta convertirlos en lo que más conveniente te resulte.

Oírse comparar con el Unwurm tuvo un fuerte efecto sobre Voluntad. Hilos sonrió.

—Cuéntamelo, Ángel —dijo.

—Eres astuto —dijo Ángel—. También tú posees algunos trucos para manipular a los seres humanos.

—Debes saber que los gaunts tenemos voluntad. Es débil y no funciona demasiado bien. Acaba secándose igual que los restos de un pastel y se convierte en polvo cada vez que un humano o un gebling o incluso un huelfo, por muy repugnantes que nos resulten, desea algo de nosotros. Pero cuando estamos solos, no nos limitamos a quedarnos sentados mirando el vacío hasta que aparezca otro humano. Cuando estamos solos tenemos la fuerza suficiente como para pensar y hacer planes y, algunas veces, actuar. Mi pregunta, por favor, incluso si no quieres responder a ella.

Voluntad le hizo una seña con la cabeza.

—Yo también quiero conocer la respuesta.

—No es nada... doloroso —dijo Ángel—. Coloca en ellos..., en nosotros..., en mí. Puso dentro de mí una semilla, alguna especie de virus, creo, que hizo crecer un cristal dentro de mi cerebro. Eso es todo. A la mayor parte de ellos los tuvo allí durante un año o dos, para darle tiempo al cristal de que penetrara, de que acumulara recuerdos y sabiduría de cada parte de su cerebro. Luego él... lo extrajo.

—Entonces, les mató —murmuró Kristiano.

—No —dijo Ángel—. No, son humanos, no son de Imakulata. Pueden vivir sin la piedra mental. El cristal roba sus recuerdos pero les deja sombras. No mueren cuando

el cristal desaparece. Sencillamente... olvidan. Todo. Pero sigue estando ahí, las sombras siguen ahí, en sus cerebros y mientras vivan de vez en cuando tropezarán con parte de la vieja información, de forma totalmente casual. Puede que incluso encuentren algunos de los viejos senderos y que recuperen algo de su identidad. No lo sé. Pero no les mata. Deja que todos mueran de muerte natural.

—¿Prisioneros hasta que mueren? —preguntó Voluntad.

—No. No son realmente prisioneros. Le aman.

—Gracias —dijo Hilos—. Hice algo malo pero no tan malo como me temía.

—Nunca has hecho nada malo —murmuró Kristiano y acarició la mano de Hilos—. Buen corazón —susurró el boyok. El viejo gaunt sonrió y asintió en silencio.

—Tú eras distinto —dijo Voluntad, volviéndose hacia Ángel—. No cogió tu piedra mental. —Me necesitaba para que volviera al mundo. Para hacer que naciera Paciencia.

—¿Cuál era tu sabiduría? —le preguntó Voluntad—. ¿Qué estudiaste para hacer que te llamara?

—Estudí la nueva vida. El modo en que crecen los organismos jóvenes, desde las células genéticas en el cuerpo del padre hasta la maduración final de la criatura viviente. —No sólo organismos. Estudiaste a los seres humanos.

—Todo lo que se puede saber sobre el crecimiento de la criatura humana, feto, embrión, óvulo, esperma..., lo sé. Entonces lo sabía.

—No se llevó tu piedra mental..., pero tú se lo enseñaste.

Ángel meneó la cabeza.

—No.

—Sí —dijo Voluntad—. Si quería acumular información vital para destruir a la raza humana, necesitaba conocer lo que tú sabías.

—Oh, sí —dijo Ángel—. Pero no le enseñé. Le estudié. Examiné las células que había desarrollado dentro de sí mismo, listas para combinarse con los vigorosos nuevos genes humanos que Paciencia le traería. Quería estar seguro de que se encontraba preparado. Quería saber que su descendencia haría todo cuanto él deseaba de ella.

—¿Y qué quiere que hagan?

—Oh, no me refiero a sus carreras ni a nada de eso. Sólo les estudié para predecir cuáles serían sus modelos de crecimiento. Ha hecho maravillas. Su increíble molécula genética... puede alterarse a sí misma. Su propio cuerpo crea nuevas hormonas y esas hormonas pasan a sus gametos y hacen que cambien. Les falta el componente humano como rasgo activo. Pero de todos modos están ahí, aunque no hay ningún rasgo humano dominante. Fui capaz de estimular el crecimiento artificial y de obtener vida por donación usando solamente su esperma. Nunca llegó a vivir más de unos minutos. No hago milagros.

—¿Qué aprendiste?

—En esos pocos minutos hicieron lo que los cigotos humanos hacen en seis

meses. Por eso murieron. Les había preparado de tal forma que las células individuales se reproducían a un índice increíble. Mi solución alimenticia era demasiado pobre para ellos. La introduje en sus cuerpos; crecieron visiblemente delante de mis ojos y luego se marchitaron y murieron. Eso le asustó. Por un instante me hizo sentir el deseo de suicidarme.

—Entonces, ¿no es fértil? —preguntó Voluntad—. ¿Sus hijos morirán en el útero?

—No. Ahora no.

—¿Qué quieres decir?

—Le dije lo que necesitaban. Crecer más despacio, eso es lo que le dije en un principio pero él se negó. Quiere que sus hijos se hagan adultos en horas..., entonces podrán comer su piedra mental, ¿comprendes?, y sabrán cuanto él sabe y saldrán del lugar de los nacimientos sabiéndolo todo.

—¿Te hablaba?

—En sueños. Hizo que también yo lo deseara. Verles crecer tan aprisa, y vivir... Por eso le dije que sus descendientes necesitaban una yema. Una fuente de material y de energía tan rica que tendrían lo suficiente como para crecer a esa increíble velocidad. No puede tener tantas criaturas como antes, pero se harán adultas en una hora. Teme por ellas, sabe que no puede protegerlas. Por lo tanto, de su propio cuerpo producirá una yema muy densa y rica que introducirá junto con su esperma...

—En Dama Paciencia.

—¿Crees en Dios? Reza por ella, Vigilante.

—Así que habrá pocos hijos.

—Será mejor que nunca lleguen a ser concebidos —dijo Ángel—. De lo contrario bajarán de la montaña en una hora, capaces de comunicarse unos con otros como siempre hicieron los wyrms. No será el débil poder de los geblings. Los antiguos wyrms eran un solo yo. No importa cuántos cuerpos alumbre su compañera, el Unwurm tendrá un solo hijo. Y si conquistan el mundo, serán una sola entidad, conociendo todas las cosas que conoce cada uno de ellos. Si sobrevive alguno...

—Ninguno sobrevivirá —dijo Voluntad.

—Me ocuparé de eso —dijo Sken—. Me ocuparé de los pequeños monstruos.

—¿Monstruos? —dijo Ángel—. Sí, ocúpate de los monstruos.

—Hilos —inquirió Voluntad—, ¿en cuánto tiempo puedes hacernos subir por la montaña hasta el cubil del Unwurm?

—En las afueras de Pueblo Libre los Miserkorden tienen plataformas que recorren la mayor parte del trayecto. Si el Unwurm no intenta detenernos, podríamos estar ahí en doce horas o algo así. Si partimos de aquí cuando amanezca, podríamos estar allí hacia el anochecer.

—Puedes apostar a que ellos no lo tendrán tan fácil —dijo Voluntad—. Enfrentarse al Unwurm sin haber descansado no serviría de nada. Hilos, ¿hay por aquí algún sitio donde podamos dormir, sólo durante unas horas?

—Habéis pagado por este palco —dijo Hilos.

—Supongo que no seríamos los primeros en quedarnos toda la noche.

—Seríais los primeros que lo hicieran para dormir. —Hilos sonrió.

Kristiano se rió.

—Sken —dijo Voluntad—, yo haré dos horas de guardia. Luego te despertaré para las otras dos.

—Había esperado dormir algo más que eso —dijo ella.

—Es todo cuanto conseguiremos. Y tú, Ángel..., también te iría bien dormir. Quizá pienses que eres un asesino invencible, pero en mis tiempos fui soldado y tengo en mi haber, por lo menos, tantos cadáveres como tú.

—Ya te he dicho que ahora no está dentro de mí.

—Me he limitado a hacerte una advertencia, por si vuelve.

Voluntad sonrió.

—¿Quieres decir que no vas a matarle? —preguntó Sken.

—Eso es —dijo Voluntad.

—¿Y me llevarás contigo? —le preguntó Ángel.

—He conocido la llamada del Unwyrn —dijo Voluntad—, y no siento desprecio alguno por los que sucumben a ella. Dios tiene pensado algún buen propósito para cada alma que nace. Tienes el derecho a intentar redimirte. Pero te prometo que te mataré en un segundo si veo que el Unwyrn se ha apoderado nuevamente de ti.

—Lo sé —dijo Ángel—. Quiero que lo hagas.

—Es cierto —dijo Hilos.

—Cuatro horas —dijo Voluntad—. Cuando amanezca partiremos hacia la cumbre. No somos gran cosa como ejército pero con la ayuda de Dios resultaremos ser más de lo que el Unwyrn pueda manejar.

—¿Cómo sabes que Dios no desea que el Unwyrn gane? —le preguntó Ángel.

—Si gana, sabremos que eso era lo que Dios deseaba. —Voluntad sonrió—. La realidad es la más perfecta visión de la voluntad divina. Es descubrir la voluntad de Dios por adelantado lo que causa todos los problemas.

—El destino de la humanidad se encuentra en manos de un fanático —dijo Ángel—. Como de costumbre.

LA CASA DE LOS SABIOS



endrías que haber hecho un poco más de ejercicio en el bote —dijo Ruina. Paciencia apenas si podía hablar de tanto que jadeaba y Reck no se encontraba mucho mejor. Sólo Ruina no parecía estar cansado mientras iban corriendo por la angosta calle.

Pese a la mayor resistencia de Ruina, era Paciencia quien había escogido su ruta hasta el momento, metiéndose por entre los edificios, trepando sobre los tejados y subiendo por escaleras y armazones de madera. Reck y Ruina tenían muy poca experiencia con el paisaje urbano; no tenían ni el menor sentido de adonde podían llevar los callejones sin salida o de qué edificios podían servir como caminos no demasiado expuestos hacia el siguiente nivel. Paciencia, sin embargo, se había pasado años enteros trepando por encima, por debajo y a través de los muchos palacios y edificios públicos de la Colina del Rey, que en algunas áreas se encontraba tan densamente poblada y edificada como Cranning.

Los soldados estaban gritando detrás de ellos pero una curva en el camino que se ceñía a una protuberancia del acantilado les ocultó de su vista. Paciencia vio una puerta abierta que daba a un pequeño jardín situado en el lado del camino pegado a la roca. Examinó rápidamente la zona en busca de posibles rutas de huida. El jardín se encontraba bajo una casa de dos pisos que llevaba hasta un muro de piedra construido en la pared del acantilado para servir como protección. Sin duda, ese muro debía sostener un camino que llevaba hasta el siguiente nivel superior. Por debajo del muro asomaban unos dos metros de cañería para el desagüe; para evitar que los desperdicios de arriba ensuciaran el lugar, los constructores de este nivel lo habían unido a una gruesa acequia de cemento y ladrillos que llevaba las aguas fecales a un colector cilíndrico. Hasta ahora siempre habían encontrado ascensores y escaleras de madera o de piedra que unían los distintos niveles pero, al parecer, estas dos propiedades no se encontraban en buenas relaciones y por el momento lo mejor que habían visto era la conexión para el desagüe. A Paciencia le pareció un camino hacia la seguridad.

El problema era que durante el ascenso quedarían expuestos a todas las miradas, sin esperanza alguna de ocultarse. Pero si se escondían en el jardín quizá los soldados pasaran de largo. Eso les daría unos cuantos momentos antes de que el Unwyrm se diera cuenta de lo ocurrido y les guiara de nuevo hacia atrás. Aunque el Unwyrm era muy poderoso, no podía ver por los ojos de sus instrumentos y ni tan siquiera podía comprender sus pensamientos conscientes. Lo único que podía hacer era empujarles con brusquedad hacia donde quería, haciéndoles sentir el desesperado deseo de ir en

esa dirección. Eso le daba a Paciencia cierto tiempo y un poco de libertad para maniobrar y era la única razón por la cual Reck y Ruina todavía no habían muerto o habían sido separados de Paciencia.

Pensar en todo eso sólo requirió un instante; Paciencia hizo que los dos geblings la siguieran a través de la puerta del jardín. La puerta se encontraba un poco abierta, atascada por desperdicios y polvo indicadores de que el propietario nunca la movía. Paciencia la dejó tal y como estaba. Hizo que sus dos acompañantes se adentraran en el jardín hasta quedar ocultos detrás de unos barriles. Ella esperó cerca de la entrada, su lazo en la mano. Por la puerta sólo podía entrar una persona a la vez. Pero, con algo de suerte, nadie intentaría cruzarla.

Oyeron pasar corriendo a los soldados. Su capitán les estaba gritando órdenes. Luego se hizo el silencio, roto sólo por el sonido lejano de sus pisadas a medida que se iban alejando más y más.

Paciencia se dio la vuelta para dejar la puerta y volver con los geblings, pero Ruina le estaba haciendo señas frenéticamente: detrás tuyo, detrás tuyo. Giró en redondo con el tiempo justo de ver a un soldado que cruzaba el umbral blandiendo su espada. Arrojar el lazo hacia su cabeza y apretarlo de un tirón fue un acto reflejo para el que no le hizo falta pensamiento alguno. Por pura suerte el lazo cayó justo allí donde el cartílago unía dos vértebras de su cuello; la fuerza y la velocidad de su ataque fueron tan grandes que al lazo tan sólo le hizo falta un instante para cortar el cuello hasta la columna vertebral. La cabeza del hombre giró y salió volando de sus hombros; la fuerza combinada de su propio movimiento hacia delante y el tirón del lazo hicieron que la cabeza cayera hacia ella, dándole en la mandíbula y rodando luego por su pecho.

Ángel dijo que no podía hacer esto, pensó. Dijo que no podía cortar la cabeza de un hombre con un solo pase del lazo.

Y, al mismo tiempo, pensó: este traje quedará manchado de sangre para siempre.

El cuerpo del soldado seguía moviéndose hacia delante, sus brazos extendidos para frenar su caída. Un instante después las últimas instrucciones dadas por la cabeza al cuerpo se agotaron y éste se derrumbó.

Paciencia arrastró rápidamente el cuerpo hacia el otro lado de la puerta, donde no pudieran verlo desde el exterior. Luego volvió a poner la cabeza sobre el cuello, sosteniéndola en su sitio con piedras y un barrilito. Que no se dieran cuenta enseguida de que estaba muerto. Quizá fuera un gesto inútil pero Ángel le había enseñado a obrar así, dado que normalmente con esos gestos se conseguía ganar más tiempo del que se gastaba en ellos; y porque la persona que descubriera el cuerpo sería aquella cuyo acto hiciera separarse la cabeza del cuello, lo cual resultaría aún más horripilante..., y, por lo tanto, desmoralizador.

Ruina y Reck ya habían adivinado cuál sería el próximo movimiento y estaban trepando por el tejado de la casa. Tras haber trepado por docenas de edificios similares durante toda la mañana, habían logrado dominar la rutina básica. Se

quedaban detrás de las chimeneas y hacían cuanto les era posible para resultar invisibles desde la calle. Paciencia se reunió rápidamente con ellos: tenía más práctica en trepar que ninguno de los dos. En unos instantes más ya se encontraba de nuevo encabezando la marcha.

En el tejado había un chico de unos diez años, trabajando. Tenía un martillo que había estado utilizando para arreglar tejas. En ese instante, sin embargo, en sus ojos había un brillo asesino. El Unwurm se hallaba dentro de él y todo lo que deseaba era utilizar su martillo para detenerles. Paciencia sabía que ella podría pasar; los ojos del chico ya estaban mirando más allá de su cuerpo, contemplando con aborrecimiento a los geblings que estaban a su espalda.

—No quiero matarte —dijo Paciencia.

—Atrás —le dijo él a los geblings—. ¡Atrás, basura!

Detrás de ella, Reck puso una flecha en su arco.

—¡Es un niño! —gritó Paciencia—. ¡No puede evitarlo!

—Yo tampoco —dijo Reck.

Antes de que Reck pudiera disparar Paciencia le dio una patada al chico en el vientre, dejándole sin aliento. El chico se derrumbó contra la pétrea pared del acantilado que se encontraba a su espalda. No dejó caer el martillo, por lo que Paciencia debió repetir su patada y esta vez sintió cómo se rompían las costillas.

—¡Vive! —le gritó al chico—. ¡Vive y perdóname!

Después siguió corriendo, llevando a los geblings hacia la base del desagüe.

—Todo lo que el Unwurm necesita para derrotarte es mandar contra ti un ejército de niños —dijo Ruina—. Guarda tu compasión para un momento en el que no estemos luchando por sobrevivir.

—Cállate, Ruina —dijo Reck. Luego le dio un tirón a la cañería y ésta osciló—. ¿Se supone que debemos trepar por esto? Es tan frágil como un cacharro de arcilla. Se romperá.

—El soporte es de madera —dijo Paciencia—. Y en la pared de piedra hay algunos huecos. Es fácil. —Lo demostró empezando a trepar al lado de la cañería, utilizando tan sólo los resquicios que había entre los ladrillos y la argamasa. Reck y Ruina empezaron a subir detrás de ella.

Gritos más abajo; los soldados habían vuelto y ahora Paciencia y los geblings resultaban claramente visibles. No había posibilidad alguna de esconderse; eran tan fáciles de ver como cucarachas sobre una pared encalada, y no podían escabullirse por ella tan rápido como éstas. Paciencia sabía que la única escapatoria era trepar tan aprisa como fuera posible, llegando más arriba y siendo más difíciles de acertar antes de que los soldados se encontraran a una distancia que les permitiera disparar sus arcos.

—Quizá pueda acabar con algunos desde aquí —dijo Reck. La gebling se encontraba obviamente frustrada por no haber podido utilizar su arma durante todo el día.

—Si matas a cinco seguirá habiendo quince disparándonos —dijo Paciencia.

Llegó hasta el lugar donde la cañería sobresalía de la pared de piedra. Por desgracia aquí la pared era más nueva; no había sufrido las inclemencias del tiempo durante tantos años y no había resquicios a los cuales pudiera confiar su peso. Utilizando la última de las grietas que había bajo la cañería pudo situarse encima de ella. Se encontraba en un precario equilibrio y no le ayudaba en nada el que la cañería no estuviera firmemente sujeta y se moviera ligeramente. Con el rostro pegado a la piedra, alzó cautelosamente los brazos por encima de la cabeza.

Se le ocurrió que si realmente quería frustrar los planes del Unwurm lo único que debía hacer era echarse un poquito hacia atrás y todo habría terminado. Pero tan pronto como sintió ese deseo, la llenó un desesperado anhelo de sobrevivir. Sus dedos tocaron el final de la pared y encontraron un espacio de algunos centímetros. Las piedras eran firmes y Paciencia empezó a levantarse a pulso. Era más difícil que izarse a la rama de un árbol; no podía balancearse de adelante hacia atrás para darse un poco de impulso. Pero, lentamente, con un creciente dolor en sus brazos, fue capaz de ir subiendo hasta que la pared se encontró al nivel de su cintura; y luego pasó detrás de ésta, encontrándose a salvo.

A este lado el camino se encontraba medio metro por debajo del nivel de la pared, de tal modo que ésta formaba un sólido repecho que impedía a los carros caer por encima del borde. Apenas estuvo detrás de la pared empezaron a volar las flechas desde abajo. Por supuesto, el Unwurm no había permitido que nadie disparara cuando había una posibilidad de hacerle daño a ella. Pero ahora sólo los geblings colgaban de la pared, bastante arriba y difíciles de acertar pero, aun así, presentando un claro blanco. Tarde o temprano una flecha afortunada le daría a uno de los dos.

—¡No puedo llegar! —gritó Ruina.

Por supuesto. Los geblings, de menor estatura, no podían trepar tal y como había hecho ella. Y Paciencia dudaba de que en sus brazos quedara la fuerza suficiente como para tirar de él hasta subirle.

En ese mismo instante, el Unwurm aumentó la fuerza de la llamada de Cranning. Déjales. Sintió una repentina aversión hacia los geblings. Sucias criaturas, peludas y toscas, imitando a los seres humanos pero teniendo como único plan traicionarla y matarla. Hizo falta toda su fortaleza para no hacer lo que deseaba, apartarse corriendo de la pared y seguir sola hasta donde esperaba el Unwurm, su amante, su amigo.

Se aferró al recuerdo de la voz de Voluntad, diciéndole que sus deseos no eran ella misma. Imaginó que las pasiones enviadas por el Unwurm se encontraban fuera de ella, en tanto que su yo, carente de toda pasión, permanecía dentro de la máquina de su cuerpo, obligándole a hacer lo que ella tan desesperadamente deseaba no hacer.

Se quitó el traje, pasándoselo por encima de la cabeza, y lo ató con un nudo a su capa. Luego, vestida únicamente con su camisa, con un frío viento azotando el camino, se instaló con los pies apoyados en la pared, pasó la capa por detrás de su espalda y lanzó el traje por encima del muro. Sostuvo el nudo en su mano izquierda y

el otro extremo de la capa en la derecha; la fricción de la tela contra su espalda le permitiría soportar un peso mucho mayor con el traje del que podrían haber manejado sus brazos sin ayuda.

—¿Se supone que debo trepar por esto? —gritó Ruina.

—¡A no ser que puedas volar! —le gritó ella como respuesta. El Unwurm la atacaba con toda su rabia, desgarrando su mente, pero Paciencia aguantó aún sintiendo el impulso de soltar el traje y permitir que el gebling cayera. Haré lo que decida hacer, se dijo en silencio, no lo que quiero hacer, y sintió que la parte emocional de ella misma se hacía más pequeña y parecía alejarse de ella a toda velocidad. Éste es Voluntad, comprendió. Éste es su silencio, su fuerza, su sabiduría, todo eso viene de que puede apartar de sí sus sentimientos cuando no los desea.

La tela del traje se desgarró ligeramente y luego empezó a ceder más deprisa pero un instante después Ruina ya estaba pasando por encima del muro. Luego se inclinó sobre él y le gritó algo a Reck, dándole ánimos. De repente se oyó un grito desde el otro lado del muro.

—Le han dado —dijo Ruina, y gritó—: ¡No es nada, apenas si te ha hecho daño, sigue, sigue!

Por el peso que notaba en su improvisada soga, Paciencia supo que Reck estaba trepando. Ruina se inclinó por encima del muro, cogió a su hermana por las axilas y la ayudó a subir. La flecha estaba clavada en su muslo izquierdo pero Ruina tenía razón: la punta no había llegado a enterrarse en la carne y salió fácilmente. Reck estaba jadeando, los ojos desorbitados por el terror.

—Nunca... —dijo—. Nunca pude soportar las alturas.

—¿Y tú consideras que Cranning es tu hogar? —le preguntó Paciencia. Estaba examinando su traje. Allí donde había rozado la pared la tela se había hecho pedazos y ahora se deshacía entre sus manos—. Me alegro de que no seáis tres. El tercero se habría caído.

Desató el nudo que unía el traje a la capa. Una flecha cayó junto a ella. Paciencia volvió a lanzarla al otro lado del muro.

—Espero que aterrice en el ojo de alguien.

Ruina la estaba mirando. Estudiándola.

—¿Por qué no te marchaste, dejándonos?

—Pensé en ello —dijo Paciencia.

—Lo sé..., recibimos la sombra de lo que él te dice.

—Bueno, si voy a ser una novia necesitaré tener una fiesta. Me hacéis falta como invitados. —Era una broma bastante amarga. Se envolvió las piernas con la capa para protegerlas del frío viento que bajaba silbando por el camino, donde no había ningún refugio—. También necesito un fuego bien caliente.

—Al menos no tenemos que correr durante unos instantes.

Reck puso a prueba su pierna herida.

—Duele —dijo.

Ruina miró a su alrededor.

—Si encontramos la hierba adecuada...

—Afirman que en Cranning crece de todo por todas partes —dijo Reck.

—En algún lugar de Cranning —dijo Ruina.

—Por ahí hay árboles —dijo Paciencia—. Y si tenemos suerte no nos tropezaremos con nadie que el Unwyrn pueda manejar para hacer que nos persiga.

Las casas, que durante cierto trecho habían llegado a formar varias calles, se fueron haciendo más escasas y, finalmente, cedieron paso a jardines y huertas. Pronto se encontraron en un camino que bordeaba una gran área de huertas. Los árboles eran pequeños y deformes, pues sólo los árboles enanos podían vivir a semejante altitud. Ruina estuvo buscando por entre los árboles, que hacía ya mucho habían perdido tanto hojas como frutos y, finalmente, llamó a Reck y puso una hoja de aspecto vellosa sobre su herida.

—No podemos descansar aquí durante mucho rato —dijo Reck, sosteniendo la hoja en su sitio—. Pronto hará que alguien venga detrás nuestro.

—Nunca me he esforzado tanto en mi vida —dijo Paciencia—. Y estoy tan cansada...

—No hemos dormido desde que dejamos el bote —indicó Ruina—. El Unwyrn debe estar muy contento. Tenemos que dormir en algún momento.

—Ahora —dijo Paciencia.

—Ahora no —dijo Reck—. Tenemos que llegar más arriba. Donde no haya ningún humano o gebling que mande detrás nuestro.

Paciencia podía ver espesas nubes que se acercaban desde el oeste, a su nivel.

—Habrá niebla. Podemos escondernos en la niebla.

—No será niebla, será nieve —dijo Ruina—. Necesitamos un refugio. Y necesitamos llegar más arriba.

—¿Todavía no podemos utilizar los túneles? —preguntó Paciencia. Los túneles serían un refugio y un camino hacia el Unwyrn que podrían seguir fácilmente.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Reck—. Pero a esta altura las entradas son bastante escasas. Ahora nos encontramos casi al final de la zona habitada. Tendremos que encontrar otro camino de subida, eso es todo.

La hierba actuó rápidamente, eliminando la suficiente cantidad de dolor para que Reck pudiera ponerse en pie, aunque seguía perdiendo sangre en forma de un delgado hilillo, a medida que se formaba una costra y volvía a romperse, volviendo a formarse para romperse luego una vez más. Finalmente encontraron una escalera que llevaba hasta el siguiente nivel subiendo por la abrupta y pulida superficie de la pared. La puerta de abajo se encontraba abierta de par en par. La puerta de arriba no se mostró tan dispuesta a cooperar.

—Al menos habrían podido tener la decencia de cerrar también la puerta de abajo —dijo Reck.

Pero Paciencia había sido entrenada como diplomática y, entre sus otras

lecciones, Ángel le había enseñado que una cerradura tan sencilla como ésta quería decir que el propietario no tenía realmente unas intenciones muy serias de mantener su intimidad. Usando un palito y un dardo la abrió en unos momentos.

Emergieron a otro jardín, esta vez sin árboles. Detrás del jardín se alzaba nuevamente Pie del Cielo, aunque ahora no se trataba de ninguna pared lisa. Era la montaña desnuda, con unas cuantas cavernas abriéndose como bostezos en su rostro. No habían visto roca natural como ésta desde que llegaron a Cranning. Parecía como si ninguna mano humana la hubiera trabajado jamás.

—¿Es la cumbre? —preguntó Paciencia.

Reck meneó la cabeza.

—La cumbre es un glaciar, pero puede que la ciudad no llegue más arriba de aquí, al menos en este punto.

—¿Sabes dónde estamos?

—Lo sabría si pudiera entrar en esa cueva —dijo Ruina. Empezaron a trotar hacia ella, avanzando por entre dos setos no muy altos que parecían llevar en esa dirección. Unos instantes después las nubes cayeron sobre ellos y no pudieron ver nada más.

Se detuvieron inmediatamente y se tocaron, extendiendo las manos para no separarse.

—Tienes frío, Heptarca —señaló Reck—. Estás temblando.

—No tiene vello —dijo Ruina—. Tendremos que pegarnos a ella hasta que la nube haya pasado.

—No quiere que espere —dijo Paciencia—. Ya ha esperado mucho tiempo.

Se tendieron en el suelo, Reck delante de ella y Ruina detrás, protegiéndola tan bien como les era posible de la nieve que ahora caía en espesas oleadas del interior de la nube.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Reck en un momento dado.

—Sólo puedo pensar en cuánto le deseo —dijo Paciencia, temblando. Y luego se rió levemente—. Sólo puedo pensar en dormir.

Se apretaron con más fuerza y Paciencia durmió en el cálido abrazo de los geblings.

La nube se había ido y se podían ver las estrellas, pero estaban medio cubiertos de nieve y la atmósfera era tan tenue que costaba respirar. Reck sentía latir su herida. El dolor no era intenso pero había sido suficiente para despertarla. Reck no percibía en su espalda el aliento de la muchacha humana que dormía detrás de ella. Silenciosamente, llamó a su hermano.

Ruina abrió un ojo y la miró.

—¿Cómo está? —murmuró Reck.

—Está débil. Pero creo que él la quiere así.

—Las cuevas no nos servirán de mucho. Son más frías que el exterior.

—Levántate y mira si hay alguna luz —dijo Ruina—. Yo la taparé.

Reck se apartó de la humana que dormía. A lo lejos se veían parpadear algunas

luces. Un largo trayecto en la oscuridad.

—Están lejos —dijo Reck—. Pero no podemos ir en busca de ayuda, así que deberemos llevarla aunque haga frío. —Reck se arrodilló y acarició el frío y desnudo brazo de Paciencia, sacudiéndola después ligeramente—. No va a despertar.

Como respuesta, Reck sintió de repente lo que no había sentido en todo el tiempo que llevaban con Paciencia: el rechazo del Unwyrm. Pero aquí, tan cerca de su cubil, llegó con tal poder que no pudo respirar. El dolor la hizo gritar.

—¡Estamos demasiado cerca de él! —exclamó. Con Paciencia dormida, el Unwyrm podía enfocar su poder sobre ellos para echarles de allí.

—¡Despiértala! —jadeó Ruina.

Reck apenas si le había oído. No podía pensar en nada que no fuera su apremiante necesidad de volver corriendo al muro del jardín y arrojarlo por el acantilado, hacia abajo, cruzando por el aire toda la distancia que había hasta las aguas que ceñían la base de Pie del Cielo, para hundirse en el Agua del Cran. Se puso en pie y avanzó tambaleándose hacia la pared.

—¡No! —gritó Ruina, y la agarró por los pies. Aunque el rechazo era muy fuerte, él tenía más experiencia en resistirlo; además, la herida de Reck la había debilitado un poco, y por ello fue capaz de retenerla—. ¡Despierta, maldita seas! —le gritó a Paciencia—. ¡Despierta, para que deba llamarte otra vez!

En respuesta, Paciencia empezó a temblar a causa del frío. Gimió, llamando en voz muy baja a su padre. No despertó.

—¡Suéltame! —gritó Reck—. ¡Déjame volar!

—¡Está intentando matarnos! —gritó Ruina, aunque también él sentía esa necesidad de huir.

—¿Qué pasa? —gritó alguien a lo lejos.

—¿Dónde estás tú, ta-di, ta-dú? —cantó otra voz.

—¡Hace un frío que pela! —gritó alguien más. Obviamente el grupo estaba de buen humor, fueran quienes fueran.

—¡Aquí! —gritó Ruina—. ¡Socorro!

—¡Suéltame! —exclamó Reck.

Sus inesperados salvadores avanzaron dando saltos hacia ellos, Ruina sólo pudo ver que eran humanos.

—¡Suéltala! —dijo uno de ellos.

—Ayúdale —dijo otro.

Eran viejos y por sus voces daban la impresión de estar borrachos o no ser muy inteligentes. Ruina dudó de que pudieran retener a Reck si ella quería marcharse. Sólo había una esperanza.

—¡Despertad a la que está tendida ahí! Está ahí misino, la chica de la nieve..., ¡despertadla!

—¡Mira esto! No va muy tapada, no...

—En la nieve..., eso no es de sabios.

—Es una suerte que hayamos venido. Sabemos lo que es eso.

Levantaron a Paciencia.

—¡Abofeteadla! —gritó Ruina.

Oyó el sonido de varios bofetones y luego a Paciencia llorando.

—Basta —dijo.

Y, de repente, la necesidad de morir se esfumó. Reck dejó de luchar.

—Llevad esta joven cosita congelada a la casa...

—No —dijo Ruina—. ¡Sin nosotros no! Que esté cerca de nosotros.

—¿Queremos tener geblings?

—Oh, no pasa nada con ellos. Después de todo, ésta es una ciudad gebling. Unos geblings tan agradables...

—Sí. No nos separéis —dijo Ruina.

Muchas manos le alzaron, ayudándole a mantenerse en pie. A Reck, demasiado agotada para caminar, la llevaban en volandas. Paciencia iba delante de ellos, murmurando:

—Ya voy, ya voy, éste no es el camino...

—Por supuesto que es el camino. Conocemos el camino, ¿verdad? ¿No es éste el camino?

Las chimeneas que ardían a los dos extremos de aquella larga habitación con el techo no muy alto hacían que estuviera casi caliente. Ruina y Reck estaban sentados flanqueando a Paciencia, cogiéndole las manos y mirando el fuego. Los ancianos les rodeaban, haciendo comentarios sin sentido.

Paciencia intentaba no hacerles caso. Le preocupaba el cómo podrían continuar a partir de aquí. La tormenta de nieve no era obra del Unwurm, por supuesto. Pero había sido capaz de utilizarla bastante bien. Y ahora le daba miedo dormir, temiendo que fuera capaz de conseguir que Reck y Ruina se suicidaran o salieran corriendo cuando ella no estaba ahí para protegerles. Era tan complicado..., la necesitaban para protegerles y poder llegar con ello hasta el Unwurm; ella les necesitaba para matar al Unwurm antes de que pudiera aparearse con Paciencia. Y el Unwurm era demasiado fuerte, no eran enemigos para él. Nadie podía oponerse a él.

—No —dijo Reck.

—¿También te lo está haciendo? —preguntó Ruina.

—Desesperación. No podemos conseguirlo —dijo Reck.

Paciencia asintió.

Los viejos cambiaron un poco el tema de sus balbuceos.

—¿De qué están hablando estos pequeños? Ánimo, criaturas, no desesperéis. Éste es un lugar feliz, no pongáis caras tan lúgubres. ¿Qué os parecería una canción?

Unos cuantos ancianos empezaron a cantar pero dado que nadie podía recordar la letra el canto no tardó en extinguirse.

—Necesitamos a Voluntad —dijo Reck.

—¿Para qué? —preguntó Ruina—. Aquí no hay tierra que arar y Ángel es el

único de nuestro grupo que ha estado tan arriba antes.

—Le necesitamos —volvió a decir Reck.

Fue Paciencia quien le dijo el porqué.

—Nos hemos visto arrastrados por el viento que puede crear el Unwurm y resulta demasiado fuerte para nosotros. Necesitamos al hombre que jamás se ha inclinado ante el Unwurm.

—¡Unwurm! —gritó uno de los viejos, y los demás se sumaron a su grito—. ¡Unwurm! ¡Unwurm!

Paciencia había estado intentando no hacer caso de los viejos hasta ahora.

—¿Sabéis algo de él?

—¡Oh, somos viejos amigos!

—Vinimos aquí para visitarle y él nos deja quedarnos tanto tiempo como queramos. —Nadie vuelve nunca a su casa.

—Hasta que mueren. Hay muchos que lo han hecho así.

—Todos lo haremos, ya sabéis.

—¿Os invitó también el Unwurm?

Las cabezas de los ancianos, calvas, grises o canosas, subían y bajaban a su alrededor. Como niños pequeños, apenas si eran capaces de mantenerse quietos. Lo obvio de su senilidad había hecho que Paciencia se confiara un poco. Ahora empezó a recordar que había seguido un sendero recorrido antes por otros.

—Sí —dijo—. El Unwurm nos invitó. Pero nos perdimos en la nieve. ¿Podéis decirnos dónde se encuentra?

—Detrás de la puerta dorada —dijo uno. Los demás asintieron solemnemente—. Pero no podéis ir todos a la vez. Sólo de uno en uno.

—Quiere vernos a todos a la vez —dijo Reck.

—Mentirosa, mentirosa —dijo uno de los ancianos.

Paciencia clavó sus ojos en Reck, como para decirle: la diplomática soy yo y tú no eres más que una reclusa. Deja que me encargue de esto. Pero, de hecho, Paciencia no tenía ni la menor idea de cómo tratar a estos hombres. Parecían inofensivos, desde luego. Con todo, conocían al Unwurm y el Unwurm les conocía a ellos, y quizá poseyeran la fuerza suficiente como para poner las cosas difíciles.

—Ahora mismo tenemos que descansar —indicó Paciencia.

—Nada de trucos —dijo el más joven de ellos, un hombre cuyo cabello todavía no se había vuelto blanco, aunque su rostro regordete estaba empezando a volverse flácido y muy arrugado.

—Vos, señor —dijo Paciencia—, ¿podría saber cuál es vuestro nombre?

—Una respuesta por otra —replicó el hombre—. Dinos primero el tuyo.

—Mi nombre es Paciencia —dijo ella.

—Paciencia, no deberías andar por ahí vistiendo ropa tan delgada en las tormentas de nieve. —Y luego se rió, como si su consejo hubiera sido una soberbia muestra de ingenio.

—¿Y el nombre?

—Hice trampa —dijo él—. No tengo nombre.

—Creí haberte oído decir que nada de trucos.

El hombre puso cara de abatimiento.

—Pero el Unwurm se llevó nuestros nombres y no quiere devolvérmolos.

Paciencia no estaba muy segura de a qué estaban jugando pero, de todos modos, intentó seguirle la corriente.

—Entonces debéis estar muy enfadados por haber perdido vuestros nombres.

—Oh, no.

—En lo más mínimo.

—¿Quién necesita un nombre?

—Somos muy felices.

—Tenemos todo lo que nos hace falta.

—Porque no necesitamos nada.

Esto último lo había dicho el más joven. Estaba asintiendo con expresión pensativa, igual que un niño. Pero sus ojos no eran los ojos de un niño. Estaban cargados de tristeza y cosas perdidas.

A Paciencia se le ocurrió pensar que estos hombres, pese a todos sus alegres balbuceos, podían estar intentando realmente comunicarse con ella. Tenemos cuanto nos hace falta porque no necesitamos nada. Por lo tanto, no tenemos nada. Decidió intentar sonsacarles alguna respuesta más, con toda la delicadeza de que era capaz.

—¿Qué otras cosas buenas ha hecho el Unwurm por vosotros? —preguntó.

—Oh, nos libra de nuestras preocupaciones.

—Jamás nos preocupamos de nada...

De repente Ruina les interrumpió.

—Esto me pone enfermo —dijo.

Los ancianos se quedaron callados.

Paciencia le miró y le sonrió, con un brillo asesino en los ojos.

—Puede que el Unwurm te ayude a encontrarte mejor durante los siguientes minutos, con lo cual no sentirás la necesidad de hablar.

Ruina comprendió la indirecta y volvió a clavar sus ojos en el fuego.

—¿Qué hizo con vuestras preocupaciones? —preguntó Paciencia.

—Se las llevó lejos.

—Las sacó de nuestras cabezas.

—Las puso dentro de su cabeza.

—No más cosas de las que preocuparse... —Pero el anciano no llegó a terminar su frase. Todos aguardaron estúpidamente a que alguien más hablara.

—¿De qué os preocupabais? —preguntó Paciencia.

—Huesos viejos —dijo uno de ellos—. Pero tengo mucho sueño.

—Vete a dormir —dijo otro.

—Oh, vaya. Estoy a punto de bostezar.

—Buenas noches.

El más joven bostezó pero se acercó un poco más a Paciencia, sonrió y, en un murmullo, le dijo:

—La capacidad de las moléculas genéticas largas para transportar la inteligencia.

—Luego volvió a sonreír y se derrumbó sobre el suelo. Todos los ancianos yacían en el suelo, roncando.

—Los Sabios —dijo Paciencia.

—Muy gracioso —dijo Reck.

—No estoy bromeando. Estos hombres son los Sabios, aquellos a los cuales llamó el Unwurm, los que se detuvieron en la casa de Heffiji para responder a sus preguntas. El Unwurm devoró toda la sustancia de sus mentes y éstos son los cascarones que dejó.

Se arrodilló junto al hombre que había hecho el esfuerzo de contarle lo que realmente era.

—Ahora te reconozco —dijo en voz baja—. Hemos venido para devolveros lo que se ha llevado, si nos es posible.

—¿Por qué habrá hecho eso? —preguntó Reck.

—Ha acumulado el conocimiento de toda la especie humana para así poder sustituirla tanto en mente como en cuerpo. —Ruina tenía las manos entre las piernas para calentárselas—. Lo que no comprendo es por qué les dejó con vida.

—Estos hombres no pueden ser todos los Sabios del mundo —dijo Reck.

—La llamada del Unwurm empezó hace sesenta años —le contestó Paciencia—. Éstos deben ser los que eran jóvenes, los que fueron traídos aquí en los últimos tiempos. Incluso ellos morirán pronto y si no fuera por la casa de Heffiji, todo lo que sabían se habría perdido.

—Pero está la casa de Heffiji —dijo Reck—. Y tú viniste a nuestra aldea, pese a todos los esfuerzos del Unwurm. Y cuando Ruina y yo estábamos en peligro ahí fuera, en la nieve, esa misma carne humana que el Unwurm había arrojado a un lado nos salvó. ¿Por qué?

—Suerte —dijo Paciencia—. No siempre puede estar en contra nuestra. El azar.

—Odio el azar —dijo Ruina—. Odio creer que el futuro de mi gente, de todo el mundo, depende de una concatenación accidental de hechos.

—Apártate del fuego —indicó Reck—. Te chamuscarás el pelo.

Ruina se dio la vuelta, su silueta recortándose contra las cálidas llamas del fuego.

—¿Qué clase de majestad hay en una victoria como ésta?

—Es posible... —dijo Paciencia—, es posible que con todos los mecanismos de la vida de este mundo en contra nuestra, el único camino para que podamos ganar es tener un poco de suerte.

—Aceptaré esa suerte —dijo Reck—. Incluso aceptaré los actos de los dioses. Todo con tal de que ganemos.

—Voluntad afirmarí que es la voluntad de Dios la que nos ha hecho llegar tan

lejos de momento —dijo Paciencia.

—Si la mano de Dios está en el juego y se halla de nuestro lado —señaló Reck—, ¿por qué no liquida personalmente al Unwurm?

—Dios no tiene el poder de actuar salvo a través de nosotros —dijo Ruina—. Sólo puede hacer lo que nosotros hacemos por él.

Reck lanzó una carcajada.

—¡Cómo! gebling, hermano mío, ¿así que en secreto te has convertido en un Vigilante? ¿Acabaste hallando la religión en tus vagabundeos por el bosque?

—¿Qué saben los humanos de su dios? Quieren que tenga poder sobre la tierra y el cielo. Pero sólo tiene poder sobre la voluntad humana. Porque él es la voluntad humana..., y es un dios débil y de escasa potencia. No es como el dios de los geblings. Nosotros le hemos visto, ¿verdad? Juntos, todos los geblings son un alma. Durante la mayor parte del tiempo lo ignoramos pero en el momento de gran necesidad actuamos juntos, hacemos lo que, conscientemente o no, sabemos debe hacerse para que nuestra especie sobreviva como un todo. Ése es el dios de los geblings..., la voluntad común, la que no se expresa y no puede ser expresada. La otra mente. Incluso los humanos poseen un leve rastro de otra mente que le permite a Dama Paciencia oír un tenue eco de nuestra llamada y deja que el Unwurm les hable. Juntos crean un dios, que es el dios de todos y les gobierna. De forma débil y patética, a trompicones, pero les gobierna. —Ruina cogió entre sus dedos el vello de su mejilla y empezó a retorcerlo—. Gobierna incluso al Unwurm. Igual que un gebling, él también es medio humano. El dios humano yace en su camino igual que una raíz; no la ve y tropieza.

—No se me ocurren muchos sacerdotes a los cuales fuera a gustarles tu teología —dijo Paciencia.

—Por eso no la he puesto en venta —dijo Ruina—. Pero es más que el azar lo que nos está ayudando. No somos criaturas solitarias intentando salvar a su gente. Somos los instrumentos de nuestra gente, los que han creado inconscientemente para salvarse a sí mismos.

Paciencia relacionó las opiniones de Ruina con algo que le habían dicho en el bote no hacía muchos días.

—Voluntad dice que los geblings...

—¿Qué me importa lo que él diga? —replicó Ruina—. Es su fuerza lo que necesitamos ahora, no sus ideas. Necesitamos la fuerza que le permite resistir la llamada de Cranning. —Dice que todos los humanos y los geblings tienen almas, y que el mismo dios tiene la intención de salvarnos a todos.

—Si es así, entonces le pido a este dios que nos traiga a Voluntad para que le plante cara al Unwurm y le resista por nosotros. —Ruina se estaba burlando pero no lo hacía para divertirles. Su burla era la máscara de una fe desesperada, Paciencia podía darse cuenta de ello. Había inventado para sí mismo un dios en el cual podía creer y ahora estaba rezando a ese dios.

- obtuvo una respuesta.

En el exterior de la casa, durante una breve pausa del viento, pudieron oír las dulces y agudas voces de Kristiano e Hilos cantando a coro. Y otra voz, llamando a Paciencia por su nombre.

—Ángel —dijo Paciencia.

—Ha matado a los otros —dijo Reck—. Y el Unwurm le ha traído hasta nosotros. Oyeron pisadas que hacían crujir la nieve seca del umbral.

—¡Paciencia! —volvió a gritar Ángel, y llamó a la puerta.

—¡Vete! —gritó Paciencia—. No quiero verme obligada a matarte.

Reck estaba colocando una flecha en su arco y Ruina ya tenía su cuchillo preparado.

—¡Paciencia, me he librado de él! —gritó Ángel—. ¡Déjame entrar, puedo ayudarte!

—No le creas —dijo Reck.

—¡Vete! —gritó Paciencia, sosteniendo la cerbatana cerca de sus labios—. ¡Te mataré!

La puerta se abrió con un golpe seco y se estrelló contra la pared, rebotando en ella. Una flecha apareció inmediatamente en la puerta, a la altura donde habría estado un vientre; Reck se estaba preparando para volver a disparar apenas alguien entrara por ella.

Pero Paciencia sabía que Ángel no tenía la fuerza suficiente como para abrir de ese modo la puerta.

—Voluntad —dijo—. Puedes entrar, Voluntad.

- Voluntad entró, seguido por Ángel, que se encontraba fuertemente atado y unido a Sken por una cuerda. Hilos y Kristiano entraron después. Iban bien protegidos contra el frío.

—Aquí estamos —dijo Hilos con voz alegre—. La Casa de los Sabios. Y los Sabios, como podéis ver, están dormidos.

Era cierto; ni tan siquiera los gritos y el estruendo de la puerta habían sido capaces de despertarlos. El que pudiera hacerles seguir dormidos, pasara lo que pasara, era un signo de la presencia del Unwurm en este lugar.

—Voluntad —dijo Reck—: ¿Por qué no hablaste? Estábamos seguros de que Ángel había...

—No habló —dijo Ángel—, porque no estaba seguro de si vosotros os encontrabais bajo el poder del Unwurm. La flecha en la puerta resultó altamente convincente.

Paciencia miró a su antiguo tutor. Naturalmente, sus ataduras no eran más que una broma..., sabía que, si lo deseaba, Ángel podía librarse fácilmente de esos nudos. Lo

que estudiaba era su rostro.

—Sé por qué me miras de ese modo —dijo Ángel—. ¿Crees acaso que no ha pasado diez mil veces por mi mente lo que pensarías de mí cuando descubrieras la verdad?

Pero Paciencia no estaba pensando ahora en su traición. Estaba pensando en que el fuego había desaparecido de sus ojos. Es débil y está solo y antes nunca estuvo solo. Aunque el Unwurm es tu enemigo, Ángel, el tenerle siempre contigo te había fortalecido. Y ahora tienes el aspecto de un niño cuyos padres se han ido. Estás esperando a que vuelva. Crees que puedes seguir adelante tú solo, pero le esperas de todos modos, para que te devuelva a la vida.

—Pero no soy el que era —dijo Ángel—. Ahora no necesito las ataduras. Cuando se apoderó de mí era joven, joven y sin preparación. Pero le conozco y ahora que se ha ido nunca le dejaré volver.

—¿Por qué le has traído? —le preguntó Ruina a Voluntad—. ¿Por qué no te limitaste a matarle ahí abajo?

Voluntad se limitó a mirarle, como diciendo: ¿quién eres tú para esperar que te rinda cuentas de mis actos? Luego se volvió hacia Paciencia.

—Heptarca mía —dijo—, te he traído a tu sirviente. Quería redimirse.

—Después de que el Unwurm esté muerto podrá ser él mismo y convertirse en mi auténtico sirviente —dijo Paciencia—. Pero mientras el Unwurm viva, Ángel es el esclavo del wurm y no de la Heptarca.

—No —dijo Ángel—. Ya me he enfrentado con él. Sé cuáles son sus debilidades...

—No sabes nada de eso —dijo Ruina—, o de lo contrario le habrías matado antes.

—Paciencia, ahora sólo piensa en ti —dijo Ángel—. Todo lo que le importa es seguir vivo el tiempo suficiente para poner su semilla en ti. Ha esperado siete mil años, renovándose constantemente a sí mismo, hasta que ha llegado a odiar el sabor de su propia vida, pero cuando vengas a él entonces podrá conseguir todo aquello por lo cual ha estado esperando. Yo no le importo nada, ni Voluntad, ni los geblings...

—Te ha dejado libre para que confiemos en ti y te llevemos con nosotros —dijo Ruina—. Entonces volverá a dominarte y nos traicionarás en el instante de nuestra mayor debilidad.

—Estas cuerdas no pueden contenerme —dijo Ángel—. Llevadme con vosotros, o matadme ahora.

Paciencia meneó la cabeza.

—Voluntad, no me has hecho ningún favor trayéndole aquí.

—Mi propósito no fue nunca hacer favores ni ser bondadoso —dijo Voluntad.

—¿Cuál era tu propósito?

—Mi propósito es el propósito de Dios.

Ruina se rió con fuerza.

—¿Y cuál es el propósito de Dios? —le preguntó Ángel burlescamente.

—Nosotros somos su propósito —dijo Voluntad—. Nuestra vida, nosotros que creamos, descubrimos, construimos y acabamos derribando, los que amamos y odiamos, los que sufrimos dolor y nos alegramos, nosotros somos su propósito. Toda su obra es para que nuestra especie viva para siempre, humanos y geblings, gaunts y huelfos, alzándose del útero y acostándose en la tumba.

—Muy bonito —dijo Ruina—. Pero en estos momentos nuestra labor es dejar acostado al Unwurm en su tumba y el único modo de que tengamos una oportunidad de hacerlo es poner antes en ella a nuestro Ángel.

Paciencia sacó el lazo de su cabello y lo dejó colgar flácidamente de su mano.

—Cuanto más seamos para enfrentarnos a él, tanto mejor. Me estará llamando y le resultará duro concentrarse en destruirlos.

—Eso esperamos —dijo Reck.

—No dejaré que nadie se acerque a él excepto yo —dijo Paciencia—. Si algo es capaz de matarle, será el arco. Reck...

—Por supuesto —dijo ella—. Para eso nació.

—Pero nadie comprende su cuerpo o dónde se le debe disparar para matarle. Ruina, tú eres el único que ha vivido con la vida de este mundo. Tu intuición es cuanto tenemos para seguir adelante, para saber dónde herirle de forma que muera.

—Yo lo sé —dijo Ángel—. Yo sé dónde hay que golpear..., en sus ojos, atravesándolos hasta...

—Ahora no sabes nada —dijo Paciencia—. Podría haberte mentido mil veces y le habrías creído porque deseabas creerle. —Caminó alrededor de Ángel y se detuvo cuando estaba a su espalda—. Creo que el Unwurm controla mejor las mentes que más conoce. La mente de Ángel le resultaría muy fácil de controlar, pero eso no sería mucho más difícil para él que las mentes de Reck, Ruina y yo. Nos ha tenido en su poder tantas veces que conoce todos los caminos de nuestras cabezas tan bien como los geblings conocen los túneles de Cranning. Hará falta toda nuestra fuerza tan sólo para resistirle. Pero tú, Voluntad, y tú, Sken..., no os conoce. No de la forma en que nos conoce a nosotros. Voluntad puede resistirle y Sken..., perdóname, pero no debe tenerte en muy alta estima o te habría llamado antes de ahora. Por eso debéis ir en último lugar y quedaros siempre detrás nuestro.

Impedid que los geblings salgan huyendo, obligadles a que se enfrenten a él para que puedan concentrar todas sus fuerzas en matarle. Y al final, si fracasan, entonces debéis matarme antes de que nazcan los hijos del Unwurm.

—No soy una heroína —dijo Sken.

—No estamos aquí para ningún acto heroico —indicó Paciencia—. Estamos aquí para cometer un crimen. Matar al Unwurm, si podemos conseguirlo. Y si no, para matarme a mí.

—Si pueden empezarán matándote a ti —dijo Ángel—. Es la forma más simple de impedir que nazcan sus hijos. Tendrás una flecha de Reck en el cuerpo antes del

fin. No puedes confiar en ellos.

—Y tú, Ángel, mi profesor, mi amigo, mi padre... —dijo Paciencia—. ¿Cómo puedo dejarte a mi espalda, cuando el Unwurm no tiene más que pensar en ti y tú te encogerás, temblando, para obedecerle?

Pasó el lazo alrededor de su cuello y lo retorció velozmente, dando un tirón tan leve como delicado. La sangre fluyó por todo el perímetro de su cuello. En el rostro de Ángel había una expresión de sorpresa y asombro, quizá incluso de gratitud. Luego cayó de su asiento. Paciencia se inclinó sobre él, quitando cuidadosamente el lazo de su cuello. Los demás apartaron la mirada para concederle un momento de dolor. Había hecho lo que debía hacerse y no había impuesto ese terrible deber a ninguna otra persona. Estaba hecha de la sustancia que hace a los auténticos Heptarcas, todos se dieron cuenta de eso.

—Lo siento tanto... —dijo Hilos—. Tanto... Era tan tan bueno. Y quiere matar al Unwurm, realmente lo desea.

—Basta —dijo Voluntad—. Ya está hecho.

—Me está llamando —dijo Paciencia—. Es más fuerte de lo que puedo soportar.

—Heptarca —indicó Ruina—, ya sabes que en el momento decisivo tú eres, de entre todos nosotros, la menos digna de confianza.

—Me voy —dijo Paciencia.

—Conoce los caminos de tu mente mejor que los de nadie salvo Ángel, y tú eres quien más le importa. Puede hacer lo que quiera contigo. Y, aun así, tú eres la que ha trazado nuestros planes.

Paciencia fue hacia la puerta.

—Ahora —dijo. Abrió la puerta y salió a la nieve iluminada por la luna. El viento levantó a su espalda una nubécula de polvo blanco, como una sombra cobarde que se retirara hacia el calor de la habitación. Voluntad cogió una lámpara de la pared y la siguió, con Ruina, Reck y Sken trotando detrás suyo.

Sken estaba entusiasmada.

—Ahora veremos por fin qué aspecto tiene este Unwurm.

Los demás no le hicieron caso alguno. Voluntad tenía cogida a Paciencia por el brazo y ella luchaba con su presa, intentando correr hacia el Unwurm.

—Espacio, con calma —le murmuraba Voluntad—. Dama Paciencia, ahora yo le contendré por ti. Recuerda que nada de todo esto eres tú. Todos nosotros nos enfrentamos a él en ti. No estás sola contra él.

La boca de la caverna les esperaba a lo lejos.

—Ya voy —susurró Paciencia.

Y en la Casa de los Sabios los ancianos despertaron, bostezando y estirándose. Uno de ellos avanzó tambaleándose hasta donde yacía Ángel.

—Qué herida tan fea —dijo, y empezó a desatar los nudos que mantenían sujetos los brazos de Ángel.

Ángel abrió los ojos. Luego se irguió y se tocó con cautela el cuello.

—Ha estado cerca. Muy cerca, justo ahí y...

—¿Por qué estábamos dormidos? —le preguntó el hombre que le había desatado.

—Ha llegado el momento —dijo Ángel—. Y ahora la tiene en su poder. —Se puso en pie y arrancó el forro de su capa. En él había ocultos tres cuchillos especialmente hechos para ser arrojados.

—¿Qué está pasando? —le preguntó el hombre.

—Ya lo verás —dijo Ángel—. Ya lo verás. —Y luego, en voz muy baja, habló con alguien que no podía oír sus palabras—. Llámame cuando quieras. Ahora voy.

EL LUGAR DE LOS NACIMIENTOS



uando entraron en la caverna estaba empezando a nacer el día y la primera luz brillaba ya hacia el este. No aguardaron a que saliera el sol; la linterna era la luz a la cual iban a vivir ahora. Paciencia abría la marcha, la mano de Voluntad sujetándole el brazo con la fuerza de una raíz de árbol. El pasadizo subía serpenteando por la roca, con un gélido arroyo bajando por el túnel. Los muros estaban cubiertos de hielo y también lo estaba el suelo del túnel; pronto descubrieron que si pisaban el suelo helado les resbalaban los pies y que si iban por el agua éstos se les quedaban ateridos de frío. Después de una media hora llegaron a la puerta dorada.

No era más que una plancha de madera que en tiempos había estado pintada de amarillo. No había cerradura. No había picaporte. Docenas de nombres estaban grabados en ella y en la resbaladiza roca helada que la encuadraba. La puerta no podía tener más de cien años. Los nombres de la roca podían llevar ahí milenios enteros.

Paciencia estaba ahora algo más tranquila. Cuando se dirigía hacia el Unwyrn notaba que la presión se calmaba un poco y podía recobrar cierto control de sí misma. La puerta era la última barrera entre ellos. Incluso ahora, anhelando pasar al otro lado, podía sentir, como un recuerdo lejano, un desesperado deseo de que siguiera cerrada.

—Resístele cuanto puedas —dijo Ruina—. Ve tan despacio como te sea posible.

Paciencia se limitó a mover la cabeza, asintiendo en silencio. El esfuerzo de no moverse y escuchar la hacía jadear entrecortadamente.

—Yo le examinaré, intentaré averiguar dónde debe ir la flecha. No sabemos casi nada sobre su cuerpo y qué partes son vitales. Pero sabemos que no tiene cerebro. Probablemente no tenga corazón. Puede que al final nos veamos obligados a dispararle tantas veces como podamos, hasta que pierda el fluido suficiente para morir. Por eso tenemos que ir tan despacio como nos sea posible, para darnos tiempo.

Paciencia asintió de nuevo.

—Todos vosotros —dijo Voluntad—, escuchadme todos. No sabemos los que seguirán con vida cuando esto haya terminado. Pero sea quien sea el que viva, si llegamos demasiado tarde y si engendra a sus descendientes en Paciencia... Ángel me dijo que los niños crecerán deprisa. Hay que matarlos. Puede que haya docenas de ellos y todos deben morir porque si cualquiera de ellos vive, habremos sido derrotados.

—Serán mis hijos —murmuró Paciencia—. Míos.

—Que Dios nos ayude —dijo Sken—. ¿Se parecerán a gusanos?

—Serán niños humanos —dijo Voluntad—. Y cuando les matemos sentiremos igual que si estuviéramos cometiendo un asesinato.

Reck se dio cuenta de cómo estaba sudando Paciencia y vio que su cuerpo desprendía vapor en la fría atmósfera del túnel. Reck recordaba demasiado bien la terrible necesidad que el Unwurm le había impuesto, cuán poco capaz de pensar había sido y cómo no había logrado recordar que lanzarse desde la montaña suponía una muerte segura. Cuando el Unwurm ordenaba con una fuerza tan terrible, no se le podía negar nada.

—Le estamos exigiendo demasiado —le dijo a Ruina—. Nos ha protegido durante todo este trayecto y no tenía nada para protegerse a sí misma. Cuando esté con él no podrá pensar en ningún plan.

Paciencia empezó a sollozar y a debatirse entre las manos de Voluntad. Ahora, habiendo vuelto a detenerse, la llamada estaba empezando a crecer en su interior, acumulando una presión insoportable.

—Suéltame, Voluntad —suplicó.

—¡Paciencia! —El grito resonó a través del túnel. Reck y Ruina giraron en redondo para mirar hacia la parte de éste que habían recorrido hacía unos instantes—. ¡Paciencia! ¡Yo iré! ¡Yo iré primero!

Voluntad le entregó la linterna a Sken y cogió a Paciencia de los hombros con las dos manos.

—¡No le mataste!

—¡El Unwurm no me lo permitía! —sollozó ella.

Ángel apareció en la tenue luz que su linterna arrojaba hacia el otro extremo del túnel, donde la pendiente se iba inclinando hasta hacerlo desaparecer a sus ojos. Tenía un cuchillo en cada mano. La sangre seca formaba todavía un horrible dibujo en su cuello.

—¡Salid de mi camino! —gritó—. ¡Le mataré si puedo! ¡Dejadme pasar! ¡No podéis hacerlo, ninguno de vosotros puede hacerlo, dejadme pasar!

Se abrió camino por entre ellos, apartando a Voluntad, empujando la puerta con su hombro hasta abrirla. Paciencia se soltó de los dedos de Voluntad y echó a correr detrás de Ángel. Ruina y Reck avanzaron con paso vacilante tras ella. Pero había conseguido una delantera excesiva. Apenas había pasado un instante, los dos empezaron a moverse con más lentitud, como si estuvieran intentando avanzar a través de la piedra.

—¡Ayudadnos! —gritó Ruina.

Voluntad fue tras ellos y, cogiéndoles de la ropa por detrás, les hizo avanzar con un empujón brutal a lo largo del túnel. Sken les siguió corriendo con la linterna.

La sala de los nacimientos estaba brillantemente iluminada. Mientras se encontraban en el túnel había salido el sol. El hielo del techo era tan delgado en algunos sitios que la luz pasaba a través de él. La luz les mostró que Ángel estaba

tendido en mitad de la habitación, muerto. Cuando cayó se le habían escapado los cuchillos. De su nuca sobresalía un delgado proyectil. Paciencia seguía con su cerbatana entre los dedos. Un instante después la tiró al suelo y la cerbatana rebotó sobre el hielo y resbaló por éste hasta caer a un rápido arroyuelo que se la llevó de la sala de los nacimientos, a través de uno de los túneles que llevaban desde aquí hasta los más lejanos confines de Cranning.

—Ahora es suya —dijo Voluntad—. No hará nada para ayudarnos.

—¿Dónde está él? —murmuró Reck.

Como respuesta, el negro cuerpo del wyrm se deslizó rápidamente al interior de la sala de los nacimientos desde un túnel blanco que se abría cerca del techo. ¿Dónde es más débil?, pensó desesperadamente Reck. ¿Dónde puedo colocar mi flecha y acabar con su vida?

—Mi arco —pidió Reck—. Decidme dónde dispararle.

Su espalda estaba hecha de segmentos duros que formaban una pared impenetrable.

—No lo sé —dijo Ruina—. No lo sé, no hay ningún sitio.

—Eso son palabras del Unwyrn.

—No hay ningún sitio —dijo él.

El Unwyrn se acercó a donde le esperaba Paciencia. Luego se irguió, dejando su vientre al descubierto. No se trataba del vientre liso y blando que Reck había tenido la esperanza de encontrar. En vez de ello el vientre parecía estar vivo, cubierto de apéndices que, de forma alternativa, se lanzaban hacia adelante cual si fueran espadas de carne para luego quedar flácidos y retroceder. Los apéndices estaban húmedos y dejaban caer gotitas de líquido. Las débiles manos del Unwyrn se extendían a lo largo de su flanco, temblando.

—Mira cómo se agita su cuerpo —murmuró Reck—. Es viejo.

—Eso no es la edad, es la pasión —dijo Ruina—. Lo único que podemos hacer es desangrarle. Es la única esperanza.

Pacencia giró en redondo para encararse con ellos.

—¡No hay esperanzas! —aulló. Era un animal, sus ojos yendo velozmente de uno a otro—. ¡No para vosotros! —Y arrojó su lazo sobre Reck.

Pero antes de que el alambre que giraba por los aires pudiera alcanzarla, Voluntad derribó a Reck de un empujón. El lazo le atrapó la muñeca del brazo derecho, cortando hasta el hueso. La piel de su muñeca y de su mano resbaló hacia abajo igual que un guante súbitamente quitado a medias; por encima de la herida empezó a gotear la sangre. Voluntad lanzó un grito de dolor pero actuó casi de inmediato para salvar lo más posible. Dado que ahora ya no tenía esperanzas de poder manejar al mismo tiempo a Reck y a Ruina, hizo que éste cayera al suelo, puso su pie sobre la pierna del gebling y luego, con su mano izquierda, tiró del gebling. Ruina gritó de dolor al rompersele la pierna. Ahora tendría que permanecer en la estancia.

—¡Sken! —gritó Voluntad.

Sken se lanzó hacia delante, resbaló en el hielo y estuvo a punto de caer pero logró apoyarse en Voluntad, que aún tenía las fuerzas suficientes como para soportar su peso sin derrumbarse.

—¡Encárgate de Reck, mantenía aquí! —gritó Voluntad. Luego se dejó caer de rodillas y hacia delante, metiendo su brazo en el agua cristalina que fluía a través del centro de la caverna—. ¡Paciencia! —aulló. Su brazo hizo nacer una flor de cintas rojas dentro del agua—. ¡Paciencia, no es tu amo!

Reck sintió los poderosos brazos de Sken alrededor de su cintura justo cuando el Unwyrm la instaba a correr, a salir huyendo de este sitio. Pero también podía sentir a Ruina llamándola en su otra mente. Quédate. Mata. Cogió su arco con manos temblorosas, puso una flecha en él y disparó. El Unwyrm esquivó fácilmente el proyectil y la flecha cayó inofensivamente detrás de él. Reck puso otra flecha en el arco e intentó concentrarse. El Unwyrm golpeaba su mente; se le nublaban los ojos...

Y Paciencia veía esto, lo veía todo. En ella no había esperanza alguna de resistirle, la lujuria que él sentía hacia ella era lo único en que podía pensar. Pero, al mismo tiempo, podía recordar la historia de Voluntad sobre quién era ella realmente, la historia de ese yo pequeño y olvidado oculto por la memoria y el deseo. Tengo que ayudarle, pensó de pronto. No podía resistir al Unwyrm, pero podía distraerle.

Dio un paso hacia delante, llamándole a gritos.

—¡Unwyrm! —Se quitó la túnica, pasándosela por encima de la cabeza y se arrodilló desnuda ante él—. ¡Unwyrm! —Sus rodillas resbalaron por encima del hielo y Paciencia se inclinó hacia atrás, ofreciéndose a él.

Reck sintió que la presión ejercida sobre ella se debilitaba. En un rápido movimiento el cuerpo del Unwyrm se arqueó hacia delante y avanzó hacia Paciencia. Uno de sus apéndices se enterró en su ingle. Paciencia gritó con un alivio tan potente que casi resultaba imposible de expresar. Semanas de anhelo se veían finalmente satisfechas.

La parte superior del Unwyrm empezó a balancearse rítmicamente de un lado a otro. Durante un instante se había olvidado de ellos; también él tenía una necesidad que llevaba demasiado tiempo insatisfecha y que era imposible dejar a un lado. Reck disparó rápidamente dos flechas. Una le dio en el ojo. Otra clavó su lengua a la parte superior de su boca.

—¡Su cabeza no es nada! —gritó Ruina—. ¡Su vientre! ¡Su vientre, donde está la sangre! Reck cogió otra flecha pero esta vez, en lugar de ponerla en el arco, sintió el potente impulso de comérsela, de llevarla a su boca y hacerla bajar por su propia garganta. Alzó la flecha por encima de su rostro y sonrió ante la muerte que la apuntaba.

De repente el puño de Sken cayó salvajemente sobre su estómago. El dolor expulsó la orden del Unwyrm de su mente. También le hizo comprender que no podría hacer el daño suficiente en el vientre del Unwyrm como para matarle. Sólo Paciencia estaba lo bastante cerca. La Heptarca estaba ahora tendida de espaldas, su

mano bastante próxima a uno de los cuchillos de Ángel. Estaba temblando y retorciéndose a causa del éxtasis que sentía, debajo del Unwurm. Reck sabía que era necesario distraerla fuera como fuera de los deleites que el Unwurm le daba, obligarla a recordar lo que realmente estaba sucediendo. Un brusco dolor podía romper la presa que el Unwurm ejercía sobre su mente, hacerla olvidar el placer durante el tiempo suficiente como para coger el cuchillo y abrirle el vientre.

- por eso Reck preparó el arco y apuntó, no hacia el Unwurm, cuyo vientre estaba pegado al cuerpo de Paciencia, sino hacia la misma joven. Reck disparó apuntando al muslo y un instante después la flecha estuvo temblando en la carne de la Heptarca.

Paciencia agitó la cabeza ferozmente a causa del dolor. ¿Veía el cuchillo?

—¡Mátale! —gritó Ruina.

Lo vio. Su mano llegó fácilmente hasta él, lo alzó para matar y, de repente, Paciencia volvió a lanzar un grito de éxtasis. Sabía lo que debía hacer y, con todo, su cuerpo no podía responderle. Ahora, al final de todo, me he convertido en un gaunt, comprendió Paciencia. No tengo voluntad cuando estoy ante él. Luchó por alzar su mano contra el Unwurm pero sólo fue capaz de pensar en el enorme y doloroso amor que sentía hacia él a medida que su útero iba llenándose. Poco a poco su brazo fue cayendo hacia abajo. Pero sus dedos se aferraban al cuchillo. No lo soltó, aunque ahora no podía recordar por qué lo sostenía o qué era.

—Aún tiene el cuchillo —dijo Ruina—. ¡No ha perdido totalmente su voluntad!

Sken alzó su voz para burlarse de ellos:

—¡Rey de los geblings! ¿Por qué habéis venido solos? ¿Dónde están vuestros ejércitos cuando más falta os hacen?

—geblings —murmuró Reck. Y en ese momento tanto ella como Ruina supieron que poseían una herramienta capaz de liberar la mente de Paciencia del control del Unwurm.

—Debemos llamar a los geblings... —murmuró Ruina.

—Los geblings deben llamarla a ella —dijo Reck.

Gritaron con su mente silenciosa. Sentid y repetid esta urgente necesidad..., matar al Unwurm, matar al asesino de niños, el devorador de la madre.

Los geblings que se encontraban en las partes más altas de Cranning sintieron en su otra mente la apremiante llamada. Dejaron de hacer cuanto estaban haciendo; era el rey, sabían quién les llamaba, era el rey y sin que ninguno de ellos lo supiera la batalla final ya estaba siendo librada. ¡Matar al Unwurm! Se hicieron eco del grito silencioso y lo pasaron a los demás geblings que estaban en otras partes de la montaña.

Los conductores de las carretas dejaron que sus bueyes se fueran sin preocuparse de ellos; los geblings que estaban conversando se quedaron callados; los trabajadores

dejaron que sus labores y herramientas se les cayeran de las manos. Todos se unieron a la ferviente llamada: matar al Unwyrm.

En unos instantes el mensaje pasó silenciosamente por todo Cranning. Diez millones de mentes geblings le hicieron eco. Cada vez que Cranning había gritado al unísono, los geblings se habían reunido desde todas las partes del mundo para entablar combate con los reinos humanos y hacerlos caer. Esta vez el mensaje era mucho más sencillo. Muerte a su hermano, su enemigo, su satán, el wyrm.

Y también en la mente de Paciencia se alzó ese grito, cada vez más y más fuerte, abriéndose paso por entre el placer perfecto que el Unwyrm le estaba dando. Sintió de nuevo el cuchillo en su mano, supo que el deseo de matarle era su auténtico yo aunque todo su cuerpo gritara en contra de él. Sintió brotar su sangre casi antes de que el cuchillo entrara en su cuerpo y el Unwyrm se arqueó hacia atrás para caer luego sobre ella. Paciencia gritó de dolor y luego volvió a clavarle el cuchillo. El Unwyrm se apartó de ella y avanzó reptando hacia su estancia del techo y luego empezó a retorcerse en su danza de muerte, manchándose todo el cuerpo al ir y venir de un lado a otro encima del hielo. Paciencia sintió todo lo que deseaba en esos últimos instantes de su vida, pues el lazo que había entre ellos seguía siendo firme, y gritó por él. Por fin el Unwyrm se quedó quieto y la voz de Paciencia volvió a pertenecerle.

La estancia había quedado en silencio, roto sólo por el trabajoso sonido de su respiración. Paciencia se hizo un ovillo y lloró calladamente, con la sangre del Unwyrm congelándose lentamente sobre ella.

Sken soltó a Reck y se apoyó en la pared de hielo que había a su espalda. Reck cayó hacia delante, luchando por respirar.

—Voluntad —murmuró.

Ruina reptó hacia Voluntad, arrastrando detrás de él su pierna rota, y logró darle la vuelta al hombretón. Tenía el rostro azul a causa del frío pero el agua helada había hecho que la hemorragia de su brazo fuera mucho más lenta.

—Sálvate si puedes —musitó Reck. Ruina sacó inmediatamente una aguja de bronce ya enhebrada de su equipo y empezó a coser febrilmente las arterias y las venas seccionadas.

Reck se volvió hacia Sken.

—¿Es que no puedes ayudar a la Heptarca? —No esperó a ver si Sken la obedecía y se deslizó sobre el hielo hasta su hermano, que seguía afanándose sobre el cuerpo de Voluntad—. Nos mantuvo aquí, nos llevó hasta aquí cuando nadie más habría podido...

—Dame una bolsa de cuero —dijo Ruina—. No, ésa no, huélela, igual que las moras de kris, sí, ésa es. —Reck abrió la bolsa y Ruina metió la lengua en ella, pasándola luego sobre las zonas heridas. Haría que las células del cuerpo de Voluntad volvieran a crecer; estimularía las terminaciones nerviosas vivientes para que crecieran y hallaran nuevas conexiones.

Y entonces Paciencia gritó. Débilmente. Reck alzó la mirada. Paciencia había rodado sobre sí misma y ahora estaba tendida sobre el vientre, la cabeza vuelta hacia los otros. Su cuerpo se arqueó por dos veces.

—¿Qué está pasando? —murmuró Reck.

Ruina alzó los ojos con el tiempo justo de ver la cabeza de un feto medio desarrollado surgiendo por entre las piernas de Paciencia.

—¡El hijo del wyrm!

—¡Lo hicimos demasiado tarde! —gritó Sken.

Reck alargó la mano en busca de su arco y una flecha pero Sken ya estaba avanzando torpemente sobre el hielo, hacha en mano, tapándole el blanco. Y cuando Sken llegó hasta ella Paciencia ya se había puesto en pie, sosteniendo al niño protegiéndolo con su cuerpo.

—¡Voy a matarlo! —gritó Sken.

Paciencia asintió, pero seguía sosteniendo al niño fuera del alcance de Sken. ¿Era una ilusión o el niño había crecido? Si, era mayor y ya no era un feto., ahora era un niño totalmente desarrollado.

—¡Cógelo! —gritó Reck.

—¡Morirá de todos modos! —exclamó Paciencia—. ¿No podéis verlo? Maté a su padre demasiado pronto, va a morir.

Era cierto. Casi pudieron ver cómo a medida que el niño se iba haciendo mayor, agitando débilmente sus miembros, la piel se iba arrugando y tensando en todo su cuerpo, apretando sus huesos igual que una víctima del hambre. El niño abrió la boca y dijo su única palabra:

—Ayudadme. —Viniendo de un cuerpo tan joven resultaba grotesca. Estaba claro que era el hijo del Unwyrm en resultaba, estaba claro que era un monstruo pero, al verle, era como cualquier otro niño, indefenso, pidiendo su compasión y consiguiéndola.

El niño murió. Paciencia lo sintió en el repentino aflojamiento de su cuerpo y cesó de mantener su postura de protección. Sólo entonces pudo Sken llegar hasta el cuerpo, arrancárselo de las manos, arrojarlo al suelo y alzar su hacha para despedazarlo.

—¡Está muerto! —gritó Paciencia.

—¡Estaba creciendo! —exclamó Sken—. ¡Habló!

—¡Pero está muerto!

Sken bajó su hacha. Reck cogió la túnica de Paciencia del suelo de la caverna y se la llevó.

—El único —dijo Reck—. Y el Unwyrm no tuvo tiempo de darle la fuerza necesaria para vivir. Lo conseguimos. A tiempo.

Paciencia se dio la vuelta y se pasó la túnica por encima de la cabeza.

En el túnel que llevaba a la puerta dorada se oyeron gritos y ruido de pasos, geblings armados entraron en la estancia y se detuvieron para comprender la escena

que veían, después de haber dado unos cuantos pasos. El cadáver del Unwurm, el vientre abierto y sus entrañas sobre el hielo; el cuerpo esquelético de un niño humano, muerto de hambre. Con ellos entraron unos cuantos ancianos, no pareciendo ahora tan estúpidos y seniles como antes.

—Contemplad a los reyes geblings —dijo Sken con voz amarga—. ¡Contemplad a la Heptarca! —Su rostro se retorcía por los esfuerzos que estaba haciendo para no llorar. Su mano señaló el bebé que yacía sobre el hielo—. ¡Contemplad al hijo de la profecía!

Reck la hizo callar.

—El bebé no era el Kristos. Era un wurm, era la muerte para los humanos y los geblings, y si no hubiera muerto yo misma le habría matado con mis propias manos.

Los viejos fueron hacia el cuerpo del Unwurm. Uno de ellos cogió el otro cuchillo de Ángel, el que Paciencia no había utilizado, y cortó la cabeza del Unwurm, desde el hocico hasta el cuello. La piel reventó como si hubiera estado sometida a una gran presión, revelando las relucientes facetas de un cristal verde.

—Su piedra mental —susurró Reck. Fue hacia ellos, mirando el cristal.

No era una sola piedra mental, sino muchos centenares de ellas, unidas unas a otras. Los viejos apartaron los pliegues de piel y el cristal cayó sobre el hielo.

—Aquí —dijo uno de ellos.

—Aquí es donde guardaba todos los regalos que le hicimos —dijo otro.

—Todo cuanto sabíamos.

Los viejos se arrodillaron y tocaron el cristal como para descubrir en qué lugar de la joya viviente se encontraba su propio conocimiento. El más joven de ellos alzó la cabeza y, como si fuera un perro, aulló:

—¡Devolvédmelo!

Reck le dio la espalda a los ancianos y fue con paso lento y cansado hacia Paciencia. Se abrazaron y Reck ayudó a la exhausta joven a cruzar el hielo hasta salir de la estancia. Los geblings estaban ayudando ya a Ruina, preparándose para sacarle de allí. Otros vendaban el brazo de Voluntad y le envolvían en mantas.

Cuando Paciencia pasó junto a ella, Sken alzó la vista.

—Heptarca —dijo—, ¿hemos pecado?

Paciencia se detuvo ante aquella mujer gorda con el rostro convulso y surcado de lágrimas. Sus dedos acariciaron la mejilla de Sken.

—¿Alcé mi hacha para matar al mismísimo hijo de Dios? —Su voz era aguda y débil, como la de una niña—. ¿Estoy condenada para siempre?

Como respuesta Paciencia la atrajo hacia ella, abrazándola.

—No hubo pecado —murmuró—. Este día nos honra a todos para siempre.

CRISTALES



Los fuegos rugían en la Casa de los Sabios. La tarde no estaba muy avanzada pero en el exterior reinaba la oscuridad, caía la nieve y el cielo estaba cubierto de nubes. El frío penetraba por los postigos y por debajo de la puerta, pero los fuegos que ardían en las dos chimeneas luchaban contra él y lo hacían retroceder hasta los rincones de la habitación.

Sken, totalmente desnuda, se hallaba metida hasta el cuello en una enorme y humeante bañera, lanzando de vez en cuando alguna maldición contra Hilos, que le estaba frotando la espalda. Hilos la soportaba con bastante calma; Paciencia, que les estaba escuchando, sabía que Hilos sólo le hacía de criado a Sken porque Reck y Paciencia así lo deseaban. Sken maldijo de nuevo pero luego empezó a contarle — por tercera vez—, cómo había matado a los hombres de Tinker en la batalla de los bosques, meses atrás. Hilos la escuchaba, el público perfecto, respondiendo exactamente cuando ella necesitaba oírle decir «Sí» o «Muy valiente» o «Asombroso». Paciencia sabía que Sken le estaba contando la batalla contra Tinker porque era algo en lo cual podía pensar sin problemas; poco tenía que contar de la batalla ocurrida en la cueva del Unwurm y no hacía mención alguna al bebé que había muerto sólo unos instantes antes de que Sken se dispusiera a terminar con él. Todos escogeremos las historias con las cuales podemos vivir y olvidaremos el resto, pensó Paciencia. Al menos, ésa es mi esperanza.

Fue hacia la chimenea del este. Gran número de ancianos estaban allí, observando a varios geblings que trabajaban cuidadosamente en la enorme piedra mental del Unwurm. Reck estaba dirigiendo el trabajo de separar los cientos de piedras mentales que se habían unido con el tiempo. Los geblings vertían una solución líquida sobre los cristales y luego, cuidadosamente, iban separando los de la superficie. Una multitud de pequeñas piedras mentales, del mismo tamaño que la llevada por Paciencia dentro de su cerebro, yacían en una bandeja ante el fuego, secándose.

—¿Qué estáis buscando? —les preguntó Paciencia.

—Éstos son todos los cristales de los Sabios, los cristales que tomó de ellos y se comió —dijo Reck—. Pero en el centro debe estar su propio cristal. Él mismo. Ése es el cristal que quiero.

—¿Qué puedes hacer con él? —le preguntó Paciencia.

—Sabremos qué hacer cuando lo encontremos. —Reck la hizo apartarse del fuego—. ¿Has visto a los viejos? No se pierden detalle. Saben de dónde vinieron esas piedras mentales y quieren recuperarlas.

—¿No puedes permitirselo? ¿No puedes devolverles las piedras mentales?

Proceden de sus cerebros.

—¿Cuál debo darle a cada uno de esos hombres? Les quedan tan pocos recuerdos..., sólo el recuerdo de su vida en esta casa, con vagas sombras del pasado, y no importa la piedra que les dé, se apoderará de ellos y en ella se convertirán. No les haría ningún favor con eso. Y, además, estas piedras han vivido tanto tiempo en la cabeza del Unwurm como vivieron en sus anfitriones humanos originales. ¿Te parece que esos hombres son lo bastante fuertes como para soportar los recuerdos del Unwurm?

Paciencia meneó la cabeza.

—Qué gran tragedia... Todo este enorme tesoro de conocimientos, inútil.

—¿Esto? —preguntó Reck—. Estas piedras son el modo en que los wyrms transmitían su sabiduría de una generación a la siguiente. Vosotros, los humanos, habéis encontrado otro modo. Y ese modo sigue vivo.

—La casa de Heffiji —dijo Paciencia.

—Lo que fue aprendido una vez puede ser aprendido de nuevo —dijo Reck—. Ruina ya anda parlotando de fundar ahí una especie de universidad, administrada por geblings cuyo único propósito sería proteger a Heffiji y catalogar el contenido de su casa. Creo que nada se perderá.

—Salvo esos ancianos.

—¿Y dónde está aquí la tragedia, Heptarca? —le preguntó Reck—. ¿En qué forma lo ocurrido con ellos es peor que la muerte? Y así es como terminan todas las vidas. Sus obras viven en la casa de Heffiji..., y eso es una inmortalidad mayor de la que consigue la mayor parte de la gente. Y estos viejos viven. No importa lo que puedas pensar de eso ahora, la vida es buena y dulce, incluso con el recuerdo de una gran pérdida y una terrible pena.

—He perdido a mis dos padres —murmuró Paciencia—, y a los dos les he matado con mis propias manos.

—Cuando Ángel murió eras las manos del Unwurm.

Paciencia meneó la cabeza y fue hacia la otra chimenea.

Voluntad estaba tendido en un camastro delante del fuego. Kristiano estaba arrodillado ante el gigante, limpiando su desnudo y sudoroso torso con una tela mojada.

Paciencia se arrodilló junto al boyok.

—Le gusta —dijo Kristiano—. Pero tiene miedo. Paciencia cogió la mano del joven gaunt entre sus dedos.

—¿Puedo hacerlo yo?

Kristiano soltó el paño con una sonrisa dulce pero enigmática. Por un instante Paciencia se vio tal y como la veía el joven gaunt: esta mujer humana vendrá y servirá a Voluntad durante un instante, pero el gaunt le serviría hora tras hora, sin desfallecer. Si el amor era dar el don más deseado, entonces en todo el mundo sólo los gaunts eran realmente capaces de amar. Pero Paciencia se encogió de hombros, no

haciendo caso a la silenciosa crítica de aquel hermoso niño. Eres lo que eres; tengo otras cosas que hacer y sólo puedo hacerle unos pocos regalos a cada uno. Puede que no me sea posible ni tan siquiera hacer un solo regalo.

Los ojos de Voluntad estaban abiertos, pero no dijo nada. Paciencia no tuvo ninguna sonrisa para él, y él tampoco la tuvo para ella. Estaban vivos, ¿no? Y el Unwurm estaba muerto. Eso era la victoria. Pero había sido la mano de Paciencia la que arrojó el lazo que casi amputó la mano de Voluntad. Y había sido Paciencia también quien mató al Unwurm y quien sostuvo en sus brazos al único hijo del Unwurm mientras moría. En la memoria de Paciencia había demasiado dolor y demasiados crímenes, y todavía no había descubierto dónde se encontraba el amor, si es que aún perduraba algo de éste.

Ruina estaba sentado cerca, su pierna rota fuertemente entablillada, su rostro con una expresión ceñuda mientras contemplaba el fuego. Reck no tardó en acudir con un jarro de agua y le dio de beber un poco a Ruina. Ruina tomó un largo trago y luego le tocó el brazo en un silencioso gesto de agradecimiento. Reck le entregó el jarro a Paciencia y ésta lo cogió, alzó la cabeza de Voluntad y dejó entrar un poco de agua en su boca. Voluntad la tragó, agradecido. Con mucha delicadeza, Paciencia volvió a dejar su cabeza sobre el camastro.

Y, finalmente, Voluntad habló.

—¿Cómo lograste encontrar la fuerza para hacerlo? —dijo en un susurro.

—No era mi fuerza —dijo Paciencia—. Me fue prestada. Los geblings me llamaron. Juntos, con una sola voz. Eso me dio la suficiente libertad dentro de mi ser para hallarme a mí misma. Y por eso hice aquello para lo cual había nacido.

—Salvaste el mundo.

—Maté a un enemigo que confiaba en mí. He sido una consumada asesina hasta el final.

—Hiciste lo que Dios quería —murmuró Voluntad. Y luego cerró los ojos.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Ruina—. Eso de lo que Dios quería... Al menos, la clase de dios en la cual yo creo. Humanos, geblings, gaunts y huelfos, todos queríamos vivir con mayor intensidad de lo que deseaba el Unwurm vernos morir. Todo acabó uniéndose. No podías matar al viejo Ángel y él vivió para llevar hasta el lugar de los nacimientos los cuchillos con los cuales mataste al Unwurm, tras haber pensado que te había dejado sin armas. La flecha de Reck te salvó; Voluntad rompió mi pierna para salvarme; Sken, la inútil, estúpida y desagradable Sken, impidió que Reck se matara bajo el control del Unwurm. Todos las piezas, todos los fragmentos, una red intrincada e imposible, una telaraña que podría haberse roto por cualquier punto. —Ruina movió la cabeza en un gesto de asentimiento, casi enfadado, tal era su insistencia—. Somos dios, si es que hay un dios, y el Unwurm cayó ante nosotros.

Paciencia recordó de nuevo la insoportable alegría que había sentido bajo el cuerpo del Unwurm. Y sintió de nuevo cómo sus fluidos se derramaban sobre ella y cómo su cuchillo se había abierto paso hasta sus órganos más delicados. Lo que más

la afectaba ahora no era lo que había sentido con su cuerpo. Era lo que había sentido con su mente, pues cuando llegó la agonía de la muerte él le gritó con su voz silenciosa, la voz que la había gobernado durante tanto tiempo. Gritó: «Estoy vivo. Quiero vivir. Debo vivir». Ése era también el grito desesperado de la misma Paciencia, de su propio corazón. No había querido más de lo que desea cualquier ser humano. Vivir, transmitir sus genes a sus hijos, mantener a raya a la muerte durante todo el tiempo que le fuera posible. Su gente —pues eso eran los wyrms entre ellos—, su gente había vivido durante siglos, pero él había sido el que más vivió de todos ellos, esperando para ser la salvación de toda su raza. Y su muerte era la muerte de diez mil generaciones de wyrms.

Su muerte era la muerte del niño milagroso que ella había sostenido en sus brazos, la nueva forma que una especie agonizante había intentado adoptar para salvarse a sí misma. Supieron que vendríamos y sabían que nosotros seríamos la enfermedad para la cual no hay cura alguna. Hicieron cuanto podían hacer. El último aliento de su lucha creció en mi útero, bajo la forma de un humano como tributo a los dioses humanos que habían venido para destruirles. Pero no aceptamos la ofrenda, no; yo maté al Unwurm antes de que la yema del niño estuviera completa y cuando el niño nació le dejé morir en mis brazos.

¿Qué tiene de tan superior mi especie para que nosotros debamos sobrevivir y ellos deban morir? No se le ocurría pensar en ningún patrón de juicio que tuviera sentido, salvo este: soy humana y por lo tanto los humanos deben vivir. No era una lucha por la justicia. Era una batalla de salvajes. El más cruel vencía. Yo era la salvadora perfecta para la humanidad.

—El Unwurm contenía en su piedra mental toda la memoria de este planeta —dijo Reck. Era como si hubiera estado leyendo los pensamientos de Paciencia—. Sus raíces llegaban hasta el primer wurm que tuvo un pensamiento consciente. Y en su piedra mental estaban las historias de toda su especie, para siempre. Y de la nuestra. Tenemos tantos antepasados wyrms como él.

—Pero os inclináis más del lado de los humanos —murmuró Voluntad.

—Ya ves lo hermosos que eso nos ha hecho —dijo Ruina.

—Sois hermosos —dijo Paciencia, mirando a Reck—. Recuerdo haber sido yo misma un gebling. Recuerdo cómo sentía en el interior de mi cuerpo; recuerdo la voz de mis parientes en la otra mente. Y también recuerdo algo más. La soledad de nunca haber conocido a mi padre y entonces, cuando el cetro llegó a mí, de recordar finalmente su vida tal y como él la había conocido.

—Casi te llevó a la locura —le recordó Ruina.

—Deseo que cada ser humano pudiera sentir tal locura. O, al menos, probarla un poco, sólo por un instante, para conocer a su madre o a su padre. Sería un gran regalo.

—Conocerles, pero no ser ellos —dijo Voluntad—. Eres muy fuerte, Dama Paciencia. Pocos pueden soportar tener viviendo en su mente los recuerdos de otros. Yo no podría.

—¿Tú? —dijo Paciencia—. Tú eres el más fuerte de todos.

Sus ojos cobraron un brillo distante, rechazando su elogio.

—¿Conservaré mi mano? —preguntó.

—Colgará tan bellamente como siempre al final de tu brazo —dijo Ruina—. En cuanto a usarla..., hice cuanto pude para estimular el crecimiento de los nervios.

—Sin mi brazo derecho no serviré de gran cosa —dijo él.

Paciencia tocó su frente, pasó su dedo a lo largo de su mejilla y, finalmente, dejó que las yemas de sus dedos descansaran sobre sus labios.

—Todos andamos buscando nuevas carreras —dijo Paciencia—. No hay ninguna profecía sobre lo que haré después de que el Unwurm esté muerto. Todavía no tengo diecisiete años y ya he cumplido todo aquello para lo cual nació. ¿Quiere decir eso que deberé aprender un oficio?

Reck rió levemente y Voluntad sonrió.

—Eres la Heptarca —dijo Ruina.

—En la Colina del Rey hay un hombre que no estaría muy de acuerdo en eso —dijo Paciencia—. Y no es un mal hombre, y tampoco un mal Heptarca.

—Es un mero encargado —señaló Voluntad—. Gobierna sólo hasta que tu trabajo aquí haya terminado.

—Cuando en su frontera se encuentre un ejército de un millón de geblings quizá empiece a pensar en la abdicación —dijo Ruina.

—No —dijo Paciencia.

—¿Cómo, crees acaso que lo hemos hecho todo por altruismo? Los geblings se encontrarán en mejor posición teniendo a una Heptarca que recuerde haber sido gebling. Ahora no somos infra-hombres para ti.

—Ni una gota de la sangre de mi gente será derramada en mi nombre —afirmó Paciencia.

—Pues ahí lo tienes —dijo Ruina—. Estabas en lo cierto. El trabajo de tu vida ha terminado.

—Cállate, Ruina —dijo Reck.

Sken se acercó a ellos, abrochándose los botones de un traje limpio que le sentaba igual que los arreos de un corcel de combate. Su rostro enrojecido relucía a la luz del fuego.

—Heptarca, los geblings me han traído el cuerpo de tu antiguo esclavo desde el lugar de los nacimientos. Quieren saber lo que deseas hacer con él.

—Quiero que se le entierre con honor —dijo Paciencia—. Aquí, entre los Sabios. Todas las tumbas que hay aquí son tumbas honrosas.

—Siento que no pudiéramos cortar su cabeza a tiempo —dijo Reck—. Sabemos que así es como los humanos preservan el consejo de sus sabios, dado que no tenéis piedras mentales que comer.

—Estábamos muy ocupados —dijo Ruina—, y el momento de hacerlo pasó.

—Pero él tiene una piedra mental —dijo Sken—. ¿No es cierto, Voluntad? ¿No es

lo que dijo? Tenía una piedra mental, igual que todos esos viejos chochos. Lo único que hizo el Unwurm fue no quitársela, eso es todo. Por eso su mente no se encuentra casi a cero, como las otras. ¿No es cierto, Voluntad?

Voluntad cerró los ojos.

—¿Ángel tenía una piedra mental? —preguntó Ruina.

—Que muera con él —dijo Voluntad.

—Traed su cuerpo aquí. ¡Traédmelo! —gritó Ruina. La habitación quedó en silencio. Ruina se puso en pie, apoyándose en la chimenea, su rostro iluminado en breves parpadeos por el fuego que había debajo de él y a los lados—. El rey gebling poseerá su piedra mental.

—No —dijo Reck—. No puedes hacerlo.

—Cuando el viejo rey de los geblings murió, un Heptarca humano se apoderó de su piedra mental y la hizo colocar dentro de su cerebro. Algunos Heptarcas eran tan débiles que eso les hizo enloquecer, pero otros no lo eran. ¿Crees que soy débil, Hermana?

—Pero tú eres el rey gebling —dijo ella—. No puedes correr el riesgo.

—También tú eres el rey gebling —le respondió.

Reck apartó los ojos de él.

—¿Crees que ignoraba tus planes? —dijo Ruina—. Y los comprendo, Reck, estoy de acuerdo con ellos, y sé que eres lo bastante fuerte como para soportarlo y transmitirlo a tus hijos sin que se pierda nada. Pero, entonces, ¿qué seré yo? ¿El débil rey gebling, una pálida sombra del Heptarca humano que puede contener a las dos razas en su mente y una sombra todavía más débil de ti? ¿Qué nombre te darán, la Madre Wurm? No habrá nombre alguno para mí, si soy demasiado débil para hacer lo mismo que tú, tal y como ella lo hizo.

—¿Qué estás planeando? —le preguntó Paciencia.

En ese instante los geblings que habían estado trabajando en la piedra mental del Unwurm vinieron hacia ellos. Uno de los geblings sostenía un cristal en la palma de su mano.

—Ésta es —dijo—. Estaba en el centro y es la más antigua de todas.

—Nunca he visto una más grande —dijo Reck.

—Es mucho más grande que la tuya —le recordó Ruina.

Reck alzó la piedra hasta su boca y se la tragó.

—¡No puedes hacerlo! —gritó Paciencia.

—Ya lo ha hecho —dijo Voluntad.

—¡Era tan fuerte! ¿Cómo podrá soportar...?

Reck sonrió.

—No era justo que nuestros antepasados perecieran para desaparecer por completo de su propio mundo. Por eso recordaré y mis hijos lo harán después de mí. No recordarán especialmente al Unwurm, no por encima de cualquier otro..., ¿qué era él, comparado con los miles de generaciones que le precedieron? Todas están

aquí, todas están en mi ser. Y ahora llegaré a conocerlas, y hablaré en su voz.

—¿Y qué será de mi amiga Reck? —dijo Voluntad desde su camastro, la voz enronquecida por la pena—. ¿Le quedará una voz propia cuando esto haya terminado?

—Si le queda voz —dijo Reck—, será una voz más sabia que antes.

Ruina insistió en que le prepararan un lecho. Reck rió levemente pero cuando el lecho estuvo listo se acostó en él, pues el cristal ya estaba empezando a dejar sentir su influencia sobre ella.

Después trajeron el cuerpo de Ángel de la nieve y lo depositaron sobre una mesa en el centro de la habitación. Paciencia fue hacia él y contempló su rígido rostro, atrapado para siempre en la misma expresión neutra e indescifrable que había cultivado en vida.

—Nunca tuviste una oportunidad para descubrir quién eras —le murmuró—. Y yo tampoco.

Llevaron a Ruina hasta un escabel situado junto a la mesa donde yacía el cuerpo.

—Era tu esclavo —dijo Ruina—. Debería tener tu permiso.

—Era el esclavo del Unwurm y ganó su manumisión antes de morir —respondió ella—. Con todo, si debes tener una memoria humana para que se una a la tuya, ¿por qué la de Ángel? ¿Por qué no la de cualquiera de los otros? Ahí hay como quinientas piedras mentales.

—Todas han sido manchadas con la mente del Unwurm —dijo Ruina—. No quiero parte alguna de él..., ese sacrificio le corresponde a mi hermana. Le odié durante demasiado tiempo; ella nunca lo hizo. Y Ángel..., si debo entender a los seres humanos, ¿por qué no éste? Hilos dice que era bueno antes de que el Unwurm se apoderara de él. ¿No preferirías que el rey gebling se volviera humano a través de los recuerdos de un hombre bueno?

Los geblings le dieron la vuelta al cuerpo hasta dejarlo de lado y le trajeron un cuchillo a Ruina, para que cortara hasta su cerebro y recobrarla la piedra mental que había crecido allí. Paciencia no quiso mirar y volvió nuevamente con Voluntad, que estaba tendido junto al fuego. Se inclinó sobre él y le cogió la mano izquierda, la mano sana, y la apretó con firmeza.

—Tenemos un asunto que concluir —dijo.

—Ahora no soy el hombre adecuado para ti —respondió él.

—Si debo ser la Heptarca de hecho y no de nombre, necesito a un hombre que pueda dirigir ejércitos.

—Te serviré como mejor pueda.

—Y no sólo dirigirlos, sino crearlos a partir de las turbas de voluntarios y rebeldes que yo puedo convocar. Necesito a un hombre que sepa entrenarlos hasta ser una fuerza que pueda colocarme en mi puesto.

—¿Así que ahora deseas ese puesto?

—Puedo comprender lo que quieren hacer Reck y Ruina y tienen razón. Ha

llegado el momento de que toda la humanidad quede unida de hecho bajo un solo rey, tal y como lo están los geblings. Un rey que recuerde haber sido un gebling, igual que los geblings serán gobernados por un rey que recuerda haber sido un humano. Y los dos reyes serán capaces de hablar con una mujer que recuerda haber sido un wymm. Y haber sido todos los wyrms que han existido...

—Entonces, te serviré.

—Hay más —dijo Paciencia—. Quiero algo más de ti.

—¿Qué más te puedo dar? Toda mi sabiduría radica en las artes de la guerra.

—Mi útero ha engendrado un niño pero era un monstruo y está muerto. Necesito herederos para mi reino. Ahora no estamos vigilados por el Unwymm y no podemos estar seguros de que el linaje de los Heptarcas no vaya a interrumpirse. Por ello necesito un consorte que pueda crear hijos grandes y fuertes, veloces de mano y agudos de mente. Necesito un consorte que pueda enseñarle a mis niños qué son la fuerza y la sabiduría. Voluntad no dijo nada y sus ojos abiertos estaban clavados en el techo.

—Y hay más aún —dijo ella—. Me ha dejado. El deseo que ardió en mí durante tantas semanas se ha ido. En el bote, cuando me tocaste y yo te deseé, temí que fuera mi deseo por el Unwymm. Pero ahora ya no está en mí y cuando te veo sigo amándote. Seguramente Dios permitirá que su Vigilante responda a la necesidad de una muchacha débil y asustada, ¿no?

Él sonrió.

—Débil y asustada.

—Algunas veces —dijo ella—. ¿No lo estás tú también?

—Estoy aterrizado. Y tú eres la causa. Jamás se me ocurrió la idea de casarme con una mujer capaz de matarme con un trocito de cuerda.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Te serviré como pueda —dijo él.

Paciencia se inclinó y le besó en los labios. Detrás de ellos Reck y Ruina yacían ahora presas del tormento, sudando, agitándose y delirando en sus lechos. Hilos y Kristiano se ocupaban de ellos, atándoles para que no se arrancaran los ojos con las uñas, limpiando sus frentes con paños mojados para hacer ceder la fiebre, cantándoles con voz suave para calmarles y hacer que los terribles sueños se alejaran.

Voluntad y Paciencia les estuvieron observando y hablaron con ellos en sus instantes de cordura. En algunos momentos Ruina se convertía en Ángel y Paciencia podía hablar con él; un centenar de veces, o eso pareció, le estuvo suplicando perdón y ella se lo suplicó a él. Te traicioné, diría él; te maté, respondería ella. Después cada uno perdonaba al otro hasta que el recuerdo volvía, renovado.

Reck carecía de palabras en su locura salvo, de vez en cuando, las enseñanzas de los Sabios que habían morado en la mente del Unwymm. Permanecía tendida mirando el techo, el fuego y la pared, o lo que estuviera delante de su rostro. Kristiano e Hilos cantaban las viejas canciones de los geblings sobre grandes hazañas durante los

combates, amores terribles y prohibidos, los pecados de los padres recordados por sus hijas, los grandes reyes geblings y sus batallas por el alma del mundo. Nadie supo si Reck oía la música o si le ayudó a seguir alguna hebra que saliera de la oscuridad hasta que un día, en lo más crudo del invierno, cuando había tres metros de nieve y tenían que entrar la comida por las ventanas del segundo piso, Hilos se apartó de Reck tras una hora de canciones y luego, de repente, se volvió nuevamente hacia ella.

—Quiere que siga —murmuró. Voluntad y Paciencia fueron entonces hacia el lecho y escucharon en tanto que Kristiano se unía a la canción y lloraron de alivio cuando Reck sonrió en su inquieto sueño. No estaba perdida. Los wyrms, que no tenían canciones, no habían logrado apoderarse completamente de ella.

A finales de invierno, cuando la nieve se había vuelto gris por los fuegos de turba y carbón, Voluntad recobró un poco el uso de su mano derecha. Podía doblar los dedos hasta formar una presa, no lo suficiente como para blandir una espada, pero sí para ayudar a su mano izquierda. Ese triunfo fue lo bastante como para hacerle sentirse dispuesto a hacer lo que Paciencia le había pedido; como Heptarca, ella le proclamó su consorte y se hicieron el amor bajo la fría luz del sol que entraba por las ventanas del piso superior.

No mucho después de eso Kristiano les hizo venir; Ruina estaba despierto. Cuando entraron en la habitación estaba arrodillado junto al lecho de su hermana, el rostro grave. Les vio y extendió sus brazos hacia ellos, abrazando primero a Voluntad y luego a Paciencia y mirándoles con un nuevo respeto.

—Lo habéis soportado durante todas vuestras vidas —dijo—. Solos.

Pero la mano de Voluntad estaba tocando el hombro de Paciencia, allí donde Ruina no podía verla, y Paciencia supo que la soledad no era tan completa y tan imposible de cruzar como Ruina pensaba. Ruina sólo conocía la mente de Ángel, esa mente buena y cargada de pena, Ángel, cuyo aislamiento de la humanidad había sido más completo que el de cualquier otro hombre en el cual pudiera pensar ella. Pero Paciencia acabó decidiendo que no resultaba inadecuado que el rey gebling tuviera la memoria de la vida humana en sus instantes más trágicos y no le dijo que no todos los seres humanos se encontraban tan absolutamente solos.

- luego, cuando el viento empezó a soplar desde el sur en cálidas ráfagas y la nieve se derritió, Reck despertó cuando los primeros brotes devolvían su verdor al bosque. Sus ojos miraban muy lejos y sus pensamientos no estaban con ellos y muy a menudo se sobresaltaba, como si acabara de despertar hacía unos instantes. Tenía ideas que era incapaz de expresar en palabras; no podía contarles las historias de sus vidas entre los wyrms porque no había lenguaje para ello. Pero mientras hacían sus planes para el futuro gobierno del mundo ella les escuchaba y, de vez en cuando, hablaba en voz baja para desenredar los nudos que se formaban en las confusas hebras del porvenir.

No volvieron a llamarla Reck; no recordaba el nombre, pues los wyrms no tenían nombres y jamás los habían necesitado. Y aunque había perdido su nombre en el laberinto de su mente, no los había olvidado y amaba tanto al gaunt como al gebling, al huelfo como al humano, con la compasión de una madre hacia su hijo. Empezaron a llamarla Madre Wyrm y aunque Ruina pasó algunas horas de pena, anhelando recobrar a su hermana perdida, también amaba esta nueva alma que moraba en el cuerpo de Reck y ella le consolaba por su pérdida, como les consolaba a todos.

Pronto todos se dieron cuenta de que Madre Wyrm se había vuelto más fuerte teniendo con ella la memoria del Unwyrm; Hilos y Kristiano les informaron de que siempre estaba con ellos y que no podían hacer nada sin su consentimiento. Pero, y eso era lo más extraño, no quería nada de ellos, siendo el resultado una libertad tal como nunca antes habían gozado. Seguían sintiendo las necesidades de quienes se encontraban en la Casa de los Sabios pero no estaban obligados a obedecer. En vez de eso era la Madre Wyrm quien estaba dentro de ellos, despertando su propia voluntad y fortaleciéndola.

—Somos libres —dijo Hilos—, siendo sus rehenes.

Al oír eso Ruina difundió por todo Cranning el aviso de que los gaunts debían ser llevados a la Casa de los Sabios. El cálido clima les trajo como pétalos flotando en el viento del sur y cuando acudían a la casa lo hacían siendo esclavos, para marcharse de ella en libertad.

- no sólo eran los gaunts; pronto vinieron también los geblings, los huelfos y los humanos. Madre Wyrm no pertenecía ya al pequeño grupo que había venido con ella a Pie del Cielo, y supieron que cuando se marcharan de Cranning para empezar su apremiante labor, Madre Wyrm se quedaría atrás pues su obra ya había comenzado y jamás la haría apartarse de esta casa.

Los cerezos florecían en los huertos de Pie del Cielo cuando el Rey gebling, la Heptarca y Voluntad, su consorte y capitán, bajaron de las montañas.

LA VENIDA DEL KRISTOS



Los rumores habían estado llegando durante todo el invierno y se intensificaron con la primavera. El Rey Oruc empezó a oír murmullos y, finalmente, éstos se convirtieron en conversaciones nada disimuladas. Agaranthemem Heptek, la llamaban, y su esposo era el Señor Voluntad, quien había sido el esclavo de docenas de grandes generales y ahora era el mayor de todos los generales existentes. Otros rumores la llamaban Kristos y decían que había matado al gran satán con sus propias manos; ahora Dios le daría el mundo y el Rey Oruc moriría en una prolongada agonía tras haber sido testigo de la tortura y muerte de todos sus hijos.

También había historias sobre los geblings. De cómo todos los geblings del mundo se habían quedado quietos en un momento dado, sus rostros contorsionados por el ansia de matar y el odio, en tanto que la hija de la profecía obraba su milagro en el corazón del mundo. Ahora el rey gebling se había convertido en un ángel y venía para destruir toda la vida humana de Imakulata. Detrás de él iba la Madre Wyrm, un gran dragón que había sido resucitado de un cadáver tan antiguo que era anterior a los tiempos de la nave estelar; estaba llamando a la purificación de Imakulata, la batalla final entre humanos y geblings. En la primavera los rumores se convirtieron en realidad. El ejército de los geblings estaba reunido; los espías lo confirmaban. Y Paciencia había sido vista, incluso había hablado con uno de ellos, que trajo su mensaje.

«Señor Oruc, amigo mío», decía el mensaje. Oruc tembló ante su forma de no llamarle Rey y ante la amarga ironía de su condescendencia. «Acudo por fin a ti para darte gracias por lo bien que has cuidado mi reino. Serás bien recompensado por tu excelente regencia, pues no he olvidado nada de cuanto hiciste». Lo firmaba con su nombre dinástico y luego con la rúbrica que tan a menudo le había visto: «Paciencia».

Entonces supo que ella pretendía verle muerto y se preparó para la guerra. Llamó a los demás reyes y gobernantes humanos para que se pusieran a su lado contra la invasión gebling y la traidora llamada Paciencia. Ésta era una más en la larga historia de las invasiones geblings y sería la más terrible de todas; si la humanidad iba a sobrevivir, todos tendrían que unirse para ello.

La mayor parte de los reyes estuvieron de acuerdo con él y trajeron a sus ejércitos, uniéndose bajo la bandera del Heptarca. Pero él sabía que en cada campamento y en cada tienda los hombres y las mujeres murmuraban el nombre de Agaranthemem Heptek y recordaban las profecías de la séptima hija de dos séptimas hijas, y se preguntaban si acaso no estarían cometiendo blasfemia y luchando contra

Dios y su Kristos. ¿Cómo puedo defender a la humanidad cuando mi gente ni tan siquiera está segura de querer derrotar a su enemigo?

Reunió a sus hijos y sus nietos alrededor suyo y les dijo que el peligro se aproximaba. Todos escogieron quedarse con él, sabiendo muy bien que si los geblings vencían no habría lugar alguno donde esconderse.

Los ejércitos acamparon allí donde cada uno podía ver al otro en la última tarde de primavera, antes del solsticio. No había banderas en el campo de los geblings. Los cuerpos cubiertos de vello gris parecían extenderse de un confín a otro del horizonte; los espías decían que lo visible era sólo la vanguardia de las huestes geblings. Su propio ejército, el mayor reunido jamás por ningún rey humano, resultaba tan patético como un guijarro ante una inundación. Oruc había escogido el terreno todo lo bien que le resultó posible: una colina que defender, con la planicie ante ellos y el bosque detrás. Pero no podía esperar la victoria ante semejante enemigo. Esa noche se retiró a su tienda, solo, y lloró por sus hijos y sus nietos, y por la muerte que sufrirían a la mañana siguiente.

Cuando llegó el alba, sin embargo, sus generales le trajeron unas noticias increíbles. El ejército gebling se había ido.

Oruc bajó en persona al campo donde había esperado ver fluir su sangre y descubrió que sólo el suelo pisoteado daba prueba de que el ejército gebling hubiera estado ahí el día antes. De todos sus enemigos sólo quedaba una tienda y una bandera solitaria.

Se quedó inmóvil ante ella y el pliegue que cerraba la tienda se levantó y de su interior salió ella: Paciencia, tal y como la recordaba, apenas cambiada por el año que había transcurrido. A su derecha caminaba un gigante cuyo brazo derecho colgaba flácido e inútil a su costado; a su izquierda iba un pequeño y peludo gebling que se comportaba con la calmada dignidad del poder. Dama Paciencia, el Señor Voluntad y el Rey Ruina, solos, a su merced. La noche anterior había llorado de pena. Ahora no comprendía nada. El Señor Voluntad gritó y su voz pudo ser oída claramente por los soldados que se encontraban en las primeras filas y éstos pasaron sus palabras a los que se encontraban detrás. Lo que dijo fue muy sencillo.

—Aquí está la hija de la profecía. Ella es vuestro Rey por el derecho de la sangre y de la profecía. No derramará ni una sola gota de sangre humana para reclamar sus derechos. Si la rechazáis, morirá alegremente. Si la acogéis, os perdonará.

Y cuando estuvo seguro de que cada hombre del ejército de Oruc había oído sus palabras, gritó:

—¿Dónde están los soldados de Agaranthemem Heptek? ¿Dónde están los Vigilantes de Dios?

Los soldados de Oruc no vacilaron. Sus voces se alzaron como el viento que sopla sobre el mar y arrojaron sus armas al suelo y fueron hacia ella, al principio gritando su nombre pero luego cambiando el grito por un cántico muy sencillo:

—¡Kristos! ¡Kristos! ¡Kristos!

Oruc reunió a su familia a su alrededor, preparándose para morir con valor. Pero cuando ella hizo que le llevaran a su presencia, le sonrió amablemente y Oruc no pudo percibir en su rostro la más mínima ferocidad y en su voz no había ningún matiz vengativo.

—Ocupaste una posición muy difícil y lo hiciste bien —se limitó a decirle ella—. He venido como Heptarca de toda la humanidad. Te pido que gobiernes Korfú como virrey mío, un título que será conferido a tus herederos en tanto que se halle entre ellos alguno digno de recibirlo.

Y entonces él se inclinó ante ella y Paciencia le devolvió sus niños, y su vida y su reino. Gobernó igual que siempre en la Colina del Rey y ella le visitaba una vez cada año y él la sirvió correcta y lealmente, y ella le honró por encima de todos los demás reyes de los hombres.

Pero el centro del mundo ya no era Heptam. Se había trasladado a una nueva ciudad, una ciudad que se encontraba a tan sólo unos cuantos días de Cranning bajando por el río. La ciudad estaba construida alrededor de su universidad y la universidad estaba construida alrededor de una casa situada sobre una colina que dominaba el Agua del Cran. La ciudad adoptó su nombre de la escuela y la escuela de la casa y desde esta nueva ciudad llamada la Casa de Heffiji gobernaron la Heptarca y el Rey gebling. Éste era el lugar al cual acudían todos los humanos, los geblings, los huelfos y los gaunts del mundo entero para buscar justicia, sabiduría, clemencia y paz.

Y, cada año, el Rey Ruina y Agaranthemem Heptek dejaban la Casa de Heffiji y hacían el viaje desde el Agua del Cran, subiendo por el río, hasta Pie del Cielo; cada año subían juntos hasta una caverna de hielo situada en la base del glaciar que era el techo del mundo. Allí acudían, para sentarse junto a la Madre Wyrm, y le contaban cuanto había sucedido en el mundo y al igual que cualquier otro de los suplicantes que acudían a ese lugar, el más santo de toda Imakulata, escuchaban su sabiduría y recibían su amor y su alegría. Lo mismo hicieron sus hijos y los hijos de sus hijos, durante todas las eras del mundo.

F I N



Orson Scott Card, nacido el 24 de agosto de 1951 en Richland (Washington) es un escritor de ciencia ficción y otros géneros literarios estadounidense. Creció en California, Arizona y Utah. Mormón practicante, vivió en Brasil dos años como misionero para la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981.

Su obra se caracteriza por incidir principalmente en los sentimientos y emociones de sus personajes y sus historias suelen ser violentas y emotivas.

Obtuvo los prestigiosos galardones John W. Campbell en 1978, el Nebula de 1985 y el Hugo de 1986 por *El juego de Ender* y el Nebula de 1986 y el Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.